

A detailed oil painting of an elderly man with white hair and a gentle expression. He is wearing a dark, textured jacket over a white clerical collar. The background is dark and textured with visible brushstrokes. On the right side, there is a vertical white signature that reads 'Pablo Albera' in a cursive script.

Aldo Giraudo

DON PABLO ALBERA
Maestro de vida espiritual

ALDO GIRAUDO

DON PABLO ALBERA
MAESTRO DE VIDA ESPIRITUAL

SETTORE FORMAZIONE
SOCIETÀ SALESIANA DI SAN GIOVANNI BOSCO

ROMA

Version original: Don Paolo Albera, maestro di vita spirituale

Traducción: José Antonio Hernández y colaboradores

En la portada: ilustración de Cyril Uhnák

Procesamiento electrónico: Sede Centrale Salesiana

© 2021 Settore Formazione della Società Salesiana di San Giovanni Bosco,

Sede Centrale Salesiana, Via Marsala 42, 00185 Roma
Tel. 06 656 121, email: formazione@sdb.org, <https://www.sdb.org>

PREFACIO

El carisma de un fundador implica, no solo, una forma original de imitar al Señor sino, también, la capacidad de transmitir su espíritu y de implicar a otros en la misión que se le ha encomendado. En Pablo Albera tenemos un hombre formado, personalmente, por Don Bosco, y uno de los hijos que más contribuyó a la transmisión y propagación de su espíritu y misión.

El libro *Don Pablo Albera, maestro de vida espiritual*, nos ofrece un retrato muy expresivo de la personalidad y de la formidable contribución que, el segundo sucesor de Don Bosco, ofreció para el desarrollo del carisma salesiano. Podríamos decir que don Albera, de alguna manera, ha permanecido en la sombra hasta hoy; gracias al año que se le dedica en el centenario de su muerte, ahora está volviendo a plena luz, como una figura fascinante y atractiva.

Es conocido el texto en el que Pablo Albera describe la irresistible fascinación ejercida por Don Bosco sobre sus muchachos. No es tan conocido cómo Don Bosco quedase, él mismo, impresionado por las cualidades humanas y por la sensibilidad espiritual de este chico, de aspecto gentil y poco robusto, físicamente, que entró a los trece años en el Oratorio de Valdocco, que se había confiado totalmente a él como a un verdadero padre, dejándose guiar por los caminos del Espíritu. Eso es lo que descubrimos en la primera parte del libro, de carácter biográfico, rico en muchas otras noticias que arrojan luz sobre la vida de este joven que se convirtió en sucesor de Don Bosco.

La tímida delicadeza de Pablo Albera contrasta con la energía del extrovertido y enérgico Juan Cagliero. Y, sin embargo, este Salesiano de los primeros tiempos –el más joven de los que firmaron la lista de primeros socios Salesianos, en junio de 1860, y entre los pioneros en Mirabello, bajo la dirección de joven Don Rua– manifiesta no solo un marcado espíritu de iniciativa y una capacidad envidiable para ganar corazones, como fundador de la obra salesiana en Génova, y en Francia, sino también una sorprendente tenacidad de carácter, que se revela, por ejemplo, en el larguísimo viaje de tres años en América, donde visitó todas las presencias salesianas como representante de Don Rua.

Pero quizás, el ámbito en el que Albera se revela más es el de Director espiritual de la naciente Congregación. De la pluma de Giraud emerge un hombre que se ocupó, especialmente, de los Salesianos en formación, a través de las visitas a las casas de formación, la preparación de formadores, la vigilancia de la aplicación de las Constituciones, de los Regla-

mentos y de las deliberaciones capitulares en materia de formación y de estudios. Es particularmente impresionante su hábito de leer, meditar, tomar notas y hacer suyos los muchos escritos de espiritualidad sobre los que reflexionaba. De esta intensa y constante dedicación vinieron los frutos en el servicio que brindó como guía espiritual y en los innumerables ejercicios espirituales que predicaba.

Como Rector Mayor, don Albera siguió dando un gran valor a la vida de oración y de estudio como fuente de fecundidad apostólica. Eran temas en los que insistía mucho. Apelaba constantemente a Don Bosco, aquel Don Bosco, que lo había guiado, desde niño, a un verdadero seguimiento del Señor: «¡Todo y solo para Jesús!». El amor por el estudio lo ha abierto a apreciar, de una nueva manera, lo que Francisco de Sales había sido para Don Bosco. Esto es lo que se desprende, especialmente en la segunda parte del libro de Giraud, que hace percibir el fuego ardiente bajo una experiencia de vida sumamente intensa y plena, y también se puede captar, de igual modo, en la antología de los escritos de Pablo Albera, en la tercera parte de este libro.

Los primeros Salesianos fueron hombres profundamente marcados por Don Bosco, pero, cada uno, refleja su carisma de manera diferente, como se puede ver en la profunda fidelidad de Rua y en el dinamismo misionero de Cagliero; en el primer formador Barberis y en el genio literario de Francesia. Entre estos padres de la Congregación salesiana, Pablo Albera destaca como maestro de vida espiritual, por su capacidad para captar el corazón de Don Bosco y comunicarlo a los Salesianos y a los miembros de la creciente Familia Salesiana. A través de Albera somos capaces de ponernos en contacto con las fuentes del carisma salesiano de una forma hasta ahora inexplorada. Los diarios personales, escritos en francés, y también en inglés, son como un rayo de luz que abre la mirada al diálogo continuo entre gracia y libertad en el corazón del hombre, una ventana que se abre a la capacidad y vitalidad formativa que trae consigo el carisma de Don Bosco, un testimonio conmovedor de cómo nuestra humanidad permanece como tal y, sin embargo, se transforma en instrumento del Espíritu. Albera se caracterizaba por una vena de melancolía, pero su personalidad emerge como un don constante de amabilidad, delicadeza y bondad.

Llama la atención la devoción de Albera por Don Rua: entendió que el sucesor de Don Bosco no fue simplemente una pálida imitación del fundador. «¿Por qué fue tan querido Don Bosco? ¿Por qué estaban todos los corazones con él? - dijo durante el VII Capítulo General a las Hijas de María Auxiliadora - Porque tuvo la suerte de tener a su lado a un Don Rua,

que siempre se encargaba de todos los asuntos odiosos... Cuando [Rua] fue elegido Rector Mayor hubo quienes temieron un gobierno riguroso: se vio, en cambio, cuánta bondad había en su corazón. Pero esta seguirá siendo una de las páginas más hermosas de su vida, y se verá cuánto contribuyó a la aureola de la que Don Bosco estaba rodeado».

A Don Bosco y a Don Rua nosotros tenemos que añadir, ahora, a don Albera, «le petit Don Bosco», que ha llevado a su rectorado la familiaridad personal con las obras salesianas dispersas en el mundo y una particular sensibilidad a los nuevos contextos y situaciones. La dulzura de su carácter y su sensibilidad se hicieron particularmente evidentes en el modo en que supo acompañar la difícilísima situación en la que la Sociedad Salesiana se encontró durante la Primera Guerra Mundial, cuando la mitad de sus casi 4.000 miembros se vieron directamente involucrados en las campañas militares.

«Cuando tengas la felicidad de poder decir la primera misa –había susurrado Don Bosco al oído de Paolino–, pide a Dios la gracia de no desanimarte nunca». Este consejo demostró ser valioso durante los cuatro largos años de guerra, cuando Albera supo animar a todos, a los llamados a las armas y a los que se quedaron en casa, que tuvieron que multiplicar, de manera heroica, su trabajo. No solamente no permitió el cierre ni siquiera de una sola casa, sino que no dudó en abrir orfanatos y otras obras de asistencia a los jóvenes. Y esto en ambos frentes del conflicto.

Expreso mi más sincero agradecimiento a Aldo Giraud, en nombre de todos aquellos quienes, a través de esta obra suya podrán conocer mejor a Paolo Albera. Mi deseo y mi oración es que juntos podamos seguir viviendo lo mejor posible el patrimonio espiritual entregado al mundo y a la Iglesia a través de Don Bosco y a través de quien se dejó formar por él, como este compañero de Miguel Magone, convertido en su segundo sucesor.

Los tiempos y los contextos cambian, pero lo esencial permanece en toda su veracidad y vitalidad: siempre vale la pena tomarlo o, mejor dicho, dejarnos tomar y sorprender, como por lo demás sucede cuando se medita las páginas de los evangelios y en la vida de los santos. Eso es lo que debería pasar cuando miramos, con el corazón, a Don Bosco y a los hombres que formó. Que el regalo, que es Pablo Albera, nos tome por sorpresa, caliente nuestros corazones y renueve en nosotros el deseo de seguir al Señor por el camino trazado por Don Bosco. Esto es lo que don Paolo Albera deseaba ardientemente para sus hermanos y es lo que, seguramente, desea para todos nosotros.

D. Ivo Coelho
Consejero para la formación

Quienes conocieron a don Paolo Albera en las distintas etapas de su vida tuvieron la impresión de ver en él una criatura dulcísima. Su rostro joven, iluminado por una sonrisa eterna, se mantuvo así, incluso en la vejez. Solo su cabello se había vuelto blanco como la nieve. Los ojos límpidos miraban a los interlocutores con la amabilidad y la luminosidad de un niño. La forma de hablar, lenta y penetrante, iba directa al corazón. Era delgado, de salud delicada. Fue atormentado por varios sufrimientos físicos, que trataba de minimizar. Parecía extremadamente frágil.

Cuando reflexionaba sobre sí mismo, a menudo se sentía abrumado por la melancolía. Se sentía inadecuado, falto de las cualidades necesarias para un sucesor de Don Bosco, lejos de la perfección requerida a un religioso. El pensamiento de la muerte lo acompañaba constantemente.

Cuando se relacionaba con los demás, aparecía toda la amabilidad, la delicadeza, la bondad de su humanidad. Estaba dotado de una profunda capacidad de escucha y tenía el don del discernimiento.

Sin embargo, si miramos sus acciones, sus viajes incansables, el fervor de su apostolado, la cantidad de nuevas fundaciones, entonces se nos manifiesta un hombre completamente diferente: la más ardiente de las criaturas.

Le haríamos un flaco favor a este salesiano tan dulce, amable, indulgente con el prójimo si no recordásemos que fue uno de los más firmes, compactos y tenaces temperamentos que supo guiar, con claridad de visión y con firmeza, a la Sociedad Salesiana en uno de los períodos más difíciles de su historia.

* * *

Este volumen está dividido en tres partes.

La primera presenta una breve biografía de don Pablo Albera, segundo sucesor de Don Bosco. Las principales fuentes de esta sección son la bien documentada biografía publicada por Domenico Garneri en 1939, las *Cartas circulares*, la correspondencia con don Giulio Barberis durante la visita canónica a América, el *Bollettino Salesiano*, los cuadernos autógrafos del «diario espiritual» conservados en el Archivo Salesiano Central (ASC B0320101-109).

La segunda parte expone los puntos clave de su magisterio espiritual.

La tercera parte contiene una antología de sus escritos más significativos extraídos de las *Cartas circulares a los Salesianos* (Turín 1922).

ABREVIACIONES Y SIGLAS

- AAT Archivio Arcivescovile Torino
- ACS *Atti del Capitolo superiore* (1921ss)
- ASC Archivio Salesiano Centrale
- BS *Bollettino Salesiano* (1877ss)
- BSe *Boletín Salesiano* (edición española)
- Garneri D. GARNERI, *Don Paolo Albera secondo successore di don Bosco. Memorie biografiche*, Torino, Società Editrice Internazionale 1939.
- Em G. BOSCO, *Epistolario*. Introduzione, testi critici e note a cura di F. Motto, 8 voll., Roma, LAS 1991-2019.
- L P. ALBERA - C. GUSMANO, *Lettere a don Giulio Barberis durante la loro visita alle case d'America (1900-1903)*. Introduzione, testo critico e note a cura di B. Casali, Roma, LAS 2000.
- Lasagna P. ALBERA, *Mons. Luigi Lasagna. Memorie biografiche*, San Benigno Canavese, Scuola Tipografica Salesiana 1900.
- LC *Lettere circolari di don Paolo Albera ai salesiani*, Torino, Società Editrice Internazionale 1921.
- LCR *Lettere circolari di don Michele Rua ai salesiani*, Torino, Tip. SAID "Buona stampa" 1910.
- Lm ASC E444, *Lettere mensili ai salesiani soldati (1916-1918)*
- Manuale P. ALBERA, *Manuale del direttore*, S. Benigno Canavese, Scuola Tipografica Salesiana 1915.
- MBe *Memorias biográficas de San Juan Bosco [GIOVANNI BATTISTA LEMOYNE, ANGELO AMADEI, EUGENIO CERIA]*, volúmenes VI-XVII, Editorial CCS, Madrid 1983-1988.
- ms manuscrito

Primera parte

LA VIDA (1845-1921)



Capítulo 1

LOS AÑOS DE LA FORMACIÓN (1845-1868)

*Don Bosco confiesa al joven Pablo Albera
(foto Francesco Serra, 21 de mayo de 1861)*

Infancia y adolescencia

Pablo Albera nació el 6 de junio de 1845 en None, un pueblo agrícola del Piamonte, a medio camino entre Turín y Pinerolo. Por los documentos presentados a la Curia para el examen de admisión a la toma de hábito clerical¹, sabemos que sus padres se llamaban Giovanni Battista y Margherita Dell'Acqua. Se habían casado en 1825. El padre era agricultor,

¹ AAT 12.17.4, *Elenco dei giovani aspirante allo stato chiericale 1855-1867*, año 1861.

propietario de una modesta granja (unas seis hectáreas), con un valor de mil trescientas liras piamontesas. Tuvieron siete hijos, seis niños y una niña. Paolo fue el último. Fue bautizado el mismo día de su nacimiento con los nombres de Paolo Sebastiano Norberto. Tres de sus hermanos se hicieron religiosos: Lodovico fue franciscano, con el nombre de padre Telesforo, Luigi se hizo paúl (vicenciano) y Francesca Hija de la Caridad con el nombre de sor Vincenzina.

El ambiente sereno y afectuoso de la familia fue fundamental para el crecimiento del pequeño y el desarrollo de sus talentos personales. Don Giovanni Matteo Abrate, su párroco, le siguió con especial atención. Le enseñó a servir a la eucaristía, le preparó para el sacramento de la confirmación (1853) y para la primera comunión, que recibió a los once años, según era común por entonces.

Pablo asistió a la escuela del pueblo con resultados brillantes. Al terminar la primaria, se dedicó a trabajar en el campo, ya que su familia no tenía recursos económicos para permitirle continuar con los estudios. Don Abrate, que ya intuía su vocación, admirado de la bondad de espíritu y las dotes del muchacho, trató de ayudarlo. En 1858 invitó a Don Bosco a None para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario que, aquel año, se celebraba el 3 de octubre. Después de la celebración de la tarde le presentó al niño: «Llévalo contigo». Y Don Bosco, conquistado por la inteligencia del muchacho, por su mirada penetrante y serena, aceptó.

El 18 de octubre de 1858, acompañado por el párroco, Pablo ingresó en el Oratorio de Valdocco. Había cumplido trece años el anterior mes de junio. Se unió a la animada comunidad juvenil de la «casa anexa al Oratorio», formada por ciento veinte estudiantes y ochenta artesanos. Eran todos chicos de clase popular, acogidos gratuitamente o casi, muy involucrados en el ambiente familiar y fervoroso creado por Don Bosco. La presencia activa del santo entre los jóvenes, su envolvente y motivadora acción educativa, la relación cercana con cada uno, que crecía en intimidad en el sacramento de la confesión, creaban un ambiente educativo único y extremadamente eficaz. Don Bosco era ayudado por el prefecto, el humilde don Vittorio Alasonatti, y por unos cuantos clérigos que habían crecido en el Oratorio, imbuidos de su vitalidad y su método educativo. Michele Rua, Giovanni Cagliero, Giovanni Battista Francesia, Giovanni Bonetti, Celestino Durando... apenas tenían unos años más que sus compañeros, pero con actividad múltiple y variada, con su conducta ejemplar, y con su espíritu de entrega y sacrificio, eran el fermento vivo de la casa, un modelo admirado por los más jóvenes.

En la casa de Don Bosco se respiraba un intenso ambiente espiritual, pero sin excesos. Giovanni Battista Lemoyne escribirá, citando un testimonio del propio don Albera: «Las grandes virtudes estaban ocultas en el Oratorio. En un ambiente de ideas espirituales, donde eran algo continuo los hechos sorprendentes, los sueños marcados con el sello de lo sobrenatural, las predicciones, la revelación de conciencias y los anuncios de muertes futuras, todo lo cual parecía que había de exaltar la fantasía, no hubo entre los millares de jóvenes educados en el Oratorio, ni visionarios, ni maniáticos por la religión, ni beatos, ni pusilánimes, ni supersticiosos»².

Cuando Pablo llegó al Oratorio, Don Bosco estaba recopilando información para la biografía de Domingo Savio, que había muerto en marzo de 1857. Muchos de sus compañeros habían sido testigos de las virtudes y el fervor apostólico de este maravilloso adolescente. Hablaban de él y procuraban imitarle. El recién llegado se sintió de inmediato como en casa en aquel fervoroso ambiente y se hizo gran amigo de algunos de los chicos, entre los cuales, del exuberante Michele Magone.

Justo por aquellos años se estaba consolidando la escuela de secundaria dentro del Oratorio. En el otoño de 1858, a las clases de letras latinas inferiores (*latinità inferiore*) se añadió el primer grado de educación secundaria (*prima ginnasiale*) y, en el curso siguiente, Don Bosco consiguió implantar la educación secundaria al completo con sus profesores propios. Los tres primeros cursos se confiaron a los clérigos Celestino Durando, Secondo Pettiva y Giovanni Turchi y, las dos últimas, a Giovanni Battista Francesia.

A partir de ese momento, la sección de los estudiantes adquirió una importancia mayor. Casi todos los alumnos eran aspirantes al sacerdocio, cuidadosamente seleccionados, y muy animados en su formación cultural y espiritual. Don Bosco seguía personalmente el proceso de maduración de cada uno, con dedicación y constancia, con dulzura y respeto. Albera estaba fascinado con todo esto.

Sesenta años más tarde recordaría el poder transformador de aquel amor: «Don Bosco nos quería de una manera única, solamente suya: sentíamos una atracción irresistible... Todavía ahora me parece sentir la suavidad de su predilección hacia mí que era un jovencuelo: me sentía como apisionado por una fuerza afectiva que me alimentaba los pensamientos... Me sentía amado de un modo que nunca antes había experimentado, que no tenía nada que ver ni siquiera con el vivísimo amor que me tenían mis

² MBe VI, 734-735.

inolvidables padres.

El amor de Don Bosco por nosotros era algo único y superior a cualquier otro afecto; nos envolvía a todos completamente, en una atmósfera como de alegría y felicidad, de la que eran desterradas penas, tristezas, melancolías: nos penetraba el cuerpo y el alma de tal forma que no pensábamos más ni a uno y a otra; estábamos seguros de que el buen padre pensaba en nosotros, y este pensamiento nos hacía completamente felices.

¡Oh, era su amor el que atraía, conquistaba y transformaba nuestros corazones!... Y no podría ser de otro modo, porque de cada palabra y acto suyo emanaba la santidad de la unión con Dios, que es la caridad perfecta. Él nos atraía por la plenitud del amor sobrenatural que se le reavivaba en el corazón, y que con sus llamas absorbía, unificándolas, las pequeñas centellas del mismo amor, suscitadas por la mano de Dios en nuestros corazones. Éramos suyos, porque cada uno de nosotros tenía la certeza de que él era verdaderamente un hombre de Dios, homo Dei, en el sentido más expresivo y comprensivo de la palabra»³⁾.

Cuando escuchaban la palabra de Don Bosco, cuando le veían rezar y celebrar la eucaristía, aquellos chicos quedaban prendados de la energía espiritual que emanaba de su persona. Escribía don Albera en 1912: «Entrado joven en el Oratorio, recuerdo que, desde los primeros días, al escuchar el discurso de la noche, no pude evitar decirme: ¡Cuánto debe querer Don Bosco a la Virgen! ¿Y quién de entre los veteranos no ha notado con qué sentimiento, con qué convicción nos hablaba de las verdades eternas, y cómo no pocas veces ocurría que, hablando, sobre todo de los novísimos, se emocionaba tanto que se le iba rompiendo la voz? Ni podremos olvidar con cuánta fe celebraba la Santa Misa»⁴⁾.

Paolino (así es como le llamaba Don Bosco) se encomendó al santo educador con confianza ilimitada y amorosa docilidad. El superior, conquistado por la bondad de espíritu y las cualidades morales e intelectuales del muchacho, correspondió a la afectuosa confianza. Se convirtió en el amigo de su alma. Lo introdujo, paso a paso, en los caminos del Espíritu. Le enseñó cómo abandonarse a la acción interior de la gracia. Templó su alma y moldeó su corazón con discreción y equilibrio, como había hecho con Domingo Savio y con todos aquellos que le abrieron su alma para que les ayudara a «darse totalmente a Dios».

³ LC 341-342.

⁴ LC 98.

Entre los salesianos de los orígenes

No sabemos si el joven Albera formó parte de la Compañía de la Inmaculada, semillero de vocaciones salesianas, cenáculo de santidad. Lo cierto es que, un año y medio después de su ingreso, el 1 de mayo de 1860, por sugerencia del propio Don Bosco, fue admitido en la Congregación Salesiana, fundada en diciembre de 1859. Todavía no había cumplido los quince años. Al mes siguiente, se envió el manuscrito de las primeras Constituciones al arzobispo Luigi Fransoni para su aprobación. La carta que lo acompañaba estaba firmada por Don Bosco, don Alasonatti, don Angelo Savio, el diácono Miguel Rua y los demás «socios salesianos»: diecinueve clérigos, dos coadjutores y un muchacho, nuestro Pablo «estudiante de *prima retorica*». «Nosotros, los abajo firmantes, movidos únicamente por el deseo de asegurar nuestra salvación eterna, nos hemos unido para llevar una vida en común a fin de poder atender más cómodamente a las cosas que conciernen a la gloria de Dios y a la salud de las almas. Para conservar la unidad de espíritu y de disciplina, y para poner en práctica los medios conocidos y útiles para dicho fin, hemos formulado algunas reglas a modo de Sociedad Religiosa, que, excluyendo toda máxima relacionada con la política, tiende únicamente a santificar a sus miembros, especialmente con el ejercicio de la caridad hacia el prójimo...»⁵).

Desde ese momento Albera se sintió inseparablemente unido a Don Bosco, que le trataba con cierta predilección respecto a sus compañeros. Quizá presagiaba su futura misión. Lo podemos deducir de un sueño que tuvo durante la noche del 1 al 2 de mayo de 1861: «Vio su Oratorio de Valdocco y los frutos que producía, la condición de los alumnos ante los ojos de Dios; a los que eran llamados al estado eclesiástico o al estado religioso en la Pía Sociedad, o a vivir en el estado laical y el porvenir de la naciente Congregación». Soñó con un vasto campo sembrado de hortalizas en el cual trabajaban los estudiantes de Valdocco llamados a una vocación seglar. Junto a este, en un vastísimo campo de trigo, cosechaban y trillaban los llamados a la vocación eclesiástica y religiosa. A lo lejos se veían negras humaredas que se elevaban hacia el cielo: «Era -decía Don Bosco- el efecto de la labor de los que atropaban los yerbajos y, sacándolos fuera del campo sembrado de espigas, los amontonaban y les prendían fuego. Esto simboliza a los destinados a separar a los buenos de los malos, labor reservada a los directores de nuestras futuras casas. Entre estos estaban don Francesco

⁵ Em I 406.

Cerruti, Giovanni Tamietti, Domenico Belmonte, Pablo Albera y otros que actualmente cursan sus primeros estudios... Entre aquella multitud de jóvenes vi a algunos que llevaban unas antorchas encendidas para alumbrar a los demás, a pesar de que era pleno día. Eran los que habían de servir de ejemplo a los demás obreros del Evangelio, iluminando al clero con su conducta. Entre ellos estaba Pablo Albera, el cual, además de llevar la antorcha, tocaba también la guitarra, indicio de que indicaría el camino a seguir a los sacerdotes animándoles al cumplimiento de su misión»⁶). Hay que tener en cuenta que estos “futuros directores” por aquel entonces eran jovencísimos: Belmonte tenía dieciocho años, Cerruti diecisiete, Albera dieciséis y Tamietti tan solo trece.

Las crónicas del Oratorio narran que, pocos días después, el 19 de mayo, Francesco Serra, fotógrafo aficionado y antiguo alumno del Oratorio, quiso retratar a Don Bosco. Primero lo fotografió solo, luego con los jóvenes Albera, Jarach, Costanzo y Bracco, y finalmente con más de cincuenta alumnos. Dos días después «lo retrató una vez más, en el acto de confesión: los penitentes más cercanos eran Reano, Albera y Viale; mientras que muchos otros estaban un poco más atrás, preparándose»⁷). Todavía se conserva esta foto, símbolo elocuente de la confianza mutua entre el santo y el adolescente que iba a ser su segundo sucesor.

En septiembre de 1861, al finalizar el bachillerato, Albera se presentó en la Curia para el examen de toma de hábito clerical. Leemos en el registro del archivo arzobispal que se presentó al Vicario General con las referencias de Don Bosco: «Distinguido por la piedad. Distinguido por el talento. Ha completado el segundo curso de retórica en el Oratorio de San

Francisco». Superó con éxito la prueba de catecismo y el examen de vocación. Apenas cometió un error gramatical en el examen de italiano y dos errores en el ensayo de traducción latina, pero en ambos trabajos, así como en el sucesivo examen oral, obtuvo la calificación de óptimo. Fue admitido a la vestición «*bajo D. Bosco*», es decir, confiado a sus cuidados formativos, como los demás clérigos diocesanos que residían en Valdocco⁸). El rito de vestición fue celebrado por su párroco en la iglesia de None, el 29 de octubre. Don Abrate soñaba con tenerlo pronto con él como colaborador.

⁶ MBe VI 678 y 687-688.

⁷ ASC A008, *Cronaca dell'Oratorio de S. Francesco di Sales n. 1*, ms D. Ruffino, 61-62.

⁸ AAT 12.17.4, *Elenco dei giovani aspiranti allo stato chiericale 1855-1867*, año 1861.

En noviembre de 1861 comenzó a asistir a las clases de filosofía, que se impartían en un aula del Seminario. El resto del tiempo era asistente de los estudiantes en el Oratorio y colaboraba con el Prefecto. Giulio Barberis, que ingresó en Valdocco ese mismo año, lo recuerda así: «Era bastante callado, prefería pasear o quedarse retirado en el despacho de don Alasonnatti, al que ayudaba en pequeñas cosas. Era muy estudioso y destacaba en la escuela, donde mostraba un gran ingenio y voluntad; pero destacaba así mismo por su piedad, la cual le hacía muy querido por Don Bosco. Obedecía sin reservas a Don Bosco y a los demás superiores»⁹.

En aquellos dos años de estudios filosóficos se dejó moldear por Don Bosco, cuya acción formativa con respecto al primer grupo de jóvenes Salesianos fue intensa y singularmente eficaz, como él mismo escribiría cincuenta años más tarde: «Los mayores de entre los hermanos recuerdan con qué santas iniciativas nos preparaba Don Bosco para llegar a ser sus colaboradores. Solía reunirnos de vez en cuando en su humilde habitación, después de las oraciones de la noche, cuando todos los demás estaban ya descansando, y allí nos daba una charla breve pero muy interesante. Éramos pocos los que le escuchábamos, pero precisamente esto nos hacía más felices al ser parte de estas confidencias, de ser tenidos en cuenta en los grandiosos planes de nuestro dulcísimo Maestro. No nos fue difícil comprender que estaba llamado a realizar una misión providencial en favor de la juventud y era para nosotros no poca la gloria de vernos elegidos como instrumentos para llevar adelante sus maravillosos ideales. Así, poco a poco, nos fuimos formando en su escuela, tanto más cuanto que sus enseñanzas ejercían una atracción irresistible sobre nuestras almas, admiradas por el esplendor de sus virtudes»¹⁰.

Así, en el contacto personal y confidencial de cada día, con la extraordinaria personalidad del Fundador y su amplia visión apostólica, se iban formando espiritualmente sus hijos. Cuando los consideró preparados, los reunió para hacer oficial su consagración religiosa. Disponemos del acta redactada en aquella ocasión: «1862, 14 de mayo. Los hermanos de la Sociedad de San Francisco de Sales fueron convocados por el Rector y la mayoría de ellos confirmaron su voluntad de pertenecer a la nueva Sociedad emitiendo formalmente sus votos. Esto se hizo de la siguiente manera: El Sr. D. Bosco, Rector, vestido con sobrepelliz, invitó a cada uno a arrodillarse y comenzó a recitar el *Veni Creator*, que fue continuado

⁹ Garneri 18.

¹⁰ LC 54-55

alternativamente hasta el final. Después del *Oremus* del Espíritu Santo, se recitaron las Letanías de la Beata Virgen María con el *Oremus*. Después de esto, se rezó un Padrenuestro, Ave María y Gloria a san Francisco de Sales, a lo cual se añadió la invocación propia y el *Oremus*. Al acabar esto, los hermanos... pronunciaron juntos la fórmula de los votos, a los cuales se suscribió cada uno en el libro correspondiente¹¹⁾.

Fue un momento muy intenso, una experiencia espiritual y carismática apasionante. El clérigo Giovanni Bonetti escribió en su cuaderno aquella tarde: «Hicimos nuestros votos en buen número según el Reglamento. Al ser muchos, repetimos juntos la fórmula detrás del sacerdote D. Rua. Después de esto el Sr. D. Bosco nos dirigió unas palabras para nuestra tranquilidad y para darnos más ánimo para el futuro. Entre otras cosas nos dijo: “... Queridos míos, estamos en tiempos turbulentos y parece casi una temeridad en estos momentos aciagos tratar de fundar una nueva comunidad religiosa, mientras el mundo y el infierno a pleno rendimiento se empeñan en derribar las que ya existen. Pero no importa: tengo argumentos no solo probables, sino seguros de que es la voluntad de Dios que nuestra sociedad comience y continúe... Si me pusiera a contaros la cantidad de actos de especial protección que tenemos del Cielo desde el principio de nuestro Oratorio no acabaría ni en toda la noche. Todo nos invita a concluir que tenemos a Dios con nosotros y podemos avanzar en nuestras empresas con confianza sabiendo que estamos haciendo su voluntad. Pero no son estos los argumentos que me hacen esperar tanto de esta sociedad: hay otros mayores, entre los cuales se encuentra el único fin que nos hemos propuesto, que es la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. ¿Quién sabe si el Señor no querrá aprovecharse de esta nuestra Sociedad para hacer mucho bien en su Iglesia? Dentro de veinticinco o treinta años, si el Señor sigue ayudándonos como ha hecho hasta ahora, nuestra Sociedad, dispersa por el mundo, podrá llegar a tener más de mil miembros. De ellos, unos se dedicarán a instruir al pueblo llano con sus sermones, otros a educar a los niños abandonados; unos a enseñar, otros a escribir y distribuir buenos libros; todos, en definitiva, a sostener la dignidad del Sumo Pontífice y de los ministros de la Iglesia. ¡Cuánto bien se hará! Pío IX cree que ya estamos en buen camino: así que aquí estamos esta tarde en camino, combatamos con él por la causa de la Iglesia, que es la de Dios. Animémonos y trabajemos de corazón. Dios sabrá pagarnos como un buen amo. La eternidad será bastante larga para

¹¹ ASC D868, *Verballi del Capitolo Superiore (1859-69)*, 9-10.

que podamos descansar”». Hemos observado –apuntó Bonetti al final– que en esta velada Don Bosco mostraba una alegría inefable, no sabía cómo dejarnos, asegurándonos que se habría pasado toda la noche charlando. Nos contó muchas cosas más, todas ellas preciosas, especialmente sobre los inicios del Oratorio»¹²⁾.

Asistente en el Piccolo Seminario de Mirabello (1863-1868)

En 1859, el gobierno de Saboya aprobó una radical reforma escolar que secularizaba la enseñanza pública. En esta ocasión los obispos piemonteses sintieron la urgencia de revitalizar sus seminarios menores para asegurar una sólida formación cristiana a los futuros sacerdotes. Pero en aquellos años de tensión política y crisis económica no tenían recursos para afrontar la empresa. Así que Don Bosco se puso inmediatamente a disposición de su diócesis. El arzobispo Frasoni, exiliado en Lyon, le dio permiso para organizar el pequeño seminario de Giaveno. Nombró a un sacerdote de confianza como rector y envió a un grupo de los clérigos que habían crecido en Valdocco para que le ayudasen. Los años escolares 1860-1862 fueron muy positivos. Pero a la muerte del arzobispo, en marzo de 1862, surgieron dificultades y el santo, para evitar tensiones con los superiores de la curia de Turín, se hizo a un lado y consignó a la diócesis un seminario bien ordenado y lleno de vida.

Aquella experiencia le enseñó tres cosas: que había llegado el momento de exportar su experiencia educativa; que era necesario para el bien de los jóvenes, de la sociedad y de la Iglesia; que en Valdocco había jóvenes Salesianos dotados de su mismo espíritu y capaces de asegurar el éxito de la empresa. También había aprendido que en las futuras fundaciones debía garantizarse la plena independencia en la administración y la gestión educativa y escolar. Muy pronto se presentó la ocasión con la petición de abrir un colegio en Mirabello Monferrato, diócesis de Casale. Podía contar con un terreno y una casa puestos a su disposición por el padre del salesiano Francesco Provera. Obtuvo la confianza y el apoyo incondicional del obispo Luigi Nazari di Calabiana. Se le dio amplia libertad de acción. Don Bosco aceptó inmediatamente. Amplió el edificio existente y presentó la nueva institución como «Piccolo Seminario» diocesano.

La composición del grupo de formadores enviados allí el 13 de octubre

¹² ASC A0040604, *Annali III 1862/63*, ms G. Bonetti, 1-6.

de 1863, muestra el valor y la confianza de Don Bosco en sus hombres. Don Miguel Rua era el director y el único sacerdote: tenía veintiséis años. Los demás eran todos clérigos: el prefecto Francesco Provera (veintiséis años), Giovanni Bonetti como director espiritual (veinticinco años), y los asistentes Francesco Cerruti (diecinueve años), Paolo Albera y Francesco Dalmazzo (ambos con dieciocho años). A ellos se unieron en las semanas siguientes algunos chicos de Valdocco de entre quince y dieciséis años, clérigos improvisados. Puede parecer una empresa temeraria, pero ciertamente su madurez era mayor que su edad.

En Mirabello se abrieron tres clases de primaria y cinco de secundaria. Los problemas organizativos, de carácter educativo y didáctico, se fueron resolviendo gracias a la unidad del grupo y al trabajo de Don Rua, que consiguió reproducir en esta casa el espíritu y el ambiente familiar de Valdocco. A él, Don Bosco le había entregado una carta con orientaciones espirituales, reglas de gobierno y directrices pedagógicas, considerada un documento de capital importancia en el estudio del *Sistema Preventivo salesiano*¹³. Una versión, ampliada en 1870 y titulada *Ricordi confidenziali*, será entregada por el santo a los Salesianos enviados a dirigir las nuevas fundaciones.

Albera pasó cinco maravillosos y laboriosos años en Mirabello. Asistía a los alumnos en el estudio, en el comedor, en el patio y en los dormitorios. Hacía de profesor y, al mismo tiempo, estudiaba teología. Era un trabajo sobreabundante para él y para sus compañeros, pero lo vivió sostenido por un generoso espíritu de sacrificio y entusiasmo, con la alegría de haber sido elegido por Don Bosco para llevar a cabo sus proyectos.

Para superar la oposición de las autoridades escolares, que no querían conceder reconocimiento legal a la escuela, Don Bosco pidió a Albera y a los demás que prepararan el examen de habilitación. El 10 de octubre de 1864, Pablo superó con éxito el examen de magisterio para la enseñanza elemental y el 10 de diciembre del año siguiente obtuvo el diploma de profesor del primer ciclo de secundaria en la Real Universidad de Turín. Podría haber continuado, como Cerruti y Dalmazzo, su carrera académica hasta la licenciatura, pero no quiso hacerlo «por miedo a perjudicar su vocación y su virtud», según le confió a su amigo don Giovanni Garino.

En septiembre de 1865, don Miguel Rua fue llamado de vuelta a Turín para sustituir al difunto don Alasonatti. En Mirabello todos se apenaron por la amistad espiritual que tenían con su director y confesor. Fue sustituido

¹³ *Em I* 613-617.

por don Giovanni Bonetti, un sacerdote de veintisiete años, que continuó el camino trazado por Don Rua sin cambiar nada, de modo que el clima de Mirabello no se resintió.

Don Bosco visitaba a menudo el *piccolo seminario*, se encontraba con sus hermanos Salesianos, hablaba con los chicos y animaba a todos con su entusiasmo. Cada año reunía a los Salesianos para los ejercicios espirituales, una preciosa oportunidad para una dirección espiritual más incisiva. «A partir de 1866 –escribe don Albera–, cuando empezó a reunirnos para los ejercicios espirituales, la acción de Don Bosco pudo ejercerse en una escala mucho más amplia. Todos los años, en esta feliz ocasión, se nos daba la oportunidad de reunirnos y compartir nuestra vida, y era una gran alegría para nosotros vernos cada vez más numerosos. El buen padre, con sus instrucciones, tan densas y llenas de santos pensamientos, y expuestas con inefable convicción, abría continuamente nuevos horizontes a nuestras mentes atónitas, hacía que nuestros propósitos fueran cada vez más generosos y que nuestra voluntad de permanecer siempre con él, y seguirle a todas partes, sin ninguna reserva y a costa de cualquier sacrificio, fuera más firme y estable»¹⁴).

El santo disfrutaba de la generosidad de sus jóvenes colaboradores. Don Giacomo Costamagna, el futuro obispo misionero, relata: «La noche del 3 de mayo de 1867, ya en el tren de vuelta a Turín, Don Bosco me abrió su corazón alegre por las muchas gracias que el Señor le concedía y especialmente por haberle dado jóvenes colaboradores, adornados de eximias virtudes. Y nombró a Durando, Francesia, Cagliero, Cerruti, Bonetti, Albera, Ghivarello, etc., y decía: “Este es un gramático de talento, aquel otro un letrado, uno un músico, el otro un escritor, uno un teólogo, otro un santo...”. De algunos resaltaba las singulares habilidades en las que después se distinguieron, pero que entonces nadie podía entrever»¹⁵).

Mientras tanto, Pablo Albera compaginaba su labor educativa con el estudio de la teología. A medida que se acercaba el momento de su ordenación sacerdotal, aumentaba la insistencia del párroco de None en tenerlo con él como coadjutor parroquial. Este no había entendido que la de Don Bosco era una congregación religiosa, no una simple sociedad eclesial. Como cuenta Lemoyne, don Abrate «había removido cielos y tierra para que el clérigo Pablo Albera, su feligrés, entrase en el Seminario y cuando, ya profesor en el Colegio de Mirabello, estuvo próximo a las sagradas orde-

¹⁴ LC 55.

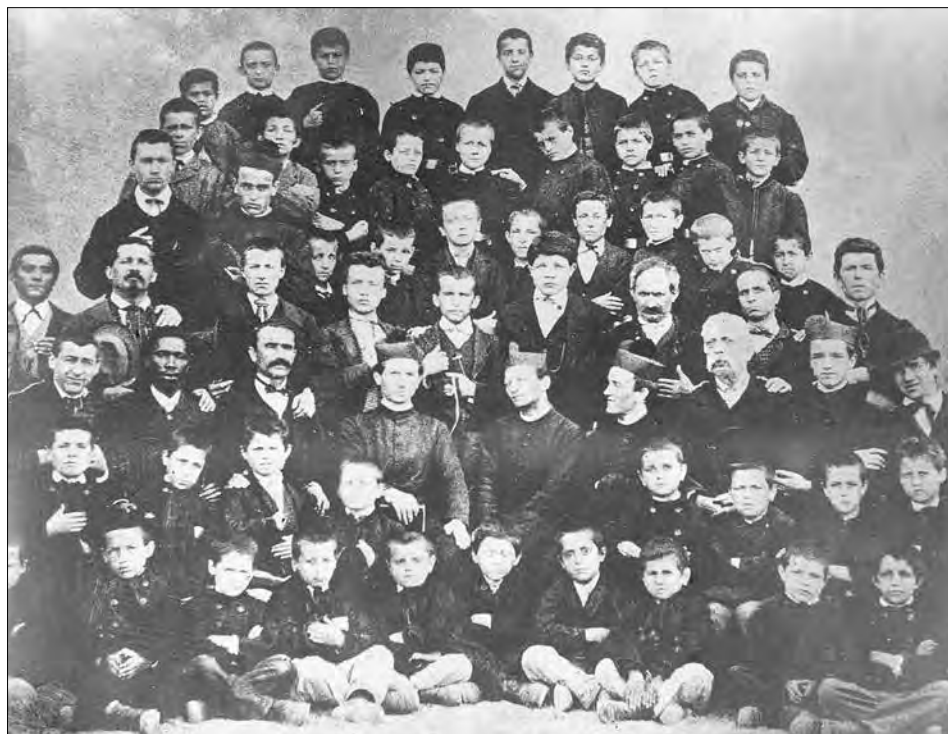
¹⁵ MBe VIII 657.

naciones, hizo cuanto pudo para lograr su intento... Y dijo para acabar:
-Mire, el seminario es para los clérigos, y allí deben instruirse:

¿por qué Don Bosco los tiene en su Oratorio? El clérigo Albera lo quiero para mí y no para Don Bosco»¹⁶). Fue a quejarse al Vicario General de la diócesis, le insistió al propio Don Bosco, pero al final comprendió que Pablo había decidido responder a una especial llamada del Señor. Se resignó y no presionó más.

¹⁶ *MBe* VIII 852-853

Capítulo 2

**PREFECTO EN VALDOCCO
Y DIRECTOR EN GÉNOVA
(1868-1881)**

Don Pablo Albera entre los huérfanos de Sampierdarena

Ordenación y primeros años de sacerdocio

El nuevo arzobispo de Turín, monseñor Riccardi di Netro, cuando llegó el momento de conceder las cartas de aceptación para la ordenación de los Salesianos de su diócesis, opuso cierta resistencia. Le preocupaba la

escasez de sacerdotes y quería que los clérigos de Don Bosco se incorporaran al clero diocesano. Pero ante la decisión de aquellos jóvenes y las razones expuestas por Don Bosco, cedió. El santo le señaló que, al fin y al cabo, la mayoría de los seminaristas diocesanos procedían de los institutos salesianos de Valdocco y Lanzo Torinese y necesitaba a estos jóvenes para seguir haciendo crecer buenas vocaciones seculares. El 25 de marzo de 1868, en la iglesia de la Inmaculada Concepción, adyacente a la residencia episcopal, el obispo Riccardi confirió las órdenes menores a Pablo Albera, Giacomo Costamagna y Francesco Dalmazzo, y tres días más tarde el subdiaconado. Los consagró diáconos el 6 de junio siguiente.

Pablo se preparó con gran fervor. Conservamos un pequeño cuaderno de notas escrito durante los ejercicios espirituales de preparación al subdiaconado (18-28 de marzo de 1868). En la portada se lee: «Tu Corazón, oh amado Jesús, no está abierto más que para prepararme un refugio: aquí correré, aquí encontraré la paz y espero no alejarme jamás. Dulce Corazón de Jesús, haz que yo te ame siempre más y más». Después de la primera meditación escribió: «De este sermón, que Dios, en su suprema bondad, se dignó hacerme escuchar, recogeré estos frutos: 1. Pensaré a menudo en mi nada; 2. Tendré a menudo presente la grandeza y la omnipotencia de Dios. Y con estos dos pensamientos bien firmes, espero, oh Jesús mío, que ya no te vuelva a ofender con pecados de soberbia, y que todas mis acciones las orientaré a tu mayor gloria. Que se cincele en mi mente, en cada una de mis acciones: *Todo por Jesús*». Al terminar los ejercicios, Don Bosco le sugirió algunos «recuerdos»: «Tres son las virtudes deben adornar la vida de un sacerdote: la *caridad*, la *humildad* y la *castidad*. Cuidarás la primera con un amor noble hacia todos, evitando amistades particulares, evitando toda palabra, toda obra que, si estuviera dirigida a ti, te desagradaría. Cuidarás la humildad considerando a todos tus compañeros como superiores, para que luego puedas tratarlos como iguales con toda caridad. Recordarás tus pecados, la humildad y la mansedumbre del Corazón de Jesús, y serás verdaderamente humilde. Cuidarás la tercera trabajando todo lo que puedas y todo para gloria de Dios, con oración hecha desde el corazón, y con la fe, la templanza en el comer y gran mortificación de la vista»¹).

Al cabo de dos meses hizo otros diez días de ejercicios espirituales (18-28 de mayo de 1868) para prepararse a la ordenación diaconal. Escribió: «Comenzaré mis ejercicios grabando bien en la mente lo que me dijo mi

¹ Garneri 35-36.

director espiritual en la confesión. Es necesario que me guarde hasta en las cosas pequeñas, porque son ya faltas muy graves al lado de la bondad de Dios, y nos privan de grandes gracias; y además porque suelen conducir a faltas más graves. Con la ayuda del Señor, cuidaré esto siempre y en todo, pero especialmente cuando se trata de la modestia. Evitaré toda relación demasiado cercana, toda mirada, todo escrito, todo gesto de manos que pueda ofender esta hermosa virtud. Corazón de Jesús, el más puro de todos los corazones, hazme semejante a Ti. Virgen purísima, Reina de las vírgenes, que tanto hiciste y más hubieras hecho por mantenerte casta, he aquí a tus pies un pobre desgraciado que quisiera imitarte, pero no es capaz: ayúdame en todo, llévame del todo contigo. *¡Auxilium Christianorum, ora pro nobis!*». También en esa ocasión Don Bosco le dictó algunos recuerdos: «1. La *meditación* por la mañana, la *visita* al Santísimo durante el día, la lectura espiritual, aunque sea breve, hacia la noche. 2. Aceptar todos los consejos con respeto, es más, dar las gracias a quienes nos aconsejan. 3. Advertir a los compañeros de buena manera sin ofender a nadie, dar buenos consejos y preocuparse de la salud del prójimo. 4. Tener máximo cuidado hasta en las pequeñas cosas, especialmente en cuestiones de modestia». Albera concluyó su retiro con esta invocación: «Preciosísima Sangre de Jesucristo, desciende, si no sobre este papel, sí sobre mi corazón que es más importante, y sella estas intenciones mías. Haz que el fruto de estos ejercicios sea constante y duradero. Virgen Santísima, no me abandones hasta que me veas en el cielo alabándote por todos los siglos. ¡Amén, amén!»².

El 9 de junio de 1868 el diácono Pablo Albera, con sus hermanos y estudiantes de Mirabello, participó en la solemne consagración del santuario de María Auxiliadora en Valdocco. Fue una experiencia intensa. Cincuenta años después, evoca de nuevo las emociones vividas: «Recuerdo como si fuera ayer el momento solemne en el que Don Bosco, todo radiante de alegría, y al mismo tiempo con los ojos velados por las lágrimas por la profunda emoción, fue el primero en subir al altar mayor para celebrar, bajo la mirada piadosa de su gran Auxiliadora, el santo sacrificio de la misa... Los que ya teníamos unos años, nos dábamos cuenta de que el rostro de nuestro venerable parecía casi transfigurado, y que no se cansaba de hablar de su Virgen; y guardamos con celoso recuerdo lo que él, leyendo en el futuro, nos contó en aquella ocasión sobre las maravillas que María

² Garneri 36-37.

Auxiliadora obraría en favor de sus devotos»³).

Aquel mismo día Don Bosco invitó a Pablo a prepararse para la ordenación sacerdotal. Fue ordenado en Casale Monferrato, el 2 de agosto de 1868, por Mons. Pietro Maria Ferrè, el nuevo obispo de aquella diócesis. La víspera, Don Bosco le había dicho: «Cuando tengas la dicha de poder decir tu primera misa, pídele a Dios la gracia de no desanimarte nunca». Años más tarde, en una conferencia a los Salesianos, don Albera les confió: «En aquel momento no entendí la importancia de estas palabras: solo después capté todo su valor».

El 19 de septiembre de 1868 emitió sus votos perpetuos en la casa de Trofarello. Después Don Bosco lo quiso a su lado en Turín. Allí permaneció cuatro años, durante los cuales pudo «gozar de la intimidad de Don Bosco y descubrir en su gran corazón aquellas preciosas enseñanzas que eran tanto más eficaces para nosotros cuanto más las veíamos ya realizadas en su conducta diaria». Al estar cerca de él, se convenció de que «lo único necesario para convertirse en un digno hijo suyo era imitarle en todo». Por eso, siguiendo el ejemplo de otros de entre los primeros Salesianos, «que ya reproducían en sí mismos el modo de pensar, de hablar y de actuar del padre», se esforzó también él por hacer lo mismo⁴. Tenía veintitrés años. Le fue encargada la gestión de los alumnos externos con la tarea de recibir a las visitas y aceptar a los alumnos. Era el más adecuado. Todo el que entraba en su despacho por primera vez era conquistado por su dulce sonrisa y sus amables maneras.

En enero de 1869 la Santa Sede aprobó definitivamente la Sociedad Salesiana. A su regreso de Roma, Don Bosco fue recibido triunfalmente en medio de la alegría de alumnos y Salesianos.

Con motivo de la apertura del Concilio Vaticano I (8 de diciembre de 1869), don Albera escribió un himno en honor de Pío IX, al que puso música Juan Cagliero. Dos días más tarde fue elegido para formar parte del Capítulo Superior, el órgano central de gobierno de la Congregación, sustituyendo a su antiguo profesor, don Francesia, que había sido enviado a dirigir el colegio de Cherasco. Como consejero participó en un importante evento. Él mismo nos lo cuenta: «En mayo de 1871, Don Bosco, habiendo reunido al Consejo, les recomendó que rezaran durante un mes para obtener la luz necesaria para saber si debía ocuparse también de las niñas, como se le pedía de vez en cuando. Acabado el mes, reunió de nuevo al Consejo,

³ LC 262.

⁴ LC 331.

pidiendo a cada uno su opinión; todos estuvieron de acuerdo». Entonces el santo añadió: «Bueno, ahora podemos dar por seguro que es la voluntad de Dios que también nos ocupemos de las niñas».

En esos años se tomaron otras decisiones importantes para el desarrollo de la Sociedad Salesiana: la apertura de los colegios de Alassio (1870) y Varazze (1871), la ampliación del colegio de Lanzo Torinese, el traslado del *Piccolo Seminario* de Mirabello a Borgo San Martino (1870), la fundación de un hospicio para huérfanos en Génova-Marassi (1871), y la aceptación del liceo de Valsalice (1872).

Fundador de la casa salesiana de Génova

En 1871 los miembros de las Conferencias de San Vicente de Génova propusieron a Don Bosco abrir un hospicio para los huérfanos de dicha ciudad. Estaban dispuestos a sufragar los gastos de manutención de los chicos y el alquiler del local. El senador Giuseppe Cataldi puso a su disposición una casa por 500 liras al año. El edificio estaba situado en la región de Marassi, en la colina este, entre el centro de la ciudad y el cementerio de Staglieno. No parecía del todo adecuado, pero el santo, animado por el arzobispo Salvatore Magnasco, aceptó con la aprobación de su Consejo.

Don Albera fue enviado como director, en compañía de dos clérigos, tres coadjutores y un cocinero. En el momento de su partida, Don Bosco le preguntó si necesitaba dinero. Le respondió que no era necesario, pues el ecónomo le había dado 500 liras. El santo le contestó que comenzar una obra de caridad con esa suma era un signo de poca confianza en la Providencia. Le hizo devolver el dinero y le asignó una suma mucho menor, pero le dio algunas cartas para los bienhechores.

Salieron de Turín el 26 de octubre de 1871. En la estación de Génova no encontraron a nadie esperándoles. Pidieron información a los transeúntes y llegaron a la casa que les estaba destinada. Un agricultor estaba trabajando en el terreno de al lado. Les preguntó quiénes eran. Se presentaron. «Ah, vosotros sois los *díscolos*», contestó y les hizo pasar al edificio completamente vacío, desprovisto de sillas, mesas, camas y víveres. Don Albera ni se inmutó. Le dio al cocinero el dinero para que pudiera ir al pueblo a buscar provisiones, y este encontró por el camino con una caravana de mulas que transportaba artículos esenciales a su casa. Habían sido enviados por el presidente de la Conferencia de San Vicente: fue esta la primera señal de la Providencia.

En los días sucesivos otras expediciones completaron lo que faltaba para iniciar la obra, que adquirió el nombre de Hospicio de San Vicente de Paúl. Llegaron los dos primeros huérfanos, y tras ellos otros. Los comienzos fueron duros, pero no faltaron bienhechores, siendo los primeros los propios campesinos de la zona. Domenico Canepa, que vivía allí cerca, contaría cincuenta años después: «Recuerdo cuando don Albera y sus compañeros llegaron a Marassi. Mirábamos a los recién llegados con cierta desconfianza. Quizá debido a al cercano *Instituto de los díscolos* del valle del Bisagno, se les atribuyó también ese título a los primeros jóvenes que, recomendados por la Conferencia, fueron recibidos en Marassi; pero alguno pronto se dio cuenta de que tal apodo no era en absoluto apropiado. Con gran asombro y placer observábamos la familiaridad que existía entre los superiores y los alumnos: hablaban y jugaban juntos, y por la noche, en la terraza, cantaban hermosas alabanzas a la Virgen, para gozo de los habitantes del barrio, y cuyo eco subía hasta el santuario de Nuestra Señora del Monte, prácticamente frente al Hospicio. Gran asombro nos causaba sobre todo ver a esos jóvenes jugando o paseando en medio de las hileras de viñas, sin que sintieran la más mínima tentación de arrancar ninguno de los magníficos racimos de uva: y por más que observábamos, nunca conseguimos pillarlos en esta debilidad»⁵).

Domenico Canepa también era huérfano. Ayudaba a un tío en el trabajo de los campos que estaban junto a la casa salesiana. Una noche, mientras estaba apoyado en la puerta del hospicio, sintió un toque en el hombro. Era don Albera que le preguntó, sonriendo: «¿Quieres venir conmigo?». Conquistado por tal cordialidad, respondió inmediatamente: «¡Sí, señor!». Unos meses más tarde, cuando el instituto se trasladó a Sampierdarena, se unió a la comunidad y con el tiempo se hizo Salesiano.

En el primer año se acogió a unos cuarenta jóvenes, tantos como la casa podía contener. Estaban divididos en tres talleres: sastres, zapateros y carpinteros. Don Albera, el único sacerdote, celebraba, predicaba, confesaba y enseñaba en la escuela. El reducido número de alumnos le permitía dedicarse totalmente a su formación. Los resultados no faltaron: aquellos inquietos muchachos se hicieron, poco a poco, educados, respetuosos, trabajadores y devotos.

Don Bosco visitó Marassi un par de veces durante el año escolar. Enseguida se dio cuenta de que el edificio era inadecuado y estaba situado en una zona periférica con pocas posibilidades de desarrollo. Apoyado

⁵ Garneri 48.

por el arzobispo, encontró un lugar más adecuado en Sampierdarena. La estación de ferrocarril que se estaba construyendo favorecería la transformación industrial del pueblo, convirtiéndolo en un importante centro comercial bien comunicado con la Riviera di Ponente y con el interior del Piamonte y Lombardía. Monseñor Magnasco le ayudó a comprar el antiguo convento de los Teatinos y la iglesia anexa de San Gaetano, que se encontraba en un estado pésimo. El convento, que había sido suprimido en 1796, había sido utilizado desde entonces como almacén, cuartel, hospital, fábrica de pegamento y establo. No tenía patio, por lo que Don Bosco compró un amplio terreno vecino. La compra del edificio y del terreno, y la restauración de los locales supusieron un gasto de más de setenta mil liras: una suma enorme, reunida gracias a la generosidad de los bienhechores genoveses implicados personalmente por el santo con la ayuda del joven director don Albera, cuya amabilidad y humildad se ganaron la simpatía general.

Don Bosco no escatimó en gastos a la hora de restaurar la iglesia. Amplió el espacio del coro alto, colocó un nuevo órgano y construyó una gran sacristía. Bajo la dirección del arquitecto Maurizio Dufour y la supervisión de don Albera, se reformó el revoque, el techo, las puertas y ventanas, la cornisa interior y la sillería del coro. Se construyeron nuevos altares de mármol con balaustradas y, por último, se colocó un hermoso suelo de mármol.

Después del traslado a Sampierdarena (noviembre de 1872), el número de alumnos creció. Con el servicio en la iglesia pública aumentó también el trabajo de Albera. A medida que los trabajos de restauración continuaban, la gente del barrio empezó a acudir. Les gustaban las celebraciones litúrgicas bien preparadas, con actuaciones musicales, monaguillos y ministrantes. Todo ello dirigido por el joven y dinámico director, del cual se apreciaba la predicación: bien preparada, rica en ideas, convencida y a la vez comedida. En torno a la obra creció un numeroso grupo de Cooperadores, animados por don Albera. El arzobispo Magnasco también era miembro. Su contribución permitió el desarrollo de la institución. Creció el número de solicitudes para acoger a jóvenes pobres y hubo que construir un nuevo edificio. El arzobispo bendijo la primera piedra el 14 de febrero de 1875. La construcción se completó en apenas dos años. A los tres primeros talleres se añadieron los de encuadernadores, mecánicos, impresores y compositores. Comenzaron también las escuelas secundarias para los jóvenes orientados a la vocación sacerdotal.

Con su celo industrioso y su carácter afable, don Albera consiguió repro-

ducir en Sampierdarena el modelo y el espíritu de Valdocco. Los antiguos alumnos de la época dan testimonio unánime de «su trato exquisitamente paternal, que le hacía simpatizar con todos, la bondad de su corazón, que le hacía muy sensible a las necesidades de sus hijos, la piedad elevada y viva que edificaba y conducía al bien, la mente culta y abierta, dispuesta a percibir las disposiciones psicológicas de cada uno y a ofrecer, a todos, su ayuda». El coadjutor Carlo Brovia escribe: «Don Albera no era solo el director, sino también un padre muy tierno. Apasionado con sus alumnos, no se cansaba de exhortarlos, educándoles en sus deberes con la caridad de Don Bosco. Y los jóvenes respondían plenamente, con gran satisfacción. Cómo sabía incitarlos a la piedad y cuánta alegría mostraba en los días de fiesta si veía un buen número de comuniones o que la comunión había sido general»⁶.

En 1875 Don Bosco concibió la *Obra de los Hijos de María Auxiliadora*, una especie de seminario para vocaciones adultas. Fue una intuición genial e innovadora que a lo largo de los años proporcionó abundantes vocaciones a las diócesis y a la Congregación Salesiana. Contemplaba un itinerario formativo más rápido pero exigente (se llamaba la *scuola di fuoco* [escuela de fuego]), pensado para jóvenes adultos que no habían podido asistir a la escuela en su adolescencia. La obra no pudo llevarse a cabo en Turín por la oposición de la Curia. Así que Don Bosco le encargó a Albera la tarea de obtener la aprobación del obispo Magnasco y le confió su realización. Fue una elección afortunada. En el curso 1875-76 el instituto de Sampierdarena se enriqueció con esta nueva sección que prosperó gracias al celo apostólico y la energía espiritual del director.

La carga de trabajo aumentó, junto a la preocupación diaria por hacer frente a los problemas financieros y a la falta de personal. La salud del joven director se resintió. Los miembros del Capítulo Superior se dieron cuenta de ello. En el acta de la reunión del 18 de septiembre de 1875 se lee que Don Rua preguntó a los presentes «si era conveniente cambiarlo de director de Sampierdarena, porque parecía que el aire le perjudicaba, pues no gozaba de buena salud desde hacía unos tres años». Alguien sugirió que primero se hiciera una consulta médica para ver si era el aire lo que le perjudicaba; pero todos coincidieron en que lo que le hacía perder la salud eran, sobre todo, los disgustos. Él es muy sensible, además, no es muy efusivo y apenas lo soporta». Don Albera no estaba presente en aquel momento. Se decidió esperar su llegada para «preguntarle sobre lo que

⁶ Garneri 48.

consideraba más conveniente para su salud»⁷). La crónica no dice más. Probablemente quitó importancia a los problemas y se mostró disponible para continuar.

En noviembre de ese año, la casa de Sampierdarena hospedó al primer grupo de misioneros que partía hacia América bajo la dirección de Juan Cagliero. Llegaron el jueves 11, a medianoche. Durante los dos días siguientes completaron los preparativos para el viaje y los trámites legales. El domingo fueron acompañados al puerto. Don Bosco y Albera subieron al barco para despedirse. Fue una escena conmovedora, narrada con gran detalle por don Lemoyne⁸).

El 2 de febrero de 1876, durante las *Conferencias de San Francisco de Sales*, celebradas cada año y en las cuales los directores se reunían para poner al día a los hermanos sobre el estado de los colegios, don Albera dio un sobrio informe sobre la obra en Sampierdarena. La casa, dijo, está en pleno crecimiento, los artesanos y estudiantes alojados en el nuevo edificio son ciento veinte y pronto serán «más del doble». Los hermanos «trabajan duro por el bien de las almas». La salud de todos es buena. «Se trabaja mucho y también se estudia mucho. La piedad de los hermanos es tan grande, especialmente en el acercarse a la comunión, que muchos fueron atraídos a la Iglesia tan solo por este ejemplo. Es más, se tuvo la suerte de llamar de nuevo al redil a alguna oveja que se había alejado de la Iglesia e incluso se había unido a sociedades secretas: ahora, habiendo abandonado el pecado, obra cual buen cristiano. Algunos hermanos van a las iglesias de la ciudad a enseñar el catecismo. Muchos jóvenes acuden a la casa los días de fiesta y, como no es posible –aunque la iglesia es muy grande– hacer allí el catecismo y predicar, porque está llena sobre todo los días de fiesta, se les lleva a algún aula, y después de la catequesis y un poco de predicación se les lleva a la iglesia para la bendición eucarística. La población está muy contenta y nos recibe y apoya. Todas las mañanas hay muchas comuniones, sobre todo de los *Hijos de María*, que son unos treinta»⁹).

El 6 de febrero de 1877, en la conferencia general de directores, Don Rua presentó cada una de las obras salesianas. De la casa dirigida por don Albera dijo: «Hablo con cierta envidia de Sampierdarena, porque amenaza con superar al Oratorio. Hace cinco años era un cuchitril, donde unas pocas habitaciones servían de escuela, dormitorio, cocina, estudio... Nos

⁷ ASC D869, *Verbali delle riunioni capitolari 1884-1904*, 15-16.

⁸ *MBe* XII 334-337.

⁹ ASC A0000306, *Discorsetti vespertini. Quad. 1 1876*, ms F. Ghigliotto, 19.

hacíamos muchas preguntas. Los alumnos externos eran muy numerosos. Era necesario un edificio que respondiera a las necesidades. Sampierdarena, una ciudad famosa por la irreligiosidad y la masonería era una aventura arriesgada. La Providencia lo quiso así. A nuestro superior no le importaron las dificultades y construyó un hermoso y gran colegio tanto para los internos como para los externos. Hace dos años se terminó. En poco tiempo el número de jóvenes creció y ahora son 260 o 300: casi casi alcanza al Oratorio. Este incremento ha de ser atribuido también a la *Obra de los Hijos de María Auxiliadora*, por la que los jóvenes de mayor edad estudian latín para dotar a la Iglesia y a la Congregación de buenos ministros del Señor. Este año hay setenta en Sampierdarena. De los del año pasado, casi todos vistieron el hábito y la mayoría se inscribieron en la Congregación y están aquí en Valdocco. Este año Sampierdarena dio algunos clérigos, algunos de los cuales están en el seminario, otros están aquí con nosotros. Este año también se inició el Oratorio festivo: en un pasillo se hizo una capilla para el catecismo y la bendición. Además, se procura facilitar que los alumnos puedan acercarse a los sacramentos. También cabe destacar la imprenta, de la que ya han salido unos cuantos buenos libros, cuya difusión hará mucho bien entre la población»¹⁰.

1877 fue un año memorable para don Pablo Albera. Los *Hijos de María* crecían y el número de solicitudes aumentaba, incluso una vez comenzado el año escolar. Don Bosco quería que todos los que cumplieran los requisitos fueran aceptados, independientemente del momento de la admisión. El director estaba preocupado por su formación escolar y por la falta de personal. El problema fue discutido en el Capítulo Superior y se decidió que aquellos que llegaban más tarde debían ser ocupados en trabajos manuales, con alguna clase preparatoria hasta que se juntaran bastantes como para formar una clase a la cual se le asignaría un maestro.

En los primeros días de junio, el arzobispo de Buenos Aires llegó a Génova a la cabeza de una peregrinación argentina a Roma. Don Bosco quiso esperarlo en la casa de Sampierdarena. Pero cuando llegó el obispo Federico Aneyros, estaba en la sacristía rezando la acción de gracias después de la eucaristía. Albera se encaminó a avisarle de la llegada del arzobispo, pero el prelado le detuvo: «¡No se moleste a un santo mientras está con Dios después de la santa misa! Así aguardó a que él saliese de la sacristía y, entonces ¡qué conmovedora escena!»¹¹.

¹⁰ ASC A0000301, *Conferenze e sogni 1876*, ms G. Gresino, 52-54.

¹¹ *MBe* XIII, 122.

Ese mismo año don Albera tuvo algunos problemas debido a un pequeño volumen de las *Lecturas Católicas*, que trataba sobre las gracias concedidas por María Auxiliadora a sus fieles, y que se había editado en la imprenta de Sampierdarena. En Turín, monseñor Gastaldi impugnó la operación, pues consideraba que formaba parte de sus competencias juzgar la autenticidad de presuntos milagros ocurridos en una iglesia de su diócesis. Consideró ilegítimo el *imprimatur* que había sido concedido por la Curia de Génova. Albera procuró mediar. Se reunió varias veces con el obispo Magnasco para informarle de las sinceras intenciones de Don Bosco y contribuyó a suavizar las tensiones entre Turín y Génova.

La imprenta de Sampierdarena, a instancias de Don Bosco, había sido equipada con una maquinaria moderna y muy costosa. Se contrajeron deudas considerables y, para pagarlas, don Albera organizó una lotería autorizada por el prefecto de Génova, que tuvo un gran resultado. El 10 de agosto de 1877 salió el primer número del *Boletín Salesiano* en la imprenta del Hospicio de San Vicente de Paúl. Siguió imprimiéndose allí hasta septiembre de 1882, cuando se atenuaron los encontronazos tenidos con el obispo Gastaldi.

Entre el 5 de septiembre y el 5 de octubre de 1877, Albera participó en el primer Capítulo General de la Sociedad Salesiana. Fue miembro de tres importantes comisiones: la tercera sobre la *vida en común*; la cuarta sobre la organización de las inspectorías y los deberes del inspector salesiano; y la séptima sobre las *Hijas de María Auxiliadora*. A su regreso a Sampierdarena, acogió a los misioneros de la tercera expedición, que zarparon el 14 de noviembre. Llevó a Don Bosco al vapor Savoie para despedirse. En esa ocasión tuvo también la oportunidad de conocer a la hermana Maria Domenica Mazzarello, que había acompañado a Génova a las primeras hermanas misioneras.

La complejidad de la obra y las preocupaciones relacionadas con la gestión de una comunidad tan variada fueron progresivamente desgastando el cuerpo del director. Don Bosco, que conocía su sensibilidad, fue muy delicado con él. Le animó, le aconsejó y le apoyó con cartas y visitas frecuentes. Y a pesar de su precaria salud, los años que pasó Albera en Génova estuvieron llenos de iniciativas y de trabajo intenso. No se guardaba nada para sí: cada mes recibía a los Salesianos, a los *Hijos de María* y a cada uno de los alumnos para el coloquio; cada quince días daba a la comunidad la conferencia prescrita por las constituciones; cada mañana, durante la misa comunitaria, se metía en el confesionario; cada noche daba una charla de buenas noches; los domingos hacía la explicación del Evangelio por la

mañana y la instrucción religiosa por la tarde. También estaba disponible para el ministerio fuera del colegio siempre que fuera compatible con sus compromisos prioritarios. Visitaba regularmente a bienhechores y Cooperadores, constantemente acosado por la pesadilla de las deudas. Su fuerte fe, su confianza en la Providencia y en María Auxiliadora le ayudaron a superar todos los obstáculos. A menudo los hermanos lo encontraban en el silencio de la noche arrodillado ante la imagen de la Virgen implorando la gracia de ser provistos con pan para el día siguiente. «Conquistó todos los corazones: todas las puertas de los grandes señores genoveses y de la gente del pueblo estaban siempre abiertas para el joven sacerdote, tan modesto y tan amable en su austeridad»¹²⁾.

Don Raffaele Crippa, más adelante misionero entre los leprosos de Colombia, fue acogido por Albera en marzo de 1879 entre los Hijos de María. Cuenta: «Durante dos años me encargué de despertarlo todas las mañanas antes de las cinco, porque además de ser confesor de los de la casa, también confesaba a muchos forasteros y su confesionario estaba muy concurrido. Uno de los sacerdotes de la casa me sugirió que, en el caso de que don Albera estuviera indispuerto, le llamara más tarde para la misa de los artesanos; pero en cuanto puse en práctica su consejo, me ordenó que fuera puntual y sin demora a la hora indicada...; en lo que respecta al descanso, ya se encargaría él... Era, además, muy vivo en él el espíritu de pobreza. Una mañana vino a desayunar antes que los demás, y como el dispensero no estaba todavía, me puse a servirle. Mientras le ponía la mesa, en un descuido se me cayó un trocito de pan al suelo: enseguida me lo advirtió y, cuando lo recogí, me rogó que se lo diera. Yo dudé, pero él insistió, diciéndome que prefería comer los trozos pequeños porque le ahorraban un poco de fatiga, y con una hermosa sonrisa añadió: “Y además somos pobres, y no debemos desdeñar nada”. Estas últimas palabras me convencieron: una conferencia espiritual no me habría impresionado más, y nunca he olvidado aquella pequeña lección»¹³⁾.

Una de las principales preocupaciones del joven director era el cuidado de las vocaciones religiosas y eclesialísticas. Durante los años de su gobierno, numerosos sacerdotes diocesanos y muchos excelentes Salesianos salieron de la casa de Sampierdarena, eficazmente formados por su dirección espiritual.

¹² Garneri 68.

¹³ Garneri 69.

Capítulo 3

**INSPECTOR DE LAS CASAS SALESIANAS
DE FRANCIA (1881-1892)**

*Don Pablo Albera inspector de las casas salesianas de Francia y Bélgica
(1881-1892)*

1881-1884

En otoño de 1881 Don Bosco le asignó la dirección de las instituciones salesianas de Francia. Necesitaba un hombre inteligente, prudente y lo suficientemente versado en el idioma como para expandir la obra salesiana en ese país y adaptar el espíritu y el método de Valdocco al carácter francés.

A principios de octubre, don Pablo Albera cedió la dirección de la casa de Sampierdarena a Domenico Belmonte. Luego fue a Turín para reunirse con el Fundador. No se consideraba apto para esta obediencia y por ello esperaba que no se le encomendase. «¿Cómo? ¿Aún no has ido a Marsella? – le dijo Don Bosco - ¡Ve inmediatamente!». El santo llevaba un año planificando el traslado, sabiendo que tendría que prevenir la oposición de una gran bienhechora de Génova y de otras personas aficionadas al director de Sampierdarena. Así que les fue preparando con tiempo y con mucho tacto. También advirtió a Albera que debía arreglar las cosas de manera que pudiera dejar la obra sin inconvenientes.

Al escuchar la orden de Don Bosco, Albera regresó inmediatamente a Génova. Presentó el nuevo director a los bienhechores, especialmente a los principales Cooperadores reunidos en Villa Fanny Ghiglini. Después marchó. En aquellos diez años se había ganado la estima y el afecto del clero genovés, de la curia y del arzobispo. «En la visita de despedida, el vicario general le abrazó, exclamando con lágrimas en los ojos: “¡Pierdo a un amigo!”»¹). Don Albera también sintió dolor por la separación, pero hizo el sacrificio que se le pidió con generosidad.

Tenía 36 años cuando llegó a Marsella en la segunda quincena de octubre de 1881. Las cuatro casas salesianas de Francia –el Patronato Saint-Pierre de Niza, el Oratorio San León de Marsella, el Orfanato San Isidoro de Saint-Cyr-sur-Mer y el Orfanato Saint-Joseph de La Navarre– se habían separado de la inspectoría de Liguria para formar una circunscripción independiente bajo la dirección de don Albera, que había sido nombrado inspector. Los hermanos que le fueron confiados, cuarenta y tres profesos y dieciséis novicios, le esperaban con confianza. Don Giuseppe Bologna, director de Marsella, escribió a Don Bosco para darle las gracias: «La experiencia de don Albera, su bondad y su virtud nos hacen suspirar por el momento en que lo tengamos entre nosotros».

No fue una época feliz para las comunidades religiosas francesas. El año anterior, el gobierno francés había decretado la expulsión de las congregaciones no autorizadas. Hasta finales de 1880, 260 conventos habían sido suprimidos y 5643 religiosos expulsados. Los Salesianos se habían instalado en Francia sin el permiso oficial del gobierno. Don Bosco afirmaba que los Salesianos eran una simple sociedad de beneficencia, cuyos miembros gozaban de todos los derechos civiles. Mientras tanto, aseguró a los suyos la protección de María Auxiliadora: «No tengáis miedo.

¹ *MBe* XV, 395.

Tendréis problemas, molestias e inconvenientes, pero no os derrumbarán. En un sueño vi a la Virgen extendiendo su manto sobre nuestras casas en Francia...». Los periódicos anticlericales de Marsella habían lanzado una acalorada campaña contra los Salesianos, pero cuando Albera llegó, las aguas se habían calmado.

Durante dos años estuvo al lado de don Bologna en la dirección de la casa, hasta que este fue enviado a dirigir la nueva obra de Lille. En ese momento asumió plenamente sus funciones de inspector y director, retomando el estilo de vida que había llevado en Sampierdarena. Multiplicó sus esfuerzos para reproducir en el Oratorio de San León el ambiente que había vivido en Valdocco durante su adolescencia. Lo consiguió. Sabía cómo hacer crecer la virtud y la piedad en los jóvenes. Los frutos se vieron en las numerosas vocaciones que florecieron en la casa durante su estancia. Un Salesiano francés escribió: «Quizá nunca hubo tantas vocaciones como en el tiempo de don Albera; y los antiguos alumnos que más se distinguieron por la piedad y la firmeza en la vida cristiana fueron los suyos». Otro hermano, que era estudiante en Marsella, cuenta: «Me edificó mucho el comportamiento modesto y humilde de nuestro superior, su constante sonrisa que animaba y su trato amable y simpático que atraía. No había recreo en el que no apareciera entre nosotros; pero también venía a visitarnos en los otros ambientes, especialmente en el comedor y en la capilla. Hablaba poco, pero su presencia era suficiente para volvernos respetuosos. Don Albera fue mi confesor durante todo el tiempo que estuve en el Oratorio: me hizo progresar en la vida religiosa y sacerdotal con buenos consejos y acompañamiento paternal, ayudándome a superar las inevitables dificultades. Los miembros de la Compañía de San Luis y del Santísimo Sacramento lo tenían con frecuencia en sus reuniones semanales y de sus palabras sacaban incitaciones a la piedad y a la virtud»².

No hizo más que aplicar «las santas empresas» recomendadas por Don Bosco en sus *Recuerdos confidenciales a los directores*: conocer a los alumnos y darse a conocer ante ellos pasando el mayor tiempo posible entre ellos; susurrarles, de vez en cuando, algunas palabras afectuosas al oído; ganarse sus corazones con la *amorevolezza* y modales gentiles...

Fue un hombre de gran piedad y propagó la devoción al Sagrado Corazón, que le era especialmente querida. A Albera le gustaba meditar sobre los autores espirituales franceses, especialmente las obras de san Francisco de Sales. Sus dotes, su bondad y su celo, su amor por la juventud

² Garneri 80-81.

y la santidad de su vida brillaron tanto a los ojos de los marseleses que pronto comenzaron a llamarle *le petit Don Bosco* (el pequeño Don Bosco), como si fuera la verdadera expresión de su imagen.

También demostró ser un superior muy válido. Su capacidad de organización, la actividad ordenada e inteligente, y el cuidado de las relaciones produjeron efectos sorprendentes. Durante los años de su servicio de inspector, las casas salesianas en Francia pasaron de cuatro a trece, a pesar del clima de sospecha y persecución contra los religiosos.

El 7 de enero de 1882 el fundador le escribió: «Espero estar con vosotros para celebrar la fiesta de San Francisco de Sales, a fin de que nuestro protector pueda romper los cuernos a una partida de diablos que no nos dejan en paz»³. Cumplió su palabra. La presencia del santo en Marsella hizo posible la adquisición de dos edificios adyacentes al Oratorio, que resultaron preciosos para la ampliación de la obra. Don Bosco se quedó hasta el 20 de febrero. Albera no le abandonó en ningún momento. En presencia del Fundador tendía a mantenerse alejado para no hacerle sombra, aun siguiéndole y estando siempre con él en las numerosas reuniones.

El 24 de febrero Albera envió al cardenal Lorenzo Nina un impresionante informe de todos los milagros que había presenciado mientras acompañaba a Don Bosco, especialmente las numerosas curaciones que habían acaecido con la bendición de María Auxiliadora. En aquella ocasión experimentó también la generosidad de la Providencia, pues las ofrendas para la casa de Marsella superaron los cuarenta y dos mil francos. Ante esta liberalidad respondió aumentando la acogida gratuita de los niños más pobres y reduciendo las pensiones.

La señora Eudoxie Olive, bienhechora de la obra salesiana de Marsella, pidió consejo a Don Bosco para elegir un director espiritual. El santo se recogió un momento y luego respondió: «Toma a don Albera como director: ¡es un hombre que hace milagros en la dirección de las almas!»⁴ Este juicio halagador se ve confirmado por su correspondencia con las numerosas personas que se confiaron a su guía espiritual. Supo acompañar con prudencia ilustrada, con discreción, mano segura y, si era necesario, también con energía y firmeza.

Al año siguiente, Don Bosco volvió a visitar Francia. El 29 de marzo de 1883, en la capilla de la casa de Marsella, bendijo la hermosa estatua de María Auxiliadora del escultor Gallard. Luego dio una conferencia a

³ *MBe* XV 413.

⁴ Garneri 79.

los Cooperadores de la ciudad, recomendando la obra dirigida por Albera, cargada con la deuda contraída para la construcción del nuevo edificio destinado a acoger a otro centenar de jóvenes pobres. A continuación, se dirigió a Lyon y a París, donde permaneció del 18 de abril al 25 de mayo. Fue un viaje triunfal. Mientras tanto, en el Oratorio San León, el mes de mayo se celebraba con particular fervor. Frente a la estatua bendecida por Don Bosco, Albera pronunciaba cada día un breve y apasionado sermón que calentaba el corazón de los jóvenes. En junio, mes del Sagrado Corazón de Jesús, predicó con tal fervor que una cooperadora, convencida por sus reflexiones, regaló al Instituto una estatua del Sagrado Corazón. El 22 de julio, don Albera la bendijo solemnemente con una instrucción sobre la esencia y la importancia de esta devoción.

En septiembre de 1883 participó en el tercer Capítulo General que se celebró en Turín-Valsalice. Fue miembro de dos comisiones: la tercera, encargada de preparar el reglamento de las parroquias dirigidas por los Salesianos, y la quinta que estudió «la dirección que debía darse a la parte obrera de las casas salesianas y los medios para desarrollar la vocación en los jóvenes artesanos». Cuando se discutió el artículo relativo a la casa de noviciado, expuso «las dificultades que los aspirantes franceses se encontrarían al hacer el noviciado en Italia, causadas por la lengua, la instrucción respectiva y sobre todo por la antipatía nacional». Por ello se decidió abrir dos noviciados en Francia, uno para los Salesianos y otro para las Hijas de María Auxiliadora. El noviciado salesiano se inauguró el 8 de diciembre de ese mismo año, en Sainte-Marguerite, no lejos de Marsella, en una propiedad ofrecida por una bienhechora de París.

Debido a la fama adquirida por Don Bosco en Francia y Bélgica, fomentada por la incansable y celosa acción de don Albera y los buenos resultados educativos obtenidos en las obras salesianas, la opinión pública católica vio en la joven Congregación un instrumento providencial ofrecido a la Iglesia en un momento problemático de la historia. A causa de esto se multiplicaron las propuestas de fundaciones. En enero de 1884, don Albera asumió el orfanato de Lille, anteriormente dirigido por las Hijas de la Caridad, y lo confió a la dirección de don Bologna, relanzándolo como escuela profesional. En diciembre se hizo cargo del Patronato Saint-Pierre de Ménilmontant, un barrio obrero de París, que Don Bosco quiso llamar *Oratoire Salésien de Saint-Pierre et de Saint-Paul*.

A principios de 1884 murió su querida madre. Pablo Albera llegó a None justo a tiempo para asistir al funeral. No pudo quedarse mucho tiempo con su familia porque en esos días se inauguraba la obra de Lille.

También ese año, a pesar de sus dificultades de salud, Don Bosco quiso visitar Francia. Llegó a Niza el 5 de marzo. Del 15 al 25 permaneció en Marsella. Albera trató de asegurarle momentos de descanso. También organizó una consulta con el doctor Paul-Matthieu Combal, de la Universidad de Montpellier, que examinó al santo y comprobó que sufría un grave agotamiento físico. Don Barberis, compañero de viaje de Don Bosco, atestigua: «En aquella ocasión supe especialmente cuánto quería don Albera a Don Bosco: cuántas delicadezas y atenciones concedió al querido Padre. Llevó a Don Bosco a visitar a varias familias que se quedaron a comer con nosotros; en esos momentos don Albera sostenía la conversación maravillosamente, con brío y delicadeza»⁵.

En junio de 1884, Marsella fue golpeada por el cólera. Avisó inmediatamente a Don Bosco, que prometió oraciones especiales por los Salesianos y sus alumnos. Aseguró la seguridad de todo aquel que llevara encima la medalla de María Auxiliadora, repitiera a menudo la jaculatoria *Maria Auxilium christianorum ora pro nobis* y asistiera a los santos sacramentos. Don Albera comunicó a los suyos las palabras del santo y nadie en la casa se vio afectado por la enfermedad. Más tarde escribió al padre para informarle de los estragos del cólera, de la huida de Marsella de más de cien mil habitantes y del número de muertos en la ciudad: de noventa a cien cada día. Y añadió: «En nuestro Oratorio, gracias a la protección de María Auxiliadora que usted nos prometió, y gracias a las precauciones tomadas a tiempo para evitar el contagio, no hemos tenido ni un solo caso. Es más: cuatro veces nos ocurrió el ver todos los síntomas del cólera en algún joven, pero para nuestro consuelo estos síntomas desaparecían completamente a las pocas horas... Es un milagro de la Virgen. En la casa tenemos más de ciento cincuenta jóvenes que no serán recogidos, bien porque son de la propia ciudad de Marsella, bien porque sus familiares no pueden recogerlos. Incluso aquellos que partieron a sus casas, conservan un excelente estado de salud y nadie ha sido aún alcanzado por la terrible enfermedad... Otra noticia consoladora: ninguno de nuestros bienhechores y amigos ha caído por ahora enfermo»⁶.

En septiembre la epidemia se extinguió, dejando a muchos huérfanos sin sustento. Albera acogió a un buen número de ellos. Para mantenerlos, recurrió a los Cooperadores franceses que acudieron generosamente en su ayuda. El 3 de diciembre, Don Bosco comentó con don Viglietti los

⁵ ASC B0330109, *Per le memorie di D. Paolo Albera [1923]*, ms G. Barberis, 3.

⁶ *Bulletin Salésien* 1884, 91.

problemas financieros del inspector de Francia: «¡Qué grande es la Providencia!... Me escribía don Pablo Albera que no podía ir adelante porque necesitaba enseguida mil francos; aquel mismo día una señora de Marsella, que anhelaba ver a un hermano suyo religioso en París, satisfecha por haber obtenido la gracia de la Virgen, llevó mil francos a don Pablo Albera»⁷).

1885-1888

El 28 de febrero de 1885 algunos periódicos franceses anunciaron la muerte de Don Bosco. Era una noticia falsa, pero causó gran angustia. Albera se apresuró a desmentirlo en una reunión con las señoras del Patronato y anunció el deseo del Fundador de visitar Marsella en torno a la Pascua. Pero la noticia de la muerte de su querido padre tuvo un duro impacto en su frágil salud: «Esta mañana –escribió don Giovanni Battista Grosso a una bienhechora el 3 de marzo– don Albera tuvo que esforzarse mucho para decir la misa. Apenas puede hablar por el dolor de garganta, y anoche no pegó ojo. No está en cama porque cuando está tumbado el dolor en los riñones, que tiene desde hace tiempo, le hace sufrir más».

Don Bosco cumplió su palabra. Llegó a Marsella el 3 de abril, dos días antes de la Pascua, y fue una gran fiesta para todos. En esos días Albera no le abandonó ni un instante. El miércoles 8 le acompañó a comer con la familia Olive. Después de la comida, los cinco hijos y las cuatro hijas, por turno, se reunieron en privado con el santo para discernir su vocación. Quedó edificado por la calidad espiritual de estos jóvenes. Tres de ellos se hicieron sacerdotes y dos Hijas de María Auxiliadora. El viernes 10 visitó a los novicios de Sainte-Marguerite. El domingo 12 Albera organizó una comida en honor a Don Bosco para los bienhechores de la Casa Salesiana. En su discurso, el señor Bergasse elogió a los alumnos del instituto: «Estos jóvenes son queridos y admirados por todos... Basta con oír cómo cantan, verlos en la iglesia, respetuosos, modestos, disciplinados, para decir: ¡He aquí los hijos de Don Bosco!». Era un elogio indirecto a su director, tan solícito por la educación de los jóvenes y tan capaz de formarlos en el gusto por la piedad, en el amor a la liturgia y al canto gregoriano. Don Grosso, maestro de música de la casa y fundador de la *Schola Cantorum* del instituto, escribió sobre don Albera: «Una de las marcas de su espíritu de piedad era el gran empeño que tenía en promover el decoro en las

⁷ *MBe* XVII, 336-337.

funciones sagradas, y se alegraba cuando, cuidadosamente preparadas, eran solemnes y devotas. En las solemnidades asistía de buen grado a la parroquia de San José, donde los jóvenes del Oratorio de San León en Marsella prestaban servicio para los cantos y las ceremonias sagradas; era abundante en elogios para los alumnos y los profesores. Mostraba todo su entusiasmo y satisfacción al escuchar las melodías gregorianas, que, precisamente en aquellos años, por obra del benedictino *dom Joseph Pothier* y sus hermanos los monjes de Solesmes, eran devueltas a su antigua pureza y expresión»⁸).

El 20 de abril por la mañana, Don Bosco partió hacia Turín. Albera no pudo contener las lágrimas. A principios de julio, el Oratorio de San León se vio afectado por una epidemia de viruela. Don Bosco les aseguró sus oraciones y los treinta jóvenes que habían caído enfermos se curaron. Entonces volvió el cólera. Albera escribió a Bonetti: «No puedo más... No me siento capaz de seguir hasta septiembre a este paso... Pero que se haga la voluntad de Dios». A la preocupación por la salud de los alumnos se unían los problemas económicos, siempre persistentes. Dado que la mayoría de los jóvenes eran huérfanos, su mantenimiento recaía sobre los hombros del director, que buscaba ayuda sin descanso.

A mediados de marzo de 1886, a pesar de la debilidad física, Don Bosco partió de nuevo hacia Francia en pequeñas etapas. Se detuvo en las casas de Liguria. Llegó a Niza el día 20. El lunes 29 pasó a Tolón. Llegó a Marsella el 31 de marzo. Los jóvenes le recibieron con una gran academia y le ofrecieron mil francos para la iglesia del Sagrado Corazón de Roma, fruto de sus ahorros. Fue una idea de Albera. El 7 de abril, el santo se dirigió hacia España, donde recibió una solemne acogida. El 8 de mayo regresó a Montpellier y desde allí envió a Albera una ofrenda de diez mil liras para las necesidades de la inspectoría. El 16 de mayo regresó a Turín. Este fue su último viaje a Francia.

Cada visita de Don Bosco despertaba el entusiasmo y estimulaba el celo de sus hijos. Ese año, don Albera inauguró los talleres de carpinteros, sastres y zapateros de la casa de París, y luego bendijo los nuevos edificios y talleres de Lille. En agosto convocó a autoridades, amigos y bienhechores en Marsella para una exposición de las obras de los artesanos y la distribución de los premios. Tras este acontecimiento, partió hacia Turín, donde se celebró el cuarto Capítulo General. Tenemos un testimonio suyo sobre el método seguido en las discusiones capitulares: «Cada uno exponía

⁸ Garneri 91.

con calma y delicadeza su propio punto de vista, y al final de la discusión se esperaba que Don Bosco resolviera las dificultades, decidiera en las cuestiones, y con certeza y precisión indicara el camino a seguir. Estas asambleas eran auténticas escuelas, donde el venerado Maestro, presintiendo el día en que tendría que dejar a sus queridos discípulos, parecía querer condensar sus enseñanzas y toda su larga experiencia en unas pocas palabras»⁹).

En 1887 Don Bosco, que ya no podía viajar, quiso de todas maneras reunirse periódicamente con Albera, y por ello le convocaba en Turín cada dos meses. En la última parte del año estuvo en constante preocupación por el estado de salud de su querido padre. Cuando se despidió de él al final de la visita de noviembre, le vio llorar y lamentarse porque no tenía fuerzas para decirle las muchas cosas que le hubiera gustado. Fue una separación dolorosa para ambos. El 5 de diciembre el santo celebró su última eucaristía y el 21 se metió en cama definitivamente. Don Albera fue a visitarlo el 28 de diciembre. Volvió el 12 de enero. Le escribió a la señora Olive: «Tengo la suerte de ver a nuestro venerado Don Bosco. ¡Qué consuelo y qué pena al mismo tiempo! Está extremadamente débil: apenas puede comer y descansa muy poco. Hay que rezar por él; estamos lejos de ver indicios de la deseada recuperación». Más adelante contó lo que había ocurrido entre ellos en aquel último encuentro: «Después de expresarle el dolor de todos los hijos de Marsella por su enfermedad, le hablé de nuestros queridos bienhechores y Cooperadores. Le mencioné varias familias muy aficionadas a su obra, entre ellas la familia Olive. No podía dejar que ignorara lo mucho que la gente había rezado por él y cómo algunos habrían querido ofrecer la propia vida para conseguir su recuperación. El venerable padre me miró sonriente y, tras unos instantes de silencio, conteniendo a duras penas su emoción, respondió: “Sé que en Marsella se le quiere mucho a Don Bosco, y que rezan por mí, y lo buena que es la familia Olive conmigo: pero... pero...”. Esta reticencia y el movimiento de cabeza con el que la acompañaba, me hicieron comprender que ya no había esperanza de recuperación».

No tuvo el consuelo de estar en Valdocco el 31 de enero de 1888, cuando falleció el santo. Don Bosco lo hubiera querido cerca. La noche del 28 susurró varias veces: «¡Paolino! Paolino, ¿dónde estás?... ¿por qué no vienes?». Don Grosso, vicedirector de Marsella, escribe: «La última vez que don Albera vio a Don Bosco estaba muy angustiado: ya no podía

⁹ Lasagna 214.

decidirse a volver a Francia, temiendo no volver a verle nunca más. Y también Don Bosco comprendió lo que pasaba en el alma de don Albera y no tuvo el valor de imponerle este sacrificio. Un viejo compañero y amigo –don Cerruti– intervino para tomar una decisión y le aseguró a don Albera que le informaría por telégrafo en caso de peligro. Confiando en esta promesa, partió. Pero cuando el 31 de enero recibió la noticia de su muerte sin previo aviso, se lamentó de no haberse quedado. Llegó a Turín justo a tiempo para ver el cuerpo y asistir al funeral el 2 de febrero. Desconsolado, regresó inmediatamente a Marsella para la conmemoración que se celebró el día 8, en la parroquia de San José, con la participación del obispo, los canónigos de la catedral, el colegio de párrocos y los representantes de las órdenes religiosas.

La muerte de Don Bosco no frenó el desarrollo de la obra salesiana en Francia, que se hizo más floreciente con el impulso de don Albera. En los primeros meses de 1888 promovió una serie de iniciativas con fructíferas repercusiones pastorales. El abate Luis Mendre, párroco de un pueblo obrero de Marsella en el que vivían muchos inmigrantes italianos, le pidió que enviara un sacerdote todos los domingos para atenderlos. Inmediatamente envió a un hermano a predicar y confesar en italiano, y a menudo acudía personalmente a pesar de su precaria salud. Aceptó también el ministerio pastoral entre los mineros italianos de Valdonne. Él mismo quiso predicar las misiones sagradas entre los trabajadores de las fábricas de Montredon en el tiempo pascual. Iba allí los sábados hacia el final de la tarde y confesaba hasta entrada la noche. Los domingos se levantaba antes de las cuatro de la mañana e iba inmediatamente al confesionario. A las cinco celebraba la misa, distribuía la comunión y concluía con una breve exhortación y la bendición eucarística. También se preocupó especialmente por los numerosos sacerdotes italianos que habían emigrado a Marsella desde el sur de Italia como sacerdotes auxiliares. Les predicaba ejercicios espirituales en italiano y les ayudaba en circunstancias delicadas con consejos y ayuda material. Por su celo pastoral, delicadeza, cultura y el encanto espiritual que ejercía, fue elegido como director espiritual por varios sacerdotes franceses, por muchas familias del laicado católico de Marsella y por gran parte de los Cooperadores salesianos. Tenemos huellas de ello en la correspondencia conservada, que revela la fuerza de sus orientaciones espirituales.

A su actividad se debe también la fundación de nuevas instituciones salesianas. En febrero de 1888 abrió la escuela agrícola de Grevigney, en Borgoña. En los meses sucesivos encontró los fondos para reconstruir y

modernizar los talleres de la casa de Lille, destruidos por un incendio. En los años siguientes fueron inauguradas otras obras: Le Rossignol en 1889, Dinan en 1890; y cuatro nuevas casas en 1891: Lieja (Bélgica), Orán (Argelia), Ruitz y Saint-Pierre de Canon.

1889-1892

Don Albera se convirtió en el punto de referencia del movimiento de cooperación salesiana en Francia y Bélgica. Cuando en abril de 1889 fue llamado a Turín por Don Rua para tratar asuntos urgentes, su marcha de Marsella causó emoción en el Comité de las Patronas. Tenían miedo de perderlo. Desde Valdocco les tranquilizó: «No era cuestión de cambio. ¡No temáis! No temáis nada en este sentido». La secretaria del Comité escribió en el acta de la reunión: «La presencia y la experiencia de don Albera son indispensables en medio de las dificultades siempre nuevas del momento actual. Enviado por Don Bosco, continúa y representa en el Oratorio de San León su paternal solicitud y parece que mejor que ningún otro nos atrae su especial protección...»¹⁰.

Participó en el quinto Capítulo General en septiembre de 1889. Presentó un informe sobre el estado de las casas de noviciado y fue miembro de la comisión encargada de revisar el reglamento de las casas salesianas. A su regreso a Francia, supervisó personalmente varios proyectos: la renovación de los talleres de Marsella, la apertura de un nuevo Oratorio festivo en la ciudad, el lanzamiento de la Obra de los Hijos de María para las vocaciones adultas y la organización del orfanato agrícola de Le Rossignol.

Cuando don Miguel Rua realizó su primer viaje como Rector Mayor a Francia, España, Bélgica e Inglaterra en febrero de 1890, don Albera le acompañó a La Navarre, Tolón, Marsella y al noviciado. En febrero de 1891, Don Rua visitó de nuevo Niza y aprovechó para proponerle el traslado del noviciado salesiano a la antigua abadía benedictina de Saint-Pierre de Canon. El traslado tuvo lugar al mes siguiente y la casa de Sainte Marguerite se convirtió en el noviciado de las Hijas de María Auxiliadora.

A finales de abril de 1890 pasó por Marsella el abad de Solesmes, *dom* Joseph Pothier, promotor de la reforma del canto gregoriano. Fue invitado a la casa salesiana para dar una conferencia teórico-práctica sobre el método de interpretación del canto litúrgico. El inspector quiso que asistieran los

¹⁰ Garneri 117.

hermanos, los novicios y muchos invitados. El evento tuvo una amplia resonancia. El Oratorio Salesiano era famoso en aquellos años por la calidad que había alcanzado su *schola cantorum* inspirada en el método Solesmes y dirigida por don Grosso, quien había fundado una schola similar en la parroquia diocesana de San José, la cual se había convertido en un modelo imitado en otras parroquias y diócesis francesas.

El 1 de julio de 1891, don Giovanni Bonetti, director espiritual de la Congregación Salesiana, falleció de improviso en Turín. Había sido un amigo íntimo de Albera desde sus días en la escuela primaria. Habían compartido los mejores años de su juventud. Con él había estado en el *Piccolo Seminario* de Mirabello entre 1863 y 1868. Su muerte le apenó muchísimo.

El 15 de agosto, Albera se acercó a París para poner la primera piedra de los nuevos edificios de Ménilmontant, mientras en Marsella tres salesianos, todos ellos antiguos alumnos de San León, se preparaban para zarpar a Orán, en Argelia, donde abrirían una nueva casa salesiana, la primera en el continente africano. Albera regresó a Marsella y el 22 de agosto les despidió ante un numeroso público con un discurso sobre la belleza sobrenatural de la evangelización¹¹.

El año 1892 también fue rico en iniciativas promovidas por él: una gran exposición profesional en la casa de Niza; la inauguración de un nuevo Oratorio festivo en la misma ciudad, con la presencia de Don Rua y la imposición del velo a las primeras postulantes francesas en el noviciado de Sainte-Marguerite.

En agosto comenzó el sexto Capítulo General en Turín. El 29 por la noche, don Albera fue elegido por unanimidad Director Espiritual General de la Congregación, sustituyendo a don Bonetti. La noticia fue recibida con pena en Marsella. Madame Olive se entristeció al perder a su guía espiritual. Don Albera le escribió una carta en la que se aprecia la calidad de su ministerio de acompañante:

«Sé que estáis muy afligida a causa de mi nombramiento... Sé que vuestro buen corazón está herido al pensar en mi alejamiento de Marsella. Las palabras de consuelo ciertamente no tienen cabida en esta circunstancia... Me limito tan solo a deciros, señora, que el buen Dios no estará muy satisfecho si actuáis en esta circunstancia como una joven que no tiene una piedad bien formada y una virtud sólida. Habéis llegado a una cierta edad; sois madre de una numerosa familia, que por la gracia de Dios

¹¹ *Bulletin Salésien* 1891, 180.

habéis educado en la piedad y la virtud; sois la esposa de un gran cristiano. Vuestra situación os obliga a tener un cierto grado de virtud. En este caso, debéis demostrar, ante todos, esta virtud sometiéndoos valientemente a la voluntad de Dios. Debéis dejar que vuestra mente gane al corazón; sobre todo, sería extraño que mostrarais vuestro dolor.

Por lo demás, yo también sufro por tener que separarme antes o después de tantas personas que la Divina Providencia ha puesto en mi camino para ayudarme a hacer un poco de bien. El sacrificio es, por lo tanto, recíproco y debemos realizarlo de forma meritoriamente cristiana.

En cuanto a la dirección de vuestra alma, Dios no os dejará en la estacada. Cualquier buen sacerdote puede dirigiros tan bien como el pobre don Albera: es necesario, pues, que os hagáis un poco de violencia para poner en práctica lo que siempre os he recomendado. Acercaos a los sacramentos con confianza, y no creáis que el buen Dios exige de vos disposiciones imposibles. Fueron instituidos para los hombres, no para los ángeles, que no los necesitan.

Necesitáis una piedad tranquila y confiada: un abandono total a la voluntad del confesor que os dirige en nombre de Dios. Vendré muy pronto y hablaremos a gusto, pero quiero una cosa de vos, encontraros tranquila y resignada. Rezad por mí todos los días: por mi parte os aseguro que la distancia no cambiará en nada mis pensamientos, sentimientos y sobre todo, mis oraciones por usted y su familia»¹²).

El Comité de las Patronas lo despidió en la reunión del 14 de octubre expresando su profundo pesar por tener que perderlo. Él las consoló y animó a preparar con solemnidad el inminente cincuentenario de la obra salesiana. Participó en estas celebraciones y luego partió hacia Turín. Desde allí escribió una carta que nos da una idea de lo que le costó abandonar Marsella, un lugar y una comunidad con los que se había encariñado profundamente: «He llegado a Turín durante las hermosas fiestas de Navidad: esto, por supuesto, no me hará olvidar Marsella: me parece que, en efecto, como otras veces, me encuentro aquí tan solo de paso y que debo partir en cualquier momento hacia Marsella. Dulce ilusión, pero la desilusión que sigue es a veces cruel. Aquí, por lo demás, vivo de los recuerdos de Marsella; a cada momento surgen situaciones que me recuerdan vuestra bondad y caridad...»¹³).

Cuando partió hacia Turín, quien le acompañó a la estación se dio cuenta

¹² Garneri 124-125.

¹³ Garneri 126.

de su dolor y le vio llorar al dejar el instituto al que tanto cariño tenía. En el *Boletín Salesiano* francés leemos este balance de los diez años que pasó en Francia: «El Oratorio de *San León* de Marsella ha tenido su Don Bosco, y es esto lo que explica el admirable progreso del que tenemos la suerte de ser testigos. Amado por nuestros jóvenes estudiantes, venerado por nuestros queridos Cooperadores, iluminado consejero de todos nuestros hermanos en Francia, este hijo de Don Bosco ha sido el motor sobrenatural gracias al cual todo ha podido avanzar *lentamente* sin incertidumbres (tan grandes han sido los obstáculos y las dificultades que han aparecido continuamente) y *con seguridad*: o para decirlo con palabras del Espíritu Santo, *suavemente y con fuerza*».

He aquí el secreto de su éxito en Francia: «Fue un hombre de acción, sobre todo de acción interior –escribió don Louis Cartier tras su muerte– la formación espiritual y sobrenatural de sus hermanos y de la juventud fue sin duda su mayor preocupación. Se dedicó desde temprano al estudio de autores ascéticos y se formó con los mejores. Estaba ansioso por conocer todas las obras ascéticas publicadas por los mejores eruditos, y no solo leía, sino que subrayaba y tomaba notas que le servirían para las conferencias mensuales a los hermanos y a las diversas compañías religiosas. En sus conferencias, a menudo exponía a sus hermanos la belleza, la grandeza y la dignidad de su vocación, y sostenía sus palabras con el propio ejemplo personal de cada día, encontrando tiempo, en medio de sus muchas ocupaciones, para atender escrupulosamente a los deberes de la vida religiosa. Custodio vigilante de la disciplina religiosa, visitaba con frecuencia las distintas casas y se aseguraba de que en ellas reinara el espíritu de caridad y sacrificio del Fundador: las constituciones y los reglamentos eran para él algo sagrado, pero quería que se observaran con amor y alegría. Cuando era necesario, sabía compadecerse de la debilidad humana y disculpar muchas pequeñas cosas, que son inevitables»¹⁴).

Don Albera tenía el don de la paternidad espiritual y era un eficaz guía en el camino de la perfección. Fue el primero en poner en práctica en las casas francesas el artículo de las Constituciones que recomendaba, durante la jornada mensual de retiro (entonces llamada *Ejercicio de la Buena Muerte*), media hora de reflexión sobre el progreso y el retroceso en la virtud. Todos los miércoles visitaba a los novicios: los escuchaba, animaba e instruía con sermones y conferencias, y les aconsejaba. Lo mismo hacía con los hermanos de las casas, a los que alimentaba espi-

¹⁴ *L'Adoption*, 20 (1921) n. 214.

ritualmente y exhortaba a ser ejemplares y celosos en sus deberes. Se ocupó con amor de la formación cristiana de los jóvenes. Don Barberis se quedaba admirado: «Oí predicar varias veces a don Albera en Marsella y quedé edificado y admirado por la practicidad de lo que decía, por el celo que mostraba incitando a los jóvenes a la virtud... Tenía gran ascendiente sobre los jóvenes, fruto no solo de su virtud, sino también de la fuerza persuasiva y de la dignidad de sus palabras, que reflejaban muy bien su carácter calmado y fuerte al mismo tiempo»¹⁵.

Fue un apasionado promotor de las vocaciones, como atestigua don Grosso: «Escogía a los mejores de entre los estudiantes de las clases altas que daban confianza de éxito... A menudo los reunía en conferencias, los admitía en los ejercicios espirituales de los Salesianos, y les ayudaba y aconsejaba de forma paternal, como solía hacer Don Bosco en el Oratorio de Turín. También fomentó las vocaciones de las Hijas de María Auxiliadora. Las hermanas que fueron a Marsella en 1881, durante algunos años no tuvieron la posibilidad de abrir el Oratorio festivo en su casa provisional: don Albera también se ocupó de esta obra... Preparó una casa lo suficientemente espaciosa para que las hermanas pudieran abrir el Oratorio festivo que, llegando a ser muy floreciente, fue un semillero de vocaciones religiosas». Para sostener las obras, mantener a los novicios y a los numerosos huérfanos que la Providencia les confiaba, se dedicó sin descanso a la búsqueda de fondos. Ponía en marcha todos los recursos de su creatividad para ampliar la acción caritativa de los salesianos. Los Cooperadores le adoraban, fascinados por sus talentos, sobre todo por la afabilidad de su sonrisa. Anhelaban sus visitas y disfrutaban de su agradable conversación, «de cierta austeridad que, sin embargo, no carecía de relevancia ni de humor, pero siempre edificante, porque poseía el secreto para elevar hacia Dios», como recuerda don Cartier¹⁶.

La década francesa había sido fértil en experiencia y cultura. El contacto con diferentes ambientes eclesiales y religiosos, con personalidades de la cultura y de la administración había enriquecido sus competencias. Como inspector, don Pablo Albera había desplegado una acción incesante de promoción de la Familia Salesiana y el servicio pastoral: visitas frecuentes a las casas, circulares mensuales, predicación de ejercicios espirituales, charlas y coloquios personales con los Cooperadores... Todo lo utilizaba para formar a los hermanos en el espíritu salesiano, aumentar su fe, incre-

¹⁵ ASC B0330109, *Per le memorie di D. Paolo Albera* [1923], ms G. Barberis.

¹⁶ Garneri 130-131.

mentar su compromiso educativo y caritativo, y orientarlos al servicio de Dios y del prójimo.

A través de la dirección espiritual de los Salesianos y de las Hermanas, de los jóvenes y de personas de todo tipo, se había convertido en un experto guía de las almas. Se implicó especialmente en el cuidado de los novicios y de los jóvenes sacerdotes, a fin de moldearlos como discípulos de Don Bosco y consolidar su vida interior. Las pruebas y dificultades de todo tipo habían reforzado su piedad personal y su confianza en Dios. Ahora el Señor le confiaba la delicada misión de dirigir espiritualmente a toda la Congregación.

Capítulo 4

**DIRECTOR ESPIRITUAL
DE LA CONGREGACIÓN SALESIANA**

*Don Pablo Albera (segundo por la izquierda en la primera fila)
con los miembros del X Capítulo General (1904)*

1893-1895

En los primeros años de su nuevo encargo se sintió un poco perdido. Durante veinte años había sido muy activo. Se había dedicado a animar a la gente directamente. Ahora se veía obligado a una vida bastante aislada, con poco ministerio pastoral.

Sus *Notas Confidenciales*, iniciadas en febrero del 1893, escritas en

francés hasta 1899 y en inglés desde 1903, revelan sus sentimientos y sufrimiento. También son un valioso testimonio de su incesante trabajo para perfeccionarse a sí mismo. Gracias a este documento espiritual podemos seguirlo paso a paso durante los dieciocho años de su servicio como Director Espiritual de la Congregación¹).

El diario íntimo comienza el 17 de febrero con esta nota: «Hoy comienza el mes de San José: me propongo imitar a este gran santo en la unión con Dios. ¿Cuándo podré decir: *mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo Jesu?* [habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios] (Col 3,3)». Unos días más tarde se reprochará el «haber pasado el día en disipación», de «encontrarse débil en ciertas luchas», de «no haber trabajado de una manera útil». Pero añade: «He prometido hacer verdaderamente solo la voluntad de Dios manifestada a través de mis superiores. Otros en su camino no se encuentran solo con rosas..., la virtud y la paciencia de los demás deben servirte de aliento». El 27 de febrero comenta: «Hace tres meses que me marché de Marsella. Todavía no he hecho mucho progreso para mí y nada, casi nada, para otros». En vísperas de la fiesta de san José encontramos una nota de tristeza: «No puedo defenderme de una profunda melancolía. ¡Pienso en lo que estaba haciendo los otros años en este día! ¡Qué miserable soy!»²).

Aceptó con alegría la tarea de predicar ejercicios espirituales en las casas de formación, en Foglizzo, Ivrea, Valsalice y San Benigno, aunque estaba convencido de tener «poca aptitud» para ese tipo de ministerio. En las notas que se han conservado de esas conferencias, los temas clásicos de la vida consagrada se reúnen en torno a una idea fundamental: «*¡Todo y solo para Jesús!*».

Después de presidir el funeral en sufragio del príncipe don Augusto Czartoryski, el 27 de abril de 1893 escribió en su cuaderno: «He meditado no poco sobre el gran sacrificio que ha hecho para ser salesiano: y ¿tú?... ¿Cuáles son sus sacrificios por Dios y por la salvación de las almas? Piensa a menudo en la muerte. El príncipe Czartoryski me ha edificado mucho con su simplicidad: ¡no daba importancia a su rango, a su nobleza! ¡Qué lección para tu orgullo!». Al día siguiente celebró la misa en sufragio por don Ángel Savio, que había fallecido en Ecuador: «Otra oportunidad para

¹ ASC B0320101-105, *Notes confidentielles prises pour le bien de mon âme*, ms autografo P. Albera 1893-1899; B0320106-109, *Notes usefull for my soul*, ms P. Albera 1902-1910.

² ASC B0320101, *Notes confidentielles...*, 17.02.1893.

reflexionar sobre mí mismo. ¡Dios mío! La muerte también se prepara para mí. ¿Habré hecho yo algún bien? ¿Estaré yo sereno en aquel momento?». El 29 de abril, asistió a la bendición de la tumba de los Salesianos en el Cementerio General de Turín: «¡Ahí, escribe, hay un lugar preparado para mí!». El pensamiento de la muerte a menudo se repite en estos primeros años en Turín, en cada oportunidad lo recuerda, tal vez por el estado melancólico que lo oprime, tal vez por los trastornos de salud que comienzan a atormentarlo. El 6 de mayo: «Hoy he meditado sobre la muerte del mal sacerdote: sentí miedo. ¡Dios mío! ¿Tendré la desgracia de encontrarme tan mal en ese momento terrible? Rezaré mucho al buen Dios para que me preserve. Hoy siento mucha melancolía: no he rechazado algunos pensamientos de orgullo y estos sido la causa. He estado pensando demasiado en Marsella».

A finales de mes Don Rua lo envió a Francia. Llegó a Marsella el 29 de mayo. Visitó el noviciado de Sainte-Marguerite. «Se ha alegrado demasiado mi corazón, he sentido demasiado gozo: el afecto por esta casa debe volverse más puro». Habló a las monjas de la importancia de la meditación: es más útil, dijo, la meditación diaria que la comunión misma: esta, de hecho, se puede hacer incluso en un estado de pecado, «sin embargo, no hay alma que haga bien su meditación y sea capaz de vivir en pecado mortal»³. Luego predicó ejercicios espirituales a los novicios y visitó las diversas casas salesianas de la nación.

En julio se retiró en Rivalta, cerca de Turín, para redactar el texto de las deliberaciones del último Capítulo General y escribir una circular sobre los ejercicios espirituales. En aquellos días había comenzado a leer las *Meditaciones para ejercicios espirituales al clero* de Don Cafasso, publicadas por el canónigo Giuseppe Allamano. Se sintió profundamente afectado. Escribió en su diario que lo habían convencido de la necesidad de dedicarse exclusivamente al servicio del Señor. Entre agosto y septiembre predicó ejercicios espirituales a los sacerdotes Salesianos, a los que iban a ordenarse y a los hermanos franceses. El 12 de octubre, acompañó a Don Rua y a Mons. Cagliari a Londres para la consagración de la iglesia de Battersea dedicada al Sagrado Corazón. En esa ocasión señaló en su diario la «necesidad de aprender inglés».

En el viaje de regreso visitó las casas de Bélgica y presidió los ejercicios espirituales de los hermanos de esa nación. Era frecuente comenzar con una conferencia sobre la importancia de los ejercicios espirituales:

³ ASC B0320101, *Notes confidentielles...*, 29.05.1893.

«En ellos recogemos nuestro espíritu, entramos en el fondo de nuestro corazón, escaneamos todos los escondites, y con la gracia de Dios salimos renovados de mente y corazón. Es cierto que estamos ocupados todo el año en las cosas de Dios...; es cierto que se nos prescriben prácticas especiales de piedad, la oración es nuestro pasto diario... Sí, durante todo el año trabajamos por Dios, acumulamos tesoros de mérito; ¡Pero ay! somos hombres y eso es todo. Con el tiempo, nuestro fervor se inquieta, empeora y casi por la inclinación de nuestra naturaleza se doble a la tibieza». Sugirió las disposiciones del ánimo que son indispensables: una voluntad decidida de hacer bien los ejercicios; gran recogimiento combinado con el silencio; observancia exacta del calendario; confianza absoluta en Dios; valor y generosidad⁴.

En la noche del 31 de diciembre de 1893 elaboró una evaluación espiritual del año trascurrido, haciendo hincapié en los aspectos que pretendía corregir: «El último día del año. He estado pensando un poco en el pasado. He sido poco fiel en mi vocación. Este es un año que debería haber empleado mejor. Todas mis ocupaciones debían llevarme a la piedad, a la unión con Jesucristo. Todo lo que he visto este año especialmente en Don Rua, fue hecho para edificarme y animarme a hacerlo bien. Aquí tengo menos preocupación de lo material, que antes absorbía toda la energía de mi espíritu: por lo tanto, debería haber hecho mucho más progreso personal, luchar más contras mis pasiones, educarme más en la espiritualidad. ¿Por qué no lo hice? Tampoco en lo que se refiere a mi cargo estoy contento: temo demasiado el sufrimiento, todavía no he superado por completo mi excesiva timidez. ¡Cuánta tendencia a disuadirme de ver todo lo malo que hago, y (¡inaudito!) con tanto orgullo!... También encuentro que mi corazón aún no es verdaderamente libre, no es el mismo en sus afectos; todavía tiene demasiadas simpatías y aversiones. *Miserere mei*, Deus [ten piedad de mí, oh Dios]... No estoy contento conmigo mismo»⁵.

En los primeros días de 1894 padeció un fuerte resfriado. Este le traerá consecuencias a lo largo del año: debilidad, trastornos físicos, melancolía. A pesar de todo, completó las tareas que le fueron encomendadas por Don Rua entre abril y junio: la visita a las casas y la predicación de ejercicios espirituales en Francia, Argelia y Sicilia. Regresó a Turín con problemas de salud y continuas dolencias estomacales. En septiembre predicó los

⁴ ASC B0480111, *Tutto per Gesù: Istruzioni per gli Esercizi Spirituali*, ms aut. P. Albera, 4-6.

⁵ ASC B0320101, *Notes confidentielles...*, 31.12.1893.

ejercicios a los que iban a ordenarse.

En febrero de 1895 acompañó a Don Rua a Tierra Santa. Fue un viaje desafiante, pero espiritualmente satisfactorio. Desembarcaron en Alejandría el 24 de febrero y fueron hospedados por los jesuitas. El día 27 zarparon hacia Jaffa. Les dio la bienvenida don Carlo Gatti, quien más tarde testificó: «Desde la primera entrevista con don Albera comprendí que estaba en presencia de un superior que me hablaba con franqueza, y escuchaba benignamente mis palabras y las expresiones un tanto fuertes, dictadas por mi sensibilidad (quizás demasiado celosa). Por esta razón puse toda mi confianza en él y me puse a escribirle más tarde libremente sin ningún temor, porque estaba seguro de que solo lo usaría para mi propio bien. ¡Cuántas veces fueron la confianza en don Albera y su bondad mi consuelo, mi salvación! Don Albera poseía la intuición que les falta a aquellos que no han estado en el extranjero durante algún tiempo: entendió por qué me había dedicado al estudio de las lenguas, de hecho, me animó a usarlo para hacer el bien»⁶).

En las semanas siguientes visitaron los lugares santos y las obras fundadas por el canónigo Antonio Belloni que estaban encomendadas a la Congregación Salesiana: Belén, Jerusalén, Cremisán y Beitgemal. Don Albera tuvo la alegría de poder celebrar en el Santo Sepulcro, después de haber asistido en la misa a Don Rua. Durante la peregrinación escribió muchas cartas que testimonian la emoción de poder orar y meditar el Evangelio en los lugares de la vida de Jesús.

Al final del viaje, a finales de marzo, se detuvo en Francia para los ejercicios espirituales de los novicios. El 23 de mayo asistió en Turín a la consagración episcopal de Mons. Giacomo Costamagna, elegido Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza en Ecuador: «He disfrutado de las ceremonias, he reflexionado y me he humillado comparándome con él, que tiene tantos méritos y es tan humilde al mismo tiempo»⁷). Luego se fue a Francia: predicó ejercicios espirituales a los novicios y visitó a los hermanos de Marsella y Niza. A finales de agosto estuvo en Turín para los ejercicios de los que se iban a ordenar. En septiembre de 1895 participó en el Séptimo Capítulo General. Presidió la comisión encargada de estudiar cómo hacer que la educación religiosa en las escuelas salesianas «responda más a las necesidades particulares de nuestro tiempo y a los deberes actuales de un joven católico». La experiencia y la intuición inteligente de los problemas a

⁶ Garneri 148.

⁷ ASC B0320101, *Notes confidentielles...*, 23.05.1895.

los que se debían enfrentar las nuevas generaciones le permitieron sugerir algunas reglas que permanecieron vigentes durante años.

Después del Capítulo General intervino en los ejercicios espirituales de San Benigno Canavese; luego predicó a los novicios franceses. Regresó a Turín a mediados de octubre en un estado de salud cada vez más frágil: noches de insomnio y opresiones en las horas de la tarde. El 7 de noviembre llegó la noticia de la trágica muerte de Mons. Luigi Lasagna en un accidente de tren en Brasil. Había sido su alumno en Mirabello y le tenía mucho cariño. Le afectó mucho: «Al principio no quería creerlo. Ese intrépido misionero, que recorría América a pasos agigantados sembrando institutos y obras de religión y civilización; ese misionero que nunca decía basta, cuya mente todavía soñaba muchos otros proyectos maravillosos para ganar almas a Dios, para salvar a la juventud pobre y abandonada; ese obispo en cuyo apostolado el propio Anciano del Vaticano había fundado tantas esperanzas hermosas; ese apóstol que estaba en plenitud de sus fuerzas, parecía que no podía morir. Pero finalmente fue necesario reconocer la realidad de la inmensa desgracia»⁸. El 4 de diciembre, durante el funeral en la iglesia de María Auxiliadora, Albera realizó una conmemoración muy apreciada. Don Rua le encargó que recogiera la documentación para escribir su biografía.

En diciembre de 1895 dirigió los ejercicios espirituales de los que se iban a ordenar y señaló en su diario: «Todavía estoy lejos de ser un buen director de ejercicios. Quiero trabajar duro para hacerme capaz de un oficio tan importante»⁹. Siempre se sintió inadecuado, pero treinta años después uno de los participantes dejará este testimonio: «En los ejercicios de preparación para la ordenación sacerdotal, hechos en Avigliana en 1895 (éramos siete u ocho ordenandos), admiramos, además del celo en dictar la larga charla él solo, también la familiaridad entrañable y la amabilidad con la que don Albera se entretenía con nosotros en esos diez días, haciendo lo que Don Bosco hizo en los primeros años del Oratorio con sus primeros clérigos. Y con dolor y admiración fuimos testigos de la serenidad con la que ocultó las molestias del frío, la comida y la fatiga, mientras que tuvo mucho cuidado de que no nos faltara nada a nosotros»¹⁰.

En el balance personal, redactado el 31 de diciembre, Albera escribió: «El año 1895 se lanza a la eternidad. Para mí ha estado lleno de alegrías y

⁸ *Lasagna* 8.

⁹ ASC B0320101, *Notes confidentielles...*, 8.12.1895.

¹⁰ Garneri 152.

penas. He podido volver a la casa de Marsella, donde dejé gran parte de mi corazón. Desde allí fui a Tierra Santa y fui edificado por la compañía de Don Rua. ¡Qué piedad, espíritu de sacrificio y mortificación! ¡Qué celo por la salud de las almas! y, sobre todo, ¡qué equilibrio en el estado de ánimo! He visto Belén, Jerusalén, Nazaret: ¡qué dulces recuerdos! Pude participar en el Congreso de Bolonia. Guardo un recuerdo inolvidable de él... Pude predicar ejercicios a las Hermanas en Francia. Esto fue bueno para mi alma. Pude encargarme de los que se iban a ordenar y estaba mucho más satisfecho que los años anteriores... Escribí unas páginas sobre Mons. Lasagna y han tenido la bondad de apreciarlas. Pero incluso el año 1895 termina sin que yo corrija mis defectos más graves. Mi orgullo sigue al más alto nivel. Mi carácter siempre es difícil, incluso con Don Rua. Mi piedad es siempre superficial y no ejerce una gran influencia en la conducta, en mis acciones que siguen siendo humanas e indignas de un religioso. Mi caridad es caprichosa y llena de parcialidad. No me he mortificado en los ojos, en el gusto, en las palabras... Las enfermedades han aumentado considerablemente: podría morir en cualquier momento en el estado en el que estoy: no es una idea, es la realidad, y soy consciente de ello. Quiero proponerme vivir mejor en el nuevo año, para morir mejor. Recuerdo haber dirigido a dos de mis hermanos que hicieron el voto de esclavitud a María. Me han edificado con su celo, con su devoción. Su sangre selló su compromiso, y yo que parecía que eran su maestro y director en todo esto, no soy nada... María, madre mía, no me permitas tener la vergüenza de reconocermene inferior en virtud que mis subordinados: dame un gran amor por ti. *Domina mea, numquam quiescam donec obtinuerero verum amorem erga te* [Señora mía, no descanses hasta que alcancemos nuestro verdadero amor por ti]»¹¹⁾

1896-1900

Comenzó 1896 con este programa de acción: «Quiero a toda costa progresar en piedad, humildad y espíritu de sacrificio». Su estado de salud empezaba a preocuparle. El 19 de enero, escribió en su diario: «Hoy me siento mal. Dios mío, me pongo en tus manos: ¡que se haga tu voluntad! Acepto la muerte en el momento y en la forma que quieras». 31 de enero: «Es el octavo aniversario de la muerte de Don Bosco. Pensé que yo también podría morir en cualquier momento con mi *enfermedad*. ¿Estoy

¹¹ ASC B0320101, *Notes confidentielles...*, 31.12.1895.

preparado? Me parece que no: por lo tanto, debo ponerme a trabajar». No sabemos qué enfermedad era. El 7 de febrero confiesa: «No me decido a hablar de ello con Don Rua: en conciencia me siento obligado...». Habló con él dos días después: «Me alegro de haberlo manifestado; pase lo que pase ahora no será una sorpresa». Fue visitado por el Dr. Fissore el 10 de febrero: «Me hizo entender que es necesario resignarse: ya no puedo hacer como en el pasado: y no tiene sentido intentar una operación»¹².

El 28 de febrero, Don Rua le encargó que redactara el *Manual del Director*. No pudo empezar a trabajar hasta el 1 de noviembre, porque se lo impedía la enfermedad y las frecuentes ausencias de Turín. Comenzó a recoger materiales de las Constituciones salesianas, las deliberaciones capitulares y las cartas circulares de Don Bosco y Don Rua. Amasó una gran documentación, pero el sentido de inadecuación y la preocupación por ser absolutamente fiel a la tradición carismática del Fundador prolongaron el tiempo del trabajo que solo verá la luz en 1915: «Confieso cándidamente –escribiré en la introducción– que mezclar mis pobres consejos con las enseñanzas de Don Bosco y Don Rua, me pareció casi profanación; pero lo hice, con no mucha repugnancia, y solo para condescender a los consejos y oraciones de algunos hermanos buenos y respetables»¹³.

Entre marzo y abril predicó ejercicios espirituales en Avigliana, Ivrea, Foglizzo, donde reemplazó al director gravemente enfermo durante varias semanas. «Se detuvo con nosotros un momento bastante largo –escribió don Cimatti, entonces novicio– y nos mantenía alegres con episodios humorísticos de su vida en Francia. Ya no parecía el ascético, sino el afable y el más generoso de los hermanos». Don Ludovico Costa añade: «Recuerdo la impresión favorable que provocaba en todos la palabra edificante, docta y profunda de don Albera, que todos escuchaban con deseo y visible placer... Su trato fino y exquisitamente educado y amable, su modestia y su humildad no falta de corrección y noble decoro, imponían respeto al ganarse el afecto y la confianza de quienes se le acercaban. Después, en varios casos, con respecto a abusos e inobservancias corregidos por él y ante algún hermano llamado eficazmente al deber, escuché comentar favorablemente sobre su energía, casi sorprendidos de ver en él, tan delicado y fino, tanta firmeza y fuerza de voluntad»¹⁴.

El 6 de mayo partió hacia Francia, donde permaneció hasta la víspera

¹² ASC B0320102, *Notes confidentielles...*, 31.01.1896.

¹³ *Manuale* 6.

¹⁴ Garneri 157.

de la fiesta de María Auxiliadora. El mal continuó persiguiéndolo y el 3 de junio se sometió a una cirugía en el hospital de Chieri. Después de una larga recuperación, el 5 de julio pudo regresar a Valdocco. En los meses siguientes predicó ejercicios espirituales en Italia y Francia.

El último día de 1896 escribió en su diario: «El año pasado mi salud era muy mala, y sin embargo sentía que tenía más valor y energía. Los diversos retiros que prediqué llevaban la huella de un cierto fervor. Ahora, a decir verdad, estoy mejor, a pesar de un poco de miseria, pero soy débil en espíritu... Durante el año he predicado dos tandas de ejercicios en Avigliana, dos en los noviciados, dos durante las vacaciones. Dios me ha ayudado visiblemente... He tenido la fuerza para obedecer a Don Rua al someterme a una dolorosa operación y la gracia de Dios me ha ayudado: por lo demás he conocido cuán débil es mi naturaleza y cuánto le repugna el sufrimiento. He ido a Marsella tres veces: es extraordinario. Tal vez he ido allí con demasiado gusto: se ha hecho un poco de bien, gracias a Dios, en los distintos lugares y, especialmente, en el noviciado de los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora. Os prometo, Dios mío, no tener más preferencias. Iré a donde tú quieras, y trabajaré con la misma alegría en todas partes... Para el Año Nuevo me gustaría obtener de María Auxiliadora más valor y energía. También rezaré por tener algo de ciencia *sabida* por lo que mi cargo requiere. Dios mío, ¿cómo podéis soportar a un servidor tan estúpido y tan negligente? Tengo el honor de hablar a los demás sobre el celo por salvar almas, yo que paso mi vida sin hacer nada por la salvación de las almas. Así que, María, mi buena y dulce Madre, dame un poco de celo»¹⁵).

El 1 de enero de 1897 formulaba estos propósitos: «He trazado a los hermanos el programa del año y quiero seguirlo yo primero: 1. Más buena voluntad en evitar el pecado, en corresponder a las gracias de Dios y en avanzar en el camino de la perfección. 2. Servir mejor a la Congregación que es mi madre, practicando su espíritu y teniendo sus intereses en el corazón. 3) Trabajar mejor por la salvación de las almas. Piedad, humildad, sacrificio»¹⁶).

A pesar de su débil salud, entre marzo y junio predicó varias tandas de ejercicios espirituales para los jóvenes Salesianos en Avigliana, Foglizzo, Ivrea, Valsalice, Sainte-Marguerite, Saint-Pierre de Canon y, de nuevo, en Avigliana. En julio participó en las fiestas jubilaires del Hospicio de

¹⁵ ASC B0320102, *Notes confidentielles...*, 31.12.1896.

¹⁶ ASC B0320103, *Notes confidentielles...*, 1.01.1897.

Sampierdarena, obra que él mismo había iniciado veinticinco años antes. Estaba muy consolado: «Fue una de las fiestas más bellas. Dios ha bendecido verdaderamente los esfuerzos de Don Bosco y sus hijos en Sampierdarena: ¡5000 alumnos y 300 sacerdotes!». Luego continuó con los ejercicios espirituales a los hermanos Salesianos de Italia y Bélgica. En noviembre Don Rua lo envió a Francia como su representante para la bendición de una nueva casa de las Hijas de María Auxiliadora.

En diciembre predicó de nuevo a los que se iban a ordenar. Tenemos el testimonio de Don Terrone: «¡Qué buenos días fueron para nosotros los de diciembre de 1897! Don Albera presidió los ejercicios, predicó tres veces al día, pasó todas las recreaciones con nosotros, tratándonos con gran afabilidad y alegrándonos con la narración de agradables anécdotas de la vida salesiana. Fue un invierno muy duro, pero no se podía pensar en la calefacción: por esto, don Albera sentía pena por nosotros, nos preguntaba si estábamos suficientemente abrigados, si necesitábamos algo; al igual que lo haría la más tierna de las madres... Su predicación estaba preparada, elevada, siempre llena de pensamiento»¹⁷.

En el trascurso del mes su salud se deterioró. Pensó que había llegado al final de su viaje por tierra. El 1 de enero de 1898 escribió en su cuaderno personal: «Este año debe ser consagrado especialmente a prepararse para la muerte. La temo demasiado, y no he hecho nada para presentarme convenientemente ante el divino juez. Este pensamiento de la muerte debe hacerme actuar con *más fervor en los ejercicios de piedad, con más celo en mis ocupaciones ordinarias, y hacerme huir con más delicadeza de conciencia cada pecado, incluso venial. Sagrado Corazón de Jesús, os confío estas resoluciones*»¹⁸. Las notas de las semanas siguientes reflejan el compromiso de poner en práctica los propósitos. Notamos un fervor constante, una actividad alegre, una escrupulosa delicadeza en reprobarse por cosas pequeñas.

El 1 de febrero de 1898 partió para hacer la visita a las casas de Francia, España y Bélgica. Regresó a Turín el 10 de abril, exhausto. Pero después de solo dos días reanudó la predicación de ejercicios. En los meses siguientes fue atormentado por un gran dolor y una sensación de desánimo. También tuvo la impresión de que Don Rua no estaba contento con su servicio. Pensó que era culpa de su «amor propio» y decidió lanzarse «a los pies de Jesucristo y decirle de corazón como san Agustín: *Hic ure, hic seca, hic*

¹⁷ Garneri 162-163.

¹⁸ ASC B0320104, *Notes confidentielles...*, 1.01.1898.

non parcas, dummodo in aeternum parcas (Señor, aquí quema, aquí corta, aquí no perdones, para que me perdones en la eternidad)... *Jesu, fili David, miserere mei!*» (31 de mayo). En junio fue de nuevo a Francia y Bélgica. Regresó a Turín calmado y en un mejor estado de salud: «Mi espíritu está más tranquilo. Acepté con más gozo ciertas cosas que me habrían hecho daño antes» (1 de julio). El 30 de agosto, durante el octavo Capítulo General, a pesar del deseo de ser relevado de su cargo, fue reelegido Director espiritual general con doscientos votos de doscientos diecisiete¹⁹.

Entre el 4 y el 7 de septiembre participó en el tercer Congreso Mariano celebrado en Turín. Señaló en su diario: «¿Cuándo amaré yo también a la Virgen Santa con todo mi corazón, como tantos sacerdotes y seminaristas fieles?»²⁰. El domingo 18 fue a Castelnuovo para la inauguración del monumento a Don Bosco. La salud se había deteriorado de nuevo. Don Rua lo envió a Marsella a descansar. Tuvo que permanecer en la cama muchos días y someterse a exámenes médicos. Quería regresar a Turín, pero el Rector Mayor le ordenó que se quedara todavía en Francia. La salud mejoró gradualmente. Regresó a Valdocco para Navidad.

En enero de 1899 comenzó a leer una obra de tres volúmenes publicada recientemente, *Le prêtre de Romain-Louis Planus*. La disfrutó mucho y se sintió alentado a tener un celo pastoral más ardiente. El 8 de enero, después de meditar sobre la importancia del ministerio de la reconciliación, señaló: «Cuanto bien me hace confesar: siento entonces que soy sacerdote y puedo ayudar a una pobre criatura a romper las cadenas que lo hacen pecar. ¡Oh! ¡Si al menos pudiera cumplir mi ministerio sacerdotal un poco mejor! La lectura del Planus me llena de confusión: sé muy poco sobre la dignidad del sacerdote... y estoy muy lejos de poseer sus virtudes»²¹. Las lecturas espirituales eran su alimento interior, le ofrecieron material sustancial para predicar y lo consolaron en las fatigas y en las continuas molestias de la salud.

Mientras tanto, intentaba continuar con la biografía de Mons. Lasagna, interrumpida continuamente para predicar ejercicios espirituales: entre febrero y abril dictó ejercicios en Avigliana, Ivrea, Valsalice, San Benigno y Nizza Monferrato. Luego se detuvo unos días para elaborar las actas del octavo Capítulo General. Reanudó la predicación en los meses de verano y otoño. En noviembre Don Rua le confió la tarea de exorcizar a una señora

¹⁹ ASC B0320104, *Notes confidentielles...*, 31.05.1898; 1.07.1898; 30.08.1898.

²⁰ ASC B0320104, *Notes confidentielles...*, 6.09.1898.

²¹ ASC B0320105, *Notes confidentielles...*, 8.01.1899.

acosada por el diablo. Lo intentó varias veces, pero con malos resultados. El 18 de noviembre, señaló: «El diablo me humilló mucho, pero no se fue»²²).

A mediados de diciembre terminó la vida de Mons. Lasagna. Fue publicada a principios del nuevo año bajo el título: *Mons. Luigi Lasagna. Memorie biografiche*. Este libro de cuatrocientas cincuenta páginas le había costado mucho esfuerzo y no estaba completamente satisfecho con él. Señaló en su diario: «Reconozco que es fácil de criticar, ¡pero es difícil hacerlo mejor que los otros!».

²² ASC B0320105, *Notes confidentielles...*, 18.11.1899.

Capítulo 5

**LA VISITA A LAS CASAS SALESIANAS
DE AMÉRICA (1900-1903)**

*Don Albera fotografiado con una delegación de los Bororo
(Cuiabá, mayo de 1901)*

Argentina, Uruguay y Paraguay

Con motivo del Jubileo de las misiones salesianas (1875-1900) Don Rua encargó a don Albera visitar, como representante suyo, las obras salesianas del continente americano. El viaje duró dos años y ocho meses. Fue una experiencia importante que puso a prueba su resistencia física. Mientras tanto, fue reemplazado en el cargo de Director espiritual general por don Giulio Barberis, con quien mantuvo una relación epistolar constante durante el largo viaje. Sus cartas y las del secretario, publicadas por el

Instituto Histórico Salesiano, son un documento elocuente de lo que se hizo en ese extraordinario y agotador viaje.

Don Albera dejó Turín el 7 de agosto de 1900. A través de Francia llegó a Barcelona y participó en el primer Capítulo inspectorial español. El día 16 se le unió el joven secretario don Calogero Gusmano y al día siguiente navegaron juntos en el vapor *Perseo*. Llegaron a Montevideo el primer domingo de septiembre. En los días siguientes visitaron las obras salesianas de la zona. Los hermanos le recibieron con alegría y descubrieron que hablaba español correctamente.

El martes 11 de septiembre se trasladaron a Buenos Aires. Fueron recibidos por Salesianos y jóvenes de las cinco casas de la capital. Se detuvieron en la región todo un mes visitando las obras de la ciudad y la provincia. Albera recibió individualmente en coloquio a los Salesianos y a las Hermanas. Fue visitado por autoridades civiles y eclesiásticas que expresaron aprecio y gratitud por la actividad de sus hermanos y hermanas. Don Gusmano escribió a Don Rua: “Para don Albera están sucediendo cosas increíbles: son los importantes de cada lugar a donde él llega los que vienen a encontrarlo, y se consideran afortunados de conocerlo personalmente; son periodistas, son miembros de la Corte Suprema de Justicia, son obispos los que le rinden visita y quieren que bendigan al pueblo y a sí mismos en la iglesia pública, porque don Albera, dicen, es el representante de Don Rua y Don Rua ha heredado todo el espíritu de Don Bosco»¹.

El visitador quedó impresionado por el gran trabajo realizado por los Salesianos. Le confió a don Barberis: «Tanto en Montevideo como aquí en Buenos Aires hemos visto cosas extraordinarias. La Providencia usó a nuestra humilde Congregación para hacer cosas increíbles. Estoy considerando todo lo que veo y entiendo, guardándome de pronunciar mi pobre opinión... En general, las prácticas de piedad se hacen bien y funcionan con mucho impulso... Esto no quiere decir que todo aquí sea como el oro; también existen las inevitables miserias de los pobres hijos de Adán, pero el bien es lo suficientemente grande como para compensarlo ampliamente... Creo que mi tarea será más bien ver por mí mismo el mucho bien hecho y animar a que siempre se haga muy bien en el futuro... Reza para que corresponda con los planes de D. Rua al enviarme a América»². Inmediatamente señaló cuáles eran los puntos neurálgicos: «Aquí estoy cada vez más asombrado por el bien que ya se ha hecho, pero tengo miedo de

¹ Bs 1990, 338.

² L 78.

la abundancia de masas y la escasez de trabajadores. Es algo de lo que los miembros del Capítulo difícilmente pueden hacerse una idea. Casas importantes sin prefecto, con un catequista poco apto, ocupado haciendo la escuela regular; casas de cientos de jóvenes con un escaso personal docente y ni siquiera un coadjutor; todos los empleados son a sueldo y sin espíritu de piedad; parroquias con pocos sacerdotes para confesar, predicar, dar clase: estas son cosas ordinarias. La necesidad de personal es extrema»³).

El 12 de octubre partieron hacia la Patagonia. Fueron recibidos en Bahía Blanca con todos los honores. Albera inauguró la sección de Exalumnos. En los días siguientes, se trasladó a Fortín Mercedes, Patagones, Viedma, viajando parte en tren, parte en incomodísimos medios de transporte o a caballo. Regresaron a Buenos Aires el 8 de noviembre, donde el visitador participó en el segundo Congreso americano de Cooperadores Salesianos. El día de la Inmaculada fue a San Nicolás de los Arroyos para la inauguración del nuevo colegio y de la iglesia. Predicó a los numerosos *quinteros*, campesinos que participaban en la función con sus familias.

El 20 de diciembre regresaron a Montevideo. Se detuvieron durante tres semanas en la república uruguaya. Eran días de trabajo incansable: predicación, confesiones, entrevistas con cada uno de los hermanos, desde la mañana hasta tarde por la noche. Aquí, como en todos los lugares visitados durante ese largo viaje, Albera se reunió con los Cooperadores, los bienhechores y las personas relacionadas con la comunidad local. Quería visitar a los alumnos en sus clases, talleres y locales del Oratorio. Los jóvenes, que eran conquistados por el encanto espiritual que inspiraba su persona, lo rodearon de afecto y admiración. Muchos pidieron ser escuchados en confesión y él estaba dispuesto a prestarse. El secretario anota: «Es increíble como el Sr. D. Albera sabe ganarse el cariño de los jóvenes, yo nunca había tenido la oportunidad de observar esto en Turín porque él nunca bajaba al recreo... Muchos jóvenes van a la habitación de D. Albera, rogándole que los confiese; hablan de él con entusiasmo; cuando baja al patio es rodeado por casi todos los jóvenes»⁴). Lo mismo sucedió durante la visita a las obras de las Hijas de María Auxiliadora. Despertó veneración y confianza en las Hermanas y en las niñas internas y externas.

Entre el 26 y el 28 de enero de 1901, se celebró en Buenos Aires el primer Capítulo Sudamericano de Directores Salesianos. Don Albera los animó a ser ejemplo y guía en fidelidad al espíritu de Don Bosco. En el

³ L 106.

⁴ L 82.

prefacio de las *Actas* escribió: «Conforme voy visitando las casas salesianas de América siento que crece la estima y el afecto que ya tenía por vosotros. Al admirar cada vez más la obra de Don Bosco y presumir de ser su hijo, admiro también las virtudes de las que están adornados muchos Salesianos de América y me siento edificado por los sacrificios que se imponen por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. El número de estos verdaderos hijos de Don Bosco aumentará; los frutos de su trabajo serán inmensos, si se observan escrupulosamente las *Constituciones* que Don Bosco nos ha dado y las deliberaciones de los Capítulos Generales. Con la gracia del Señor también harán bien las recomendaciones del Primer Capítulo Americano⁵⁾».

El 31 de enero, el visitador, en compañía de Gusmano, navegó a La Tierra de Fuego. Se detuvo en Montevideo y llegó a Punta Arenas el 10 de febrero, después de una furiosa tormenta. Se detuvo durante cinco días, y luego continuó a la isla Dawson y a la misión Candelaria. Allí permaneció dieciocho días y predicó ejercicios espirituales a misioneros y Hermanas. Regresó a Punta Arenas a mediados de marzo. Luego visitó las Misiones de Mercedes y Paysandú en Uruguay. Pasó allí la Semana Santa predicando y confesando. En abril regresó a Buenos Aires, luego se embarcó hacia Brasil en compañía de Don Antonio Malan.

Brasil, Chile, Bolivia y Perú

El viaje duró veintidós días en barcos llenos de gente e incómodos. El 7 de mayo de 1901, llegó a Cuiabá, capital del estado de Mato Grosso. Una multitud de personas y quinientos niños, alumnos y alumnas de las obras salesianas, le esperaban en el muelle del puerto al sonido de la banda musical salesiana y el de la marina militar. Lo acompañaron al internado. Fue visitado por el obispo, el presidente del estado y otras autoridades. Los cuarenta días de estancia en Mato Grosso estuvieron llenos de encuentros y de ministerio sacerdotal. Durante la fiesta de María Auxiliadora recibió la profesión religiosa de cuatro nuevos Salesianos locales y algunas Hermanas y bendijo la toma de hábito de cinco novicios. También se reunió con un grupo de indígenas Bororo, que habían venido para pedir al presidente del estado dejar de depender de los militares y ser confiados a los misioneros salesianos. También visitó la misión de Corumbá. «Qué

⁵ Garneri 185.

buen espíritu reina en esta inspección –escribió el secretario–, en ninguna he encontrado tanta armonía, tanta sumisión a los superiores, tanto espíritu salesiano, Salesianos tan queridos por los Cooperadores... D. Malan es un verdadero Salesiano, muy capaz de ser inspector, muy apegado a los superiores. Cómo quedarían consolados D. Luigi Nai, D. Bertello si vieran a los coadjutores de esta casa: son modelos de piedad y de trabajo»⁶).

En ese momento todavía no había conexión ferroviaria con São Paulo. Así que don Albera tuvo que descender el río Paraguay, en «un barco de vapor de 14 metros de largo y en medio de ciento veintidós vacas y millones de mosquitos que nos devoran», señaló el secretario. Visitó Concepción y el 29 de junio llegó a Asunción, donde celebró misa en presencia del obispo, con ciento cuarenta primeras comuniones. En los días siguientes continuó a Buenos Aires. Desde allí pudo embarcarse hacia Montevideo y llegar de nuevo a Brasil⁷).

Desembarcó en Santos el 14 de julio, recibido por el inspector don Carlo Peretto. En tren llegó a São Paulo, a unos 80 kilómetros de distancia, y luego a Lorena, desde la que comenzó una visita de cuatro meses a la provincia brasileña. Albera llegó a todas las casas y misiones salesianas. Después de reuniones oficiales con autoridades y poblaciones, dedicó todo su tiempo a recibir a los hermanos y al ministerio de la predicación y las confesiones. En todas partes fue recibido con entusiasmo, pero esos viajes le costaron trabajos indescriptibles por el calor y el polvo. Visitó Guaratinguetá y Juiz de Fora, el lugar del accidente en el que habían perdido la vida Mons. Lasagna, algunas hermanas y dos sacerdotes. Fue a Ouro Preto, Cachoeira do Campo, Araras, Ponte Nova, Niterói, Ipiranga, Campinas, Río de Janeiro, Bahía, Jaboatão, Pernambuco. A pesar de los problemas encontrados, tuvo una impresión muy positiva: «Ahora visito las casas de Brasil –escribió a Barberis–. Estoy convencido de que Don Bosco en espíritu conocía la tierra y conocía el corazón de los habitantes. Estamos presenciando espectáculos muy conmovedores. ¡Qué misión tienen aquí los Salesianos! En las casas se hace un gran bien, incluso si no están organizados en absoluto ... Don Zanchetta aquí en Niterói hace maravillas. ¡Si pudiera ver qué orden en la casa! Reina una piedad edificante. Los hermanos se matan trabajando y, sin embargo, no se quejan...»⁸).

De Pernambuco partió a Niterói el 26 de octubre a bordo del *Alagoas*.

⁶ L 188.

⁷ L 191.

⁸ L 212-213.

Durante los cinco días de navegación sufrió dolores punzantes. No pudo continuar hasta São Paulo, donde se le esperaba para la bendición de la estatua monumental del Sagrado Corazón. Se detuvo en Niterói nueve días para recibir tratamiento. El 9 de noviembre navegó a Montevideo y pasó por Buenos Aires donde se detuvo unos diez días.

En la capital argentina lo esperaba Mons. Giacomo Costamagna, que debía acompañarlo a Chile a través de los Andes. Salieron el 25 de noviembre. Fue un viaje muy fatigoso para don Albera, que no estaba acostumbrado a cabalgar. Se quedaron algunos días en Mendoza para predicar ejercicios espirituales a jóvenes, hermanos y hermanas. Después de la visita a Rodeo del Medio, el 5 de diciembre llegaron a Santiago de Chile. Gusmano escribió el programa de la visita a don Barberis: «Ya estamos en la vertiente del Pacífico. Pasamos muy bien la cordillera... El sr. don Albera soportó bien y sin consecuencias la travesía y la cabalgata. Aquí pasamos dos días por casa, para verlas en su funcionamiento ordinario. Ya hemos visitado las dos de Santiago y Melipilla. Mañana iremos a Talca, el 13 a Concepción, el 18 a Valparaíso, el 20 a La Serena y, después de Navidad, veremos Macul. La primera semana de enero empezarán los ejercicios para los hermanos; tal vez habrá que hacer dos tandas y una para las hermanas... Visitadas las casas de Chile iremos a Bolivia, pero probablemente no iremos a Sucre, bien porque está demasiado lejos, bien porque será la estación de lluvias y sería muy difícil ir. De Bolivia bajaremos a Perú, donde tal vez estemos todavía en abril»⁹.

Después de unos días de descanso en Santiago, don Albera visitó en tres meses a los Salesianos y a las Hermanas de Melipilla, Talca, Concepción, Valparaíso, La Serena, Iquique y Macul. Se dio cuenta, con dolor, de que en la inspectoría de Chile había tensiones por los límites de algunos directores, pero sobre todo por el carácter impetuoso de Mons. Costamagna, que desempeñaba el cargo de superior, mientras esperaba a poder entrar en el territorio de su vicariato misionero en Ecuador. Gusmano, desconcertado, escribió a Barberis recalcando notablemente el tono: «Nadie en la inspectoría quiere a monseñor... porque regaña continuamente y en público; no es querido porque demuestra que no tiene el corazón aquí, sino más allá de los Andes; no es querido porque repite hasta el aburrimiento que no tiene ninguna estima por los chilenos... Con él no se habla con el corazón en la mano, sino que se estudian las palabras y siempre se tiene miedo de ser reprendido; así que en general se sale de su habitación

⁹ L 243-244.

más mosqueado y menos persuadido... Es verdad que aquí todos piden a gritos que monseñor vaya a Ecuador, que venga un buen inspector, que sea prudente... que escuche las necesidades de las casas sin regañar ni decidir inmediatamente, que sea un poco político y no manifieste y eche en cara en público los defectos...». Después concluyó: «No se puede dudar que sea un santo; pero haría falta que también los demás fuesen santos para resistir a su modo de tratar; haría falta que tuviesen más fe y ver en el superior solo la autoridad que representa y no los modos... Quien no sabe que es todo celo, que trabaja continuamente y que se puede decir que no hay confirmación en Santiago ni fuera que no haga él; incansable, pero casi siempre fuera, aquí no ha podido echar raíces...»¹⁰.

El 14 de febrero de 1902, Albera, después de haber predicado ejercicios espirituales a los hermanos, salió de Santiago con el secretario. Se quedaron un par de días en Valparaíso para la inauguración de los nuevos talleres, y llegaron a Iquique el 28. Tras diez días volvieron a salir hacia Arequipa, en Perú: «Es una auténtica casa salesiana; reina el orden, el trabajo, el espíritu salesiano... La pequeña colonia agrícola es una auténtica joya, científica, verdadero modelo de todo –anota don Gusmano–. Don Albera está regular, tiene el estómago cansado, yo le hago tener cuidados; ahora los acepta, pero antes no quería»¹¹.

El 24 de marzo llegaron a La Paz, donde encontraron una casa bien organizada y un óptimo espíritu salesiano. Permanecieron allí toda la Semana Santa. El 1 de abril salieron hacia Perú. Se quedaron en Lima hasta el 26 de mayo. Visitaron los lugares de santa Rosa [de Lima] y Albera celebró la misa junto a su urna. Deseaba salir hacia Ecuador y visitar el vicariato apostólico de Méndez y Gualaquiza, pero el inspector del lugar le desaconsejó el viaje por el mal tiempo, que hacía impracticable el camino. Se quedó en Lima todo el mes mariano e hizo allí sus ejercicios espirituales. Escribió don Gusmano: «Le pareció que haber pasado, durante dos años, casi todos los días y a menudo parte de las noches escuchando y consolando a los hermanos, animando al bien y sugiriendo cómo crecer siempre más en el espíritu de Don Bosco, y dando conferencias y predicando hasta doce tandas de ejercicios espirituales en pocos meses, no hubiese sido suficiente para dispensarlo del retiro anual prescrito por nuestras Reglas. Lo vimos, durante ocho días, recogido en profundas meditaciones, pasando largas horas delante de Jesús Sacramentado, pensando únicamente en su

¹⁰ L 256-257.

¹¹ L 285-286.

alma». Durante esos días, Albera escribió en su diario: «Hoy comienzo los ejercicios espirituales: lo necesito de verdad. Tras veintiún meses de viaje, mi mente está disipada, mi corazón está frío. Deseo entrar en mí mismo e implorar el rocío del Cielo... Me propongo hacer estos ejercicios como si fuesen los últimos de mi vida. Mi edad y los continuos viajes me inspiran para hacer especialmente bien estos ejercicios... Examinando mi conciencia he encontrado que las causas de mis defectos son tres: 1. la falta de humildad; 2. la falta de mortificación; 3. la falta de piedad. Ahora que conozco a mis enemigos, me propongo combatirlos»¹²).

Tras los ejercicios espirituales personales se encargó de los de los alumnos, los hermanos y las hermanas. También visitó todas las congregaciones religiosas de la ciudad y terminó su estancia en Lima con la fiesta de María Auxiliadora. El 26 zarpó del puerto de Callao. Hicieron escala a Paita, el último puerto peruano, donde participaron en la procesión del *Corpus Domini*.

Ecuador

El 30 de mayo desembarcaron en Guayaquil, Ecuador. Se quedaron allí dos días y emprendieron el viaje hacia la región de Oriente. El arriesgado recorrido está minuciosamente descrito por el biógrafo. Se desplazaron en tren hasta Huigra, donde durmieron en tiendas. La excesiva humedad de la noche causó a Albera una molesta tortícolis. Por la mañana, cambiada la ropa, empezaron un viaje a caballo que duraría cinco semanas, con cabalgatas de diez, y con frecuencia catorce, horas al día. Tuvieron que recoger la sotana a los lados, ajustada con un cinturón de cuero, ponerse un poncho que les cubría todo el cuerpo, calzones de piel de cabra, un gran pañuelo al cuello y un amplio sombrero de paja forrado con tela encerada.

Hicieron escala en Guatasí, en casa de un cooperador, donde se encontraron con el inspector, don Fusarini, llegado de Riobamba. Este describió pormenorizadamente los peligros del Ecuador Oriental y las dificultades de la misión, quizás para desanimar al superior de continuar aquel peligroso viaje, pero él se confirmó más aún en su propósito de continuar, encomendándose a la Providencia. Quería completamente encontrarse con los hermanos misioneros para consolarlos de sus fatigas. El inspector le acompañó durante un tramo, pero después tuvo que volver a la sede.

¹² ASC B0320106, *Notes usefull...*, 2.05.1902.

Comenzaron largas e interminables cabalgatas a través de bosques hermosos pero llenos de peligros, de montes escarpados, entre precipicios, vados profundos y pantanos con agua hasta la rodilla.

Escribe don Gusmano: «Nadie que conozca a don Albera se sorprenderá de que un hombre de su edad, de salud precaria, delicadísimo, llegando algunas veces al tambo (lugar de descanso del misionero) tenía que ser bajado a peso del caballo y colocado en una silla o lo que hiciese las veces de la misma, porque las piernas se negaban a sostenerlo, y el cuerpo inerte se dejaba a sí mismo. En el *tambo*, si el indio que lo guarda está avisado, se encontrará algo caliente, el único consuelo que reclama imperiosamente el estómago; aunque sea simplemente agua con sal, o engañada con un poco de harina de maíz, de patata o de yuca; todo es bueno mientras esté caliente. ¡Cuántas veces el único plato, sabrosísimo, era un poco de maíz, no siempre suficientemente condimentado con sal! Y si se llega de forma inesperada, hay que esperar horas y horas por esa escasa comida... El *tambo* o *rancho* es una estancia de tres o cuatro metros cuadrados, cubierta por un tejado de hojas de palma, sujetadas con palos... El suelo, normalmente suspendido a unos metros de la tierra húmeda, también está cubierto de hojas secas o de esteras; los laterales están abiertos. Agazapados ambos en el pequeño espacio, a veces, al menor movimiento, me despertaba sobresaltado mirando ansiosamente a don Albera, no fuera que girándose sobre el duro y no pocas veces puntiagudo lecho, fuese demasiado allá, traspasando la orilla sin proteger, con evidente peligro para su vida. El rancho protege del agua, pero no del aire... En las eternas y monótonas jornadas que pasamos sobre el dorso de aquellos pobres animales, estando detrás de don Albera, a menudo lo veía agitado, incapaz de encontrar una posición cómoda sobre el caballo; veía que apenas se sostenía sobre la cintura, o que se veía obligado a atravesar precipicios que de un momento a otro podían poner en peligro su preciosa existencia. Confieso que me sentí tentado muchas veces de aconsejarle volver...»¹³).

En el macizo de Azuay, todo rocas y barrancos, Albera se cayó del caballo y casi se precipitó por un acantilado. Antes de llegar a Cañar salieron a su encuentro muchas personas notables, entre las que estaba el hermano del expresidente de la República, doctor Luis Cordero, acompañado por don Francesco Mattana, misionero incansable de los jíbaros. Reemprendieron el viaje a Cuenca al día siguiente, llegando el domingo 8 de junio. Allí el visitador también fue acogido por una cincuentena de

¹³ BS 1904, 109.

caballeros a algunas horas de la ciudad, y quisieron que cambiase de cabalgadura. Al cambiarse cayó de mala forma y se le hinchó el pie. Tuvo que estar tres días en reposo, hospedado por los padres redentoristas. Reemprendió el viaje el día 11 y tras trece horas llegaron a Sígsig, la última etapa antes de los bosques orientales. Continuaron el camino al día siguiente. Fueron tres días de cabalgata bajo una lluvia ininterrumpida. Finalmente, el domingo 15 de junio llegaron a Gualaquiza, donde se quedaron ocho días. El secretario escribió la relación del viaje a don Barberis:

«Le escribo mientras los jíbaros bailan y cantan bulliciosamente delante de mi puerta, según sus costumbres y para festejar al sr. don Albera. Algunos son como Adán antes del pecado; los hombres, también los adultos, van vestidos con lo estrictamente necesario, las mujeres un poco más; sin embargo, aquí no hace ninguna impresión. Pero entre todos estos gritos mi pensamiento corre a Turín... Nuestro viaje a Gualaquiza fue discreto. En Sígsig, el último pueblo cristiano, nos acogieron al son de las campanas. Al pasar por los pueblecitos intermedios nos encontrábamos por todas partes la imagen de María Auxiliadora. El párroco de San Bartolomé nos contó decenas de gracias y, si es cierto lo que dicen, no se puede no admitir el milagro. Es la Virgen quien abre el camino a la obra de Don Bosco, de otra forma no se podría explicar tanto entusiasmo por los hijos de Don Bosco en tantos pueblos donde no han hecho ningún bien más que pedir limosna para la misión...

De Sígsig a Gualaquiza no hay ningún poblado y son tres días de camino por precipicios, descensos horribles y subidas inclinadas como paredes. La lluvia nos acompañó durante dos días, el fango llegaba hasta el vientre el animal, y nosotros estábamos embarrados hasta el pelo. En algunos lugares había que agacharse hasta más abajo de la mula para pasar por ciertos arcos que los árboles, arrancados por la lluvia, habían hecho. Por otras partes el paso era tan angosto que había que levantar los pies porque no pasaban y en otros hacer lo uno y lo otro...

Lo peor para don Albera eran los saltos mortales que a veces hacía la mula cuando encontraba el paso obstruido: le recomendábamos que se sujetase bien a la silla. En algunas bajadas se sujetaban firmemente las riendas de la mula, pero era imposible gobernarla y se precipitaban el caballo, el caballero y el guía. Llegando empapados, por la noche, tras 12 horas de cabalgata, como he descrito, no se encontraba por lecho más que una estera de cañas al abierto, colocada a varios metros de altura sobre palos con otras cañas. Don Albera estaba en el medio y yo tenía que estar pendiente de no moverme porque, de otro modo, no me habría levantado

más...»¹⁴).

La residencia misionera era una construcción muy sencilla: una capilla con dos cuerpos edificados a los lados. Todo construido con madera revocada con barro, con ventanas sin postigos. Don Albera entonó el *Te Deum* de acción de gracias en la capilla. Cuando salió, los jíbaros le ofrecieron yuca y bananas. Con dolor, constató que los misioneros estaban agotados y sin fuerza por las fatigas, del clima y de la escasa alimentación. Habló personalmente con cada uno, los consoló. Esa semana visitó los asentamientos jíbaros de la zona para hacerse una idea de su vida. El domingo 22 celebró la fiesta de María Auxiliadora, con misa cantada y procesión.

Al día siguiente salió, siendo acompañado durante un buen tramo por los Salesianos y los indígenas. El viaje regreso «fue mucho peor que la ida y duró diez días a caballo, con tres de descanso. Hasta Cuenca nada extraordinario: dormimos, como de costumbre, al aire libre y sobre lechos peligrosos, comimos poco, lo que ayudó a debilitar cada vez más al ya malogrado estómago de don Albera». Llegaron a Riobamba el 5 de julio. Los días siguientes se reunió el Capítulo inspectorial y el visitador pudo darse cuenta de los progresos y de las dificultades¹⁵).

El 14 de julio se desplazaron a Ambato, sede del noviciado, y de aquí llegaron a Quito, donde los Salesianos habían construido una iglesia y un colegio pequeño. Albera bendijo los edificios y el nuevo taller de curtiduría.

Colombia, Venezuela, México y Estados Unidos

El 26 se dirigieron a Guayaquil, de allí zarparon hacia Colombia, aquejada por una guerra civil. No pudieron desembarcar en Panamá, a causa de una epidemia de fiebre amarilla, y pasando por Colón y Cartagena, alcanzaron Barranquilla el 8 de agosto.

La navegación por el río Magdalena hacia Honda duró diecisiete días, entre nubes de mosquitos que los atormentaban. En Puerto Berrio los bloqueó un general que quería adueñarse del bote para sus tropas. Después de una larga negociación se contentó con requisar casi todas las provisiones alimenticias. La parada forzosa permitió a Albera y al secretario asistir a varios soldados, moribundos a causa de la fiebre amarilla. Finalmente, el

¹⁴ L 307-308.

¹⁵ L 310-312.

24 de agosto desembarcaron en Honda. Desde aquí, acompañados por el salesiano coadjutor Angelo Colombo, continuaron a caballo hacia Bogotá sin escolta, «porque —escribe Gusmano— una escolta puede ser todavía más peligrosa: las fuerzas revolucionarias la atacan». En la primera estación de tren encontraron varios hermanos y alumnos que los esperaban con un tren especial, puesto a su disposición por el gobierno, y en dos horas llegaron a la capital. «Creíamos que íbamos a encontrar en Colombia la paz y en cambio están *sicut erat*. Las guerrillas, sobre todo, están más encarnecidas que antes. A lo largo de nuestro viaje hemos podido contemplar el triste espectáculo de las poblaciones incendiadas, villas destruidas, transeúntes derribados y sin vida». Se quedaron doce días y visitaron las obras salesianas de la ciudad y sus entornos. Don Albera, a pesar de los peligros, quiso visitar también a los Salesianos que trabajaban en las dos leproserías de Contratación y Agua de Dios¹⁶.

Dejaron Bogotá el 9 de septiembre. En diez días recorrieron a caballo doscientos noventa kilómetros, atravesando otra zona montañosa en un frío intenso. A tres horas y media de Contratación, extenuado por el cansancio, don Albera se desmayó. Debido a esto se vieron obligados a pasar la noche en una choza. Al día siguiente quiso continuar el viaje en ayunas para poder celebrar la misa. Llegaron al lazareto hacia las 11 de la mañana.

El primer encuentro con los leprosos fue conmovedor. El visitador dijo una palabra de consolación a cada uno, y distribuyó dinero y víveres ofrecidos por los bienhechores. Durante los días siguientes predicó una misión de ocho días, en la que participaron todos los que podían tenerse en pie. Durante la primera predicación tuvo un desvanecimiento causado por la falta de aire debida a la multitud que abarrotaba la iglesia. El último día también se desmayó cuando se le presentó en el confesionario un leproso con la carne de las piernas hecha jirones.

Regresó a Bogotá y tras unos pocos días, el 8 de octubre, salió de nuevo hacia Agua de Dios, donde llegó después de tres días de camino. Comenzó con la predicación de una misión a los leprosos. La iglesia estaba abarrotada: «Vosotros sufrís mucho en el cuerpo, dejad de sufrir, al menos, en el alma, reconciliándoos con el Señor, pues esto depende de vosotros. Nosotros somos incapaces de curaros de la lepra material; permitid que os quitemos la espiritual»¹⁷. Don Albera predicó todos los días, a pesar de que la hora fuese mala (la una del mediodía) y el calor agobiante. Todos lo

¹⁶ L 318.

¹⁷ Garneri 215.

escuchaban con gran atención. Al tercer día las confesiones ya ocuparon a cinco sacerdotes hasta las once de la noche. Albera fue de casa en casa visitando las familias, distribuyendo ayudas económicas y palabras de consuelo. La misión concluyó el 19 de octubre con una comunión general. Incluso los más reticentes, que no se frecuentaban los sacramentos desde hacía años, se acercaron con devoción: un auténtico milagro de la gracia. La jornada terminó con una procesión en honor de María Auxiliadora.

Una vez regresó a Bogotá se encontró con el delegado apostólico, con el arzobispo y con los principales bienhechores. El presidente de la República también quiso reunirse con él antes de su partida. El viaje de regreso a la costa fue pésimo. Tras dos horas de tren fueron a caballo, bajo un sol tórrido y entre los peligros de la guerrilla. Cuando llegó a Honda el 29 de octubre Albera estaba extenuado. Tuvieron que esperar cinco días antes de poder embarcar en un barco hospital, privado de cualquier comodidad. El 12 de noviembre arribaron a Barranquilla. Se quedaron pocas horas y volvieron a salir hacia Venezuela a bordo del barco de vapor *Montevideo*.

El domingo 16 de noviembre desembarcaron en La Guaira, el puerto principal de Venezuela. Al día siguiente se dirigieron a Caracas, donde estaba «una bella casa, pero casi vacía». El 21, tras un viaje de ciento cincuenta kilómetros, estaban en Valencia. Encontraron la obra salesiana en mejores condiciones, gracias a la obra reparadora de don Michele Foglino. Regresaron a Caracas el sábado 29 de noviembre, y después se dirigieron a San Rafael y Santa Rosa, dos obras pequeñas y pobres. La travesía nocturna por el lago Maracaibo fue desagradable para don Albera a causa del fuerte viento, del frío intenso y del hedor a pescado podrido que impregnaba el bote. El 5 de diciembre zarparon hacia Curaçao y de allí hacia La Guaira. El puerto estaba ocupado por embarcaciones militares extranjeras reunidas para tutelar los intereses de sus respectivas naciones. El 15 de diciembre las naves inglesas bombardearon Puerto Cabello, puesto a doscientos kilómetros de Caracas. Por este motivo Albera decidió partir lo antes posible. Cogió un barco directo a Puerto Rico.

Tras cinco días de cuarentena en la isla de Miraflores, el 22 de diciembre atracaron en San Juan de Puerto Rico. Se alojaron en una fonda. El programa preveía una visita a Jamaica, pero las dificultades en el transporte y el pésimo estado de salud de Albera convencieron al secretario de dirigirse directamente a México. Después de celebrar la misa de Navidad en la iglesia de los padres lazaristas, zarparon en el barco a vapor español *León XIII*. A bordo tuvieron la alegría de encontrar un grupo de misioneros salesianos y de hermanas. Don Albera recibió a todos en coloquio. El viaje,

bueno en general, duró diez días, pero la salud del superior no mejoró. Tenía problemas de estómago y no retenía la comida.

Desembarcaron en Veracruz el 8 de enero de 1903. El inspector de México, don Luigi Grandis, y otros hermanos los recibieron en el puerto. En Ciudad de México encontraron un bello colegio. Visitaron las obras salesianas de Morelia y de Puebla. El 31 celebraron la eucaristía en el santuario de Guadalupe. La visita a las casas mexicanas fue un gran consuelo. Don Albera constató la simpatía de las autoridades y del pueblo por la obra salesiana. El inspector le presentó veintidós solicitudes de apertura de casas que le habían llegado desde las principales ciudades de la nación, desolado porque le faltaba el personal necesario.

El 9 de febrero partieron hacia California. Hicieron escala en Los Ángeles y llegaron a San Francisco el sábado 14. Don Albera predicó y confesó durante largas horas en las dos parroquias confiadas a los Salesianos, exhortando a los inmigrantes italianos a mantenerse fieles a la fe de sus padres. Pero tras treinta meses de viaje se sentía muy débil y extenuado. Deseaba regresar cuanto antes a Turín. Salieron el domingo 1 de marzo. Hicieron escala en Chicago. Llegaron a Nueva York el domingo 8. Después de diez días de intenso ministerio pastoral se embarcaron hacia Inglaterra.

La travesía duró una semana. En Gran Bretaña don Albera visitó las casas salesianas de Londres, el noviciado de Burwash, dirigido por el joven y cordialísimo don William Brown, el instituto de Farnborough, donde dos años antes se había abierto un orfanato para chicos abandonados y huérfanos de militares, la escuela y la parroquia de Wandsworth. Quedó particularmente satisfecho por el florido desarrollo de las obras inglesas y por el buen espíritu que animaba a los hermanos.

El 1 de abril los dos viajeros llegaron a París. Encontraron una situación precaria debido a la ley sobre las asociaciones, en vigor desde 1901, que obligaba a las órdenes y congregaciones religiosas a elegir entre la secularización o la autorización del gobierno. El inspector, Giuseppe Bologna, había preferido la segunda opción, una elección que resultó fatal. De hecho, la autorización fue refutada y a lo largo de 1903 se tuvieron que abandonar casi todas las obras. El inspector de Marsella, sin embargo, había elegido el camino de la secularización, y fue más afortunado.

Albera abandonó París al atardecer del viernes santo, 10 de abril, y la tarde del día siguiente regresaba a Valdocco. Cansadísimo y consumido, pero contento. Antes de ir a descansar escribió en el diario: «Qué feliz me siento de volver a este querido Oratorio, que fue mi casa durante los años más hermosos. ¡Hoy ha sido para mí un verdadero aleluya! Los supe-

riores me han acogido con afecto ardiente, especialmente Don Rua». Don Giacomo Ressico contará veinte años después: «Cuando regresó de su largo viaje, me encontraba dispuesto para acogerlo junto a mis compañeros de cuarto de secundaria del Oratorio. Divisándolo junto a Don Rua, me quedé profundamente admirado por su figura dulce y paterna... Mi admiración se colmó cuando nos dijo con dulzura y humildad, desde el balcón del segundo piso, a los jóvenes que queríamos escucharlo: “El representante no es nada delante del representado”, y señalando a Don Rua con una inclinación, se retiró»¹⁸).

Durante los días siguientes presentó a Don Rua una minuciosa exposición del estado de las obras y de los hermanos de América. Don Gusmano, tras la muerte de don Albera, escribirá una breve relación de la visita:

«Cuanto hizo don Albera durante los tres años (desde el 7 de agosto de 1900 hasta el 11 de abril de 1903) pasados visitando las 215 casas de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora, recorriendo las repúblicas de Uruguay, Paraguay, Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, Centroamérica, México y Norteamérica, ha sido ampliamente reflejado en el *Boletín Salesiano*; sin embargo, no puedo dejar de hacer algún comentario de mayor importancia.

Nota característica de su viaje fue sobre todo el entusiasmo despertado por su visita en cada localidad. Las demostraciones recibidas tenían por todas partes algo de extraordinario, de increíble: autoridades eclesiásticas, civiles y militares iban a su encuentro al frente de sus poblaciones y lo colmaban de honores dignos de una gran celebridad. A medida que la visita se iba desarrollando, era común, en boca de todos, una expresión: «¡No se podía elegir a nadie que representase mejor a Don Bosco!» Y de Don Bosco, junto a quien había vivido tantos años, don Albera hablaba siempre. En cualquier discurso suyo, en cualquier aviso suyo, aparecía Don Bosco de forma natural, su pensamiento, su palabra; y eso explica la eficacia persuasiva que la palabra de don Albera suscitaba en las almas.

Los Cooperadores y las personas que se acercaban a él no sabían ya como alejarse, de tanto que los conquistaba con su aspecto sonriente, con la caballerosidad de su trato, con el encanto de su humildad, y ante todo con su palabra insinuante, que hacía que las almas fuesen dóciles a su celo y a su caridad.

Además, la bendición de María Auxiliadora era en sus manos un instrumento de gracias y prodigios, a veces extraordinarios, para las almas que

¹⁸ Garneri 222.

la recibían plenamente. Increíble la dedicación de don Albera hacia los pobres leprosos de los lazaretos de Colombia... No hubo obra por la que no se interesase. Quiso visitar a todos los enfermos que no podían salir de la cama, escuchando con profunda compasión la historia de sus sufrimientos, los episodios de su vida, y consolándoles y animándoles con palabras maternas a sufrir con resignación cristiana.

La visita a las casas era un trabajo distinto, pero no menos gravoso. Don Albera tenía como norma dejar a los hermanos la mayor libertad de hablarle cuanto quisiesen. Si no bastaba el día, dedicaba a ello buena parte de la noche, pero deseaba que todos pudiesen tener esta satisfacción. «¡No se viene, decía, desde Italia, afrontando tantas molestias, para no dejar totalmente satisfechos a los hermanos!»

No hay duda de que, si don Albera pudo resistir durante tres años a un trabajo tan intenso y continuo sin enfermar, siendo de salud tan delicada, se debe a una asistencia particular de la Santa Virgen. Pasar jornadas enteras a caballo, viajar bajo la lluvia torrencial durante quince días; dormir a veces en un pesebre abandonado o sobre una estera elevada a un metro de la tierra; alimentarse malamente con mazorcas de maíz hervidas; encontrarse con las piernas rígidas, casi congeladas, en la alta Cordillera: son algunas de las incontables molestias que tuvo que afrontar, sostenido por una fuerza arcana»¹⁹.

Esos treinta y dos meses de viaje en incómodas condiciones lo habían probado duramente en lo físico, pero también liberado de la melancolía de los años precedentes. Su visita resultó providencial para los hermanos, para las hermanas y para las instituciones. Las detalladas relaciones que enviaba a Don Rua ponen en evidencia la realidad concreta de la obra salesiana en el Nuevo Mundo. Luces y sombras, heroísmos y miserias, éxitos y fracasos le habían inspirado elecciones bien calibradas, que revelan su ponderado juicio crítico, una prudencia impregnada de caridad, un discernimiento respetuoso con las personas y con las situaciones locales, pero también una gran fuerza de carácter y una rápida capacidad de decisión, dotes peculiares del superior religioso inteligente y equilibrado. De ellas habían sacado ventaja los hermanos y las hermanas, nutridos con las sustanciosas predicaciones, consolados y animados por su amable paternidad en los coloquios personales. Él mismo se había favorecido. Había acrecentado su conocimiento del corazón humano y del carisma salesiano. Había ampliado su visión constatando la fecundidad del espíritu de Don Bosco injertado

¹⁹ *Ibidem* 223-225.

en las diferentes culturas. Se había dado cuenta de lo providencial y de la urgencia de la misión educativa salesiana. También había comprendido lo necesario que era poner en marcha recorridos formativos más sólidos para plasmar salesianos equilibrados y virtuosos. Indudablemente el Señor lo estaba preparando para su misión futura.

Capítulo 6

AL LADO DE DON RUA ENTRE 1903 Y 1910**1903-1907**

De regreso a Turín, volvió al trabajo tras unos pocos días de descanso. En mayo, participó en el III Congreso de los Cooperadores. Trajo los saludos de los Cooperadores de América e informó sobre su largo viaje. El *Boletín Salesiano* resume su discurso: «Don Albera trae el saludo de los Cooperadores de América. Narra los viajes que hizo en doce Repúblicas,

y lo que vio con sus ojos más allá del océano... Describe algunas cosas que le sucedieron a través de esos desiertos sin límites, visitando las casas salesianas, y los frutos abundantes que se recogen en aquellas regiones lejanas, a la gloria de la obra inmortal de Don Bosco... Con palabras sencillas pero escogidas, sigue paso a paso explicando el camino de la obra salesiana... Habla de los efectos que produce en esos pueblos, por el florecimiento de la piedad, incluso hasta los indios que, una vez depuesta tu natural ferocidad, bajo la dirección de las Hermanas de María Auxiliadora realizan trabajos a la manera de los europeos; a los leprosos, en Agua de Dios, la ciudad del dolor, donde se presencia la descomposición del propio cuerpo antes de morir. Narra episodios conmovedores, y de heroísmos que solo una gracia sobrenatural puede inducir a actuar, hasta el punto de pedir, como la mayor gracia, poder vivir y morir entre esos leprosos. Estalla un largo aplauso cuando habla del misionero Evasio Rabagliati que ha consagrado su vida a esta obra»¹).

El 17 de mayo de 1903 se celebró la función de coronación de la Auxiliadora. Albera escribió en su diario: «¡Día grande!... Fue verdaderamente el triunfo de la devoción de María Auxiliadora. Asistí a las funciones de iglesia y pasé unos momentos realmente deliciosos». En los días siguientes representó a Don Rua en Lombriasco y en Lanzo Torinese para las celebraciones en honor a María Santísima. Luego vinieron los meses de los Ejercicios espirituales: «Como director espiritual de nuestra Pía Sociedad, tengo el deber particular de orar por el buen éxito de los Ejercicios», escribió²). Se puso totalmente disponible durante las largas horas de coloquio con los ejercitantes, hasta el punto, que la salud se resintió. En diciembre se vio obligado a retirarse a la casa salesiana de Mathi para recuperar fuerzas.

Reanudó sus visitas canónicas en febrero de 1904. Primero visitó las casas del Piamonte, luego fue a Roma donde, el 11 de abril, asistió a la misa del papa Pío X, animada por un coro de mil seminaristas. Luego fue a Caserta, Nápoles y Messina. En Sicilia estuvo un mes visitando todas las obras de los Salesianos y de las Hermanas. Don Argeo Mancini, que era novicio ese año, dice: «Fue entonces cuando tuve una de las mejores impresiones. Don Albera había sido atrapado por un terrible reuma en el brazo derecho, que le producía un gran dolor y le inmovilizó su brazo. Admiré su paciencia en esa ocasión. A pesar de todo quiso partir de San Gregorio, donde se encontraba, para continuar el recorrido por las casas;

¹ BS 1903, 165, cf. BSe 1903, 176-177.

² ASC B0320106, *Notes usefull...*, 17.05.1903; 9.08.1903.

pero el brazo le seguía doliendo terriblemente... En esta circunstancia, y en otras, pude comprender que su piedad, que parecía darle ese aspecto rígido que me había impresionado en un principio, no le impedía la familiaridad en la conversación y la explicación de su habitual bondad...»³). Después de San Gregorio visitó Bronte, Randazzo, Siracusa, Palermo, San Giuseppe Jato, Marsala. De allí pasó a Túnez y, finalmente, a Marsella. Regresó a Turín el 1 de julio.

En agosto estuvo en Sampierdarena para recibir a Mons. Cagliero y acompañarlo a Turín con motivo del décimo Capítulo General. En aquellos días Don Rua no se encontraba bien. Albera escribe en su diario: «Nuestro superior, Don Rua, está enfermo: ofrezco mi vida para conseguirle la salud». El superior se recuperó y pudo participar en el Capítulo que tuvo lugar en Valsalice del 23 de agosto al 13 de septiembre de 1904. El 24 de agosto don Albera fue confirmado en el cargo de Director Espiritual general. Esa noche señaló: «He sido reelegido como Director Espiritual como antes. Pero no puedo alegrarme de esta elección, al contrario, siento pena, porque conozco toda mi incapacidad»⁴).

Después del Capítulo General fue enviado a Francia porque se temía la confiscación de otras obras por parte del gobierno. A su regreso, reanudó la visita canónica a las casas salesianas. Fue a Verona, a Gorizia, a Austria y a Polonia. Regresó a Turín el 10 de diciembre.

Su salud se había deteriorado hasta el punto de que, a principios de febrero de 1905, por orden de Don Rua, tuvo que pasar más de un mes en el clima templado de Marsella. Regresó a mediados de marzo, poco aliviado. Sufría de un doloroso mal de estómago. Por obediencia accedió a ser tratado en Recoaro. Desde allí visitó las casas del Véneto. De regreso a Piamonte, en la segunda quincena de septiembre, fue a Mathi para continuar las terapias. Esta inactividad forzada le pesaba. Escribió a la Sra. Olive: «Gracias por las oraciones que ha hecho por mi salud. Ahora va mejor. Pero necesito que Dios me conceda la gracia de poder trabajar un poco por su gloria y por el bien de las almas. No he hecho nada hasta ahora. ¿Qué podría presentar en su tribunal?».

El 6 de enero de 1906 acompañó a Sampierdarena a los misioneros que debían zarpar. Entre ellos se encontraba el antiguo alumno de Marsella don Ludovic Olive. Luego siguió a Francia donde permaneció hasta mediados de marzo. Entre agosto y septiembre, gracias a un mejoramiento de su

³ Garneri 229.

⁴ ASC B0320106, *Notes usefull...*, 24.08.1904.

estado físico, pudo participar en varios cursos de ejercicios espirituales. El 23 de agosto, al finalizar los ejercicios de Lanzo, dejó estos tres recuerdos a los Hermanos: «1. Amor por la vocación y por la Congregación. 2. Cuidado de nuestra perfección. 3. Celo por la salvación de las almas». Al finalizar los ejercicios reservados a los directores, el 1 de septiembre, les recomendó: «Recordad que somos religiosos; que somos sacerdotes; que somos hijos de Don Bosco»⁵). En la segunda mitad de ese mes fue enviado a París para que apoyase a don Bolonia en la resolución de los problemas de esa inspección. También visitó las obras de Bélgica. Pasó los últimos meses del año en Turín y pudo prestarse al ministerio pastoral en beneficio de los jóvenes de Valdocco y de otras casas.

Los últimos tres años como Director Espiritual general fueron los más difíciles. La salud siguió atormentándolo, hasta el punto de que pensó que ya estaba cerca de la muerte. El 1 de enero de 1907 escribió en su diario: «Este año, que puede ser el último de mi vida, debería utilizarse para hacer el bien para la gloria de Dios y la salvación de mi alma. Para ello he hecho los siguientes propósitos: 1. Este año será consagrado de manera especial al Sagrado Corazón. 2. Mantendré el pensamiento de la muerte constantemente en mi mente. 3. Desde hoy acepto el tipo de muerte que el Señor querrá enviarme. 4. A partir de hoy acepto los sufrimientos que el Señor querrá enviarme y todos los dolores que Él crea útiles para mí. 5. Prometo practicar la humildad, la caridad, la mortificación y todas las virtudes propias de un religioso y un sacerdote»⁶).

También sufrió por la muerte de seres queridos. El primero fue don Bologna, que falleció repentinamente el 4 de enero, mientras estaba en Valdocco: «Sufrió muchísimo, porque quise mucho a este hermano con quien pasé muchos años en Francia». Unos días después falleció una dama de la familia Olive, dirigida espiritualmente por él. A principios de marzo murieron dos hermanos de don Gusmano con pocas horas de diferencia, uno era el director del colegio de Messina. El 27 de marzo le tocó el turno a don Celestino Durando, miembro del Consejo Superior y compañero suyo desde niño. Estaba profundamente conmovido: «¡Creo que el primer entierro, que tendrá lugar en el Oratorio, será el mío!»⁷).

Mientras tanto, Don Rua le encomendó la tarea de escribir una circular sobre la pobreza. Se puso a trabajar inspirado en el libro de Mons. Charles

⁵ ASC B0320107, *Notes usefull...*, 23.08.1906.

⁶ ASC B0320107, *Notes usefull...*, 1.01.1907.

⁷ ASC B0320107, *Notes usefull...*, 4.01.1907; 27.03.1907.

Louis Gay, *De la vie et des vertus chrétiennes considérées dans l'état religieux* [«De la vida y de las virtudes cristianas consideradas en el estado religioso», Madrid 1878]. Terminó la redacción el 27 de enero y lo presentó al Rector Mayor. «Don Rua fue muy indulgente con mi pequeño trabajo: lo aceptó con satisfacción y me lo agradeció. Pero sé lo pobre que es mi conferencia en la sustancia, en la forma y en el sentimiento: otros hubieran sabido hacerlo mejor que yo»⁸). La carta sobre la pobreza, firmada por Don Rua el 31 de enero de 1907, fue enviada a los hermanos el 13 de febrero⁹. Es considerada una de las circulares más importantes.

Este encargo lo había consolado, ya que se había hecho la idea de que Don Rua no estaba contento con su servicio. Desconocemos el motivo de esta percepción, quizás debida a un simple malentendido, acrecentado por el estado de debilidad en el que se encontraba. Se confió con don Barberis que logró convencerle de que no había motivo de qué preocuparse.

Rezaba, insistentemente, a Dios para que disipara el malentendido. La cosa se resolvió. Ese fue uno de los momentos más difíciles para él. Lo consideró una purificación del Señor.

El 23 de julio de 1907 el Papa proclamó venerable a Don Bosco. La alegría de los Salesianos fue grande, pero fugaz. Unos días después, de hecho, estalló un escándalo calumnioso contra el colegio de Varazze. Don Ceria hablará de ello como una maquinación diabólica, destinada a derribar la Congregación Salesiana. Eran acusaciones de inmoralidad muy graves, totalmente inventadas. La noticia de los «hechos de Varazze» fue inflada maliciosamente por los periódicos anticlericales. La autoridad judicial decretó, por algún tiempo, el cierre de la obra. Al principio, los Salesianos se quedaron atónitos. Luego, apoyados por exalumnos y amigos, reaccionaron, denunciaron la calumnia y exigieron justicia. El tribunal reconoció la total inconsistencia de los cargos, pero mientras tanto habían pasado meses difíciles. El diario de don Albera refleja el dolor de Don Rua, el desánimo y la angustia de todos, la firmeza y energía de los superiores mayores para la protección del buen nombre salesiano. Se tomaron medidas de precaución. El 12 de agosto, el Rector Mayor le encargó que comunicara las decisiones del Consejo Superior a los inspectores para evitar, en el futuro, cualquier posibilidad de tales ataques.

A pesar de la tormenta de aquellos días, don Albera participó en todos los ejercicios espirituales habituales que se realizaron entre el verano y

⁸ ASC B0320107, *Notes usefull...*, 27.03.1907.

⁹ LCR 360-377.

el otoño. También había sustituido, durante un año, a don Carlo Baratta, superior de la Inspectoría Subalpina, ausente por enfermedad. Por eso pudo participar en las reuniones de los inspectores en Valsalice. En octubre fue a Francia a predicar ejercicios. Luego pasó a España donde se celebraron grandiosas fiestas en honor del venerable Don Bosco.

1908-1910

Comenzó el año 1908 siempre en un estado de salud precario. Sin embargo, realizó todas las tareas que le encomendó Don Rua. Escribió la circular anunciando la próxima visita canónica extraordinaria a todas las casas de la Congregación por parte de los delegados del Rector Mayor. En Francia presidió las celebraciones en honor del venerable Don Bosco. Visitó algunas casas en el Piamonte y los institutos de Parma, Bolonia y Pisa. Predicó ejercicios espirituales en Lanzo, Valsalice y Lombriasco. El 18 de octubre escribió en su diario: «Hoy se cumplen los cincuenta años desde mi llegada al Oratorio. Pienso, con pesar, que no me he aprovechado de las gracias de Dios durante 50 años». Ese día Don Rua empezó a sentirse mal: «Don Rua está enfermo. Pido mucho al buen Dios para que le dé mejor salud por el bien de nuestra Pía Sociedad»¹⁰.

El 12 de noviembre fue a su ciudad natal para visitar a sus hermanos y rezar ante la tumba de los padres: «Veo a mis hermanos: quizás sea la última vez que veo a toda mi familia»¹¹). Volvía a pensar en el final cercano, sobre todo cuando era asaltado por el dolor de estómago que lo atormentaba mucho en las horas de la tarde y de la noche.

El 28 de diciembre de 1908, un terrible terremoto devastó, en pocos segundos, las ciudades de Messina y Reggio Calabria. La enorme catástrofe provocó más de cien mil víctimas. En el colegio salesiano de Messina murieron nueve hermanos, treinta y nueve niños y cuatro trabajadores. El diario de don Albera refleja la consternación y las angustias de aquellos días: la partida de don Gusmano y don Bertello hacia Sicilia, la magnitud del desastre, el número de muertos. Don Rua envió inmediatamente un telegrama a los obispos y prefectos de las dos ciudades devastadas: «Estoy muy preocupado por la suerte de mis hermanos y los alumnos en Calabria y Sicilia, creo propiciar sobre ellos la bondad de Dios, abriendo, nueva-

¹⁰ ASC B0320107, *Notes usefull...*, 18.10.1908.

¹¹ ASC B0320107, *Notes usefull...*, 12.11.1908.

mente, las puertas de mis institutos a los niños huérfanos por el terremoto. He teleografiado a Catania, al inspector salesiano Dr. Bartolomeo Fascie, para ponerse a disposición de Vuestra Eminencia y Excmo. Prefecto para atender las necesidades más urgentes de los jóvenes que sufren...»¹².

Se produjo la movilización inmediata de todos los colegios salesianos de Italia para la acogida de los huérfanos. La tarde del 31 de diciembre, a pesar de las malas condiciones de salud, Don Rua bajó al teatro Valdocco para hablar con los suyos. En medio de la emoción general, leyó el telegrama que le había llegado unas horas antes y que hacía un relato exacto de las numerosas víctimas en el instituto de Messina. Luego presentó el Aguinaldo. El tono de su voz, el temblor de sus manos y de toda la persona, el profundo dolor que sentía en su corazón, dejaron una profunda impresión en Albera y en todos los presentes. Entre el 4 y el 5 de enero de 1909 en el santuario de María Auxiliadora se celebraron los oficios funerarios en sufragio de los Salesianos, los alumnos, los Cooperadores fallecidos y de las tantas otras víctimas. Don Rua, muy débil, no pudo cantar la misa solemne, como le hubiera gustado. Durante los ritos permaneció de rodillas, con el cuerpo y el rostro marcados por el sufrimiento. Iba a cumplir setenta y dos años y se notaba la inminencia de su fin.

En los meses siguientes, Albera permaneció en Valdocco junto a Don Rua, que estaba enfermo, para ayudar al Prefecto General, don Filippo Rinaldi, en la gestión de los asuntos más urgentes. Tan pronto como el superior se recuperó, se fue a Roma. El 21 de abril representó al Rector Mayor en la función de la toma de posesión del nuevo párroco de la basílica de Santa Maria Liberatrice en el Testaccio. Participó en la beatificación de Juan Eudes, apóstol de la devoción al Sagrado Corazón. Asistió al consistorio en el que Pío X nombró obispo de Massa al salesiano Giovanni Marengo. El 1 de mayo fue recibido en audiencia privada por el Papa y le informó sobre la salud Don Rua y sobre el estado de la Congregación. Continuó el viaje a Nápoles y Sicilia. El 19 se embarcó desde Palermo hacia Túnez, donde permaneció hasta el 9 de junio. De allí se trasladó a Marsella para una rápida visita a las casas salesianas francesas. Regresó a Turín el 23 de junio a tiempo para participar en la tradicional «fiesta de agradecimiento» en honor del Rector Mayor. Luego se dedicó a la predicación habitual de ejercicios espirituales.

El 22 de noviembre de 1909 estuvo en San Benigno Canavese para las reuniones del Consejo Superior. Escribió en su diario: «La salud de Don

¹² BS 1909, 35.

Rua es mala». Lo acompañó de regreso a Turín. «Don Rua –anotó el 14 de diciembre– está obligado a quedarse siempre en la cama. Dios mío, dale salud a nuestro padre». El último día del año señaló: «He pasado un poco de tiempo examinando mi conducta. Me avergüenza mucho reconocer que mi piedad está, siempre, en el mismo punto. Siento que mi caridad es muy imperfecta. También me falta humildad. Las resoluciones del año pasado han sido infructuosas. ¡Dios mío, ten piedad de mí!»¹³.

El primer sucesor de Don Bosco empeoraba gradualmente. Pareció mejorar en enero de 1910. Pero, en febrero, comenzó a declinar nuevamente. Todas las cartas de don Albera en ese período piden oraciones por el superior: «Está gravemente enfermo –escribió el 28 de febrero al inspector de Brasil–. Hoy hubo una ligera mejoría, pero no es todo eso lo que nuestro afecto desea. Espero que haya recibido la última circular mensual en la que se dan noticias del querido enfermo. Daremos más, y Dios quiera que podamos darlas mejores. Don Rua está tranquilo y sereno. Su comportamiento en la enfermedad es el de un santo...»¹⁴. Los médicos le diagnosticaron «miocarditis senil», que mermaba, inexorablemente, las fuerzas de su cuerpo. Pero permaneció vigilante y siempre amable con quienes lo visitaban. El 14 de marzo, sintiendo que se acercaba el final, pidió que se hiciera un inventario de los estantes y cajones de su escritorio.

El Domingo de Ramos comenzaron a hincharse la cara y las manos de Don Rua. Tres días después, pidió el viático para el día siguiente. El Jueves Santo, el Prefecto General don Rinaldi, precedido en procesión por otros Salesianos, le llevó la eucaristía. Antes de recibir a la hostia, Don Rua se dirigió a los presentes: «En esta ocasión siento el deber de dirigirles unas palabras. La primera es de acción de gracias por vuestras continuas oraciones: muchas gracias, que el Señor os recompense, también por las que seguiréis haciendo... Rezaré a Jesús, siempre, por vosotros... Es importante, para mí, que todos nos hagamos y nos conservemos dignos hijos de Don Bosco. Don Bosco en su lecho de muerte nos dio una cita: ¡Os espero a todos en el Paraíso! Este es el recuerdo que nos dejó. Don Bosco quería que todos fuéramos sus hijos; por eso, os recomiendo tres cosas: gran amor a Jesús Sacramentado; viva devoción a Maria Santísima Auxiliadora; gran respeto, obediencia y afecto a los pastores de la Iglesia y, especialmente, al Sumo Pontífice. Este es el recuerdo que os dejo. Procurad haceros dignos

¹³ ASC B0320108, *Notes usefull...*, 14.12.1909.

¹⁴ Garneri 241-242.

de ser hijos de Don Bosco. Nunca dejaré de rezar por vosotros...»¹⁵).

Don Albera, en esos días, estaba en San Benigno para la conclusión de los ejercicios espirituales. Regresó a Turín y el 29 de marzo administró la unción de los enfermos al superior moribundo. Varias veces al día iba a su cama para consolarlo. El 2 de abril, Don Rua le preguntó: «Después de mi muerte, ¿dónde me pondréis?». Respondió muy impresionado: «¡Oh! Sr. Don Rua, ¡no pensamos en estas cosas! Al contrario, esperamos que se recupere y haga todavía mucho bien». Rua continuó bromeando: «Sabes, te hacía esta pregunta porque, el día del juicio, no querría ir a buscar mis pobres huesos en un lugar mientras están en otro y tener que dar muchas vueltas para encontrarlos». La tarde del 4 de abril, Don Rua mandó llamar a su confesor, don Francesia, que acudió inmediatamente: «Toma el ritual y lee las oraciones de la recomendación del alma». El día 5 recibió la comunión, era la última de su vida. El recogimiento y la devoción con la que la recibió impresionó a los presentes¹⁶.

Murió en la mañana del miércoles 6 de abril de 1910, tras unas horas de agonía. Albera anotó en su diario: «Hoy es un día similar al 31 de enero de 1888: ¡seguimos siendo huérfanos!»¹⁷). El funeral se celebró el sábado, con una enorme participación de gente. Al día siguiente le escribió a don Peretto: «Tenemos muchas razones para llorar por un superior tan bueno y santo. Su muerte y su funeral nos hicieron conocer el gran tesoro que era y, por tanto, cuánto hemos perdido con su muerte...». El domingo 1 de mayo comentó, en una carta a don Vespignani: «Deberíamos habernos esperado esta pérdida, pero no estábamos preparados para sufrirla. Cuanto más pase el tiempo, más sentiremos lo que hemos perdido».

El 10 de junio, con don Filippo Rinaldi, Prefecto General de los Salesianos, fue recibido en audiencia por el papa Pío X. Él «tuvo palabras de gran pesar y de la más preciosa estima para nuestro difunto Rector Mayor, y al mismo tiempo cariñosas y paternas expresiones de aliento para toda la Familia Salesiana»¹⁸).

¹⁵ LCR 534.

¹⁶ Garneri 242-243.

¹⁷ ASC B0320109, *Notes usefull...*, 6.04.1910.

¹⁸ BS 1910, 205.

Capítulo 7

LOS PRIMEROS AÑOS DE RECTORADO (1910-1913)

*Don Pablo Albera con el neocardenal Juan Cagliero
y don Pedro Ricaldone (Roma, diciembre de 1916)*

Segundo sucesor de Don Bosco (1910)

El 15 de agosto de 1910 se inició, en Valsalice, el XI Capítulo General con los ejercicios espirituales predicados por don Albera, como había

establecido el propio Don Rua. Al inicio de los trabajos capitulares, llegó una carta autógrafa de Pío X en la que exhortaba a los participantes a elegir, como Rector Mayor, al que «juzgasen *in Domino* el más adecuado para mantener el verdadero espíritu de la Regla, para animar y dirigir a la perfección a todos los miembros del instituto religioso, y para hacer florecer las múltiples obras de caridad y de religión» a las que están consagrados los Salesianos. A continuación, se leyó el mensaje del cardenal protector Mariano Rampolla, que deseaba la elección de «un digno sucesor de Don Bosco y de Don Rua, que supiese conservar, sabiamente, su obra, es más, acrecentarla con nuevos incrementos». Al día siguiente, 16 de agosto, tuvo lugar la votación. Como leemos en el *Boletín Salesiano*, don Albera fue elegido por amplia mayoría en la primera votación:

«Estalló un fragoroso aplauso y todos los electores, puestos en pie, rinden el primer homenaje al “Segundo Sucesor de D. Bosco”, mientras el nuevo elegido estallaba en llanto... “Os agradezco la muestra de confianza y estima que me habéis dado, dice; siento que tendréis para poco tiempo y me temo que pronto tendréis que hacer otra elección”. La conmoción de los presentes creció ante la humilde declaración del nuevo Rector, pero se convirtió en gozoso entusiasmo, cuando don Rinaldi, levantando un sobre sellado, dijo que contenía una memoria valiosa. Y contó cómo el 22 de noviembre de 1877, mientras se celebraba la fiesta de San Carlos en el colegio del mismo nombre, en Borgo San Martino, junto a Casale Monferrato, él, que era un joven de veinte años, estaba sentado a la mesa con Mons. Ferré, con Don Bosco y varios otros señores. En el curso de la conversación, esta cayó sobre don Albera y sobre las enormes dificultades que había superado para quedarse con Don Bosco. El obispo pregunta si las había resistido: Don Bosco responde: “No solo las ha resistido, sino que afrontará y vencerá otras y otras, porque será mi segundo...”. Y terminó la frase. Don Bosco estuvo un instante como absorto en una visión lejana y, luego, se pasó la mano por la frente añadiendo: “Sí. Don Albera debe sernos muy útil en el futuro”. Más tarde, Rinaldi se hizo Salesiano y, meditando sobre la frase de Don Bosco, pensó que ese “segundo” no podía significar sino el segundo sucesor. Tres meses antes que muriera Don Rua, don Rinaldi escribió ese pensamiento y lo puso en un sobre cerrado, dándolo a conocer a varios Salesianos, entre ellos el Secretario General, don Lemoyne, para que por ningún acontecimiento pereciera la memoria del profético anuncio»¹).

¹ *BS* 1910, 267-268; cf. *BSe* 1910, 241-242.

Aún se conserva este sobre y el autógrafo de don Rinaldi, fechado el 27 de febrero de 1910, con la «profecía» de Don Bosco²). En realidad, don Albera estaba profundamente perturbado por la elección de los capitulares. No se consideraba adecuado. Esa noche escribió en su cuaderno: «Este es un día muy triste para mí. He sido elegido Rector Mayor de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. ¡Qué responsabilidad sobre mis hombros! Ahora más que nunca debo gritar: *Deus in adiutorium meum intende!* ¡[Dios mío, ven en mi auxilio!] Lloré mucho, sobre todo, delante de la tumba de Don Bosco»³).

La prensa dio protagonismo al acto y destacó las habilidades del nuevo Rector Mayor. «Un hombre de ánimo apacible, pero de pulso firme, tiene en la mirada y en la voz la misma dulzura de su predecesor... Ríe pocas veces, pero siempre sonrío. Y en la sonrisa, y en la mirada, y en el gesto lento, brilla la gran bondad de su corazón» (*Il Momento*). «El oficio de Director Espiritual había rodeado a don Albera de una especial fisonomía mística; su trabajo, sin embargo, desplegado en Francia y en América está ahí para demostrar que sabrá guiar, con igual competencia, serenidad y amplitud de miras, a la gran Familia Salesiana en los pasos de Don Bosco y de Don Rua» (*La Stampa*). «Don Paolo Albera es uno de los más antiguos alumnos y fue uno de los más apreciados por Don Bosco... Es un hombre de visión amplia y moderna, algo flacucho, de mediana estatura y rostro de asceta» (*Corriere della Sera*). «Don Albera, en el entorno en el que vive y desarrolla su labor activísima, es juzgado como una persona de inteligencia poco común y de laboriosidad incansable» (*La Gazzetta del Popolo*). «La gran bondad, unida con una visión precisa de lo que concierne a los espíritus y a un trato delicadísimo en la formación de las almas, es una de las principales características del venerable sacerdote, que sin embargo ha demostrado una gran competencia y habilidad para tratar con asuntos difíciles del desarrollo de la Sociedad, que le habían sido encomendados por Don Rua y por Don Bosco» (*L'Unione*). «Según todos los que tienen el bien de acercarse a él, en don Albera, Don Bosco transfundió gran parte de su espíritu. ¡Basta decir que en Francia era conocido con el nombre de *le petit Don Bosco!* La Sociedad Salesiana seguirá bajo su dirección en los caminos de los triunfos para la Iglesia y para la Patria» (*L'Osservatore Romano*).

En los días siguientes, el Papa envió su bendición. Don Albera escribió

² ASC B0250218, ms. F. Rinaldi.

³ ASC B0320109, *Notes usefull...*, 16.08.1910.

este programa en una hoja de papel que siempre llevará consigo: «Tendré siempre a Dios a la vista, a Jesucristo como modelo, a la Auxiliadora como ayuda, a mí mismo en sacrificio».

El 17 de agosto fueron elegidos los demás miembros del Consejo Superior: el Prefecto general Filippo Rinaldi, el Director Espiritual general Giulio Barberis, el Ecónomo Giuseppe Bertello, el Director de los Estudios Francesco Cerruti, el Director de las escuelas profesionales Giuseppe Vespignani, el Consejero general Luigi Piscetta.

En una carta circular a los Salesianos, don Albera expresó sus sentimientos en el momento de su elección: «Me sentí aplastado bajo el peso de tanta responsabilidad. Me hubiera gustado librarme de un cargo que yo sabía que sobrepasaba, con mucho, mis debilísimas fuerzas físicas, intelectuales y morales. Vi a mi alrededor a muchos otros mejor preparados para asumir el gobierno de nuestra Pía Sociedad, mejor dotados de virtud y de saber... Pero por temor a resistir la voluntad de Dios, que en ese instante parecía manifestarse, aunque con inmenso sacrificio, incliné la frente y me sometí. Pero Dios sabe qué angustia atormentó mi corazón en esa coyuntura, cuántas lágrimas derramé, qué sentido de desánimo me asaltó. Tan pronto como se me permitió, corrí a arrojarme a los pies de nuestro venerable Padre... A él, más con lágrimas que con palabras, le expuse mis ansiedades, mis miedos, mi extrema debilidad, y como me era necesario llevar la pesada cruz que había sido puesta sobre mis vacilantes hombros, le rogué con todo fervor que viniese en mi ayuda. Me levanté de esa sagrada tumba de Valsalice, si no del todo tranquilizado, al menos más confiado y resignado. No hace falta agregar que les prometí a Don Bosco ya Don Rua que no escatimaría nada para conservar, en nuestra humilde Congregación, el espíritu y las tradiciones que de ellos habíamos aprendido...»⁴).

Al concluir el Capítulo General, comenzó su servicio: el de visitas a las distintas obras, viajes a Italia y Europa, encuentros públicos; y el menos llamativo, pero determinante, de animación y gobierno de la Congregación a través de las reuniones del Consejo Superior, los encuentros con los Inspectores y directores, las entrevistas personales, la extensa correspondencia epistolar y las cartas circulares.

Continuó con el modelo de gobierno inaugurado por Don Rua, perfeccionándolo gradualmente: promovió una gestión colegiada según las líneas de acción compartidas con los miembros del Consejo Superior y garantizó

⁴ LC 13.

un amplio espacio de acción a cada uno de los Consejeros en sus áreas de competencia establecidas por las Constituciones y por las deliberaciones capitulares. Al Prefecto general, don Filippo Rinaldi, que actuaba como Vicario del Rector Mayor, se le encomendó la responsabilidad de los asuntos ordinarios, de los aspectos administrativos generales, de las intervenciones disciplinarias, del apoyo a los misioneros, de las relaciones con los Exalumnos y los Cooperadores y la gestión del *Boletín Salesiano*. Al Director Espiritual general, don Giulio Barberis, le estaba «especialmente confiado del cuidado de los novicios», la promoción de las vocaciones, «el beneficio moral y espiritual de la Pía Sociedad y de sus miembros», la difusión del culto a María Auxiliadora y la alta dirección de los Oratorios festivos. El Ecónomo general, don Clemente Bretto supervisaba el «estado material de toda la Sociedad», llevaba a cabo «las compras, las ventas, las obras». Al Consejero escolástico, don Francesco Cerruti, le fue «delegado el cuidado general de lo que respecta a la enseñanza literaria y científica, filosófica y teológica en las casas de la Pía Sociedad, tanto en lo que respecta a los socios como a los alumnos». El Consejero profesional, don Pietro Ricaldone tenía la responsabilidad de «formación del personal adscrito a las escuelas profesionales y agrícolas, a las tareas domésticas y a la instrucción de los alumnos».

La primera parte del rectorado de don Albera fue la más dinámica, llena de largos viajes, encuentros y grandes acontecimientos. Después del Capítulo se dirigió a Roma para recibir la bendición del Papa y presentarse a los cardenales de las congregaciones romanas. A principios de septiembre, participó en el congreso catequístico que se celebró en Milán. De regreso a Turín, siguió los preparativos de la expedición misionera anual. La despedida tuvo lugar el 11 de octubre de 1910 en la iglesia de María Auxiliadora. Uno a uno fue abrazando a los cien misioneros que se iban, dejando a cada uno un recuerdo personal. Luego preparó un volumen con la colección completa de las circulares Don Rua. En la presentación escribió: «La vida de Don Rua fue un continuo estudio de imitación del venerable Don Bosco. A esto se debe ese incesante avance en la perfección, que en él era admirado por todo aquel que se le acercaba... Entre las virtudes que brillaron con una luz muy brillante en la vida de nuestro venerable padre y maestro, el difunto Sr. Don Rua se decía que ninguna le había impresionado tanto como el celo incansable con que se enardecía su corazón, y ese celo parecía proponerse, de modo especial, copiarse en sí mismo: procurar en todas partes y siempre la gloria de Dios, a salvar el mayor número posible de almas fueron dirigidos sus pensamientos, y a

esto fueron dirigidas todas sus palabras y consagradas sus acciones. Este fue el único fin, la única aspiración de toda su laboriosísima vida». Por tanto, invitaba a los Salesianos «todos deseosos de dar cada día algunos pasos hacia la perfección», a releer y meditar las circulares Don Rua: «Son como la quintaesencia del espíritu religioso, como el compendio de los tratados de ascética, obras maestras de la pedagogía salesiana...»⁵).

1911-1912

En la primera circular, fechada el 25 de enero de 1911, el nuevo Rector Mayor declaró que no quería presentarse «con el lenguaje de un superior y de un maestro, sino con la sencillez y el cariño de un hermano y de un amigo», con la única intención de ayudar a todos a «mostrarse cada vez más dignos hijos de nuestro venerable Fundador y Padre». Recordaba las virtudes y la obra de su predecesor y agradeció al Prefecto don Rinaldi por haber guiado la Congregación durante la enfermedad y después de la muerte de Don Rua: «Durante el gobierno de don Rinaldi, escribió, todo transcurrió con orden y regularidad tanto en el interior como en las relaciones con los de fuera... En él encontraron un buen superior, un hermano cariñoso todos los inspectores y delegados que se reunieron desde las costas más lejanas a nuestro Capítulo General XI». Luego resumió el trabajo del Capítulo, expresó sus sentimientos y la sensación de inadecuación para el cargo para el que había sido elegido, narró la audiencia pontificia y el programa trazado por el Papa: «Recordad a los que dependen de vosotros que, Aquel a quien sirven, *Dominus est*. Que el pensamiento de la presencia de Dios esté fijo en sus mentes, que se guíen en todo por el espíritu de la fe, que realicen con fervor sus prácticas de piedad y ofrezcan sus obras y sacrificios a Dios. Que Dios esté siempre en su mente y en su corazón». Finalmente, después de presentar las tristes consecuencias de la revolución en Portugal y en Macao, concluyó anunciando su programa inmediato: ante el gran y providencial desarrollo de la obra salesiana en el mundo, consideraba que por el momento no se debía poner en marcha otras obras —«aunque fuesen incluso excelentes y de gran ventaja para las almas»— sino más bien trabajar para «consolidar las obras que nos fueron dejadas por Don Bosco y por Don Rua»⁶).

⁵ LCR 5

⁶ LC 9-21.

Su principal preocupación, motivada por la experiencia acumulada en años anteriores, era ayudar a los hermanos a mantener un adecuado equilibrio entre acción y contemplación. Había sido el programa de su servicio como Director Espiritual general. Ahora sentía la urgencia con más intensidad. Así dedicó la segunda carta circular (15 de mayo de 1911) al *espíritu de oración*, nota característica que explica la prodigiosa fecundidad de la acción de Don Bosco y constituye «el fundamento del Sistema Preventivo». Los Salesianos deben comprender cuán necesario es este «espíritu» para santificar las acciones diarias, para contrarrestar la «enfermedad de la agitación» y para vivir fervientemente en el espíritu⁷.

El 20 de febrero de 1911 participó en la presentación de la causa de beatificación de don Andrea Beltrami en Novara. El 6 de mayo visitó el Comité de obras salesianas en Milán y dejó una profunda impresión en los presentes: «Al rendirle homenaje, nos pareció ver ante nosotros las venerables figuras de sus predecesores... Amplitud elevada de miras, gran sentido práctico y firmeza maravillosa de propósitos, se unen a piedad profunda y modestia ejemplar; en él también se intuye, se siente al verdadero hombre de Dios... Ningún gesto, ninguna pose, ninguna palabra altisonante..., pero sin pretensiones, un aura de santidad que te cautiva, una palabra serena que busca las fibras más escondidas del corazón...» (*L'Unione*). Entre el 10 y el 12 de mayo estuvo en Sampierdarena, casa que fundó y dirigió entre 1871 y 1882. Participó activamente en el V Congreso de Oratorios festivos y escuelas de religión los días 17 y 18 de mayo. Después de la fiesta de María Auxiliadora visitó las obras salesianas en la región del Véneto: estuvo en Trieste, en Gorizia, en Mogliano y en Schio.

En junio comenzó el viaje hacia España en compañía de don Pietro Ricaldone, antiguo inspector en ese país [inspectoría Bética], que había sido elegido Consejero general profesional unos meses antes. Tras breves paradas en las casas salesianas de Francia, llegaron a Barcelona el 10 de junio. Fueron hospedados en el colegio de Sarriá. El sábado 17 participaron en la bendición de la cripta del santuario dedicado al Sagrado Corazón en el Tibidabo. De regreso a Turín, presidió el primer Congreso internacional de los Exalumnos salesianos que se celebró en Valsalice, en septiembre. Los participantes fueron un millar, de diferentes nacionalidades. En su discurso de clausura dijo: «¡Hemos sido testigos de un nuevo Pentecostés! Todas las lenguas que hemos escuchado resonar en esta sala, todas tenían un solo propósito, la glorificación de Don Bosco. ¡he aquí hecho realidad

⁷ LC 25-39.

lo que él decía cuando pensaban que estaba loco! ¡No tenía ni un puñado de tierra donde poner su primer oratorio y decía que un día tendría casas en todo el mundo! Su sueño se ha hecho realidad. Vemos aquí a los representantes de los alumnos educados en estas casas, y hemos escuchado sus conmovedoras palabras»⁸).

En octubre, después de la función de despedida de cincuenta misioneros destinados, especialmente, a China y a Congo, don Albera partió hacia Austria, Polonia y Ucrania. Visitó Oświęcim, Lviv, Daszawa, Przemyśl, Tarnow y Cracovia. El 28 de octubre fue recibido en Viena con grandes honores por los Cooperadores y por personalidades del clero y de las instituciones civiles. Continuó hasta Liubliana. Regresó a Turín a mediados de noviembre.

Dedicó la circular del 25 de diciembre de 1911 a la *Disciplina religiosa*. Explicó el sentido que Don Bosco atribuía a la disciplina para «la formación del hombre interior». En las comunidades religiosas disciplinadas –como había observado en todas partes del mundo– reina «el orden más perfecto», las mentes y los corazones están unidos en el vínculo de la caridad. En cambio, donde falta la disciplina, disminuye el fervor, la unidad y la concordia, poco a poco se debilitan la piedad y el ardor pastoral. Sin la disciplina todo se derrumba, mientras que la observancia de las Constituciones y de los reglamentos, la obediencia ferviente y gozosa a los superiores transforman la comunidad en un paraíso y hacen fecunda la misión salesiana⁹.

En la circular a los Cooperadores de enero de 1912, después de haber enumerado las fundaciones y los logros del año anterior, Albera propone un intenso programa operativo: promoción de las vocaciones, apertura de Oratorios festivos, ayuda a los emigrantes y amor al Papa. Recomendó a la caridad de los Cooperadores dos grandes iglesias en construcción, la *Sagrada Familia* en Florencia y *San Agustín* en Milán¹⁰.

Para apoyar el desarrollo de la Congregación y su consolidación, reunió a los inspectores de Europa en Turín del 18 al 22 de marzo. En abril se puso en viaje hacia Gran Bretaña. Se detuvo en París durante dos días para encontrarse con amigos y bienhechores. Se detuvo unos días en la isla de Guernesey, donde los Salesianos administraban tres parroquias, y llegó a Londres-Battersea la tarde del día 17. Dedicó la mayor parte de su tiempo

⁸ BS 1911, 316.

⁹ LC 55-62.

¹⁰ BS 1912, 6-8.

a los hermanos y alumnos de las tres casas salesianas de Londres. Visitó a las autoridades eclesiásticas y a los amigos de la obra. Pasó dos días con los novicios de Burwash en East Sussex, luego se trasladó al Farnborough College en Hampshire y las escuelas de Chertsey confiadas a las Hijas de María Auxiliadora.

El 27 de abril fue a Bélgica: estuvo en Tournai, Melle, Antoing y Bruselas, donde se reunió con el cardenal Mercier, el nuncio y los ministros de Asuntos Exteriores y de las Colonias, para discutir asuntos relacionados con la presencia de los Salesianos en el Congo. Visitó Groot-Bijgaarden y Sint-Denijs-Westrem. El 10 de mayo llegó a Lieja para celebrar el 25 aniversario de la fundación del orfanato, inaugurar la exposición de las escuelas profesionales salesianas de Bélgica y para la coronación de la estatua de María Auxiliadora. Desde Lieja le escribe a la madre Eulalia Bosco, sobrina del santo: «Dondequiera que voy, oigo hablar de Don Bosco con un entusiasmo indecible. A cada paso que doy, encuentro pruebas de su santidad: disfruto no menos de lo que disfrutaríais vosotros que sois su familia. Si para vosotros es tío, para mí, Don Bosco es padre. A él le debo todo: por eso ¡cuánto disfruto de su glorificación!».

Después de visitar el instituto Hechtel, regresó a Valdocco en la mañana del 23 de mayo. Después de la fiesta de María Auxiliadora, tomó medidas para ofrecer hospitalidad en los institutos salesianos a los hijos de los italianos expulsados de Turquía. El día 29 partió hacia Emilia. Se detuvo en Bolonia, Faenza, Lugo di Romagna, Rávena, Ferrara y Módena. Regresó, temporalmente, a Turín el 9 de junio para celebrar la misa de oro de Mons. Cagliero y de don Francesia. Luego visitó las obras salesianas en Parma, Florencia, Pisa, Livorno y La Spezia. El 24 de junio estuvo en Turín para la celebración anual de la gratitud. Las muestras de cariño de los hermanos y jóvenes lo consolaban, pero se sentía incómodo cuando se elogiaban sus cualidades y virtudes. En esa ocasión, respondiendo a una carta de don Giovanni Branda, escribió: «Tú recuerdas cosas muy antiguas, pero muy agradables a mi corazón; ¡tú hablas también de ascensiones! ¡Que sean precisamente de las que hablaba David, es decir, verdaderos progresos en la piedad y en la virtud! Lamentablemente tengo muchos motivos para humillarme: las mismas fiestas, las cosas que me dijeron y me leyeron, sobre mí, me dan mucho para reflexionar por el bien de mi alma. Tú ayúdame con la oración y ofreciendo al Señor los sacrificios que haces por el bien de las almas»¹¹.

¹¹ Garneri 276.

En octubre de 1912 saludó y bendijo a la nueva expedición misionera. Entre los que partían se encontraba el joven Ignazio Canazei que, más tarde, sucedió a Mons. Versiglia como vicario apostólico de Shiuchow (Shaoguan), y que relataba en 1929: «Antes de partir para China, don Albera nos invitó a asistir a la santa misa que él mismo celebró, en la capilla de Don Bosco. Después, se dirigió paternalmente a nosotros. Nos dijo, entre otras cosas: «Ahora os vais a las misiones. Al principio encontraréis muchas dificultades, pero con el tiempo os familiarizaréis con la lengua y con las costumbres; conoceréis a mucha gente y, después de unos diez años, el nuevo país se convertirá, para vosotros, en una segunda patria: ni siquiera querréis volver a casa... Las palabras que nos dijo nuestro venerable Superior Mayor se han verificado al pie de la letra. Porque, cuantas mayores fueron las dificultades de los primeros años, tanto más me gustaba este gran y lejano país de China, donde el Señor me envió como misionero: y, aun antes de que pasaran diez años, ya no sentía ninguna necesidad de volver a mi patria»¹²).

Tras la visita a las casas de Liguria envió a los Salesianos una carta circular sobre la *Vida de la fe* (21 de noviembre de 1912), un pequeño tratado doctrinal que termina con el recuerdo de la fe muy viva de Don Bosco, inspiradora de toda su acción, y con la exhortación a reavivar la propia fe, a convertirse en instrumentos eficaces en las manos del Señor para alimentar la antorcha de la fe en las nuevas generaciones y «para la restauración de su Reino en las almas»¹³.

Un año muy intenso (1913)

A principios de 1913 se embarcó en un viaje de cinco meses a España que –como escribió el cronista del *Boletín Salesiano*– «fue un triunfo grandioso y solemne, de proporciones casi fabulosas que, en varios lugares, emuló el entusiasmo de París (en 1883) y Barcelona (1886) para Don Bosco. La prensa se interesó por su paso como un hecho muy importante..., mientras comités diligentes de distinguidos bienhechores trabajaban arduamente para honrar al sucesor de Don Bosco... Miles y miles de personas lo obsequiaban a su llegada y a la salida y, durante todo el tiempo de su parada, era una incesante e increíble aglomeración de señores y de pueblo en el

¹² Garneri 278-279.

¹³ LC 82-100.

instituto salesiano, encabezados por las autoridades eclesiásticas, civiles y militares... Se vieron pueblos enteros corriendo hacia las estaciones por donde pasaba don Albera, solo para verlo y ser bendecidos por él, en el nombre de María Auxiliadora; y donde se detuvo, en varios lugares se vio obligado a recorrer las calles de la ciudad en autos descubiertos, al son de las campanas festivas, en medio de disparos de alegría...»¹⁴). Hay mucho énfasis periodístico en estas expresiones, pero la visita de don Albera fue de hecho una ocasión para la movilización de los católicos españoles, en el efervescente clima social y político de esos años. Se sintió consolado y al mismo tiempo oprimido: «Aquí en España me aplastan a fuerza de fiestas. No hay un momento de paz y de descanso. Me asusta la idea de que voy a tener que seguir haciendo esta vida durante tres meses». A pesar del enorme esfuerzo, le conmovió profundamente el deseo que todos tenían de oírle hablar de Don Bosco y María Auxiliadora.

Llegó a Barcelona el sábado 11 de enero de 1913; una semana después se fue a la isla de Menorca y el 24 estaba de regreso en Barcelona, donde permaneció unos días. El día 30 siguió a Alicante y El Campello. Fue recibido en la estación de Valencia el 6 de febrero y acompañado a la casa salesiana en procesión con bandas musicales. El lunes 10 reanudó el viaje hacia Córdoba. Luego hizo escala en Montilla, Málaga, Ronda, Écija, Utrera, Sevilla, Cádiz, Jerez de la Frontera, San José del Valle, Carmona, Madrid y Carabanchel Alto. El 3 de abril llegó a Salamanca. Estuvo diez días visitando, también, Ávila y Béjar. El domingo 13 partió hacia Orense y Vigo, luego se dirigió a Pontevedra, Santiago de Compostela, La Coruña, Santander, Baracaldo, Bilbao, Huesca, Zaragoza y Gerona, desde aquí un bienhechor lo llevó en coche hasta el monasterio de Montserrat. El 15 de mayo salió de España y, tras una escala de dos días en Marsella, llegó a Turín en la tarde del lunes 19 de mayo.

A finales de mes envió la carta circular a los hermanos sobre los *Oratorios festivos*. El Oratorio, escribió, «piedra angular» de toda la obra salesiana, está destinado indiscriminadamente a todos los niños «a partir de los siete años; no se pide el estado familiar o la presentación del joven por los familiares; la única condición para ser admitido es venir con la buena voluntad de divertirse, instruirse y cumplir con los deberes religiosos junto con todos los demás... Todos los jóvenes, incluso los más abandonados y

¹⁴ BS 1913, 131-132. *El Boletín Salesiano español informó ampliamente de esta visita: BSe* 1913, 49-51, 76-79, 100-108, 130-137, 160-167, 183-198, 213-227, 248-254, 273-276, 300-304.

miserables, deben sentir que el Oratorio es la casa paterna, el refugio, el arca de salvación, el medio seguro para ser mejores bajo la acción transformadora del afecto, más que paterno, del director». «Alrededor de cada casa salesiana –escribía citando palabras Don Rua– debe surgir un Oratorio festivo», confiado a un hermano celoso y dedicado que sepa encontrar y formar a sus ayudantes entre los propios jóvenes y otros buenos seglares. «Dadme un director del Oratorio lleno del espíritu de nuestro venerable Padre, sediento de almas, rico en buena voluntad, ardiente de afecto y de preocupación por los jóvenes, y el Oratorio florecerá maravillosamente, aunque carezca de medios materiales... Así es como es: el cariño sincero del director y sus coadjutores compensa muchas cosas. No creemos haber construido el Oratorio como lo quería Don Bosco cuando montamos un *recreatorio* donde se reúnen unos cientos de jóvenes. Si bien es deseable que el Oratorio cuente con abundantes comodidades y entretenimientos para aumentar el número de los alumnos, todo esto nunca debe separarse de las preocupaciones más laboriosas para hacerlos buenos y bien fundados en la religión y en la virtud»¹⁵).

Con motivo del vigésimo quinto aniversario de la consagración de la iglesia del *Sacro Cuore*, Albera permaneció en Roma quince días. Fue recibido en audiencia por el Papa (9 de junio de 1913) y se encontró con diversas personalidades. Lo acompañaba don Barberis, quien escribió a un amigo: «Hablamos largamente, especialmente con el cardenal Francesco Cassetta –prefecto de la Congregación de Estudios– para la facultad teológica de Foglizzo, y ahora se están haciendo los trámites necesarios: hay todas las esperanzas de éxito. Hasta ahora don Albera ha visitado a diez cardenales, hablando con ellos de los asuntos de la Congregación, y yo, que siempre lo acompañaba, tuve la oportunidad de constatar cuánto sea apreciada y amada nuestra Pía Sociedad, y cuánto se conocen nuestras cosas y el prudente trabajo de don Albera en todo».

El 14 de junio comenzó la visita a las obras salesianas de las inspecciones romana y napolitana: Frascati, Genzano, Macerata, Gualdo Tadino, Trevi, Caserta, Nápoles y Castellammare di Stabia. A su regreso se detuvo en Milán, donde se reunió con los Cooperadores, los sacerdotes exalumnos salesianos y los trabajadores que estaban trabajando en la terminación de la iglesia de *San Agustín*. El 29 de junio ya estaba en Turín para la fiesta de agradecimiento y la academia en su honor. En los días siguientes habló ante la comisión ejecutiva del monumento a Don Bosco, que eligió, entre

¹⁵ LC 112-118.

los múltiples proyectos presentados, el del escultor Gaetano Cellini.

En septiembre, como delegado de la Santa Sede, presidió el VII Capítulo General de las Hijas de María Auxiliadora. Contó a las hermanas: «Tuve la suerte de estar presente en la reunión del Capítulo Superior donde nuestro venerable Padre Don Bosco habló por primera vez (1871) de manera decisiva sobre las Hijas de María Auxiliadora y, como escuché, entonces, de su de labios, he podido constatar, más tarde, que vuestro instituto es realmente una obra querida por Dios y por María Auxiliadora: también pude persuadirme de esto en mis visitas a vuestras casas y, ahora, tengo la suerte de poderlo afirmar a cada una de vosotras, aquí reunidas como representantes de toda la Congregación... Podríais haber encontrado, incluso entre los Salesianos, personas más expertas que yo en el conocimiento de vuestro instituto, más capaces que yo en daros consejo y ayuda; pero quizás a ningún otro que os quiera tanto más y que aprecie vuestra obra. Gracias por haberme llamado a tan gran misión. Con la ayuda divina haremos todo lo posible para que lo que se haga en el Capítulo sea realmente para la gloria de Dios y para el bien de las almas, como quiere María Santísima Auxiliadora»¹⁶).

Cuando las hermanas capitulares pasaron a la discusión sobre cómo aplicar el Sistema Preventivo en sus institutos, hizo una intervención que nos ayuda a comprender su visión de la pedagogía salesiana: «El Sistema Preventivo fue muy elogiado por todos los mejores expertos en pedagogía, incluso los protestantes, por su vertiente altamente educativa, por su máxima eficacia en la educación moral. Pero, nosotros, debemos admirarlo, especialmente, desde su lado religioso. El sistema de Don Bosco impide la ofensa de Dios ¿Qué se gana castigando el mal después de cometido?... Si, por el contrario, se previene, se gana todo, para el alma, para el cuerpo, para la familia, para la sociedad. Vigilancia, por tanto, asistencia materna, no militar, pronta y llena de cariño. Otra característica de Don Bosco, y encarnada en su sistema, es la que le ganó tantos corazones y tanta veneración. Sus primeros alumnos, hechos hombres, ocupando puestos muy importantes en la sociedad, 55 años después, conservan de él un recuerdo que conmueve. Los numerosos exalumnos y exalumnas son una prueba elocuente de los milagros obtenidos por el sistema de Don Bosco. Él divinizó la pedagogía, se ha dicho, y es cierto, porque siempre apuntó a Dios; y, sobre todo, buscaba esto: llevar las almas a Dios»¹⁷).

¹⁶ Garneri 292.

¹⁷ Garneri 293-294.

En octubre de 1913 la salud volvió a deteriorarse: «He sufrido mucho del estómago... El médico me mantiene con las inyecciones. Estoy muy atribulado». Sin embargo, no dejó de dedicarse al trabajo de animación de la Familia Salesiana impulsado por su ferviente deseo de acción benéfica. En la carta anual a los Cooperadores de enero de 1914 escribió: «Tenemos cuidado de no lanzarnos a nuevas empresas con los ojos cerrados, de hecho, humanamente hablando... nos gustaría poner freno a cualquier nueva actividad, para restringirnos, en el ya demasiado amplio campo de acción. Pero cuando, ante el mal que se propaga y el bien que debemos hacer con urgencia, la invitación a nuevas obras para la gloria de Dios y para la salvación de las almas, nos llega clara, desde lo alto, la invitación a nuevas obras para la gloria de Dios y para la salvación de las almas, no dudamos, siguiendo el ejemplo de Don Bosco, para ser también, un poquito, santamente audaces. Por eso, nuestros hospicios, aunque carecen de todo tipo de ingresos, están siempre abarrotados de jóvenes, muchos de los cuales son totalmente pobres y abandonados...»¹⁸).

A pesar de las molestias físicas, el 30 de enero partió para visitar las obras salesianas en Sicilia. Fue un viaje agotador pero gratificante. Se detuvo en Massa Carrara, Roma y Nápoles, donde se embarcó rumbo a Palermo. En Sicilia permaneció dos meses. En todas partes recibió una acogida similar a la de España: en Palermo, en Mazzara del Vallo, Marsala, Messina, Catania, Ali Marina, Taormina, Acireale, Pedara, Bronte, Randazzo, Modica y Caltagirone. También fue a Malta. De regreso a Catania participó en la convención de los Exalumnos de Sicilia y Calabria. El 24 de marzo partió de la isla hacia Bova Marina, donde los Salesianos dirigían el seminario diocesano y el Oratorio festivo. Hizo una escala de dos días en Soverato. Subió a la meseta para visitar el Oratorio de Borgia y luego continuó hacia Reggio Calabria. De aquí, el 2 de abril, pasó a Roma. El jueves 16 fue recibido en audiencia privada por Pío X, quien le dejó un recuerdo para Salesianos y alumnos: «¡Diles que vivan, siempre, en la presencia de Dios!»¹⁹).

¹⁸ BS 1914, 7.

¹⁹ BS 1914, 129.

Capítulo 8

EL DRAMA DE LA GUERRA (1914-1918)

Don Albera con un grupo de salesianos soldados reunidos en Valdocco para los ejercicios espirituales (Turín, 13 de octubre de 1916)

El estallido de la guerra

A finales de julio de 1914 estalló la terrible Primera Guerra Mundial que, en poco tiempo, involucró a las principales potencias mundiales y terminó, solamente, en noviembre de 1918, con el horrendo saldo de nueve millones de soldados muertos y siete millones de víctimas civiles. El 20 de agosto, mientras se desarrollaban las primeras batallas en el frente belga y francés, Pío X, que no había logrado evitar el conflicto, murió abrumado por el dolor. Tras la elección de su sucesor, Benedicto XV, don Albera se

trasladó a Roma. Fue admitido en audiencia el 14 de octubre, acogido con gran afecto por el Papa, mientras la guerra avanzaba desastrosamente y el Consejo Superior decidió posponer el Capítulo General y las celebraciones previstas para el centenario del nacimiento de Don Bosco.

En la circular de enero de 1915, Albera animó a los Cooperadores a multiplicar sus oraciones: «Una horrenda guerra amenaza de sumergir en sangre la prosperidad de muchas naciones hacia las que la Familia Salesiana tiene fuertes vínculos de reconocimiento; por otro lado, las consecuencias del inmenso conflicto paralizan la vitalidad de muchos otros pueblos... Muchos hermanos están envueltos en el torbellino de la guerra, por lo tanto, expuestos a una muerte trágica (y ya hemos llorado muchos muertos); varios institutos, antes felices y florecientes, ahora están vacíos de jóvenes o reducidos a una vida miserable... Por nuestra parte, aterrorizados por la noticia de la gran conflagración, desde el 2 de agosto comenzamos nuestras más fervientes oraciones ante al altar de María Auxiliadora invocando la paz; y las humildes súplicas seguirán elevándose cada día, y con fervor más creciente, hasta que agrade a la divina clemencia concederlas... El momento es grave: es la hora de una gran expiación social. Dios quiere hacer comprender a los pueblos que su felicidad temporal y eterna está puesta en la práctica de las enseñanzas del Santo Evangelio: cuando lo hayan entendido, no tardará en llegar el día de la restauración de todas las cosas en Jesucristo... Entonces, guardémonos bien, queridos Cooperadores y piadosas cooperadoras, de entregarnos al miedo o al desaliento, pero, en cambio, redoblemos nuestros humildes esfuerzos para que Jesucristo reine en medio de la sociedad moderna...»¹). Solo estaban al inicio del conflicto. El Rector Mayor no podía prever lo que sucedería en los años siguientes, los horrores de los campos de batalla y los lutos que trastornarían a la Familia Salesiana.

El 13 de enero, un fuerte terremoto golpeó la zona de *Abruzzo*. Entre las muchas víctimas también hubo dos Hijas de María Auxiliadora. Albera escribió a los hermanos: «Inclinemos la frente a la voluntad divina y recemos también por las muchas víctimas de este cataclismo. Pero mi corazón me dice que Don Bosco y Don Rua no estarían contentos solo con esto y, por eso, estoy dispuesto a acoger, dentro de los límites de la caridad que el Señor nos manda, a una parte de los huérfanos supervivientes»²). Estimulados por su invitación, los Salesianos actuaron inmediatamente. Ciento setenta huérfanos fueron acogidos en las distintas casas salesianas de Italia.

¹ BS 1915, 1-2.

² LC 171.

A finales de enero se imprimió el *Manual del Director*, en el que don Albera venía trabajando desde hacía años, con las normas para ayudar a cada director a «conservar el espíritu de Don Bosco» en su propia casa. «Este Manual –escribía en la introducción dirigiéndose a los directores– no solo será de gran utilidad porque, dejando de lado las disquisiciones teóricas, desciende a la vida práctica y te recuerda todo lo que debes hacer para cumplir con tu deber de la manera más ventajosa, para ti mismo y para todos los que dependen de ti; pero también te resultará muy apreciable y, espero, no se quedará sin fruto, porque las exhortaciones, los consejos y las advertencias que contiene proceden de fuentes preciosas». De hecho, son indicaciones que se deducen de «lo que Don Bosco y Don Rua nos dejaron escrito por las normas de los directores» y de algunas directivas del mismo don Albera, sugeridas «por la necesidad de los tiempos y por las nuevas condiciones» de los institutos salesianos³. El volumen se divide en dos partes. La primera enumera las cualidades que deben caracterizar al director, según el espíritu de Don Bosco; estas son: el compromiso de perfeccionarse; el estudio y la observancia de las Constituciones; la obediencia a los superiores; el espíritu de disciplina y de sacrificio; el amor a la pobreza; el estudio de las ciencias sagradas; la vida de fe y el celo. La segunda parte, aplicativa, presenta los deberes del director hacia los hermanos, los jóvenes y los de fuera. El texto fue enviado a los directores salesianos junto con una carta autógrafa personal de don Albera. A uno le escribió: «Como director de Viedma tendrás la oportunidad de trabajar mucho y también de ayudar a mantener cada vez mejor el espíritu de Don Bosco. Esfuérzate por reproducir en ti mismo las virtudes y la forma de gobernar que, con el ejemplo y la palabra, nos enseñaron Don Bosco y Don Rua. Todo el buen funcionamiento de una casa depende del director. Si algunas casas no van del todo bien es porque el director no tiene la calma, la caridad, la dulzura y la paciencia de nuestros padres. Con algunas decisiones se estropea en vez de ayudar; con un celo brusco y desigual se alienan los ánimos; con querer a los hermanos demasiado perfectos, se ponen nerviosos y desanimados»⁴.

Dedicó los meses de abril, mayo y junio a visitar las casas salesianas de Piamonte, Lombardía y Véneto. Al acabar, estaba exhausto. Se vio obligado a tomarse quince días libres en Oulx, en Valle de Susa. Mientras tanto, el 24 de mayo de 1915, Italia también había entrado en guerra junto con la

³ *Manuale* 4-5.

⁴ Garneri 314.

Triple Entente. El gobierno inició el reclutamiento militar masivo. Inmediatamente fueron reclutados cientos de jóvenes salesianos. En la reunión de los Inspectores europeos, convocada a finales de julio, se decidió reabrir las escuelas, a pesar de las dificultades de la guerra, se habló de la asistencia a los militares salesianos y la movilización de Cooperadores para apoyar obras en grave dificultad económica. Se redujeron las celebraciones previstas para la fecha del centenario del nacimiento de Don Bosco. El 15 de agosto, en el patio de Valsalice, frente a su tumba, se celebró una misa con la participación de mucha gente. Por la tarde tuvo lugar la conmemoración civil. Al día siguiente, junto a la casita de I Becchi, después de la celebración eucarística, don Albera bendijo la primera piedra del pequeño templo de María Auxiliadora, que quiso erigir como ofrenda votiva para implorar la paz.

Seis meses después del inicio de la guerra, la situación se iba empeorando. En la carta circular del 21 de noviembre leemos: «Un número grandísimo de queridos Salesianos, entre ellos muchos sacerdotes jóvenes, se encontraron en la dura necesidad de quitarse su hábito religioso para ponerse uniformes militares; tuvieron que dejar sus amados estudios para empuñar la espada y el rifle; fueron arrancados de sus pacíficos colegios y de sus escuelas profesionales para ir a vivir a los cuarteles y trincheras, o, como enfermeros, fueron empleados en el cuidado de los enfermos y heridos. También tenemos, no pocos hermanos en el frente, donde algunos ya han dejado la vida y otros han vuelto horriblemente maltrechos». A pesar de todo, don Albera animaba a todos a continuar su misión con confianza: «Seríamos hombres de poca fe si nos dejamos vencer por el desánimo. Demostraríamos que ignoramos la historia de nuestra Pía Sociedad si, ante las dificultades que parecen querer bloquear nuestro camino, nos detuviéramos desconfiados. ¿Qué diría desde el cielo, donde nuestro dulce Padre nos mira con amor, si nos viera débiles y desanimados al vernos menos en número para cultivar ese campo que la Providencia ha asignado a nuestra actividad? Oh, recordad, queridos, que Don Bosco nos reconocerá como verdaderos hijos, solo, cuando nuestro valor y nuestra fuerza estén a la altura de las graves dificultades que tenemos que superar. Y este coraje y esta energía que nos es necesaria, debemos sacarla, ante todo, de la piedad...»⁵).

A principios de 1916, el conflicto se intensificó. Don Albera comunicó sus penas a los Cooperadores: «Crece, de día en día, el número de vidas cortadas por la muerte, y mientras innumerables industrias languidecen

⁵ LC 182-183.

y el comercio internacional amenaza con extinguirse –cosa que es muy triste–, se debilita cada vez más, también, ese sentimiento de caridad cristiana y de verdadera fraternidad que debería unir a todos los pueblos... También son graves las angustias de la Familia Salesiana... Cuando estalló la guerra, vimos a grandes grupos de Salesianos incorporarse a las armas... ¡en varios frentes, alineados bajo banderas opuestas!... Todos soportan con admirable entereza las inevitables penurias de la guerra, y con la voz y el ejemplo tratan de realizar un amplio apostolado del bien entre sus compañeros, no solo en los cuarteles y hospitales, sino también en el frente, en medio de los duros esfuerzos en el campo, en medio del furor del combate y en la misma vida fatigosa de las trincheras». Todo esto tuvo una fuerte repercusión en las obras salesianas: «En parte, hubo que suspenderlas y, en parte, habrían languidecido si los Salesianos restantes no hubieran multiplicado su actividad. ¡Y con qué sacrificios! Interrumpidas temporalmente las relaciones con un gran número de celosos Cooperadores y Cooperadoras, los medios de subsistencia se redujeron y, por ello, a pesar del aumento del trabajo, tuvimos que soportar diversas privaciones. ¡Que también los sacrificios de los hijos y cooperadores de Don Bosco, tanto los que dan la vida por la patria como los que la dedican enteramente en beneficio de los jóvenes más necesitados de ayuda, aceleren el regreso de la paz a la tierra! Ese día continuaremos redoblando nuestros esfuerzos para que los beneficios de la paz sean más rentables y duraderos. Oh, ¡si estas palabras pudieran llegar a todos los Cooperadores y determinarlos, desde ahora mismo, para un trabajo más intenso de restauración cristiana según el espíritu de Don Bosco!... ¡Ánimo, mis queridos Cooperadores! –concluía don Albera–. No faltan las oportunidades para multiplicar las obras de misericordia corporales y espirituales, especialmente a nuestros pequeños hermanos, es decir, a los jóvenes, y a cuantos necesitan cuidados especiales, que no faltan en estos días. Trabajemos, por tanto, y trabajemos juntos, si queremos lograr más, siguiendo fielmente las huellas de Don Bosco. El Señor no dejará de bendecirnos»⁶).

El cuidado de los salesianos soldados

A lo largo de los meses, un número cada vez mayor de hermanos se vieron obligados a llevar uniformes militares y partir al frente. Desapa-

⁶ BS 1916, 2-3.

recida la ilusión de una guerra efímera, además de las iniciativas puestas en marcha el año anterior para apoyar, acompañar y ayudar «moral y materialmente» a los llamados a las armas, el 15 de febrero de 1916, don Albera propuso al Capítulo Superior, una acción más coordinada entre los líderes de la Congregación, los inspectores y directores locales, para el cuidado de los Salesianos reclutados. Se les invitó a mantener una correspondencia regular con los superiores y hermanos, para enviar un relato personal detallado a su director cada dos meses. Cada uno recibía, todos los meses, el *Boletín Salesiano*, acompañado de una carta del Rector Mayor. La primera de estas circulares mensuales está fechada el 19 de marzo de 1916. Contiene un programa al que se hará referencia constantemente en las siguientes cartas:

«En las santas y fructíferas batallas de la enseñanza fuisteis incansables... Ahora la Patria os pide, también, las energías físicas, y habéis respondido con entusiasmo a esta petición, y con la hilaridad, que es habitual en vosotros, estáis dispuestos a hacer cualquier sacrificio. Tanta nobleza de propósitos, tanta gallardía de virtud, os han colocado en un grado, en una dignidad muy altos, de la que derivan nuevos deberes para vosotros. Y son estos deberes los que os recomiendo que tengáis constantemente delante de vuestros ojos, para ser siempre y en toda circunstancia dignos hijos de Don Bosco.

Por lo tanto, mis amados hijos, procurad santificar todas vuestras acciones viviendo en unión con Dios. Dirigid, constantemente, vuestros pensamientos y vuestros afectos hacia Él, y Él os mantendrá firmes en la virtud, os infundirá fuerza y valor en las horas de depresión y de desánimo; no dejará que os falte, ni por un momento, la energía necesaria para cumplir, con honor, todos vuestros deberes. Quizás no podáis tener mucho tiempo para dedicarlo a la piedad, pero, por eso, debes dedicarlo todo, de modo que vuestra piedad sea una piedad de acción, que engloba e invada, por decirlo así, todos los momentos de vuestra vida.

Que no os turbe el estrépito de las armas; que no os distraiga la novedad y variedad de vida, los continuos sacrificios, que debéis afrontar, que, en lugar de debilitar vuestro carácter, sean en vuestras manos, medios efectivos para fortaleceros cada vez más en la fe, y superar victoriosamente cualquier peligro que pueda socavar vuestra perseverancia en el bien.

Que resplandezcan, además, en todos vuestros actos, la bondad y la dulzura de vuestro ánimo. Este debe ser vuestro carácter habitual; en este carácter habéis sido formados, en él debéis deben perseverar; en él debéis ser el signo que os haga conocer como hijos de Don Bosco. Por eso,

continuando la tradición de vuestra vida, estad siempre dispuestos para cualquier servicio a vuestros camaradas, sed los primeros en ayudarlos en todas sus necesidades, vean todos resplandecer en vuestro corazón una llama ardiente de caridad que os haga incansables para toda obra buena. No os faltarán las oportunidades, no las dejéis desaprovechar, es más, aprovechadlas todas, y os aseguraréis las bendiciones del cielo y el amor de vuestros hermanos, de esta manera seréis faros luminosos de buen ejemplo y, casi inconscientemente, haréis un gran bien, imitando al Apóstol, que se hacía todo para todos por ganar a todos para Jesucristo”⁷⁾.

La incontable correspondencia de los salesianos soldados, conservada en los archivos, demuestra la eficacia de la iniciativa. A través de la carta del Rector Mayor se sintieron unidos en espíritu a la Congregación y a su misión, fueron apoyados moral y espiritualmente, animados a permanecer fieles a la propia consagración, a mostrarse en todas partes hijos dignos de Don Bosco, modelos de virtud para sus camaradas soldados, apóstoles incansables por el bien de las almas. Un clérigo le escribió a don Albera: «Qué suerte tengo cuando, en momentos de tranquilidad, hojeo sus preciosas circulares. Qué mina de consejos, de fuerza, de ilusión para luchar; qué ardiente deseo de perseverar, de mantener alto y honrado, el estandarte en torno al que nos llamó Don Bosco; qué gozo sentir la conciencia tranquila, un corazón inflamado con cada una de sus buenas palabras. Entonces revivimos nuestra vida. Dormirse por la noche con sus circulares en la mano, y poder soñar con queridos hermanos lejanos, es una alegría entre tanta nostalgia”⁸⁾.

Otros le confían sus fatigas: «Ayer he recibido su queridísima carta. La volví a leer afectuosamente y cuanto más la examino, más me siento lejano del mismo espíritu. Oh ¡cuánto se pierde alejándose de la fuente! Lamento causarle dolor, pero en honor a la verdad es así. Para consuelo de su gran buen corazón, le aseguro que sus consejos y exhortaciones me son de gran ayuda en la lucha por oprimir mis infinitas malas inclinaciones. Con gran ansiedad espero sus queridísimas cartas que son para mí *stella maris* y trato de practicarlas, pero, dado el mal terreno y los grandes inconvenientes, casi todo se desvanece pronto. Cuando estoy en reposo, así que disfruto de los medios de nuestra santa religión, me siento revivir, pero esterilizado en línea. ¡Oh, qué sequía!»⁹⁾.

⁷ Lm n. 1.

⁸ ASC B0421101, P. Di Cola, 04.01.1918.

⁹ ASC B0410679, G. Conti, 20.02.1918

Muchos declaran sentirse confirmados en su vocación entre los horrores cotidianos: «El capellán pasa, frecuentemente, bendiciendo esos cuerpos despedazados por la metralla, esos cuerpos traspasados. Mi oración más común son los innumerables *requiem* que recito por los queridos difuntos que están a mi lado, apagados por el plomo enemigo. Dicen que la vida militar es un gran peligro para la vocación religiosa. Yo, gracias a Dios, puedo decir que nunca la he sentido tan arraigada, nunca había sentido la necesidad de volver a mi Congregación, entre mis queridos jóvenes, entre mis queridos Hermanos. Siempre recuerdo las queridas solemnidades, los patios ruidosos, las inolvidables horas de la mañana en el templo, las oraciones y los grandes dolores, ¡embellecidos al pie de ese altar! Leo con avidez el Boletín que me llega regularmente, y más todavía sus circulares, Padre amado, que siempre me dan una nueva ilusión de vida, aunque tuviera que leerlas cien veces»¹⁰.

«Padre amado, no es la costumbre sino el cariño sincero y la gratitud lo que me empujan a escribirle. Oh, si pudiera volar cerca de usted, abrirle mi corazón, decirle tantas cosas, que le quiero tanto que, por usted, por la Congregación, por el bien, sufro y cumplo con mi deber lo mejor que puedo. La situación es terrible, pero hasta ahora, con la ayuda de Dios, todo ha ido bien. Ánimo, querido superior, en la terrible prueba actual, que le sirva de consuelo saber que los hijos lejanos aprecian cada vez más su hermosa vocación y se sienten cada vez más apegados a la Congregación y añoran el día en que puedan volver a sus queridas ocupaciones»¹¹.

Incluso en los momentos más dramáticos, los Salesianos que estaban en el frente se sintieron reconfortados por la fe, asistidos por la Divina Providencia, dispuestos a ofrecer sus sufrimientos por el bien de la Congregación: «*Superabundo gaudio in omni tribulatione mea* [desbordo de gozo en todas mis tribulaciones] –escribió un hermano sacerdote después del desastre de Caporetto–. Agradezco sinceramente al Señor que me hizo sufrir tanto. Esta para mí es la mejor señal de que el Señor no solo no me olvida, sino que me ama mucho. Y le estoy muy agradecido por eso. En momentos en que el agotamiento había llegado al punto de hacerme incapaz de tragar un bocado de pan... y mientras decenas de miles de personas, aglomeradas en las calles y plazas de un pueblucho buscaban cómo alimentarse, la Providencia me envió una taza de caldo caliente y de una manera realmente extraña. Deseo asegurarle que nunca olvido que

¹⁰ ASC B0420502, E. De Angelis, 28.06.1917.

¹¹ ASC B0440538, E. Provera, 20.04.1916.

soy hijo de Don Bosco; que como Salesiano sufro de muy buena gana, feliz de hacer la voluntad del Señor en todo, convencido de que mis sufrimientos beneficiarán también a mi querida Sociedad, a la que amo como mi familia»¹².

La enorme pérdida de vidas humanas multiplicaba el número de huérfanos. El 6 de abril de 1916 don Albera comunicó al presidente del Consejo de Ministros la decisión de fundar una casa en Pinerolo para acoger a los huérfanos de guerra: «A pesar de que más de una cuarta parte de mis maestros y asistentes han sido llamados a las armas y que los recursos de la beneficencia pública se han desvanecido casi del todo, sin embargo, confiando en la Divina Providencia, en la caridad de las almas generosas y en el apoyo de las autoridades, he decidido abrir un instituto adecuado para jovencitos de ocho a doce años, que se encuentran abandonados, o porque son huérfanos de madre y el padre está en el ejército, o porque perdieron a su padre en la guerra... Tengo la firme confianza de que querrá prestar todo el apoyo de su autoridad a esta obra... que tiene como finalidad la educación e instrucción de los jovencitos para formar honrados y laboriosos ciudadanos»¹³. La misma disponibilidad demostraron las Hijas de María Auxiliadora.

El último año de la guerra

Los pocos hermanos que quedaron en las casas estaban sobrecargados de trabajo. El Rector Mayor los exhortaba constantemente a una disponibilidad heroica al servicio de los jóvenes. Sus sufrimientos y sus penalidades podrían convertirse en instrumentos de purificación y de perfeccionamiento espiritual. En tales coyunturas era necesario que los directores e inspectores se convirtieran en maestros y modelos de vida religiosa, de espíritu de piedad, de observancia, de caridad y de celo. En agosto de 1917 comunicó el agravamiento de la situación: «La llamada a una nueva visita de los reformados [los reservistas] se llevará a otros muchos hermanos. Nuestros clérigos, que antes soportaban en gran medida la carga de la asistencia, ya no pueden hacerlo porque, ahora, casi todos prestan el servicio militar». Así, empezó a fallar el personal indispensable para el normal funcionamiento de las obras. En noviembre de 1917 se hizo un recurso al

¹² ASC B0440224, P. Osenga, 15.11.1917.

¹³ BS 1916, 131.

Primer Ministro para obtener la dispensa de una veintena de salesianos «indispensables e insustituibles como directores y administradores de institutos», para no verse obligados a cerrar diecisiete obras «dejando a 4.000 alumnos en la calle, en su mayor parte necesitados de acogida»¹⁴.

La derrota de Caporetto (24 de octubre de 1917) fue un drama de inmensas proporciones para Italia, con miles de refugiados. «Asistiendo en estos días al doloroso espectáculo de tantos pobres refugiados, que acuden en masa a nuestras ciudades y pueblos desde las regiones donde se libra la batalla, llegando en tales condiciones que no pueden satisfacer ni las necesidades más imperiosas de la vida, –escribía don Albera a los salesianos soldados el 24 de noviembre– he dispuesto, inmediatamente, que casi un centenar de niños refugiados de entre 12 y 14 años, fueran alojados en el Oratorio; al mismo tiempo, he hecho un llamamiento a todos los directores de nuestras casas de Italia para que acogieran al mayor número posible de jóvenes»¹⁵. En aquellos días, más de cuatrocientos niños fueron acogidos en varios colegios. Otros, más de mil, serán acogidos gratuitamente por los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en los próximos meses y años. Donde la situación lo permitía, los Salesianos de Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Polonia, Austria, Eslovenia y Croacia, harán lo mismo.

En la carta a los Cooperadores de enero de 1918, don Albera escribe: «En las circunstancias anormales en las que nos encontramos, tanto los Oratorios festivos como los hospicios y colegios y otros Institutos salesianos florecen y desbordan de jovencitos. Si esto puede decirse que es admirable en los países neutrales, con más razón debe decirse que es prodigioso en los países donde se combate... A un rasgo tan amoroso de la Divina Providencia se une la estima, en la que son universalmente celebrados, la memoria del venerable Don Bosco y su apostolado... No hay casa de la obra de Don Bosco que no haya abierto sus puertas a los hijos de los llamados a filas, o de los que murieron en la guerra, ni a los refugiados, ni a los propios soldados». Y exhortaba a los Cooperadores a imitar el celo de Don Bosco en la devoción a María Auxiliadora, a Jesús Sacramentado y en el compromiso de hacer florecer las vocaciones y obras salesianas¹⁶.

Ese año caía el jubileo de oro de su ordenación sacerdotal. Se hicieron varias demostraciones en su homenaje. Los salesianos soldados le ofrecieron un cáliz de oro. Se lo agradeció en la circular del 24 de enero, apro-

¹⁴ ASC E443, A. Conelli, 14.11.1917.

¹⁵ *Lm* n. 20.

¹⁶ *BS* 1918, 1-2.

vechando para instarlos a permanecer fieles al espíritu de sus orígenes: «Como el agua, cuanto más se aleja de su fuente, más pierde su natural limpidez para convertirse en una ola fangosa, así el espíritu de un instituto religioso, cuanto más se aleja del Fundador y de quienes tuvieron la suerte de vivir con él largos años, más pierde su integridad original... Cuántas cosas ajenas, si no tenemos cuidado, van, poco a poco, infiltrándose en nosotros; ¡y cuántas, propias del espíritu del venerable Don Bosco, se dejan caer, aquí y allá, en desuso! Habiendo tenido la gran fortuna de convivir con nuestro venerable Padre durante muchos años y de disfrutar de su confidente intimidad, puedo decir que tuve la oportunidad de penetrar bien el espíritu que lo animaba... Don Bosco eligió, como patrón de su obra, a san Francisco de Sales, porque quería que sus hijos imitasen, en todo momento, su *gran actividad en el bien, el ardiente amor de Dios* y la *inalterable dulzura con el prójimo*. Y, para hacer más efectivo este modelo, lo imitó, sobre todo, en sí mismo, dándole toda la modernidad que requiere nuestro tiempo. Por tanto, si queremos poder decir que somos verdaderamente Salesianos, no solo debemos intentar poseer estos tres elementos constitutivos del espíritu de Don Bosco: actividad, amor de Dios y dulzura hacia el prójimo, sino también poseerlos armoniosamente unidos como lo estaban en él»¹⁷).

El 24 de mayo de 1918 se celebró el cincuentenario de la consagración del santuario de María Auxiliadora. Hubo celebraciones especiales y peregrinaciones de varias partes del Piamonte. Después de las vacaciones, don Albera, exhausto, tuvo que retirarse a Oulx para descansar un poco. El 1 de agosto tuvo la alegría de asistir a la bendición del templo de Maria Auxiliadora en I Becchi, frente a la casa de Don Bosco. Al día siguiente celebró allí la misa, en presencia del Capítulo Superior, del Consejo General de las Hijas de María Auxiliadora y de una representación de huérfanos de guerra y alumnos de los institutos salesianos.

El 11 de noviembre de 1918, con la capitulación de Austria, terminó la «inmensa masacre» de la guerra. Los Salesianos contaron las pérdidas: de dos mil Salesianos europeos llamados a las armas; los hermanos que murieron en la guerra fueron unos ochenta; muchos más resultaron heridos. Otros, conmocionados en su psique y en el espíritu, tuvieron que dejar la Congregación. Pero los veteranos regresaron en gran medida fortalecidos en espíritu y en el carácter, animados de generosos propósitos. Muchos de ellos, en el decenio siguiente, formaron la columna vertebral de las expe-

¹⁷ Lm n. 22.

diciones misioneras a Asia, África y América, mostrando una capacidad de adaptación y de generosidad increíbles. Todos dejaron testimonios de caridad apostólica y de santidad. Entre los muchos podemos recordar a los futuros obispos, Gaetano Pasotti, Stefano Ferrando, Louis Mathias, Giovanni Lucato, Jean-Baptiste Couturon; los sacerdotes Pierre Gimbert, Joseph-Auguste Arribat, Costantino Vendrame, Carlo Crespi, Carlo Braga, Antonio Cavoli, Jean Tanguy, Luigi Albisetti y decenas de otros.

Capítulo 9

EL SERENO DECLIVE (1919-1921)**1920-1921**

Acabada la guerra, en enero de 1919 don Albera invitó a los Coopera-

dores a rezar para que se pudiese tener «una paz justa y duradera». Recordó lo que se había hecho el año anterior, en particular la acogida de trescientos huérfanos de guerra y quinientos pequeños refugiados. Enumeraba las nuevas fundaciones: los oratorios de Turín, en Borgo San Paolo y en el barrio de Monte Rosa, el instituto de Livorno, la escuela agrícola de Mandrione, en Roma, el oratorio y el internado en Fiume; la casa para jóvenes trabajadores en Würzburg en Baviera, el orfanato de Kielce y el estudiantado de Cracovia en Polonia; la casa de formación Cold Spring y el internado Williamsbridge en los Estados Unidos. También recordó las numerosas nuevas obras de las Hijas de María Auxiliadora. Finalmente, presentaba el programa de acción para el nuevo año, especialmente en los países de misión, y exhortaba a los Cooperadores a multiplicar su celo en la educación de los jóvenes «para la restauración cristiana de la sociedad»: «Considerad, o beneméritos Cooperadores, que la sana educación de las nuevas generaciones será siempre el medio más sencillo, y más práctico, de hacer cristiana la sociedad. Pero para que los frutos de una buena educación consigan triunfar en medio del mal que existe en el mundo, es necesario multiplicarlos, multiplicando los incansables defensores y celosos propagandistas de este santo ideal. Si los Cooperadores salesianos, por ejemplo, que suman más de cien mil, solo en Italia, hicieran ellos mismos este santo apostolado, ¡qué mayor bien para la religión y para la Patria!»¹.

El 15 de marzo, mientras se celebraba la misa de la trigésima en sufragio del ecónomo general Clemente Bretto, Albera sufrió un leve infarto. Se vio obligado a descansar un poco más por la mañana y caminar un poco por la tarde. En cuanto se sintió mejor retomó el ritmo habitual, con un horario bien marcado: levantarse a las 5; meditación a las 5.30; misa a las 6; de 7 a 9 en la oficina para la correspondencia; luego audiencias hasta el mediodía. Por la tarde, después de un cuarto de hora de descanso, trabajo en la oficina desde las 14.30 horas hasta la lectura espiritual y la bendición de la tarde.

El 20 de abril envió una circular a inspectores y directores sobre la *dulzura que debe practicarse en el ejercicio de la autoridad*, proponiendo como modelos a Jesucristo, san Francisco de Sales y Don Bosco. El 7 de mayo partió hacia Florencia y Faenza. Regresó a Valdocco para la novena de la Auxiliadora. En junio participó en el convenio especial de los Exalumnos de Turín. Sin embargo, su salud empeoraba cada vez más. En julio escribió a una superiora de las hermanas salesianas: «El lunes, hace ocho días, me sentí de nuevo con molestias. Durante toda la semana casi no

¹ BS 1919, 2-7.

me fue posible escribir: con mucho dolor pude firmar solo algunos papeles importantes. Hoy es la primera vez que intento escribir y os escribo a vosotras. Como veis empiezo a manejar un poco la pluma, pero muy lentamente y con esfuerzo. Os escribo para deciros que no debéis creer que esté muy enfermo. Quizás un poco de descanso me arreglará. Mañana por orden del médico, si Dios quiere, iré a Cuorné y permaneceré allí ocho o diez días; Espero que el aire de las montañas me haga bien. No tengo apetito y casi no puedo dormir. No me faltan los problemas y, a menudo, son bastante graves... Espero mucho de vuestras oraciones. Se haga, en todo, la voluntad de Dios»²).

Tras unos días de descanso se dirigió a Pinerolo para la entrega de premios a los huérfanos. Luego fue a Nizza Monferrato para los ejercicios espirituales de las directoras. Cada vez estaba más débil. El médico le ordenó descansar durante cuatro semanas en Cuorné, pero quince días después estaba de regreso en Turín. A finales de septiembre volvió a predicar a Nizza Monferrato.

En la carta circular del 24 de septiembre recomendó a los Salesianos el cuidado de las vocaciones. Con gran dolor, escribió, numerosas propuestas de fundación tuvieron que ser rechazadas por falta de personal: «¿Cuándo se renovará el hecho consolador de que cada casa, cada oratorio festivo dé su aportación de vocaciones salesianas?... No trabajamos completamente según el espíritu de nuestro venerable Padre Don Bosco, si no ponemos todo el empeño en cultivar las vocaciones»³).

Vuelto a la sede, fue invitado por el cardenal Cagliero a pasar unos días de paz en Castelnuovo. No encontró mejora, por el contrario, se acentuó la paresia del brazo derecho. Sin embargo, en la segunda quincena de noviembre fue a Roma para algunos asuntos de la Congregación. El 30 de noviembre fue recibido por el Papa y escribió a los inspectores: «No sabría expresaros plenamente la íntima satisfacción que sentí cuando pude decirle personalmente al Santo Padre que los Salesianos habían previsto la aplicación práctica del cálido llamamiento que el Papa dirigió al mundo entero a favor de los niños pobres de Europa central con la paterna encíclica de hace diez días. Ya que, precisamente, en estas mismas regiones habíamos abierto, durante este año 1919, nuevas y capaces instituciones para acoger al mayor número de jóvenes pobres...»⁴). Se refería a la encíclica *Paterno*

² Garneri 373.

³ Garneri 375.

⁴ Garneri 376.

iam diu del 24 de noviembre, en la que el Pontífice presentaba al episcopado católico la dramática situación de los niños de Europa central, que vivían en condiciones de extrema miseria y hambre, y los invitaba a movilizarse. Los Salesianos ya lo habían hecho organizando, orfanatos y centros de asistencia, en todas las naciones afectadas por la guerra. Pero don Albera quiso agregar algo más, para responder al llamamiento papal, y asignó otro instituto en el Piamonte, el de Perosa Argentina, para acoger y cuidar a los huérfanos de Europa central.

El día de la Inmaculada, en la basílica del *Sacro Cuore*, el cardenal Cagliero celebró el trigésimo quinto aniversario de su ordenación episcopal. Don Albera hubiese querido volver a Turín por Navidad, pero fue retenido en la capital hasta principios de febrero.

En la carta a los Cooperadores, de enero de 1920, contó la audiencia pontificia y anunció que la inauguración del monumento a Don Bosco se había fijado para mayo, en conjunción con los congresos internacionales de los Cooperadores, de los Exalumnos y de las Exalumnas. Presentó las casas abiertas en 1919: seis en Italia, cuatro en Baviera, dos en Viena, una en Hungría, una en Yugoslavia y una en Irlanda. Recordó que la mayoría de las casas salesianas de Europa se habían movilizado «para aliviar las extraordinarias penurias de tantos jóvenes pobres de Europa central, cuyas graves necesidades fueron el objeto de la última encíclica del Santo Padre». Luego añadió: «La resucitada Polonia vio llegar a los Salesianos en seis centros para asumir diferentes obras: en Rózanystok (Grodno), una parroquia y un gran instituto con capacidad para 700 jóvenes para escuelas profesionales y agrícolas; en Aleksandrów, otra parroquia y una escuela secundaria con 300 jóvenes; en Varsovia, una iglesia pública con escuelas populares externas y escuelas profesionales; en Cracovia, una cuarta parroquia y un oratorio festivo; en Przemyśl, un hospicio para jóvenes pobres y abandonados; finalmente, en Klecza Dolna, una casa de tirocinio para la formación del nuevo personal salesiano. Que el Señor bendiga la fe ancestral y alivie los sufrimientos de esas generosas poblaciones». Se habían abierto otras casas en América y nuevas residencias misioneras en el vicariato de Shiu-Chow y en el Chaco Paraguayo. También enumeró las veintiuna nuevas obras de las Hijas de María Auxiliadora⁵.

De regreso a Turín, en febrero escribió una carta circular en la que, tras hablar del monumento a Don Bosco querido por los Exalumnos, exhortaba a los Salesianos a ser monumentos vivos del Fundador, es decir, «a hacer

⁵ BS 1920, 3-6.

vivir en sí mismos sus virtudes, su sistema educativo, todo su espíritu, para transmitirlo siempre fecundo y vital de generación en generación». Sobre todo, los invitaba a imitar «esa afectuosa preocupación por los jóvenes, que era el secreto de su maravillosa influencia sobre ellos», siguiendo las indicaciones ofrecidas en la carta de Roma del 10 de mayo de 1884⁶.

La inauguración del monumento en la Plaza de María Auxiliadora estuvo asociada a una serie de eventos destinados a revitalizar la Familia Salesiana después de los trastornos de la guerra. El 19 de mayo se inauguró una exposición de los programas de las escuelas profesionales y agrícolas salesianas, que pretendía «dar una idea precisa y orgánica de lo que los Salesianos pretenden hacer en el futuro, es decir, demostrar hacia dónde tienden sus esfuerzos y qué perfección quieren alcanzar» para responder a las nuevas necesidades y para «cooperar en la formación de una mano de obra técnicamente perfecta y de ciudadanos de sentimientos cristianos»⁷. Entre el 20 y el 22 de mayo, tuvieron lugar, simultáneamente, los congresos internacionales de los Cooperadores, de los Exalumnos y de las Exalumnas, con reuniones separadas y con momentos comunes. La asamblea general final se celebró en el teatro de Valdocco con tres mil participantes. Don Albera pasó de un congreso a otro. Intervino con breves discursos, pero causó una gran impresión al presentar, en todas partes, la actualidad del espíritu de Don Bosco y de su obra. La ceremonia de inauguración del monumento se celebró el 23 de mayo, solemnidad de Pentecostés, en presencia de seis mil alumnos salesianos, tres mil congresistas, autoridades religiosas, civiles y militares. Al día siguiente se celebró la fiesta de María Auxiliadora con una extraordinaria participación de devotos y de peregrinos.

Luego, don Albera quiso ir a Milán para la consagración de la iglesia de San Agustín. También pasó por Verona. Fue un viaje incómodo, a causa de las huelgas y de las violentas agitaciones obreras de ese período, que los historiadores llamarán «el bienio rojo» (1919-1920). El 28 de junio llegaron a Valdocco cien niños de Europa central para encontrarse con el Rector Mayor. Cincuenta estaban a punto de regresar a su tierra natal después de pasar unos meses en la casa de Perosa Argentina para mejorar su salud. Otros cincuenta habían llegado de Viena para reemplazarlos. El hecho está documentado en el *Boletín Salesiano* con una foto de grupo: «Los cien pequeños vieneses confraternizaron, durante varios días, con los jóvenes

⁶ LC 312.

⁷ BS 1920, 191.

del Oratorio y, antes de que la primera caravana regresara a Viena y la segunda partiera hacia Perosa Argentina, donde transcurrir alegremente estos meses de verano, quisieron posar con su bienhechor, el sucesor de Don Bosco. Es imposible decir cuánto gozó el corazón de don Albera al ver la gratitud sincera, intensa y conmovedora de los pequeños beneficiarios»⁸).

En el mes junio se publicó el primer fascículo de las *Actas del Capítulo Superior*, órgano oficial de prensa de la Dirección Central Salesiana. El 4 de octubre se bendijo, en Mondonio, el monumento a Domingo Savio, con la participación del Rector Mayor y del cardenal Cagliero. El día 18 se publicó la intensa circular, en la que Albera proponía Don Bosco a los Salesianos como «modelo en la adquisición de la perfección religiosa, en la educación y santificación de los jóvenes, en el trato con el prójimo y en el hacer bien a todos». En esa carta circular encontramos testimonios autobiográficos muy intensos sobre la vida interior del Fundador, sobre su eficaz poder afectivo, sobre la extraordinaria capacidad de infundir el amor de Dios en el corazón de los jóvenes, sobre su ardor apostólico y educativo. Entre otras cosas, escribía: «El concepto animador de toda su vida fue trabajar por las almas hasta la total inmolación de sí mismo, y eso quería que hicieran sus hijos. Pero, este trabajo, lo hacía siempre tranquilo, siempre igual a él mismo, siempre imperturbable, ya sea en las alegrías o en las penas; porque, desde el día en que fue llamado al apostolado, *¡se había arrojado del todo en los brazos de Dios!* Si trabajar siempre hasta la muerte es el primer artículo del código salesiano, que él escribió más con el ejemplo que con la pluma, arrojarse en los brazos de Dios y no apartarse nunca de él fue *su acto más perfecto*. Lo hizo a diario, y debemos imitarlo de la mejor manera posible, para santificar nuestro trabajo y nuestra alma»⁹).

El 24 de octubre, en compañía del cardenal Cagliero, presidió la función de despedida de los misioneros. El 8 de diciembre partió hacia Roma. Se reunió con el Papa, a quien presentó la nueva edición, en dos volúmenes, de la *Vida del Venerable Siervo de Dios Juan Bosco* de Giovanni Battista Lemoyne.

Durante su rectorado había reiterado, a menudo, la importancia de la formación de los Salesianos. Volvió sobre el tema en una extensa circular, reservada a los Inspectores, de noviembre de 1920. Les recordó su responsabilidad en el cuidado «de los jóvenes hermanos, ya fuesen clérigos o

⁸ BS 1920, 198.

⁹ LC 335.

coadjutores: estos, de hecho, no pueden tener esa formación religiosa y salesiana, tan necesaria para hacer el bien entre los jóvenes. Por tanto, a los directores les corresponde usar toda la diligencia, como haría un padre, y quisiera decir que una madre, en torno a sus hijos, para formar su corazón y su mente según el corazón y la mente de Don Bosco... Debemos dar gracias con toda el alma a María Santísima Auxiliadora por la visible protección que les ha dado a estos buenos hijos durante la terrible prueba de la guerra... Que sea nuestro compromiso nutrirlos ahora con abundante y sano espíritu eclesiástico y con abundante y sana ciencia eclesiástica». Luego añadió una nota que debe entenderse en el contexto de sus esfuerzos por dotar a la Congregación de casas de formación bien organizadas: «Ahora, afortunadamente, casi todos los clérigos pueden ser acogidos en los estudiantados de filosofía y la mayoría en los de teología, a pesar de la gran escasez de personal... Tened el máximo cuidado en elegir hermanos que sean expertos en las disciplinas eclesiásticas que tienen que enseñar, estableced un horario suficiente para el desarrollo normal de las materias, exigid estrictamente que todos puedan asistir, y asistan realmente con toda regularidad, a las diversas lecciones e informaos, de cuando en cuando, cómo proceden estas escuelas, con qué diligencia se enseña y qué provecho sacan los clérigos». También recomendó prestar especial atención a la enseñanza de la teología dogmática y de la moral, ya que, «nuestros sacerdotes, además de que sean buenos profesores, buenos educadores, también deben ser expertos confesores y predicadores, pero no pueden ser ni lo uno ni lo otro si no estudian, en profundidad, estas dos materias fundamentales»¹⁰.

1921

Las fuerzas se iban debilitando, los problemas de salud aumentaban de día en día y él presagiaba su próximo final. Sin embargo, en comparación con años anteriores, una profunda serenidad llenaba su corazón. En la carta a los Cooperadores, de enero de 1921, sintió la necesidad de recordar su primer encuentro providencial con el Fundador: «¡Cuando pienso en el día en que, siendo un niño de trece años, fui acogido caritativamente por Don Bosco en el Oratorio, me invade un estremecimiento de conmoción y, a una a una, me vienen a la mente las gracias casi innumerables, que el Señor me reservaba en la escuela de este dulcísimo Padre!

¹⁰ ASC E223, dactilografiado con firma autógrafa, 4.11.1920.

Pero, cuántos deben repetir conmigo: “¡Todo se lo debemos al venerable Don Bosco! Nuestra educación, nuestra instrucción y, no pocos, la vocación misma al sacerdocio, se las debemos a las preocupaciones paternas de ese hombre de Dios, que alimentaba por sus hijos espirituales un afecto santo e insuperable”.

Por eso, por encima de toda persona querida, está en nosotros su recuerdo, unido a la más alta admiración por su extraordinaria santidad y por la grandeza de la misión, a la que, ¿cómo no reconocerlo?, fue llamado por Dios.

Cada año que pasa, su imagen paterna, en lugar de perder algo de la luz encantadora, que nos la hacía tan venerada, nos parece más luminosa y se hace más vivo en nosotros el recuerdo de sus virtudes heroicas, mientras su obra, consolidándose y ampliándose con el apoyo de todos los honrados, nos hace repetir desde lo más profundo del corazón: *digitus Dei est hic!* [Es el dedo de Dios] La obra de Don Bosco fue, verdaderamente, querida por Dios y la sigue asistiendo con perenne bendición»¹¹.

El último año de su vida estuvo lleno de actividad. A finales de enero se fue a Francia. Visitó Niza, La Navarre y Saint-Cyr. Aquí tuvieron lugar dos hechos extraordinarios. Le presentaron a una alumna de las monjas que tenía que ser operada de garganta: la bendijo y a la mañana siguiente estaba perfectamente curada. Una hija de María Auxiliadora, que tenía una úlcera en una pierna, aplicó sobre la herida el algodón utilizado para friccionar la mano dolorida de Albera y, poco a poco, la herida sanó. Desde Saint-Cyr, el sucesor de Don Bosco se trasladó a Marsella, donde se reunió con cientos de Cooperadores que querían su bendición. En Montpellier fue recibido con gran cordialidad por el cardenal Anatole de Cabrières. Después de haber visitado Savigny y Morges, le hubiera gustado continuar hacia París, pero su salud empeoró. Fue visitado por un especialista, que le diagnosticó trastornos circulatorios: «Es una arteriosclerosis cerebral, que, sin embargo, ha dejado intactas las facultades mentales... La memoria, la inteligencia, la lucidez de espíritu se han mantenido igual que antes; de hecho, es sorprendente ver cómo recuerda cosas de hace treinta años»¹². Tuvo que volver a Turín.

En marzo escribió una amplia circular sobre *Don Bosco modelo del sacerdote salesiano*. Invitaba a los hermanos a ser, como el Fundador, «siempre sacerdotes en todo momento», comprometidos «en un estudio

¹¹ BS 1921, 1.

¹² ASC B0250605, copia dactilografiada.

asiduo y amoroso de los rasgos morales» para reproducirlos en ellos mismos. Les exhortaba a tender «hacia una perfección cada vez mayor» en la observancia de las Constituciones, en la oración, en la celebración de la eucaristía y el sacramento de la penitencia, a encomendarse a la dirección espiritual, a practicar el examen de conciencia diario para crecer en el ejercicio de virtudes y en la santidad¹³. El 10 de marzo escribía al director de San Nicolás de los Arroyos [Argentina]: «¡El Señor te confía el ministerio más delicado y más querido a su divino corazón! Por lo tanto, corresponde con amor y gratitud duplicando tu celo. Ante todo, profundiza en la ciencia de la dirección de las almas, que por su dificultad recibe el nombre de *ars artium*; de modo que pueda decirle, luego, a Jesús: “¡Cuántos descarriados me habéis enviado, todos, gracias a vuestra ayuda, los puse en el buen camino!”. Recomienda la oración como medio indispensable para corregirse y, tú mismo, utilízala mucho, consciente de esas palabras: *Sine me, nihil potestis facere* [Sin mí no podéis hacer nada]...»¹⁴.

A partir de abril, su estado de salud fue agravándose y tuvo que limitar su actividad. A mediados de mayo le escribió a una persona: «Me siento sin energía. Todo me pesa en lo que se refiere a mi oficina. Es un malestar en parte físico, que también proviene de muchos dolores inevitables de mi cargo...». Tuvo un poco de paz durante las fiestas de María Auxiliadora. De modo que todas las noches pudo ir al santuario para realizar largas y devotas visitas. El 31 de mayo visitó el estudiantado teológico internacional de Foglizzo, siendo recibido por clérigos de diecisiete nacionalidades. Durante la academia, abrumado por la emoción, se vio obligado a retirarse. El 2 de junio en Parma dio una conferencia a los hermanos y las señoras del patronato: todos lo vieron muy cansado. Continuó hasta Módena, donde celebraron su setenta y seis cumpleaños. Durante el recibimiento no tuvo fuerzas para hablar en público y tuvo que hacer grandes esfuerzos por mantenerse despierto.

El 12 de junio, diez mil jóvenes de asociaciones católicas se reunieron en la plaza de María Auxiliadora en el cincuentenario de la fundación del primer círculo juvenil católico en Turín, para «rendir homenaje al apóstol más moderno de la juventud» y expresar «el ardiente deseo de bien y de amor que la juventud cristiana dirige hacia el futuro... ¡ante el bronce de Don Bosco que fue el salvador de tantas generaciones, que es y será en el tiempo el faro luminoso de la juventud que cree y obra en el bien!». Don

¹³ ACS 2, 134-172.

¹⁴ Garneri 396-397.

Albera contempló la ceremonia desde las ventanas del Oratorio. Fue reconocido y aclamado varias veces. Se conmovió profundamente¹⁵. Esa noche escribió: «Estoy muy débil... Don Gusmano sigue asistiéndome siempre y ayudándome como un hijo hacia su padre. ¡Dios lo recompense!».

El 19 de junio asistió a la colocación de la primera piedra de la iglesia del Oratorio «Michele Rua» en el barrio turinés de Monterosa. El 2 de julio participó, en la fiesta titular, del nuevo Oratorio de «Borgo San Paolo». Las dos obras, ubicadas en las periferias de la inmigración obrera, habían sido expresamente queridas por él. Él mismo había elegido a los Salesianos destinados a dirigirlos, hombres dotados de gran energía y creatividad, animados por genuino espíritu salesiano. Aquellos nuevos Oratorios sirvieron de estímulo para la revitalización inteligente y creativa del espíritu, del método y de la misión oratoriana, reformulada en el agitado contexto socioeconómico de aquellos años. Sirvieron de modelo para las nuevas generaciones salesianas.

A pesar del gran calor estivo, quiso quedarse en Turín para no interrumpir su trabajo de correspondencia. El 10 de septiembre le llegó la noticia del fallecimiento de Mons. Costamagna. En el necrologio escribió: «Entre las muchas pérdidas sufridas por la Congregación en estos años de mi rectorado, esta me aflige de una manera muy particular, porque con Mons. Costamagna desaparece uno de los compañeros más queridos de mi vida de estudiante aquí en el Oratorio y, por tanto, también uno de los ya rarísimos hermanos que más tiempo y más íntimamente conoció y trató con nuestro venerable Padre...»¹⁶. El 22 de octubre también fallecía Mons. Giovanni Marengo. «Esta muerte –escribió a una Hermana– me ha entristecido profundamente. He llorado mucho. ¡Hágase la voluntad de Dios!». Sentía que aquellos eran los últimos días de su vida.

El 23 de octubre saludó a los misioneros que partían hacia el Assam [India]. El día 24 asistió al funeral de Mons. Marengo. El día 27 participó en la conmemoración del funeral de Mons. Costamagna. Por la tarde hizo un paseo en carroza hasta la *Madonna di Campagna*. El 28 fue un día de relativo bienestar. Celebró la misa a las seis de la mañana, luego dio audiencia toda la mañana. Entre otras cosas, sugirió a don Rinaldi que trasladara a Turín el estudiantado teológico internacional de Foglizzo. Le dijo al ecónomo general: «Debemos hacer todo lo posible por multiplicar las vocaciones, no solo para nuestra Pía Sociedad, sino también para las

¹⁵ BS 1921, 170-171.

¹⁶ ACS 7, 274.

diócesis. Esta es una gran necesidad de la Iglesia en la hora actual. Si Don Bosco viviera, si Don Rua viviera, no descansarían hasta haber hecho lo necesario con todas sus fuerzas. Debemos hacer lo mismo. Lamentablemente, las ofertas han ido disminuyendo considerablemente desde hace algunos meses: sin embargo, nos mantenemos firmes... Si recibimos alguna oferta generosa, intentemos consagrarla para este propósito»¹⁷). Luego acordó con el Prefecto general cómo celebrar el tercer centenario de la muerte de San Francisco de Sales en 1922.

Cuenta don Barberis: «Por la noche caminaba con él y bromeó alegremente a mis espaldas, recordándome una aventura sucedida años antes...». Pasó una noche tranquila. Pero a las cuatro de la mañana se sintió abrumado por la falta de aliento. Se levantó, llamó al secretario don Gusmano. Se hizo venir al médico que constató la gravedad de la situación. Don Rinaldi le administró la Unción. Mientras los hermanos se apretaban alrededor de su cama, rezando por él, don Albera expiró. Eran las cinco y cuarto del 29 de octubre de 1921.

En la tarde de ese día, el cuerpo de don Albera, vestido con sobrepelliz y estola, fue depositado en la iglesia sucursal de la plaza María Auxiliadora. Fue visitada por una multitud de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Exalumnos, Cooperadores, alumnos y alumnas, autoridades religiosas y civiles, amigos de la obra salesiana, personas de toda clase social.

Los funerales tuvieron lugar la tarde del 30 de octubre. El imponente cortejo fúnebre recorrió las calles de Turín durante dos horas y media. El cardenal Cagliero bendijo el féretro, que permaneció toda la noche en la iglesia de María Auxiliadora. El día 31 se celebró la solemne misa fúnebre. Luego el cuerpo fue transportado a Valsalice y enterrado cerca de la tumba de Don Bosco.

En el *Boletín Salesiano* don Rinaldi trazó un retrato muy expresivo de don Albera: «Dotado de inteligencia clara y penetrante, y de una memoria prodigiosamente fácil y precisa, desde muy joven encauzó todo este riquísimo caudal de energías para modelar su espíritu de la más sólida y esclarecida piedad que debía ser su vida. Así comenzó sus lecciones en la escuela de Don Bosco; grabando celosamente todas sus enseñanzas... Incluso los demás estudios (porque fue un erudito asiduo y amante de toda cultura sana) tuvieron esta impronta: que nutran la piedad y tengan la impronta de la piedad. Y la piedad fue el secreto de su éxito... Tantas obras, realizadas por un hombre tan parco en palabras, tan sobrio en el gesto, tan

¹⁷ Garneri 415.

mesurado en sus movimientos, casi nos sorprenden, pero adquieren mayor valor y eficacia cuando regresan a su raíz, que es la vida interior de piedad, en la que toda su vida se recogía, y recibía de ella la impronta de sencillez y compostura que fue en él tan característica. El dicho de san Pablo: *pietas ad omnia utilis est* [la piedad es provechosa para todo], tenía en él la plena prueba, del hecho, que se revelaba en cada momento en la vida práctica... La grandeza de la figura moral de don Albera, como Rector Mayor de los Salesianos, está toda ella en el firme propósito de calcar fielmente, sin restricciones y sin ninguna insinuación, las huellas de Don Bosco y de Don Rua. Esta es la verdadera gloria de los once años de su rectorado...»¹⁸).

Rinaldi también escribió una amplia necrología para los Salesianos, en la que presentó los rasgos relevantes de la persona y de la obra de don Albera. Evidenció su compromiso por mantener intacta la huella dejada por Don Bosco en la obra salesiana, su espíritu de oración, su ardiente devoción eucarística y mariana, su amor al Papa y a la Iglesia, la constante acción de promoción de los Oratorios festivos, de las misiones y de las vocaciones. Concluía con una valoración del rectorado: «El Señor le dio el consuelo de ver bendecidas sus fatigas, en el número de socios, aumentado durante su Rectorado en 705, a pesar de los vacíos causados por la guerra; en el número de casas que aumentó en 103; en las nuevas misiones abiertas en África (en el Congo Belga), en Asia (en China y Assam), en el Chaco Paraguayo; en las nuevas casas de noviciado y en los nuevos y florecientes Oratorios festivos... Vio cómo la Santa Sede honraba a sus hermanos, con la púrpura cardenalicia conferida a Mons. Cagliari, con la dignidad episcopal conferida a cinco obispos residenciales, a tres vicarios apostólicos, a un prelado-nullius, con el nombramiento de un internuncio y dos prefectos apostólicos. Vio, reconocida y honrada por el mundo, la modestia de su virtud, en los diversos títulos y honores que le llegaron de academias, de la sociedad, de ciudades, de asociaciones, del Gobierno italiano... El Señor, finalmente, le concedió la gracia superar la ardua prueba de la guerra y de ver a la Pía Sociedad retomar el ritmo de su vida, llegar a donde ni Don Bosco ni Don Rua habían podido llegar –a la celebración de sus bodas de oro [sacerdotales]– y así poner fin, verdaderamente, a su bendita vida –*in senectute bona*. Esta última circunstancia providencial nos lleva a reflexionar que Don Rua y don Albera no deben ser considerados como simples sucesores de Don Bosco, sino como continuadores de su vida, que

¹⁸ BS 1921, 314-315 ; BSe 1922, 10-16.

en ellos continúa y se desarrolla y alcanza su cumplimiento...»¹⁹).

Don Louis Cartier ofrece este bello perfil de él: «Dios le proveyó, maravillosamente, de dotes excelentes: inteligencia viva y penetrante, memoria tenaz y fiel tanto en los mínimos detalles como en el conjunto, voluntad fuerte al servicio de una dulzura inalterable de tono y de modales, corazón sensibilísimo, cariñoso y compasivo. El desarrollo de estos talentos naturales con un trabajo asiduo lo convirtió en maestro en las ciencias profanas y religiosas, y le valió ese conocimiento profundo del corazón humano, ese discernimiento de los espíritus y ese dominio de los hombres que, con razón, le han conquistado la simpatía, el respeto y el cariño de altas personalidades eclesiásticas y seculares. Espíritu observador, fino y delicado, se daba cuenta de los más mínimos matices. Los ojos bajos y entreabiertos, que parecían no ver nada y, sin que nada se les escapase, le ayudaron a tener una concepción clara y profunda de las cosas»²⁰).

¹⁹ ACS 9, 310-311.

²⁰ *L'Adoption*, décembre 1921.

Segunda parte

**LA CONTRIBUCIÓN
A LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA**



1. El magisterio de la vida

Tras recibir la noticia de la muerte de don Albera, don Giuseppe Vespignani escribió desde Argentina: «Estamos convencidos de que el difunto Rector Mayor fue la continuación de la vida, el espíritu y la acción de Don Bosco y Don Rua; y que los tres forman la tríada espléndida, supremamente providencial y admirable en nuestra Congregación»¹). Es verdad. Probablemente sin la dedicación y el carisma de estos discípulos, colaboradores y sucesores suyos, tras la muerte del Fundador la empresa salesiana habría agotado rápidamente su energía. Don Rua fue elegido por Don Bosco como vicario con la tarea de estructurar la naciente Sociedad Salesiana, organizarla, garantizar su desarrollo orgánico y solidez disciplinaria.

A su vez, Don Rua nombró a Albera como Director espiritual de la Congregación para consolidar la vida interior de los hermanos, inculcarles el «espíritu» heredado del padre y garantizar caminos formativos más lineales para las nuevas generaciones. Convertidos en rectores mayores, ambos mostraron una gran responsabilidad en el mantenimiento y aumento del patrimonio espiritual y pedagógico de Don Bosco. Con este fin se comprometieron de palabra y de obra pero, sobre todo, con el testimonio de la vida.

Don Albera fue particularmente consciente de la misión recibida. También estaba angustiado porque sentía que no estaba a la altura. Los cuadernos personales atestiguan su constante tensión espiritual, el incesante trabajo ascético sobre sí mismo para alimentar el fuego de la caridad que Don Bosco había encendido en su corazón desde su adolescencia, y para lograr la competencia y santidad exigidas a su estado. La intimidad de vida y obra con el Fundador le había convencido de que la mejor manera de prolongar su espíritu en el tiempo y asimilar su carisma era reproducir en sí mismo sus virtudes, celo y santidad. Don Bosco fue su referencia constante. A lo largo de su vida trató de inspirarse en las enseñanzas, el ejemplo y las acciones del Padre, para ayudar a los Salesianos a hacer lo mismo.

En la circular enviada con motivo de la inauguración del monumento a Don Bosco, recordó los años de juventud vividos junto a él, «respirando casi su propia alma». Recordó el período que pasó en Valdocco después de su ordenación, en el que pudo «disfrutar de su intimidad y extraer

¹ Garneri 431.

lecciones preciosas de su corazón». Luego agregó: «Durante esos años principalmente, y aún más tarde, en las ocasiones siempre deseadas que tenía que estar con él o acompañarlo en sus viajes, me convencí de que lo único necesario para convertirme en su digno hijo era imitarlo en todo: por eso, siguiendo el ejemplo de los numerosos hermanos más mayores, que ya reproducían en sí mismos la forma de pensar, hablar y actuar del Padre, traté de hacer lo mismo. Y hoy, después de más de medio siglo, os repito también, que sois hijos como yo, y que, a mí, el hijo más anciano, me habéis sido confiados por él: imitemos a Don Bosco en conseguir nuestra perfección religiosa, en el educar y santificar a la juventud, en el tratar con el prójimo, en el hacer el bien a todos»²).

Para ello insistió en la necesidad de conocer al Fundador, de estudiar con amor su vida y sus escritos, de hablar de él, con frecuencia, a los jóvenes y a los Cooperadores. También tenía una profunda veneración por la persona de Don Rua, especialmente por el cuidado de la perfección incluso en las pequeñas cosas que lo caracterizaba. Quería que los Salesianos lo consideraran unido orgánicamente a Don Bosco: «¿Por qué fue tan querido Don Bosco? ¿Por qué estaban todos los corazones con él? - dijo durante el VII Capítulo General a las Hijas de María Auxiliadora - Porque tuvo la suerte de tener a su lado a un Don Rua, que siempre se encargaba de todos los asuntos odiosos... Cuando [Rua] fue elegido Rector Mayor hubo quienes temieron un gobierno riguroso: se vio, en cambio, cuánta bondad había en su corazón. Pero esta seguirá siendo una de las páginas más hermosas de su vida, y se verá cuánto contribuyó a la aureola de la que Don Bosco estaba rodeado»³).

Según don Luigi Terrone, «El concepto principal que la gente tenía de don Albera era que fuese un verdadero hombre de Dios, sacerdote ejemplar, alma enteramente interior». Esta dimensión espiritual se hizo particularmente evidente en él: su comportamiento, su mirada, su forma de hablar y de predicar revelaban a un religioso constantemente preocupado por las cosas del cielo⁴. Tenía el don de una gran bondad natural, que perfeccionó trabajando sobre sí mismo hasta el punto de convertirse en una persona de exquisita cortesía que impresionaba. Insistió constantemente en la importancia que Don Bosco atribuía a la bondad y corrección en el trato con los demás, sin distinción de condición y temperamento. Citaba a san Francisco

² LC 331.

³ Garneri 437-438.

⁴ Garneri 485.

de Sales para apoyar el valor y la eficacia de la buena educación como expresión de la caridad cristiana, ya que «sirve admirablemente para evitar fricciones, suavizar la angulosidad de los personajes, preservar la paz, la comprensión mutua y una cierta hilaridad interior y de relaciones domésticas»⁵). Fue el primero en dar ejemplo con su aspecto amabilísimo que conquistaba a jóvenes y adultos.

Los hermanos que estaban a su lado dan testimonio de la riqueza de sus virtudes: era prudente en las palabras y en las decisiones, humilde y paciente. Mostró un espíritu constante de abnegación: a pesar de su frágil salud, nunca rehuyó sus deberes y permaneció extremadamente templado en todo⁶). Sus notas íntimas revelan el esfuerzo por corregir y perfeccionar la propia humanidad, para nutrir la vida interior. También tenía una gran capacidad para escuchar, una empatía que inspiraba confianza.

Con la práctica de la confesión y de la dirección espiritual, se había convertido en un experto en el corazón humano. Pero sintió una necesidad constante de profundizar su conocimiento de la vida espiritual a través del estudio y la meditación de los autores espirituales. Como testifica don Francesco Scaloni, los hermanos franceses y belgas estaban convencidos de que había leído «todas las obras ascéticas de algún valor», sobre las que supo emitir un juicio meditado. No leía de forma superficial, sino que acompañaba la lectura con la meditación «para nutrir su mente y corazón»⁷). De estas lecturas y reflexiones extrajo material para el ministerio de la predicación y el acompañamiento espiritual. Don Giovanni Battista Grosso, su estrecho colaborador durante los años en Marsella, dice que «en medio de las diversas preocupaciones como inspector y director del Oratorio San León... encontraba todavía tiempo para leer mucho, y casi exclusivamente libros ascéticos; y estaba ansioso y cuidadoso de conseguir todos los libros nuevos sobre ascetismo que publicaban los mejores autores franceses; y no solo los leía y anotaba, sino que hacía resúmenes o extractos de ellos, que luego se manifestaba, enormemente, en las conferencias mensuales a sus hermanos, y a las que a menudo aceptaba con gusto dar a las diversas compañías de la casa»⁸).

⁵ Garneri 467.

⁶ Garneri 475-484.

⁷ Garneri 452-453. En el diario espiritual de Don Albera y en sus apuntes de predicación hay referencias a unos ochenta autores, cf. J. Boenzi, *Reconstructing Don Albera's Reading List*, en *Ricerche Storiche Salesiane* 33 (2014) 203-272.

⁸ ASC B0330314, P. Paolo Albera. *Ricordi personali*, ms GB Grosso, 1.

Este gusto por la vida espiritual, este deseo de comprenderla en profundidad, va unido con su admiración personal por la santidad y la piedad profunda de Don Bosco. Desde niño trató de reproducir en sí mismo el espíritu de oración y de unión constante con Dios, adquiriendo con los años el don de la oración y la contemplación. Su piedad sincera, sin forzar, impresionó a quienes lo vieron rezar o celebrar la eucaristía: todo inmerso en la adoración, tenía una actitud de gran dulzura, una concentración tan intensa como conmovedora. «Hizo un compromiso especial de hacer meditación y acción de gracias después de la misa y a menudo recomendaba la práctica del examen de conciencia»⁹. Su piedad fue tierna, afectiva e intensamente comunicativa, sustentada especialmente en la meditación del Evangelio y de las cartas de San Pablo¹⁰.

La tendencia predominante a la intimidad divina y el gusto por la piedad no disminuyó, más bien alimentaron constantemente su espíritu de iniciativa, servicio pastoral y fervor en su obra. Estaba convencido de que la piedad auténtica genera celo apostólico, ilumina la acción educativa, la inspira y la fecunda, como le sucedió a Don Bosco.

En la inquietud dinámica por seguir los ejemplos del Fundador y de Don Rua, por «preservar en nuestra Congregación el espíritu y las tradiciones que de ellos hemos aprendido» –como escribió en la primera circular presentando el compromiso asumido en el momento de la elección– Albera sintió la necesidad de acentuar algunos temas que consideraba básicos, junto con otros relacionados con su sensibilidad o requeridos por contingencias históricas, por el contexto en el que trabajaban sus interlocutores y por el conocimiento íntimo de los hermanos. Sus densas circulares son de carácter exhortativo, sapiencial, no doctrinal ni sistemático, pero revelan una gran familiaridad con la teología de la vida consagrada y la espiritualidad cristiana. En ellos emergen algunos núcleos temáticos recurrentes, que pretendemos destacar.

2. Espíritu de oración

Es significativo señalar que el primer tema abordado por don Albera para estimular a los hermanos a apropiarse del «espíritu del venerable Fundador y Padre Don Bosco» fue el espíritu de piedad, que consideraba

⁹ ASC B0330109, *Per le memorie di D. Paolo Albera* [1923], ms G. Barberis.

¹⁰ L. Cartier en *L'Adoption*, 20 (1921) n. 214.

un elemento connotativo fundamental de la identidad salesiana. En la circular del 15 de mayo de 1911¹¹), afirmó que la estima universal de que gozaban los Salesianos por su ingenio y actividad en el campo educativo se debía a los abundantes frutos que resultaron de la incansable laboriosidad de Don Bosco, Don Rua y muchos otros hermanos, así como a la «rápida difusión de las obras salesianas en Europa y América». Sin duda, tanto ardor y tanto trabajo fueron motivo de honor, prueba evidente de la vitalidad de la Sociedad Salesiana y de la especial protección de la Auxiliadora. Sin embargo, se sintió obligado a recordar a los hermanos «que esta actividad tan alabada de los salesianos», este «celo», este «cálido entusiasmo» podrían un día fallar si «no hubieran sido fecundados, purificados y santificados por una verdadera y sólida piedad»¹²).

A partir de esta inquietud, desarrolló un discurso sobre la necesidad práctica del «espíritu de piedad», ubicándolo en un sólido marco doctrinal inspirado en las enseñanzas de san Francisco de Sales: «Es la piedad la que regula sabiamente todas nuestras relaciones con Dios y nuestras relaciones con el prójimo... Las almas verdaderamente piadosas tienen alas para levantarse hacia Dios en la oración, y tienen pies para caminar entre los hombres por medio de una vida amable y santa». Esta metáfora utilizada por el santo patrón ayuda a los Salesianos a distinguir las prácticas religiosas cotidianas del «espíritu de piedad que debe acompañarnos en todo momento, y que tiene como finalidad santificar cada pensamiento, cada palabra y cada acción, aunque no sea directamente parte del culto que prestamos a Dios».

Los ejercicios de piedad son medios indispensables para alcanzar el fin primario que es el espíritu de oración. Es en ellos donde se nutre «esa relación íntima, ese parentesco inefable que Jesucristo quiso establecer entre él y las almas con el santo bautismo». Sin el espíritu de oración «fallaría ese espíritu de fe, por lo que estamos tan convencidos de las verdades de nuestra santa religión que mantenemos siempre viva su memoria, como para sentir su influencia saludable en todas las circunstancias de la vida». Sin él, nos volveríamos insensibles a las inspiraciones del Espíritu Santo, a sus consuelos y sus dones. «Por el contrario, si está bien cultivado, este espíritu asegura que nuestra unión con Dios nunca se interrumpa, de hecho, comunica a todo acto, incluso profano, un carácter íntimamente religioso, lo eleva a mérito sobrenatural» y lo transforma en

¹¹ LC 24-40.

¹² LC 26.

un culto agradable a Dios. Solo así es posible transformar el trabajo en oración. Esta es una ley de la vida espiritual válida para todo cristiano, pero sobre todo para aquellos que con la profesión de votos se han entregado sin reservas a Jesucristo, a él han consagrado sus facultades, sus sentidos, toda su vida. El religioso debe poseer el espíritu de piedad hasta tal punto «que lo comunique también a los que le rodean»¹³).

«Por la gracia de Dios –observa don Albera– podemos contar con muchos hermanos, sacerdotes, clérigos y coadjutores que, en términos de espíritu de piedad, son verdaderos modelos y producen la admiración de todos». Desafortunadamente, este no es el caso de todos. Hay quienes consideran las prácticas de la piedad como una carga e intentan por todos los medios librarse de ella. Así que poco a poco se relajan y se vuelven fríos, «lamentablemente vegetan en una mediocridad de lo más deplorable y nunca darán frutos». Es una contradicción: están consagrados, viven y trabajan en una comunidad religiosa, pero sin espíritu interior, sin hacer ningún progreso en la perfección, expuestos a mil tentaciones y en constante peligro de «sucumbir a las seducciones de las criaturas y a los asaltos de las pasiones». La única defensa, la fuerza esencial de los religiosos es la verdadera piedad, que ayuda a «revitalizar nuestro espíritu, para corresponder a la gracia de Dios y alcanzar el grado de perfección que Dios se espera de nosotros»¹⁴).

Don Albera es pragmático. Dado que a los Salesianos «se les confía la porción más escogida del rebaño de Jesucristo», la juventud, y su compromiso educativo obtiene buenos resultados, no faltarán ataques de los enemigos: «Debemos estar preparados para la lucha ... solo si el espíritu de piedad nos persuade, podremos sacar fuerzas y consuelo». También sabemos que «todo el sistema educativo que enseña Don Bosco se basa en la piedad»; por lo tanto, si no estuviéramos «proveídos abundantemente» de este espíritu, ofreceríamos a nuestros estudiantes una educación incompleta. Si «el salesiano no es firmemente piadoso, nunca será apto para el oficio de educador», como demostró Don Bosco, excelente modelo de piedad e incomparable educador cristiano: nota característica de toda su vida y el secreto de su eficacia educativa fue «una piedad ferviente» combinada con una sincera devoción mariana: «Se habría dicho que la vida del siervo de Dios era una oración continua, una unión ininterrumpida con Dios... En cualquier momento en que acudíamos a él en busca de

¹³ LC 29-30.

¹⁴ LC 30-31.

consejo, parecía interrumpir sus conversaciones con Dios para darnos una audiencia, y que los pensamientos y los ánimos que nos daba estaban inspirados por Dios. ¡Qué edificación para nosotros escucharlo recitar el *Pater, el Angelus Domini*»¹⁵).

De estas premisas espirituales, don Albera extrae tres sugerencias operativas:

1. «Tomemos el propósito de ser fieles y exactos en nuestras prácticas de piedad»: son pocas y fáciles las que la Regla nos exige, «razón de más para realizarlas con mayor diligencia».

2. «Prometemos santificar nuestras acciones diarias», con frecuentes «actos de amor, alabanza y acción de gracias», con pureza de intención, con «santa indiferencia hacia todo lo que Dios, a través de los superiores, dispone», con la generosa acogida de los sufrimientos de la vida. Esta es la piedad activa, sugerida por san Francisco de Sales, que nos permite implementar «el precepto de la oración continua» y nos ayuda a evitar «la gran enfermedad de muchos empleados en el servicio de Dios, que es la agitación y el exceso ardor con el que tratan las cosas externas». Por tanto: «Que los Salesianos sigan dando ejemplo de espíritu de iniciativa, de gran actividad, pero sea esta, siempre y en todo, la expansión de un celo verdadero, prudente, constante, sostenido por una sólida piedad».

3. «Asegurémonos de que nuestra piedad sea ferviente», que se caracteriza por «un deseo ardiente, una voluntad generosa de agradar a Dios en todo... Estamos vigilantes porque no somos víctimas de esa pereza espiritual, que se horroriza», por todo lo que impone sacrificio». En la escuela de san Francisco de Sales «tratemos de sazonar nuestro trabajo con una elevación de la mente a Dios, con arrebatos de afecto, para no desanimarnos»¹⁶).

3. Vida de fe

Una premisa indispensable para obtener el espíritu de oración es la fe. La experiencia enseña que «si la fe está viva en un religioso, aunque se arrepienta de algún defecto en su conducta, no tardará en corregirlo, dará pasos de gigante en el camino de la perfección y se convertirá en un instrumento capaz de procurar la salvación de muchas almas». Este fue el tema de la circular del 21 de noviembre de 1912, elaborada en forma de instrucción,

¹⁵ LC 31-34.

¹⁶ LC 35-39.

con una primera parte doctrinal (sobre la necesidad de la vida de fe, sus diferentes grados, sus frutos, el valor que da a las acciones humanas, su vínculo inseparable con la oración y la vocación) y un apartado práctico, en el que, tras recordar la fe ardiente de Don Bosco, Albera anima a los hermanos a «reavivar» su fe para dar fecundidad a su ministerio¹⁷).

La fe ilumina la inteligencia y permite a los hombres «caminar con seguridad a pesar de la oscuridad y los peligros de este valle de lágrimas». Nos hace comprender «el propósito por el cual Dios nos creó y la maravillosa obra realizada por Jesucristo». Nos revela «la belleza de la virtud, la preciosidad de la gracia divina, inspirándonos a horrorizarnos por el pecado, proporcionándonos los santos sacramentos, tantos medios de santificación». Nos hace considerar la vocación religiosa como un don especial, un acto de predilección de Dios por nosotros. Vive por la fe quien cree «resueltamente» en todas las verdades reveladas, con alegría «acoge la luz de la revelación divina y se adhiere completamente a las enseñanzas de Jesucristo, transmitidas a él por la Iglesia, a la que se confía con la sencillez de un niño»¹⁸).

El Salesiano es hombre de fe cuando se mantiene constantemente en la presencia de Dios y así «informa y santifica toda su vida». La fe ilumina su mente y su corazón, le atrae las bendiciones del Señor, le ayuda a vencer las tentaciones, a afrontar con fuerza y constancia las pruebas de la vida y las dificultades encontradas en la misión educativa: «Solo con luz de fe y con la intuición de la caridad cristiana podemos reconocer, bajo la figura miserable de los jóvenes pobres y abandonados, a la persona misma de Aquel que fue llamado el varón de dolores... Es la palabra de fe la que nos repite al oído: Cuanto tú has hecho por uno de estos pequeños hermanos, tú me lo habrás hecho a mí». Y es también la fe la que ayuda a superar el cansancio, el desánimo y la ingratitud, «recordándonos que trabajamos para el Señor»¹⁹).

Don Albera acompaña estas consideraciones con algunas indicaciones espirituales prácticas: «Quienes viven por la fe se complacen en contemplar a Jesús que habita en sus corazones, ahora glorioso como en el cielo, ahora escondido como en la SS. Eucaristía, y en tal contemplación se le enciende el deseo de hacer más agradable esta morada, decorándola con las virtudes más escogidas. Empieza por vaciar su corazón de cualquier

¹⁷ LC 82-100.

¹⁸ LC 88.

¹⁹ LC 88-93.

sentimiento de amor propio, vanagloria y orgullo, para que solo Jesús sea el amo absoluto. Se considera un templo vivo del Espíritu Santo; por tanto, cuidará de que este templo no sea profanado por el más mínimo afecto inmundo. Se considerará feliz de carecer no solo de lo superfluo, sino también de lo necesario para no ser discípulo indigno de Aquel que quiso la pobreza como compañera indivisible ... Entonces, sobre todo, se esforzará por mantener vivo el fuego sagrado de la caridad, virtud que nos hace parecernos al mismo Dios». El espíritu de fe se alimenta con la oración ferviente y confiada, con la meditación y la lectura espiritual, con los sacramentos de la Eucaristía y la penitencia, con la visita a Jesús presente en el tabernáculo, con la atención a los más mínimos detalles al celebrar los misterios divinos²⁰).

Luego don Albera pasa a ilustrar las consecuencias operativas de la vida de fe: los Salesianos animados por la fe sentirán crecer en su corazón la gratitud a Dios por haber sido llamados a formar parte de la Congregación; considerarán la casa donde la obediencia les ha colocado «como la casa de Dios mismo» y la tarea que les ha sido encomendada «como la porción de viña que el dueño nos dio para cultivar»; verán en los superiores «los representantes de Dios mismo»; reconocerán «las constituciones, los reglamentos, el calendario como tantas manifestaciones de la voluntad de Dios; acogerán a los jóvenes como “depósito sagrado, que el Señor nos preguntará muy de cerca”; mirarán a sus hermanos como “tantas imágenes vivientes de Dios mismo, encargadas por él ahora de edificarnos con sus virtudes, ahora que practiquemos la caridad y la paciencia con sus defectos”. “¡Oh! ¿Cuándo llegará ese día en que, según la expresión imaginativa de san Francisco de Sales, nos dejaremos llevar por nuestro Señor como un niño en los brazos de la madre? ¿Cuándo, queridos hermanos, nos acostumbraremos a ver a Dios en todo, en todo acontecimiento, que consideraremos como especie sacramental bajo la que se esconde? Así nos convenceremos de que la fe es un rayo de luz celestial que nos hace ver a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios” que consideraremos ¿en qué especie sacramental se esconde? Así nos convenceremos de que la fe es un rayo de luz celestial que nos hace ver a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios” que consideraremos ¿en qué especie sacramental se esconde? Así nos convenceremos de que la fe es un rayo de luz celestial que nos hace ver a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios»²¹).

²⁰ LC 93-95.

²¹ LC 95-96.

La circular termina, como toda intervención de don Albera, con una referencia al ejemplo de Don Bosco. Todo en él estaba inspirado y alimentado por la fe: su dedicación inagotable a la educación cristiana de los jóvenes, su predicación concreta y apasionada, «su admirable Sistema Preventivo», su presencia constante entre los niños, su asistencia incansable. Por último, invita a sus hermanos a la acción apostólica, considerando «el estado de la sociedad actual», donde incluso en quienes se proclaman cristianos «la antorcha de la fe se ha debilitado tanto que amenaza con apagarse en cualquier momento»; donde «un sin fin de jóvenes asiste a las llamadas escuelas seculares en las que a menudo es un delito pronunciar el nombre de Dios»: quizás en el futuro «tendremos una generación totalmente desprovista del aliento vital de la fe». Este pensamiento debe estremecer a los discípulos de Don Bosco: «El Señor que no elige los medios más mezquinos para realizar las mayores obras», nos ha llamado a cooperar en la restauración de su reino en las almas y se apoya «en nuestra voluntad y en nuestra humilde cooperación... así que pongámonos a trabajar de inmediato; desde hoy nuestra vida es verdaderamente una vida de fe»²².

4. Don Bosco modelo del salesiano

La preocupación fundamental de Pablo Albera –como ya lo había sido para Don Rua– era preservar intacto el «espíritu del Fundador» en la Congregación Salesiana. Volvía constantemente a este punto al tratar temas relacionados con la identidad y el carisma salesiano: piedad, disciplina, fe, oratorios festivos, misiones, vocaciones, votos, devoción mariana, dulzura, amor. A los jóvenes, la aplicación del Sistema Preventivo...

En la circular del 23 de abril de 1917 propuso a los inspectores y rectores una serie de «consejos y avisos para preservar el espíritu de Don Bosco en todas las casas»²³. Recordó ante todo el deber de un superior de ser modelo y maestro de los hermanos, darles un buen ejemplo de conducta virtuosa y cuidar su formación y progreso espiritual. Continúa con una lista de áreas y virtudes que en la práctica le parecen concretar el espíritu de Don Bosco. En el primer puesto colocó el espíritu de piedad y la observancia exacta de las Constituciones. Luego revisó los tres votos, retomando los puntos esenciales propuestos en las circulares anteriores. Finalmente,

²² LC 97-100.

²³ Cf. LC 214-230.

enumeró algunos deberes vinculados al ministerio del superior salesiano: la corrección fraterna hecha en el momento oportuno y en *camera charitatis*; el ejercicio de la paternidad amorosa, paciente y amable; la conducta humilde, serena y educada entre los hermanos. Sobre todo, destacó la importancia de ser celoso en el seguimiento de la misión salesiana: «el director, más que todos los demás hijos de Don Bosco, debe tomar como sujeto de sus meditaciones las palabras que el buen padre adoptó como lema de nuestra Pía Sociedad: *Da mihi animas*».

El celo del superior salesiano debe expresarse sobre todo en los ámbitos en los que Don Bosco estuvo más involucrado: 1) ayudar a los hermanos «a perseverar en su vocación y a progresar cada día en el camino de la perfección»; 2) amar a los jóvenes «con un amor santo e intenso», hacerlos ciudadanos honestos, «pero sobre todo buenos cristianos», y mantenerlos unidos también en los años siguientes con la asociación de antiguos alumnos; 3) promover cada año vocaciones para la Congregación y para la Iglesia, «debería arrancar esta gracia del Corazón de Jesús con muchos sacrificios y oraciones»; 4) incrementar los Cooperadores salesianos «para que siga creciendo el número de los que participan del espíritu de Don Bosco y se conviertan en promotores con medios materiales y espirituales»²⁴).

En la mente y en las palabras de don Albera, la figura cautivadora de Don Bosco, el ejemplo de su vida y la fascinación ejercida por sus virtudes constituyó siempre el principal punto de referencia y el estímulo más eficaz. Cuanto más avanzaba en edad, más sentía la necesidad de insistir en imitar al Fundador, como muestran las circulares de los dos últimos años. Destacó su dulzura paterna, su familiaridad y confianza con los jóvenes, su amor a las almas, su abandono a Dios, su ejemplaridad pastoral. Profundamente convencido de que Don Bosco «fue enviado por Dios para regenerar la sociedad actual», para devolverla a las fuentes puras «del amor y la paz cristianos», don Albera no cesaba de invitar a los Salesianos a mostrarse dignos de su padre: «Nosotros somos sus hijos, y si hijos, también herederos de este sagrado depósito que no debe volverse estéril en nosotros; y para mostrarnos dignos hijos y a la altura de nuestra tarea en el tiempo presente, ante todo estamos firmes en nuestra vocación»²⁵).

El 18 de octubre de 1920 envió una circular sobre Don Bosco como *modelo de perfección religiosa, en la educación y santificación de los*

²⁴ LC 228-229.

²⁵ LC 323-324.

*jóvenes, en el trato con los demás y en el bien de todos*²⁶), siguiendo el ejemplo de la experiencia inolvidable de la propia intimidad de la vida con el Fundador. Son páginas de gran poder evocador, un documento carismático entre los más importantes de la tradición salesiana, que puede considerarse el testamento espiritual de don Albera, la síntesis de su pensamiento. De hecho, encontramos expresados todos los núcleos dinámicos de la ejemplaridad de Don Bosco: la acción apostólica como medio para la propia santificación, «porque el apostolado no es más que un continuo derramamiento de virtudes santificantes para la salvación de las almas»; la entrega total de uno mismo al Señor «hasta el punto de llegar a la íntima unión habitual con Dios en medio de ocupaciones ininterrumpidas y muy dispares»; la práctica de las virtudes salesianas representadas por el Fundador en el sueño de los diamantes, ya que «la perfección religiosa es el fundamento del apostolado»; colocar la santidad de la propia vida como base para la educación y santificación de la juventud; el amor de predilección por los jóvenes, que «es un don de Dios, es la vocación salesiana misma», pero que debe desarrollarse y perfeccionarse continuamente; preocupación constante para impedir el pecado, ayudar a los jóvenes a vivir en la presencia de Dios y salvar sus almas; el trato «amable y cortés con todos», combinado con la voluntad de sacrificarse para hacer el bien al prójimo.

El acto más perfecto de Don Bosco

Según don Albera, el dinamismo fundamental de la vida de Don Bosco fue la conciencia muy viva de ser llamado a «trabajar por las almas hasta la total inmolación de sí mismo»²⁷). También lo deben hacer sus hijos, pero, antes que nada, tratando de lograr su tranquilidad de espíritu, la igualdad de carácter y la imperturbabilidad que lo caracterizó en cada circunstancia feliz o triste. Esta serenidad fue fruto de ese radical proceso interior de entrega a Dios, de ese confiado abandono en manos de la Providencia que caracterizó la vida espiritual de Don Bosco desde los primeros pasos de su camino vocacional. Como se desprende de la biografía, él –escribe don Albera– «se entregó a Dios desde su más tierna infancia, y luego durante el resto de su vida no hizo más que aumentar su entusiasmo, hasta alcanzar la íntima unión habitual con Dios en el en medio de ocupaciones interrumpidas».

²⁶ LC 329-350.

²⁷ LC 335.

pidas y muy dispares». Un síntoma evidente de este estado de continua comunión con Dios fue «la inalterable igualdad de humor, que se desprende de su invariablemente sonriente rostro». La unión habitual con Dios fue en él una fuente de iluminación e inspiración; imprimió en sus palabras tal profundidad y fuerza que quienes lo escucharon se sintieron «mejorados y elevados a Dios». Además, su amor por Dios era tan ardiente en él «que no podía quedarse sin hablar de ello»²⁸).

El recuerdo de la ardiente caridad de Don Bosco inspiró a Albera con una serie de conclusiones prácticas. En primer lugar, invitó a los Salesianos a arrojarse con confianza «en los brazos de Dios, como lo hizo nuestro buen Padre; entonces se formará también en nosotros la dulce necesidad de hablar de él, y ya no sabremos hacer ningún discurso sin empezar o terminar por él». De esta forma no solo los pensamientos y las palabras, sino también las acciones serán fecundadas por el fuego del amor divino. Se sentirá la connaturalidad y la necesidad de los «ejercicios ordinarios de perfección religiosa» y se tendrá el deseo de no dejar de lado ninguno de ellos. De hecho, mientras otros utilizan las prácticas de la piedad como medio para alcanzar la perfección, los discípulos de Don Bosco, siguiendo el ejemplo del padre, las viven «como actos naturales de amor divino»²⁹).

El Salesiano que se arroja con confianza en los brazos de Dios logrará fácilmente alejarse del pecado, erradicar de su corazón las malas inclinaciones y hábitos; lo conocerá y lo amará cada vez más; practicará con gozo la santa ley y los consejos evangélicos; se unirá más a él con la oración y el recogimiento del espíritu, con el deseo incesante de «agradar a Dios» y de conformarse en todo a su voluntad. Así Dios se convertirá en «el fin directo de sus acciones» y estará sometido en todas las circunstancias de la vida a la voluntad divina, como lo fue Don Bosco, con «rostro alegre» y con valentía, sin disturbios, quejas, tristezas, miedos, y temblores: «Nada te turbe: quien tiene a Dios, lo tiene todo». Cuántas veces, escribe don Albera, «¡he sido testigo de su total sumisión a las disposiciones divinas!». Además, si imitamos a Don Bosco en la entrega a Dios, alcanzaremos, como él, «un gran recogimiento en la oración»: «Nosotros, viéndolo rezar, quedamos como embelesados y casi extasiados. No había nada forzado en él, nada singular; pero quien estaba cerca de él y lo observaba no podía evitar orar bien también, viendo en su rostro un esplendor insólito, un reflejo de su fe viva y su amor ardiente por Dios... No se borrará nunca

²⁸ LC 335-336.

²⁹ LC 337.

de mi memoria la impresión que sentía al verlo dar la bendición de María Auxiliadora a los enfermos. Mientras recitaba el Ave María y las palabras de la bendición, se podría decir que su rostro se transfiguraba: sus ojos se llenaban de lágrimas y su voz temblaba en sus labios. Para mí esos eran indicios de que virtud de illo exhibat (una fuerza vino de él); por lo tanto, no me sorprendieron los efectos milagrosos que siguieron, es decir, si los afligidos fueron consolados y los enfermos sanados»³⁰).

Amor por los jóvenes

Con motivo de la inauguración del monumento a Don Bosco en la plaza frente a la iglesia de María Auxiliadora, don Albera escribió a los Salesianos que no podían contentarse con aquel signo exterior. Don Bosco quiere otro monumento de sus hijos, es decir, que hagan «revivir en sí sus virtudes, su sistema educativo, su espíritu, para transmitirlo siempre fecundo y vital de generación en generación». *Hacer revivir a Don Bosco en nosotros* es la única forma de honrar su memoria y hacerla fecunda en el tiempo³¹). Debemos imitarlo «en su celo ardiente y desinteresado por la salud de las almas, en su amor y en su ilimitada devoción a la Iglesia y al Papa, en todas las virtudes de las que nos ha dejado tantos maravillosos ejemplos». Debemos atesorar sus enseñanzas, que ciertamente fueron fruto de la inteligencia y la experiencia, «pero también las luces sobrenaturales que pidió con insistentes oraciones» y que le fueron concedidas «como recompensa por su inalterable fidelidad en el trabajo del campo que le fue encomendado por el Señor». Sobre todo, tenemos el deber de estudiar y aplicar su sistema educativo que, «para nosotros, que estamos persuadidos de la intervención divina en la creación y desarrollo de su obra, es pedagogía celestial»³²).

Don Albera recuerda el dinamismo central del Sistema Preventivo de Don Bosco: era «ese amor, esa afectuosa preocupación por los jóvenes, que era el secreto de su maravillosa influencia sobre ellos». Y para dar un contenido concreto al amor educativo que Don Bosco recomendaba a los Salesianos, cita ampliamente la carta que escribió a los Salesianos y a los jóvenes de Valdocco el 10 de mayo de 1884: «La familiaridad lleva al amor,

³⁰ LC 337-338.

³¹ LC 308-318 (6 de abril de 1920).

³² LC 311-312.

y el amor a la confianza. Esto abre los corazones y los jóvenes lo revelan todo sin miedo a los maestros, asistentes y superiores. Se vuelven sinceros... y se prestan de buena gana a lo que quiera mandar aquel por quien están seguros de ser amados... Que los jóvenes no solo sean amados, sino que ellos mismos sepan que son amados... Conozcan que al ser amados en las cosas que les gustan, al participar de sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente no les gustan, como la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y estas cosas enseñan a hacer con amor... Romper la barrera de la desconfianza requiere familiaridad con los jóvenes, especialmente en la recreación. Sin familiaridad no se muestra el amor y sin esta demostración no puede haber confianza”³³).

Pablo Albera, que había experimentado el poder generador del amor educativo de Don Bosco en su adolescencia, logra describirlo y caracterizarlo con gran eficacia, especialmente en la circular del 18 de octubre de 1920³⁴). La predilección de Don Bosco por los jóvenes, escribe, fue un don de Dios vinculado a su vocación específica, pero también fue fruto de su inteligencia, que desarrolló al reflexionar sobre la «grandeza del ministerio de educar y formar a los jóvenes en la virtud verdadera y firme», que el desarrolló en el ejercicio de la caridad. «Queridos, debemos amar a los jóvenes que la Providencia confía a nuestro cuidado, como Don Bosco supo amarlos». No es fácil, admite Albera, recordando el «modo único, todo suyo» de esta predilección del santo hacia él, «pero aquí está todo el secreto de la vitalidad expansiva de nuestra Congregación»³⁵).

La experiencia que los jóvenes tuvieron del amor de Don Bosco fue única y muy intensa: «Nos envolvía a todos y enteramente casi en una atmósfera de alegría y felicidad, de la que eran desterradas penas, tristezas, melancolías: nos entraba en cuerpo y alma”. Un cariño singular, recuerda don Albera, que «atraía, conquistaba y transformaba nuestro corazón», porque «la santidad de la unión con Dios, que es perfecta caridad, emanaba de cada palabra y acto suyo. Nos atraía a sí mismo por la plenitud del amor sobrenatural que ardía en su corazón, y que con sus llamas absorbía, unificándolas, las pequeñas chispas del mismo amor, suscitadas por la mano de Dios en nuestros corazones. Éramos suyos, porque en cada uno de nosotros estaba la certeza de que él era verdaderamente el hombre de Dios». Esta fascinación ejercida por el amor de Don Bosco, hecho sobrenatural por

³³ LC 312-314.

³⁴ LC 329-350.

³⁵ LC 340-341.

la santidad de su vida, fue el punto de partida para un sabio trabajo de formación y transformación: «Apenas conquistaba nuestros corazones, los moldeaba como quería con su sistema (enteramente suyo en el modo de practicarlo), que quiso llamar preventivo»; «no era otra cosa que la caridad, es decir, el amor de Dios que se expande para abrazar a todas las criaturas humanas, especialmente a las más jóvenes e inexpertas, para infundirles el santo temor de Dios»³⁶).

Por tanto, el dinamismo fundamental del Sistema Preventivo de Don Bosco es doble: ante todo, está animado por la caridad, entendida como amor a Dios y al prójimo «llevado a la perfección querida por nuestra vocación»; luego está orientado por la inteligencia que usa creativamente todos los medios y las industrias de las que la caridad es fecunda. En esta perspectiva marcadamente espiritual, don Albera formula una definición sintética del Sistema Preventivo, que debe entenderse dentro del horizonte de sentido en el que lo sitúa: «Reflexiona seriamente y analiza lo más de cerca que puedas esta Carta Magna de nuestra Congregación, que es el Sistema Preventivo, apelando a la razón, la religión y la amorevolezza; pero al final tendrás *que estar de acuerdo conmigo en que todo se reduce a inculcar el santo temor de Dios en los corazones: inculcarlo, digo, es decir, enraizarlo para que permanezca siempre allí*, incluso en medio de las furiosas tormentas y tormentas de pasiones y acontecimientos humanos»³⁷).

La Virgen de Don Bosco

Cincuenta años después de la consagración de la basílica de María Auxiliadora, con Albera escribió una circular para conmemorar esa «fecha memorable para la historia de nuestra Pía Sociedad», pero sobre todo para hablar «de nuestra dulcísima Madre, María Auxiliadora»³⁸), a la que todos los Salesianos tienen el deber de agradecer «los grandes e innumerables beneficios que ha querido brindarnos tan generosamente durante estos cincuenta años». A pesar de las dramáticas circunstancias del momento y del grave dolor que provocó la guerra, Albera consideró la celebración como un deber: «Nuestras fiestas serán, pues, todo de piedad y de recoge-

³⁶ LC 341-342.

³⁷ LC 343.

³⁸ LC 258-273 (31 de marzo de 1918; fiesta de Pascua).

miento».

Comenzó recordando que «las muchas obras iniciadas y terminadas» por Don Bosco, hijo de un humilde campesino, privado de cualquier medio económico, obstaculizado en su camino por mil obstáculos, pueden parecer un «enigma inexplicable» para quienes no tienen fe en la acción de la divina Providencia. La biografía de Don Bosco, en cambio, muestra que nunca tuvo «dudas sobre la continua intervención de Dios y de la Santísima Virgen Auxiliadora de los cristianos en los diversos acontecimientos de su laboriosa vida». Desde el momento en que, en el sueño de nueve años, le fue asignada como guía y maestra, María «lo guio en todos los hechos más importantes de su carrera, lo convirtió en un sacerdote culto y celoso, lo preparó para ser el padre de los huérfanos, el maestro de innumerables ministros del altar, uno de los más grandes educadores de la juventud, y finalmente el fundador de una nueva sociedad religiosa, que iba a tener la misión de difundir su espíritu y devoción por ella por todas partes bajo el hermoso título de María Auxiliadora»³⁹.

Don Bosco siempre reconoció la inspiración y el apoyo de la Auxiliadora, por lo que no se dejó desanimar por la oposición y las dificultades encontradas. Se lo había confiado a sus primeros discípulos el 8 de mayo de 1864, resumiendo la historia del Oratorio. Eran los días en que se excavaron los cimientos del santuario de la Auxiliadora: una empresa atrevida para quienes, como él, estaban totalmente privados de cualquier cobertura económica. «Así se mostró –comenta don Albera– un verdadero discípulo de nuestro San Francisco de Sales, que había dejado escrito: Sé perfectamente qué suerte es ser hijo, por indigno que sea, de una Madre tan gloriosa. Confía en su protección, sigamos con grandes cosas: si la amamos con ardiente cariño, ella nos conseguirá todo lo que queramos»⁴⁰.

Conmemoró la función de la consagración, que tuvo lugar el 9 de junio de 1868, y la primera celebración eucarística: «Recuerdo, como si fuese ahora, el momento solemne en el que Don Bosco, todo radiante de alegría, y junto con los ojos velados de lágrimas de profunda emoción, fue el primero en subir al altar mayor para celebrar el santo sacrificio de la Misa bajo la piadosa mirada de su gran Auxiliadora». Habló del rostro «casi transfigurado» de Don Bosco, del ardor «al hablar de su Virgen» y de las «maravillas que María Auxiliadora habría obrado a favor de sus devotos»: «¡Cuánto nos consuela ahora ver cumplidas tus predicciones!»

³⁹ LC 259-260.

⁴⁰ LC 261-262.

También recordó que, además del monumento material, quería «levantar otro, vivo y espiritual, estableciendo la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, a quien dio la misión de formar a las jóvenes en la piedad y la virtud y de difundir la devoción a su poderosa Patrona en todo el mundo». Tras la consagración del Santuario en la Sociedad Salesiana, se multiplicaron las vocaciones, surgieron numerosos colegios, oratorios y escuelas profesionales “como por arte de magia”, se resolvieron las dificultades para la aprobación de la Congregación y se iniciaron numerosas expediciones de misioneros en América: «se hacían realidad las predicciones de María Santísima de que su gloria vendría de ese templo: *inde gloria mea*». Los cincuenta años que han transcurrido desde ese día han sido una serie ininterrumpida de «maravillas realizadas por María Auxiliadora a favor de sus devotos», como demuestra la «maravillosa propagación» de la Familia Salesiana⁴¹.

Don Albera, luego, resume la «Mariología» del Fundador: «Todos recordamos cómo Don Bosco nos repetía a menudo el lema *ad Jesum per Mariam*, queriendo así enseñarnos que nuestra devoción a María es en vano si no nos lleva a Jesús, si no obtiene la fuerza necesaria para superar los enemigos de nuestra alma, para caminar en las huellas de su divino Hijo. Y para reavivar nuestra confianza en María, hizo grabar el dicho de san Bernardo en las medallas conmemorativas de la consagración del templo: *totum nos habere voluit (Deus) per Mariam*: todo lo necesario para nuestra salvación, Dios quiso que tuviéramos a través de María. En el mismo sentido nos explicó la afirmación de los Doctores, siendo la devoción a María signo de predestinación»⁴².

Al «consagrarnos a Jesús por la mano de María» honramos a la Madre celestial mejor que cualquier otra práctica devota. Con las demás devociones ofrecemos a la Virgen una parte de nuestro tiempo, de nuestras obras, de nuestras mortificaciones: con esta ofrenda radical, en cambio, «las damos todas de una vez». Estamos convencidos de que, al pasar por las manos de María, nuestras acciones «se purificarán de toda mancha con que nuestro orgullo y concupiscencia las hubieran contaminado». Nuestros pobres dones no serán rechazados por el Señor «si se los presenta su dulce Madre», como le asegura san Bernardo, que añade: «Si ella te protege, no tienes nada que temer; si te guía no te cansas; si te es propicia llegarás al

⁴¹ LC 262-363.

⁴² LC 266.

puerto de salvación»⁴³).

Don Bosco recomendó llevar en el pecho la medalla de la Auxiliadora como expresión de amor a María, como reconocimiento a su maternidad y realeza, como defensa contra el enemigo infernal y como recordatorio «de nuestra pertenencia a un Instituto predilecto de ella y destinado a darla a conocer y honrar en todas partes bajo el glorioso título de Auxilio de los cristianos»⁴⁴).

Don Albera concluye recordando los motivos de gratitud que tienen los hijos de Don Bosco hacia María y el deber, como discípulos de ese gran educador de la juventud –«que consideraba la devoción a la Virgen como un medio muy eficaz para preservar a sus alumnos del vicio»– de “pedir a María la gracia de poder escuchar, recta y dignamente, de ella”. Don Bosco tenía constantemente el pensamiento de honrar a María, de hablar de ella, de acudir a ella, de celebrar sus fiestas con alegría. Eso es lo que debemos hacer, amándola intensamente, viviendo siempre bajo su mirada, «como el niño que no puede estar ni un instante separado de su madre», pero sobre todo haciendo «algo más concreto», como urgía Don Bosco: «Más hechos y menos palabras». Esto implica, recuerda don Albera, el compromiso de conformarse a la imagen de su Hijo: «es, por tanto, nuestro deber seguir las huellas de nuestro divino modelo Jesús». El medio más adecuado es imitar a María, «que fue la copia más fiel y perfecta de ese ejemplo divino». Es la mejor prueba de amor que podemos darle a nuestra Madre Celestial. Su vida fue un progreso continuo; así que no podemos decir que lo estamos imitando si nos conformamos con no cometer pecados graves, pero no hacemos ningún esfuerzo por «avanzar en la perfección»⁴⁵).

5. Las virtudes del Salesiano

Por experiencia personal y conocimiento directo del mundo salesiano, don Albera estaba convencido de que la vitalidad y fecundidad apostólica de la Congregación, alimentada por el espíritu de oración y fe de cada uno de los hermanos, es tanto más fuerte y duradera cuanto más regulada. también bajo el aspecto disciplinario. Este fue el segundo núcleo temático que ofreció para la meditación de los Salesianos el 25 de diciembre de 1911:

⁴³ LC 266-267

⁴⁴ LC 267.

⁴⁵ LC 268-272.

«disciplina religiosa», entendida como la observancia puntual y gozosa de lo que se exige a quienes se consagran al servicio de Dios y de las almas en una congregación religiosa⁴⁶).

Vida disciplinada

Se inspiró en la forma en que Don Bosco había formado a los primeros discípulos para ilustrar el significado particular y las implicaciones prácticas de la disciplina salesiana. Recordó los encuentros vespertinos en el dormitorio del Fundador y los ejercicios espirituales anuales: momentos privilegiados en los que «el buen padre con sus instrucciones, tan lleno de pensamientos santos y expuestos con inefable intensidad, abría continuamente, a nuestras mentes atónitas, nuevos horizontes, Cada vez hacía más generosos nuestros propósitos y más estable nuestra voluntad de permanecer siempre con él y seguirlo en cualquier lugar, sin ninguna reserva y a costa de cualquier sacrificio». En aquellos primeros años Don Bosco nunca pronunció la palabra disciplina, pero enseñó su significado sustancial. Solamente en 1873 –«cuando la Pía Sociedad Salesiana ya tenía siete casas en Italia»– escribió una circular sobre la disciplina, que definió como «una forma de vida conforme a las reglas y costumbres de un instituto». Y dado que la finalidad de la Sociedad Salesiana, enunciada en el artículo primero de las Constituciones, es «la perfección de sus miembros y los medios para realizarla sobre todo el apostolado en favor de los jóvenes pobres y abandonados», la disciplina es todo lo que aporta al interior y exterior «de los miembros individuales y de toda la sociedad... no una mejora común a cualquier familia religiosa, pero adaptada al carácter especial de la Sociedad Salesiana y de las reglas que la rigen»⁴⁷).

Luego, Albera hizo una comparación efectiva entre una comunidad ejemplar y una comunidad indisciplinada. En la casa religiosa disciplinada «reina el orden más perfecto en todas las cosas y personas»; la regularidad contribuye a «mantener el espíritu recogido y hacer fecunda el trabajo» de los hermanos. En ella todo religioso vive su vocación con sencillez y alegría espontánea, sin críticas, murmuraciones y quejas, y los superiores no se arrepienten de cumplir su misión, pues encuentran una colaboración cordial. «La caridad es el vínculo que une las mentes y los corazones;

⁴⁶ LC 53-70.

⁴⁷ LC 55-56.

completamente uniformes son pensamientos, sentimientos e incluso palabras». Por el contrario, en una comunidad religiosa indisciplinada, donde «las normas y constituciones son letra muerta y las tradiciones familiares se olvidan o se transforman por completo», la vida en común se convierte en una carga insoportable, se descuidan los deberes, los descontentos pierden paulatinamente «el fuego sagrado de la piedad». Y si el religioso indisciplinado fuera también educador, las consecuencias podrían ser dramáticas: «quizás los jóvenes confiados a su cuidado crecerán en la ignorancia y el vicio, en lugar de un padre, de un amigo, de un maestro, encontrarán una piedra de tropiezo un peligro para su inocencia»⁴⁸).

De este contraste, don Albera deduce la necesidad de «una suma de reglas que regulen deberes y derechos» dentro de una casa salesiana e invita a los hermanos a observarlas, a venciéndose a sí mismos, domando las propias pasiones, haciendo más sólida su comunión con Dios. Solo así se puede construir la vida familiar deseada por Don Bosco, caracterizada por un clima relacional gracias al cual «los miembros tienen hacia sus superiores los afectos y las relaciones que los hijos tienen hacia su padre; con los colaboradores, lazos de verdaderos hermanos», compartiendo alegrías y dolores, oración y trabajo. En la Sociedad Salesiana «todos tienen el deber de la solidaridad. Cualquiera que tenga caridad y respeto por su Congregación debe ser un hombre disciplinado, y está obligado a observar hasta el más mínimo detalle de la vida en común». Por supuesto, añade don Albera, «bastaría que incluso un miembro de una comunidad se dejase llevar por un relajamiento deplorable en cuanto a disciplina, para que todo el cuerpo sufriera las tristes consecuencias», como afirmó Don Bosco. Al contrario, «un salesiano que sea modelo en la vida cotidiana, aunque sea de talento mediocre, de poca ciencia y habilidad, será el apoyo de nuestra Pía Sociedad»⁴⁹).

Entonces don Albera desciende a la práctica: el buen salesiano observa las leyes de la Iglesia y practica precisamente las Constituciones de la Pía Sociedad, los reglamentos y las prescripciones de los superiores. El custodio de la disciplina salesiana en una comunidad es el Director, quien –como enseñaron Don Bosco y Don Rua– debe ser el primer observador, «la regla viva, la personificación de la virtud, una especie de moralidad en acción, para que pueda en todo servir de modelo para sus empleados». Tiene la tarea de «velar por que no se introduzcan abusos entre sus subor-

⁴⁸ LC 57-60.

⁴⁹ LC 60-62.

dinados, que no se altere en lo más mínimo el espíritu del Fundador, ni se modifique la finalidad del instituto confiado a su cuidado», y debe corregir los defectos de los hermanos, con prudencia, mansedumbre y dulzura siguiendo el ejemplo del Fundador⁵⁰.

Obediencia

En la mente de don Albera, la insistencia en la disciplina religiosa no solo es funcional para el logro de las metas apostólicas de la misión salesiana. De hecho, parte de una visión de la vida consagrada caracterizada por un amor a Dios tan omnipresente que genera en el corazón de los religiosos el deseo de una perfecta comunión de voluntad y una obediencia «más íntima y más activa» de la exigida a todo hombre, porque está intencionalmente modelado sobre el ejemplo de Jesús, «el perfecto obediente en toda circunstancia de la vida e incluso en su pasión y muerte». Esto es lo que quiso ilustrar en la circular sobre obediencia del 31 de enero de 1914⁵¹. El Salesiano, escribió, se consagra a hacer su conducta cada vez más «parecida a la de Jesús». En este proceso de conformación, el alma se libera progresivamente «de todo lo que obstaculiza su generosidad» para poder alcanzar la perfecta obediencia y estar tan unida a Dios «que tiene derecho a hacer suyas las palabras de S. Pablo en el que se expresa la verdadera fórmula de la santidad suprema: *Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus*: vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí... Obedecer, por tanto, significa destruir en nuestra persona todo que hay en nosotros de egoísta y caprichoso para reemplazarlo con la voluntad divina misma». La obediencia es una virtud que «establece una comunicación íntima, segura e ininterrumpida entre Dios y nosotros»⁵².

En este sentido de vida consagrada, Albera vislumbra la misión y la responsabilidad del salesiano superior, investido por Dios «con el poder de representarlo ante nosotros, de hablarnos en su nombre», y dotado de las gracias necesarias para este fin. A él se le pueden aplicar las palabras de Jesús a los apóstoles: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza» (*Lc 10,16*). Todos deben tener en cuenta estas palabras para cumplir con la obediencia religiosa. Lo

⁵⁰ LC 62-67.

⁵¹ LC 134-153.

⁵² LC 138.

que importa es la misión encomendada por el Señor, no las cualidades de la persona: «Como la indignidad del sacerdote celebrante no altera la presencia real de Jesucristo en la santa hostia, como la mezquindad y, peor aún, la maldad del pobre le impide representar a Jesucristo, también los defectos del superior, aunque fueran reales... nunca bastarán para hacer vana la seguridad que nos da el divino Redentor de que quien escucha al superior, escucha a Dios mismo». No es un lenguaje figurado, dice don Albera, una expresión retórica para decir que los superiores son los representantes de Dios, el instrumento que usa el Señor para guiarnos: los que viven de fe lo comprenden y son capaces de vencer el amor propio y evitar el peligro de rebelión⁵³).

El religioso que, animado por la caridad y motivado por la fe, «vive totalmente sometido a su superior, adquiere la verdadera libertad de la que solo pueden disfrutar los hijos de Dios» y emprende el camino que le conduce «a esa áurea indiferencia, que Vicente de Paúl comparó al estado de los ángeles, siempre dispuestos a cumplir la voluntad divina a la primera señal que se les haga, sea cual sea el oficio al que estén destinados». Desde esta perspectiva entendemos lo que enseñan los autores espirituales: que el voto de obediencia es el más excelente e «incluye los otros dos». De hecho, como escribió san Francisco de Sales, la virtud de la obediencia «es como la sal que da gusto y sabor a todas nuestras acciones. Hace meritorios todos los pequeños actos que hacemos durante el día», al punto de que «el obediente tiene incluso el mérito del bien que quisiera hacer, y que, por obedecer que tenido que dejar de lado»⁵⁴).

A este conjunto de consideraciones extraídas de los clásicos de la vida consagrada, don Albera añade una serie de consideraciones personales. Lo que sostiene la obediencia del salesiano es, además de la fe, «la caridad fraterna y el amor a nuestra Congregación». Cuando «todos los miembros, haciendo suya la voluntad de su superior, sean un solo corazón y una sola alma, estén lo suficientemente unidos para formar una legión compacta e invencible contra los asaltos de sus enemigos, la Sociedad Pía, siempre joven y robusta, hará su campo de acción cada vez más amplio, luchará victoriosa contra cualquier abuso y relajación y permanecerá fiel al espíritu de su venerable fundador»⁵⁵). El salesiano debe mirar a Don Bosco, «modelo de obediencia desde su infancia» y sometido a lo largo

⁵³ LC 139-140.

⁵⁴ LC 141-143.

⁵⁵ LC 144.

de su vida a los pastores de la Iglesia, incluso cuando «para permanecer sometido a ellos, ha tenido que imponerse serios sacrificios y profundas humillaciones». Medítese en lo que escribió en el tercer capítulo de las Constituciones salesianas, en la introducción a las mismas y en el «testamento espiritual»⁵⁶).

Cuatro indicaciones prácticas sobre las cualidades distintivas de la obediencia salesiana nos vienen de las enseñanzas de Don Bosco. En primer lugar, debe ser «completa, o sea, sin reserva», es decir, no solo materialmente exacta, sino acompañada del «sacrificio de la voluntad» y del «sacrificio del intelecto», superando los pretextos inventados por el orgullo. Don Bosco lo dijo en la conferencia celebrada en Varazze el 1 de enero de 1872: «Se debe practicar la obediencia, pero no la que discute y examina las cosas que se imponen, sino la verdadera obediencia, es decir, la que nos hace abrazar las cosas que Existencia, manda y haznos acogerlos como buenos porque nos los impone el Señor». En segundo lugar, la obediencia salesiana debe hacerse «de buena gana», «con prontitud y docilidad», porque está animada por la fe. La tercera cualidad de la obediencia salesiana es la alegría, es decir, debe realizarse con espíritu alegre: «Esta cualidad es tan importante, escribe don Albera, que sin ella no se puede decir que esta virtud se posea verdaderamente». Si no hay gozo significa que «se obedece solo porque no se puede hacer de otra manera» y falta el espíritu de fe: «¡Ay de aquel que en el servicio de Dios se guía por la tristeza y la necesidad!». La cuarta característica de la obediencia salesiana es la humildad, porque el salesiano «sabe que es su deber ser un instrumento humilde en manos de sus superiores; su conducta es la práctica ininterrumpida de la máxima de nuestro santo patrón: no pidas nada, no rechaces nada»⁵⁷).

Castidad

El 14 de abril de 1916 don Albera envió una carta a los Salesianos «para inculcarles la práctica de una virtud que más preciaba a Don Bosco... y que declaraba indispensable para todo aquel que quiera alistarse bajo su bandera... la virtud angélica de la castidad»⁵⁸). Como en las otras circulares, primero esboza el marco doctrinal. Comienza con la exhortación

⁵⁶ LC 145-146.

⁵⁷ LC 147-152.

⁵⁸ LC 194-213.

de san Pablo, que invita a los creyentes a ofrecer sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (*Rom 12,1*). Es una enseñanza que solo puede comprender «aquellos afortunados que, iluminados por la luz celestial, consagraron alma y cuerpo al servicio de Dios... todos dedicados a las prácticas religiosas, dedicados únicamente al ejercicio de la caridad hacia los demás, siempre dispuestos al sacrificio». Cita a san Basilio, según el cual la castidad comunica al hombre «una incorruptibilidad casi celestial», de modo que «parece caminar como los demás en la tierra, pero con el corazón y el espíritu siempre se eleva al punto de conversar con Dios». Y exclama: «¡Qué suerte para nosotros ser Salesianos! Como tales debemos vivir en perfecta pureza... Por esta virtud que lleva el nombre de angélica, nosotros que hemos hecho votos ante el altar, nos acercamos más que ningún otro a los espíritus celestiales»⁵⁹.

Recuerda que Don Bosco consideraba la virtud de la castidad como la fuente de todas las demás virtudes. De hecho, el salesiano «verdaderamente celoso de mantenerse casto» vive de fe, aspira al cielo, «no ama a nadie más que a Dios y solo Dios le basta para su felicidad». Es feliz en todas partes, sabe sobrellevar los defectos de sus hermanos, afronta con generosidad cualquier dificultad y sacrificio por la gloria de Dios y la salvación del prójimo. «El salesiano fiel a su voto ama el trabajo y el estudio, y encuentra sus delicias en las prácticas de piedad, que son para él fuente de valentía, fuerza y vida». Don Bosco cultivó el amor a la castidad mostrando la predilección de Jesús por las almas puras y recordando que el Señor confió a nuestro cuidado «la parte más escogida de las almas que redimió con su sangre más preciosa: es decir, los que en gran parte aún conservan intacta la estola de la inocencia, y dan esperanza de alistarse bajo la bandera de la virginidad levantada por Jesús y su Madre más pura». Esta misión solo puede ser cumplida fructíferamente por aquellos que aman y practican la castidad⁶⁰.

Albera también retoma otra afirmación muy querida por el Fundador: «Cuanto más puro sea el espíritu y más mortificado el cuerpo, más capaces seremos de trabajo intelectual». Es un hecho confirmado por la experiencia y la tradición cristianas. Santo Tomás de Aquino, Pedro Lombardo, Francisco Suárez y san Alfonso de Ligorio son una clara prueba de ello. La práctica de la castidad ayuda a «adquirir los conocimientos necesarios para instruir a los jóvenes que la Providencia envía a nuestros institutos».

⁵⁹ LC 194-197.

⁶⁰ LC 197-199.

Pero los Salesianos deben amar la castidad sobre todo contemplando los ejemplos y enseñanzas de Don Bosco, que siempre tuvo una actitud digna de ministro de Dios, correcto en el habla y la escritura, un maestro en ganarse el corazón de los jóvenes sin recurrir jamás «a dulces caricias, ni a expresiones mundanas», muy reservado en el trato con los demás⁶¹.

Finalmente, sugiere los medios propuestos por los maestros de la vida espiritual para preservar e incrementar la virtud de la castidad: oración, confesión semanal, comunión diaria, devoción mariana y mortificación de los sentidos. Don Albera también indica algunos «medios negativos» útiles para permanecer fiel a la profesión religiosa: evitar el orgullo y practicar la humildad, evitar la ociosidad y cultivar la laboriosidad, evitar la lectura «demasiado libre o frívola», no permitir la familiaridad excesiva con «las personas del otro sexo», sobre todo para huir de «amistades especiales con los jóvenes que están confiados a tu cuidado»: «¡Oh! cuántas son las miserables víctimas de las amistades particulares que el diablo cosecha en las casas de educación»⁶².

Pobreza

No encontramos una carta sobre la pobreza entre las circulares de don Albera, probablemente porque él mismo ya la había escrito por invitación de don Miguel Rua en 1907⁶³. Nos parece útil, por tanto, mencionar los puntos clave de esta circular que expresa su visión de la pobreza salesiana.

La inició con una instrucción sobre el valor y la necesidad de la pobreza religiosa. Comenzó diciendo que la pobreza en sí misma no es una virtud. Solo se vuelve tal «cuando se abraza voluntariamente por amor a Dios». Pero incluso en este caso no deja de ser agotadora, porque requiere muchos sacrificios. Ciertamente sigue siendo «el punto más importante y al mismo tiempo más delicado de la vida religiosa»; de hecho, es posible distinguir una comunidad próspera de una relajada, una religiosa celosa de una negligente. Es el primero de los consejos evangélicos, porque es el primer acto que deben realizar quienes están llamados a seguir e imitar más al Señor. Jesús lanzó terribles amenazas contra los ricos, proclamó bienaventurados a los pobres; declaró que quien no renuncia a todo lo que posee no es digno

⁶¹ LC 199-200.

⁶² LC 202-209.

⁶³ *Lettere circolari di don Michele Rua ai salesiani*, Torino, Tip. S.A.I.D. “Buona Stampa” 1910, 360-377 (31 gennaio 1907).

de él y quien le preguntó qué tenía que hacer para ser perfecto, respondió: «Ve, vende lo que tienes y luego sígueme». Todos los discípulos de Jesús y todos los santos a lo largo de los siglos «practicaron este despojo voluntario de todos los bienes de la tierra»⁶⁴.

Por tanto, el valor de la pobreza deriva esencialmente de ser un medio privilegiado para seguir y conformarse a Cristo. Santo Tomás de Aquino lo enseñó: «el primer fundamento para alcanzar la perfección de la caridad es la pobreza voluntaria, por la que se vive sin poseer nada como propio». Así lo demostró san Francisco de Sales que tenía «un santo terror» por las riquezas, y pidió a los que querían hacerse religiosos «tener un espíritu desnudo, es decir, despojado de todo deseo e inclinación, excepto el deseo de amar a Dios». Lo practicó Don Bosco, que vivió pobre hasta el final de su vida, alimentó un amor heroico por la pobreza voluntaria, se desprendió de las posesiones y, a pesar de «haber tenido una inmenso cantidad dinero en la mano», nunca trató de obtener la más mínima satisfacción. Decía a los Salesianos que «la pobreza hay que tenerla en el corazón para practicarla», y en la circular del 21 de noviembre de 1886 escribió: «De esta observancia depende en gran parte el bienestar de nuestra Pía Sociedad y la ventaja de nuestra alma»⁶⁵.

A continuación, se enumeran las principales razones de la escrupulosa práctica de la pobreza. En primer lugar, está la obligación asumida con la profesión de votos, que conlleva el deber de respetar las reglas de la Sociedad Salesiana y vivir fielmente su espíritu. En segundo lugar, debemos considerar «la íntima relación que corre entre la práctica de esta virtud y nuestro progreso individual en la perfección»: si vivimos desprendidos de los bienes del mundo, «quitamos todo alimento y todos los medios para expandirnos de los vicios», pues la pobreza nos separa de las principales fuentes de pecado que son el orgullo y la concupiscencia. Además, como enseña san Ambrosio, la pobreza es «madre y nodriza de la virtud»: cuando el religioso vacía su corazón de todo afecto por las cosas terrenas, Dios lo llena de sus dones. Es la primera bienaventuranza evangélica, «es la base sobre la que descansan los otros siete escalones sobre los que llegar a la cima de la perfección». La historia de la Iglesia muestra que las personas más desprendidas de los bienes del mundo «destacaron por su fe, por su esperanza y caridad», su vida «era un tejido de buenas obras y una serie de

⁶⁴ LCR 362-363.

⁶⁵ LCR 363-366.

maravillas para la gloria de Dios y por la salud de los demás»⁶⁶).

Entonces debemos considerar, como Salesianos, que estamos llamados a la salvación de los jóvenes pobres y abandonados. «Trabajaríamos en vano si el mundo no viera y se convenciera de que no buscamos riquezas y comodidades, que somos fieles al lema de Don Bosco: *¡Da mihi animas, caetera tolle!*». De hecho, como enseñó san Francisco de Sales, «no solo los pobres son evangelizados, sino los mismos pobres quienes evangelizan». En el ministerio para la salvación de las almas, quien «no pone las cosas de la tierra bajo sus pies, no obtiene ningún resultado... Ciertamente no son los Salesianos deseosos de llevar una vida cómoda los que emprenderán obras verdaderamente fructíferas, los que irán entre los salvajes de Mato Grosso o de Tierra del Fuego, o se pondrán al servicio de los pobres leprosos. Esto será siempre el orgullo de los que observarán generosamente la pobreza».

Finalmente, es necesario «tener en cuenta que las obras de Don Bosco son fruto de la caridad». Para emprender sus empresas, se basó únicamente en la Providencia representada por sus Cooperadores. Ahora, es necesario saber «que muchos de nuestros bienhechores, ellos mismos pobres o simplemente modestamente acomodados, se imponen sacrificios muy serios para ayudarnos». Por eso, «hay que amar la pobreza y practicar la economía... Desperdiciar el fruto de tantos sacrificios, aunque sea gastarlo desconsideradamente es una verdadera ingratitud hacia Dios y hacia nuestros bienhechores». «Todo aquel que no viva según el espíritu de pobreza, que, en comida, en el vestido, en el alojamiento, en los viajes, en las comodidades de la vida traspasase los límites que nos impone nuestro estado, debería sentir remordimiento por haberle robado a la Congregación ese dinero que estaba destinado a dar pan a los huérfanos, favorecer alguna vocación y extender el reino de Jesucristo. ¿Crees que tendrá que presentarse ante el tribunal de Dios?»⁶⁷).

En conclusión, la circular redactada por don Albera para Don Rua enumera las expresiones prácticas de la pobreza salesiana: realizar lo prescrito por las Constituciones y por las Deliberaciones Capitulares; vivir la vida en común adaptándose a sus necesidades; evitar excepciones y abusos en el uso del dinero. Se recuerdan entonces tres actitudes indispensables: a) no limitarse a la observancia formal del voto, sino practicar la virtud, es decir, apartar el corazón de las cosas; b) estar satisfecho con lo necesario y evitar lo superfluo; c) aceptar esas privaciones y esos inconve-

⁶⁶ LCR 366-368.

⁶⁷ LCR 369-371.

nientes que son inevitables en la vida común, elegir generosamente para el propio uso las cosas menos bellas y menos cómodas.

Don Albera recogió algunas de estas reflexiones en la circular del 23 de abril de 1917, en la que ofrecía a los provinciales y directores algunos «consejos y avisos para conservar el espíritu de Don Bosco en todas las casas». Al concluir la parte reservada al espíritu de pobreza, escribió: «Por tanto, el cuidado de los que ejercen alguna autoridad sea: 1) Amar y hacer amar la pobreza, y no avergonzarse de practicarla, aunque a su propia casa no le falte lo necesario. 2) Aceptar con gusto y generosidad las consecuencias de la pobreza con espíritu de penitencia. 3) No otorgar permisos que abran el camino a abusos contrarios a la pobreza, y que vayan más allá de las facultades otorgadas por los superiores mayores. 4) No tomar para sí esas libertades que les serían negadas a sus empleados»⁶⁸).

Cuidado de la perfección

No hay que olvidar que el objetivo de las circulares del don Albera no era simplemente delinear el perfil del salesiano según una doctrina homogénea o de ofrecer una serie de instrucciones a modo de manual. Sobre todo, quiso animar a sus hermanos a dar generosidad hacia Dios, a «caminar con grandes pasos por el camino de la perfección», a «luchar con energía esa sistemática mediocridad de conducta», esa forma puramente externa de legalidad, por la que el religioso se limita a la observancia del deber estricto, trata de evitar fallas graves, pero no se esfuerza por progresar cada día en la perfección propia de su estado»⁶⁹). Aquellos que, como él, habían sido formados por Don Bosco a la plenitud de la entrega, a hacer cada vez más y mejor para corresponder a la llamada divina y a la misión salesiana, contemplaron con consternación la difusión en las nuevas generaciones de una cierta mediocridad, de una observancia meramente externa. Por eso, el 25 de junio de 1917, escribió una circular contra el peligro de una «legalidad» censurable⁷⁰).

Recordó las revelaciones del Sagrado Corazón a Margarita María Alacoque: las espinas que rodean al divino corazón son símbolo de quienes, consagrados a su servicio, «no muestran la debida diligencia en corregirse

⁶⁸ LC 221.

⁶⁹ LC 231-232.

⁷⁰ LC 231-241.

de sus defectos y, por tanto, recaen con mucha facilidad, ni intentan reparar, con la santidad de vida, los ultrajes con que tantos infelices pecadores los afligen»⁷¹). Por eso exhorta a los hermanos a considerar la inagotable generosidad del Señor hacia ellos, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia: ante tanto amor infinito, ¿cómo puede un religioso «poner límites a su gratitud? ¿Cómo podrá regatear la manifestación de su amor?». Y, sin embargo, así se comporta el salesiano «que en términos de prácticas de piedad se instala en una mediocridad incalificable», que evita hacer la mínima cosa que no sea impuesta por las reglas y el horario⁷²).

Invitó a reflexionar que, además del deber de responder con la mayor generosidad al amor de Dios, el religioso también tiene la misión de interceder por los demás. Don Bosco obtuvo gracias y curaciones, incluso extraordinarias, precisamente porque no pudo negar nada a Dios ya María Santísima. Sus oraciones, en efecto, «iban acompañadas de muchos y generosos sacrificios, de frecuentes actos de virtud, que les comunicaban una eficacia irresistible», especialmente en la formación de los jóvenes. Mostró a sus discípulos que «en la enseñanza y educación de los jóvenes, más que en las industrias que utilizamos para el progreso de nuestros alumnos, confió en nuestras oraciones y en la bondad de nuestra vida», en una conducta agradable a Dios⁷³).

Don Albera insiste, sobre todo, en el precepto de Jesús a los discípulos: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Solo quien «mantenga vivo este deseo en su corazón, que ayuda a superar las dificultades, reduce los obstáculos, aumenta nuestras fuerzas y nos hace perseverar en el bien hasta la muerte» avanzará en el camino de la perfección. Por otro lado, la profesión religiosa no garantiza la salvación: «mientras dure la vida en nosotros siempre estaremos sujetos a la ley del combate», ya que el hombre viejo permanece vivo en nosotros y nadie puede vencer si deja de luchar, si «no se mantiene en equilibrio con el compromiso de progresar cada día en la perfección» y, cansado de luchar, dice: basta⁷⁴).

Recuerda el pasaje evangélico de la pesca milagrosa. Después de una noche de trabajo inútil, Jesús dijo a sus discípulos: «*Duc in altum*: empuja la barca mar adentro». A pesar del cansancio, obedecieron y fueron recompensados. Así, escribe don Albera, el Señor nos repite también a nosotros:

⁷¹ LC 232.

⁷² LC 234.

⁷³ LC 235-236.

⁷⁴ LC 236-237.

«Empuja la barca mar adentro, es decir, arrójate con ardor en el vasto campo de la perfección, no limites tus labores a lo estrictamente necesario, sé grandioso en tus aspiraciones cuando se trata de la gloria de Dios y la salvación de las almas. Aléjate de la playa que tanto estrecha tus horizontes y verás cuán abundante será la pesca de almas, y cuánto consuelo llegará a sentir tu corazón». Este es el ideal del buen salesiano, incluso cuando está «hundido bajo el peso de las cruces, las tribulaciones y los sacrificios»: permanecer generoso y totalitario en el don de sí mismo, manteniendo la mirada fija en las perfecciones del Padre celestial y en el ejemplo de Don Bosco, que «¡nunca se detuvo en el camino de la perfección y de la conquista de las almas!»⁷⁵).

La vida de Don Bosco, recuerda don Albera, se caracterizó por dos dinámicos poderosos: «un apostolado incesante, muy laborioso» combinado con el deseo ardiente de adquirir la perfección. «En él, la perfección religiosa y el apostolado eran uno». Enseñó a los discípulos que la observancia pura y simple de la regla no es suficiente: «Queridos míos, debemos ser, como él, trabajadores incansables en el campo que se nos ha confiado, fructíferos iniciadores de las obras más idóneas y oportunas para el bien mayor de la juventud de cada país, para preservar para la Congregación esa primacía sana modernidad que es propia, pero no olvidemos que todo esto no nos daría todavía el derecho a proclamarnos verdaderos hijos de Don Bosco: para serlo debemos crecer cada día en la perfección propia de nuestra vocación salesiana, esforzándonos con todo esmero por copiar el espíritu de vida interior de nuestro Venerable»⁷⁶).

Dulzura salesiana

La dulzura salesiana es expresión de la caridad y de la *amorevolezza* educativa. Don Albera habló de ello explícitamente en una carta dirigida a los inspectores y directores⁷⁷), pero sus consideraciones son válidas para todos los que tienen responsabilidades educativas y pastorales. La dulzura, escribió, no es simplemente la facilidad de carácter «por la que uno cede con cierta complacencia, pero sin bajeza, a la voluntad de los demás». Implica un esfuerzo continuo «por dominar la vivacidad del carácter, por

⁷⁵ LC 238-240.

⁷⁶ LC 334-335.

⁷⁷ LC 280-294 (20 de abril de 1919).

reprimir todo movimiento de impaciencia y también esa indignación que a veces parece santa, justificada por el celo y autorizada por la gravedad de la falta»; requiere la actitud virtuosa de contener el lenguaje y evitar toda palabra «que pueda disgustar a la persona con la que se trata»; implica «esa mirada serena llena de bondad, que es el espejo verdadero y claro de un alma sinceramente dulce y solo deseosa de hacer feliz a quien se le acerca»⁷⁸).

Esta virtud es sobre todo fruto de un ejercicio ascético y expresión de ese desapego de uno mismo «por el que el espíritu permanece siempre igual, en el honor y en el desprecio, en los sufrimientos y en los gozos». Es, por tanto, una actitud conquistada día a día, bajo el impulso de la caridad, que ayuda a ser humilde, tranquilo, dulce y siempre en el dominio de sí mismo en el trato con los demás, en corregir sus defectos, en soportar sus debilidades. Es amabilidad de palabras y suavidad de maneras. San Francisco de Sales la llamó «la más excelente de las virtudes morales, porque es el complemento de la caridad, que es perfecta cuando es dulce y al mismo tiempo ventajosa para el prójimo»⁷⁹).

La dulzura es una virtud necesaria sobre todo para quienes tienen la responsabilidad de la dirección de almas o de la educación de los jóvenes: tarea que conlleva el deber «de mantener siempre el mismo carácter y en plena posesión de uno mismo», libre de cualquier forma de resentimiento, despojado de todo amor propio, movido solo por el amor de Dios y de las almas. Las palabras bruscas, el comportamiento grosero y la impaciencia siempre tienen tristes consecuencias. «¡Cuántos buenos pensamientos se inspiran, cuántas sabias intenciones se confirman con una acogida afable, con un rostro abierto y sonriente, con una palabra dulce, con una renovada seguridad de estima y afecto!»⁸⁰).

La experiencia enseña que «aunque un superior (y se puede decir de todo educador) es estimado por sus conocimientos, destreza y prudencia; por mucho que se haya hecho amar por sus dependientes por su generosidad, basta que, incluso una vez, los trate con dureza o altivez en las relaciones cotidianas... para que se pierda para siempre esa estima y benevolencia que había adquirido con tanto esfuerzo». Con la mansedumbre, en cambio, y con la dulzura se gana el corazón, se disipan los prejuicios, se

⁷⁸ LC 280-281.

⁷⁹ LC 282-283.

⁸⁰ LC 283.

superan las repugnancias, se corrigen los defectos⁸¹).

Jesús es el modelo de todo pastor y superior: «Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón. Con estas palabras el divino Salvador nos señala la dulzura y la humildad como las cualidades más destacadas y características de su Sacratísimo Corazón y, por tanto, también como las cualidades en las que más deben destacar quienes le siguen; y, finalmente, como la forma más eficaz de agradar a Dios y ganar el corazón de los hombres». Quien quiera que las personas confiadas a su cuidado «crezcan cada día en la virtud» debe mostrarse siempre amable, hacerlas felices y alegres, «practicando siempre y en todas partes esa dulzura que Jesús desea que aprendamos de su dulcísimo Corazón». Así reinará el espíritu de familia. De hecho, lo que hace eficaz el seguimiento de Jesucristo, fue su ejemplo, la paciencia y la dulzura con que trataba a todos. También ahora sigue dándonos prueba de su bondad, a pesar de los muchos y graves pecados que se cometen; y hasta el fin de los siglos se ofrecerá al Padre Eterno como víctima expiatoria de nuestros pecados»⁸²).

Francisco de Sales fue elegido como protector de la Sociedad Salesiana precisamente por su ejemplar dulzura; y Don Bosco, profundo conocedor de la naturaleza humana, comprendió desde el principio que «para hacer el bien era necesario encontrar el camino de los corazones», por eso «estudió con particular empeño y amor las obras y ejemplos de ese maestro y modelo de mansedumbre, e hizo un esfuerzo por seguir sus huellas, practicando la dulzura»⁸³).

Este es, concluye don Albera, nuestro modelo insuperable de la dulzura que conquista el corazón: «Con un carácter íntimamente bueno, mostraba estima y cariño hacia todos sus alumnos, ocultaba sus defectos, hablaba de ellos con alabanza; de modo que cada uno se imaginaba a sí mismo como su mejor amigo, de hecho, su favorito. Para acercarse a él, no fue necesario elegir el momento más favorable, ni fue necesario recurrir a alguna persona influyente para ser presentado. Escuchó a todos con paciencia, sin interrumpir y sin prisas y aburrimiento: tanto como para hacer creer a muchos que no tenía nada más que hacer». Cuando tenía que corregir a un hermano, utilizaba palabras muy dulces y alentadoras; cuando le proponía algún trabajo, incluso doloroso y repulsivo, lo hacía con «tanta gracia y

⁸¹ LC 284-285.

⁸² LC 286-288.

⁸³ LC 288-289.

humildad» que nadie se atrevía a decir que no⁸⁴).

Por eso, para saber dosificar dulzura y firmeza en el ejercicio de su ministerio, concluye don Albera, «cada uno debe estudiar bien su propio carácter y, si encuentra que es dulce por naturaleza, esforzarse por ser firme; si, por el contrario, se reconoce naturalmente firme, intente practicar la dulzura. De esta manera se evitarán los dos extremos, y llegaremos a ese medio verdaderamente deseable de una autoridad suave y firme a la vez» como la de Don Bosco⁸⁵).

⁸⁴ LC 289-291.

⁸⁵ LC 293.

Tercera parte

DE LAS CARTAS CIRCULARES DE DON PABLO ALBERA



1. El espíritu de oración¹⁾

¿A quién no le ha pasado un millar de veces, oír hablar del espíritu de iniciativa y de la actividad de los salesianos? Quizás eran elogios sinceros, hechos por personas benevolentes, principalmente para estimularnos a hacer el bien. Quizás eran insinuaciones malignas de algún envidioso, y quizás un arte satánico llevado a cabo por nuestros adversarios con el fin de poner obstáculos a nuestra providencial misión en favor de la juventud. Sea como fuere, es cierto que se ha hablado de esto por todas partes, e incluso se ha exagerado.

Ni eso debe maravillarnos, habiéndonos enviado la Divina Providencia a cultivar un campo vastísimo, que, por estar expuesto a la mirada de todos y por haber dado desde el inicio muchísimos frutos, no tardó en llamar la atención incluso de las personas más indiferentes.

Ciertamente, después de la gracia de Dios y la protección de María Santísima Auxiliadora, es a la infatigable laboriosidad, a la admirable energía de Don Bosco, de Don Rua, de monseñor Cagliero y de tantos hijos suyos que se debe la rápida difusión de las obras salesianas en Europa y en América. Fue su celo incansable, fueron sus santos esfuerzos los que hicieron florecer cada vez en su camino numerosas vocaciones, hicieron surgir tantos y tan variados institutos, hasta hacer que nuestra humilde Sociedad sea considerada como un verdadero prodigio. (...)

No hay duda de que este espíritu de iniciativa, este ardor y este trabajo ininterrumpido se convirtió en un gran honor de nuestra Pía Sociedad y le atrajo la admiración y alabanza de todos los buenos. También en la actualidad esta es la prueba más consoladora de la vitalidad de la misma, o mejor, de la singular protección y asistencia de la poderosa Auxiliadora sobre ella. Considerándola, ¿quién entre nosotros no siente abrirse el corazón a las más alegres esperanzas sobre el porvenir? Sin embargo, hablándoos con el corazón en la mano, os confieso que no puedo defenderme del doloroso pensamiento y del temor de que este alarde de actividad de los salesianos, este celo que ha parecido hasta ahora inaccesible a cualquier desánimo, este cálido entusiasmo que ha sido sostenido hasta ahora por éxitos continuos y felices, vayan a venir a menos un día cuando no sean fecundados, purificados y santificados por una auténtica y robusta piedad. (...)

Procuremos, sobre todo, hacernos una idea exacta de la piedad. Esta palabra se usaba en la lengua latina (*pietas*) para referirse al amor, la

¹ De la carta circular *Sullo spirito di pietà* (15 de mayo de 1911), en LC 25-35.

veneración y la asistencia que debe un hijo a aquellos que habían sido los autores de su existencia. Era el elogio más bello que se podría hacer a un joven: el decir que tenía gran piedad hacia sus padres.

Pero esta palabra adquirió, en el lenguaje de la Iglesia, un significado inmensamente más noble y sublime; llegó a ser usada para significar el conjunto de todos aquellos actos con los que el cristiano honra a Dios considerándolo como Padre. A partir de aquí se percibe fácilmente la diferencia entre la virtud de la religión y la piedad. La primera es una virtud que nos inclina a cumplir todos los actos que pertenecen al honor y al culto de Dios, el cual, habiéndonos creado, tiene derecho de ser reconocido por nosotros y adorado como Señor supremo y dominador del universo.

La piedad nos hace honrar a Dios no solo como creador, sino también como padre dulcísimo, que *voluntarie genuit nos verbo veritatis*, voluntariamente nos dio la vida con la omnipotencia de su palabra, que es palabra de verdad. Es en virtud de la piedad que ya no estamos satisfechos de aquel culto, diría casi oficial, que la religión nos impone, sino que sentimos el deber de servir a Dios con aquel tiernísimo afecto, con aquella premurosa delicadeza, con aquella profunda devoción, que es la esencia de la religión, uno de los más hermosos dones del Espíritu Santo y, según San Pablo, la fuente de toda gracia y bendición para la vida presente y la futura. (...)

Tenía, pues, razón monseñor de Ségur cuando escribía: «La piedad cristiana es la unión de nuestros pensamientos, de nuestros afectos, de toda nuestra vida con los pensamientos, con los sentimientos, con el espíritu de Jesús. Es Jesús viviendo con nosotros». Es la piedad la que regula sabiamente nuestra relación con Dios, la que santifica todas nuestras relaciones con el prójimo, según el dicho de san Francisco de Sales de que «las almas verdaderamente pías tienen alas para alzarse a Dios en la oración, y tienen pies para caminar entre los hombres por medio de una vida amable y santa».

Esta imagen de nuestro santo doctor nos enseña a distinguir de las prácticas religiosas, que nosotros solemos cumplir a ciertas horas de la jornada, el toque de piedad que debe acompañarnos a cada instante, y que tiene por objetivo santificar cada pensamiento, cada palabra y acción nuestros, a pesar de que no formen parte del culto que prestamos a Dios. Y es justo este espíritu de piedad el que desearía inculcar en mí y en todos mis queridísimos hermanos, sin permitirme los límites de esta circular el poder tratar cada una de las prácticas religiosas que las *Constituciones* nos prescriben.

El espíritu de piedad debe ser considerado como el fin; los ejercicios de piedad no son más que el medio para conseguirlo y conservarlo. Dichoso

aquel que lo posee, ya que en todo no tendrá más objetivo que Dios, se esforzará por amarlo cada vez más ardientemente, no buscará nunca nada más que agradarle. ¡Qué deplorable es, sin embargo, el estado de quien está privado de él! Aun cuando cumplierse varios actos de piedad durante el día, según el testimonio de san Francisco de Sales no sería más que «un simulacro, un fantasma de la genuina piedad».

Y afirmando esto no pretendo disminuir mínimamente la alta estima que debemos tener a las distintas formas exteriores que toma la piedad, las cuales son necesarias para nuestra alma como la leña para mantener vivo el fuego, como el agua a las flores; sino que quiero decir que el espíritu de piedad es la base y el fundamento de aquellas, y que puede ser incluso un medio de compensación para aquellas almas a las cuales los trabajos imprevistos o las exigencias particulares de su condición no les permitiesen hacer completamente las prácticas religiosas que la Regla les impone.

Pero hay más. Si dejásemos pasar un tiempo notable sin ninguna manifestación externa de este espíritu de piedad, si por desgracia permitiésemos que se apagase en nosotros, ¿cómo podría subsistir aquella íntima relación, aquel inefable parentesco que Jesucristo quiso establecer entre él y las almas mediante el santo bautismo? Ya no existiría ninguna relación entre aquel Dios que nosotros llamamos con el agradabilísimo nombre de padre, y nosotros, que tenemos la fortuna de ser llamados y somos realmente sus hijos.

Y, lo que es más, ¿no es cierto que se vería menguado también aquel espíritu de fe, por el cual estamos convencidos de tal modo de las verdades de nuestra santa religión que las conservamos siempre vivas en la memoria, sintiendo su saludable influjo en cada circunstancia de la vida? Sin este espíritu tampoco se preocupa por el Espíritu Santo que frecuentemente nos visita, nos instruye, es más, nos consuela y socorre de nuestras enfermedades: *adiuvat infirmitatem nostram*.

Por el contrario, si está bien cultivado, este espíritu hace de tal forma que nuestra unión con Dios no se vea interrumpida nunca, es más, confiere a cada acto, también profano, un carácter íntimamente religioso, lo eleva a mérito sobrenatural, cual oloroso incienso, forma parte de aquel culto jamás interrumpido que debemos prestar a Dios. Practicándolo, según san Gregorio Magno, nuestra vida se convertiría en un inicio de aquella felicidad que gozan los santos que habitan en el cielo: *inchoatio vitae aeternae*.

Pero los vínculos que unen el alma cristiana a Dios, se hacen más solemnes para quien tuvo la suerte de hacer la profesión religiosa. Con este

acto el alma se esposa con Jesucristo, a quien se dedica sin reserva, a quien consagra sus facultades, sus sentidos, toda su vida. Se hace totalmente de Dios. Justo por esto, si hay alguien que deba poseer el espíritu de piedad, es el religioso. Él debería tenerlo de tal forma que lo comunique a cuantos le rodean.

Por gracia de Dios podemos contar con muchos hermanos, sacerdotes, clérigos y coadjutores, que en cuanto a espíritu de piedad son auténticos modelos y provocan la admiración de todos.

Pero por desgracia he de añadir, *et flens dico*, que también hay salesianos que dejan mucho que desear sobre este punto. Por desgracia están carentes de ello algunos que, siendo novicios, habían edificado a todos sus compañeros con su fervor.

Ya no se llamarían hijos de Don Bosco algunos que consideran las prácticas religiosas como un peso insoportable, emplean cualquier excusa para eximirse, y dan en todos lados el triste espectáculo de su laxitud e indiferencia. Son plantas delicadas que ha quemado la escarcha; son flores que el viento ha lanzado a la tierra; o son ramas que, si todavía no han sido arrancadas completamente de la vid, vegetan desafortunadamente en una muy deplorable mediocridad y no darán fruto jamás. (...)

Sin espíritu de piedad, el religioso no tendrá forma de sacudir de su alma el polvo mundano que, por desgracia, se irá posando cada día sobre él, al estar siempre en contacto con el mundo, como advierte León Magno. A pesar de nuestra profesión, es más, a pesar de la misma ordenación sagrada, es también cierto que no dejamos de ser hijos de Adán, de estar expuestos a mil tentaciones; podríamos sucumbir en cualquier momento a las seducciones de las criaturas y a los asaltos de nuestras pasiones.

Solo estaremos seguros bajo el escudo de una auténtica piedad; solo con las prácticas religiosas podremos vigorizar nuestro espíritu, corresponder a la gracia de Dios y alcanzar el grado de perfección que Dios espera de nosotros. Esta es la razón por la que aquellos a los que Dios suscitó para reformar las congregaciones religiosas, que habían decaído del fervor primitivo, sobre todo dirigieron toda su atención a reflorar en el seno de las mismas la piedad. Todo intento habría sido vano, si primero no se hubiese preparado el terreno. (...)

Pero será en el día de la prueba en el que nos habremos convencido mejor de lo necesario que es el espíritu de piedad. Justo porque trabajamos incansablemente, justo porque nos es confiada la porción más selecta del rebaño de Jesucristo, y porque se las arregló para sacar algunos frutos, se dirigirán contra nosotros las flechas de nuestros enemigos.

Llegará, por desgracia, la hora de la tempestad. Debemos estar preparados para la lucha. Tal vez nos veremos abandonados por aquellos mismos que decían ser nuestros amigos; a nuestro alrededor no veremos más que adversarios o indiferentes. ¿Y quién sabe si, permitiéndolo Dios, no tengamos que pasar nosotros también *per ignem et aquam*, es decir, por graves sufrimientos físicos y morales?

En semejante y dolorosa situación, persuadámonos bien, solo podremos sacar fuerza y consuelo del espíritu de piedad. Esta fue la fuente de la que obtuvo el venerable Don Bosco aquella inalterable homogeneidad de carácter y aquella alegría pura que, cual aureola resplandeciente, parecía decorar más opulentamente su frente en los días de mayor dolor. (...)

La falta de piedad por nuestra parte haría infructuoso nuestro ministerio en favor de las almas, y nuestras mismas grandes solemnidades nos serían echadas en cara como estiércol asqueroso, como protestó el Señor por boca de Malaquías (Mal 2,3).

Y, a propósito de esto, no me está permitido callar un argumento que más que ningún otro debería valer para los salesianos. Todo el sistema educativo enseñado por Don Bosco se apoya en la piedad. Donde esta no fuese debidamente practicada, faltaría todo adorno, todo prestigio a nuestros institutos que se volverían mucho peores que los mismos institutos laicos.

Pues bien, nosotros no podríamos inculcar la piedad a nuestros alumnos, si nosotros mismos no estuviésemos abundantemente provistos de ella. La educación que daríamos a nuestros alumnos sería manca, porque el más ligero soplo de impiedad y de inmoralidad borraría en ellos aquellos principios que, con tanto sudor y con largos años de trabajo, hemos intentado grabar en sus corazones. El salesiano, si no es firmemente pío, no será nunca apto para el empeño de educador. Pues el mejor método para enseñar la piedad es el de dar ejemplo.

Recordemos que no se podría dar más bello elogio a un salesiano, que aquel de decir de él que es verdaderamente pío. Y es por esto que en el ejercicio de nuestro apostolado deberíamos tener siempre presente a nuestro venerable Don Bosco, que ante todo se nos muestra como reflejo y modelo de piedad. (...)

Cuantos lo conocieron recuerdan la compostura siempre devota, aunque no afectada, con la que Don Bosco celebraba la santa Misa; así que no era de extrañarse si los fieles se amontonaban en torno al altar para contemplarlo. Muchas veces, también sin saber quién era, se retiraban diciendo: ese sacerdote debe de ser un santo.

Se diría que la vida del Siervo de Dios era una oración continua, una nunca interrumpida unión con Dios. Señal de ella era aquella inalterable homogeneidad de ánimo que transparentaba de su rostro invariablemente sonriente. En cualquier momento en el que recurriésemos a él a por consejo, parecía que interrumpiese sus coloquios con Dios para darnos audiencia, y que los pensamientos y ánimos que nos regalaba le fuesen inspirados por Dios. ¡Qué edificante para nosotros oírle recitar el *Pater*, el *Angelus Domini!*

Jamás se borrará de mi memoria la impresión que me daba en la bendición de María Auxiliadora a los enfermos. Mientras pronunciaba el *Ave Maria* y las palabras de la bendición, se diría que su rostro se transfigurase; sus ojos se llenaban de lágrimas y le temblaba la voz sobre el labio. Para mí eran indicios de *virtus de illo exibat*; por lo que no me maravillaba por los efectos milagrosos que lo seguían, esto es, si los afligidos eran consolados, los enfermos curados. (...)

Tomemos, entonces, algunas resoluciones prácticas: 1. Hagamos el propósito de ser fieles y exactos en nuestras prácticas de piedad...; 2. Prometamos santificar nuestras acciones cotidianas: ... continúen los salesianos a dar el ejemplo de espíritu de iniciativa, de gran actividad, pero sea siempre, y en todo, la expansión de un celo verdadero, prudente, constante y, sobre todo, sostenido por una firme piedad; 3. Apliquémonos para que nuestra piedad sea fervorosa. Y se llama fervor a un deseo ardiente, una voluntad generosa de agradar a Dios en todo.

2. En la escuela de Don Bosco²⁾

Los más ancianos entre los hermanos recuerdan con qué santo empeño nos preparaba Don Bosco para ser sus colaboradores. Solía reunirnos de vez en cuando en su humilde habitación, después de las oraciones de la noche, cuando todos los demás ya estaban descansando, y allí nos daba una breve, pero interesantísima, conferencia.

Éramos pocos para oírlo, pero justo por esto nos sentíamos felices de tener la confianza, de ser puestos a parte para los grandiosos designios de nuestro dulcísimo maestro.

No nos fue difícil comprender que él estaba llamado a cumplir una

² De la carta circular *Sulla disciplina religiosa* (25 de diciembre de 1911), en LC 54-56.

misión providencial a favor de la juventud, y era para nosotros una gloria no pequeña el ver que nos elegía como instrumentos para continuar sus maravillosos ideales.

Así, poco a poco, nos íbamos formando en su escuela, tanto más que sus enseñanzas tenían una atracción irresistible sobre nuestros ánimos, admirados por el esplendor de sus virtudes.

De 1866 en adelante, habiendo comenzado a reunirnos para los ejercicios espirituales, la acción de Don Bosco pudo ser ejercitada a una escala mucho más vasta. Cada año, en tan feliz fecha, éramos reunidos y contados, y nos resultaba de gran consuelo vernos cada vez más numerosos.

El buen padre con sus instrucciones, tan densas de pensamientos santos y expuestas con inefable unción, abría continuamente nuevos horizontes a nuestras mentes atónitas, hacía cada vez más generosos nuestros propósitos y más estable nuestra voluntad de permanecer siempre con él, y de seguirlo a donde fuere, sin ninguna reserva y a coste de cualquier sacrificio.

Ya han pasado más de cincuenta años de aquellos tiempos venturosos, pero el tiempo transcurrido no ha logrado borrar de nuestros corazones la marca que dejaba en nosotros la palabra de Don Bosco.

A menudo algunos artículos de las Constituciones, que leía de un manuscrito, constituían el argumento de su conferencia, y le daban pie para llegar a consideraciones prácticas, verdaderamente valiosas para nuestra formación espiritual.

No recuerdo que él pronunciase jamás la palabra *disciplina*: no la habríamos entendido; pero nos enseñaba bellamente lo que significa, nos marcaba el camino que debíamos recorrer y, finalmente, velaba atentamente, para que nuestra conducta fuese conforme a sus enseñanzas.

No pocas veces le salían de la boca claras alusiones al rápido y extraordinario desarrollo que habría tenido la naciente Congregación, a la multitud interminable de niños que habrían habitado sus casas; y era esto lo que más excitaba nuestro estupor, sabiendo las innumerables y gravísimas dificultades que tenía que superar para sostener la única y pequeña casa del Oratorio.

Solamente el 15 de noviembre de 1873, cuando la Pía Sociedad Salesiana contaba ya con siete casas en Italia, Don Bosco dirigió a sus hijitos una circular cuyo argumento era la disciplina. Me he encontrado una copia, y la tengo sobre mi escritorio mientras estoy escribiendo estas pocas páginas, para que me sirva de guía. Él definía la disciplina: un modo de vivir conforme a las reglas y costumbres de un instituto. Este instituto —es fácil de comprender— en la mente de Don Bosco era la Pía Sociedad

Salesiana; su objetivo, como encontramos en el 1er artículo de las Constituciones, era la perfección de sus miembros y el medio para alcanzarlo sobre todo el apostolado en favor de la juventud pobre y abandonada. (...)

Entonces, el perfeccionamiento de los miembros y de la entera Sociedad debía ser el efecto de la disciplina que Don Bosco inculcaba a sus hijitos, pero no un perfeccionamiento que pudiese ser común a cualquier familia religiosa, sino adaptado al carácter especial que aquella revestía y a las reglas que la gobernaban. ¡Qué maravilla, por ello, que, bajo el apoyo de un maestro tan experto y surtido de tantas luces sobrenaturales, muchos de aquellos primeros discípulos de Don Bosco diesen pasos de gigante en la piedad, en la virtud, en el espíritu de sacrificio y en el ejercicio del celo! Ciertamente ninguno se sorprenderá si aquellos fueron llamados los tiempos heroicos de nuestra Pía Sociedad.

3. Vivir de fe³⁾

Si tenemos la fortuna de vivir de fe, sentiremos en el corazón una profunda gratitud a Dios por habernos llamado a la Pía Sociedad Salesiana, tan providencialmente fundada por el venerable Don Bosco; la consideraremos como el arca de la salvación y nuestro refugio, y la amaremos como nuestra dulcísima madre. Consideraremos la casa donde la obediencia nos ha mandado a trabajar como la casa de Dios mismo; nuestro oficio, sea el que sea, como la porción de la viña que el dueño nos dio para cultivar.

En la persona de los superiores veremos a los representantes de Dios mismo, sobre cuya frente la fe nos hará leer aquellas palabras: *qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit* (Lc 10,16): quien os escucha a vosotros, me escucha a mí; quien os desprecia a vosotros, me desprecia a mí; de modo que sus órdenes serán para nosotros como orden de Dios mismo, y las seguiremos premurosamente, cuidándonos bien de juzgarlas sin razón y criticarlas.

Reconoceremos las Constituciones, los Reglamentos, el horario, como otras tantas manifestaciones de la voluntad de Dios sobre nosotros, y será de nuestro cuidado que no sean transgredidos jamás. Los jóvenes de nuestros oratorios e institutos serán, a ojos de nuestra fe, un depósito sagrado, del cual el Señor nos pedirá estricta cuenta.

Nuestros hermanos que comparten con nosotros los dolores y las

³ De la carta circular *Sulla vita di fede* (21 de noviembre de 1912), en LC 95-99.

alegrías, con los que rezamos y trabajamos, serán otras tantas imágenes vivientes del propio Dios, encargadas por Él mismo bien para edificarnos con sus virtudes, bien para hacernos practicar la caridad y la paciencia con sus defectos.

¡Oh! ¿Cuándo llegará ese día en el que nosotros, según la imaginativa expresión de san Francisco de Sales, nos dejaremos llevar por Nuestro Señor como un niño entre los brazos de la madre? ¿Cuándo, queridísimos hermanos, nos acostumbraremos a ver a Dios en cada cosa, en cada acontecimiento, que consideraremos como especie sacramental bajo la cual Él se esconde? Así nos persuadiremos de que la fe es un rayo de luz celeste que nos hace ver a Dios en todo y todo en Dios.

Esto es precisamente lo que admiramos en la vida de nuestro venerable fundador. ¿Por qué de jovencito hizo tantos esfuerzos para atraer a los niños del humilde burgo de I Becchi? Todos lo sabemos; era para instruirlos y alejarlos del pecado. ¿Cuál fue el fin que se propuso al abrazar la carrera sacerdotal, superando innumerables obstáculos? Nos lo dice bien el lema: *da mihi animas*. Quería salvar las almas que la fe le presentaba como rescatadas al precio de la sangre misma de Jesucristo.

Ordenado sacerdote se consagra al cuidado de los niños pobres, porque los ve, abandonados por todos, crecer en la ignorancia y en el vicio. ¡Qué edificación era para nosotros contemplarlo ocupado durante muchas horas en oír las confesiones de tantos jovenzuelos, sin hacer nunca el mínimo signo de estar cansado de tan penoso ministerio! Eso sucedía porque su fe vivísima le hacía contemplar al confesor en el acto de curar las plagas de las almas, de romper las cadenas que las cautivaban, de encaminarlas por el sendero de la piedad y de la virtud.

No habría querido que los jovenzuelos confiados a él permaneciesen, aunque fuese por pocas horas, con el pecado en el alma; por ello los exhortaba con palabras eficacísimas, que cuando hubiesen caído en cualquier culpa, se confesasen cuanto antes, aunque fuese levantándose de la cama durante la noche.

¿Y qué no sugirió la fe a Don Bosco para hacer más fructífera su predicación? Se había impuesto la ley de evitar cualquier palabra o frase que no fuese perfectamente comprendida por su joven audiencia, por más elegante que fuese. Evitaba toda expresión abstracta y difícil de entender, y se acostumbro así a un lenguaje, casi diría, concreto, con el que él hablaba a las conciencias de los niños, se ganaba su atención y dominaba su voluntad. A esta arte suya y a su santidad es debida la singularísima eficacia de su palabra.

Asimismo, fue el espíritu de fe el que le inspiró su admirable Sistema Preventivo, el cual, mientras le logró un puesto muy honorable entre los educadores de la juventud a juicio de los doctos, es para nosotros la prueba más convincente de su ardentísimo celo para impedir el pecado.

¿Por qué habría querido que sus alumnos fuesen puestos en la imposibilidad moral de cometer faltas? Únicamente por el deseo de que fuese evitada la ofensa de Dios.

Él mismo sintió cuánto costase la asistencia a quien quiere seguir el Sistema Preventivo, y mientras le llegaron las fuerzas, precedía a sus hijitos con su ejemplo y los espoleaba con sus cálidas exhortaciones. Recuerdo que a un tal que había dejado solos, por cansancio, a los jóvenes del oratorio un domingo de agosto, le dijo con fuerza: cuando están tantos jóvenes en el recreo, debemos asistirlos a cualquier coste. Descansaremos en otro momento.

Habría tenido escrúpulos por tener una conversación, por escribir una carta sin condimentarla con algún pensamiento religioso, y lo sabía hacer con tanto garbo y con tanta finura que jamás se sintió ninguno disgustado. Por tanto, se podría dar testimonio de él, que nadie nunca se acercó a él sin sentirse mejor. La fe le enseñaba que un sacerdote faltaría a su deber si actuase de otro modo.

Estuve varias veces acompañándole cuando despedía a sus misioneros en el barco, y fue en aquellos preciosos instantes en los que pude tener la mejor prueba de su viva fe y de su ardentísimo celo. A este le decía: espero que salves muchas almas. A aquel otro le sugería al oído: tendrás que sufrir mucho, pero recuerda que el paraíso será tu premio. A quien habría debido asumir la dirección de parroquias, le aconsejaba que tuviese un cuidado especial con los niños, los pobres y los enfermos.

A todos les repetía: no buscamos dinero, buscamos almas. A un sacerdote el día de la primera Misa le deseaba que fuese el más fervoroso en la fe y en la devoción al SS. Sacramento. A otro le inculcaba que no hiciese una predicación sin hablar de María. Y él daba ejemplo de ello.

Entrado de jovenzuelo en el Oratorio, recuerdo que, desde los primeros días, al oír el discursillo de la tarde, no podía contenerme de decirme a mí mismo: ¡cuánto debe de querer Don Bosco a la Virgen!

¿Y quién entre los ancianos no ha notado con qué sentimiento, con qué convicción nos hablase de las verdades eternas, y cómo no raramente sucedía que, hablando, especialmente de los novísimos, se conmoviese hasta el punto de faltarle la voz?

No podremos olvidar con cuánta fe celebrase la Santa Misa y cuánta

diligencia pusiese para seguir las ceremonias, hasta el punto de llevar siempre el librito con las rúbricas para recordarlas de vez en cuando.

También era su fe la que le hacía considerar su Congregación, sus casas, como el efecto de la especialísima protección de María SS. Auxiliadora, a la que profesaba la más sentida gratitud. Y se le oyó exclamar: ¡cuántos prodigios ha realizado el Señor en medio de nosotros! Pero ¡cuántos prodigios ha obrado el Señor entre nosotros! Pero cuántas maravillas más habría hecho, si Don Bosco hubiese tenido más fe; y diciendo esto ¡se le arrasaban los ojos de lágrimas! (*MBe VIII*, 829).

4. El oratorio es el alma de nuestra Pía Sociedad⁴⁾

De la lectura de los primeros volúmenes de la vida de nuestro venerable Padre, escrita con tanto amor y escrupulosa exactitud por el queridísimo don Lemoyne, aparece luminosamente que la primera obra, es más, la única durante muchos años, de Don Bosco fue el oratorio festivo, su oratorio festivo, que él ya había vislumbrado en el misterioso sueño tenido a los nueve años y en los subsiguientes, que progresivamente le iluminaron la mente sobre la obra de la Providencia a él confiada.

No debemos olvidar nunca, oh queridos hermanos, que el oratorio festivo de Don Bosco es una institución completamente suya, que se diferencia de cualquier otra semejante tanto por la finalidad a la que tiende como por los medios que emplea.

Según Don Bosco el oratorio no es para un tipo concreto de jóvenes con preferencia de otros, sino para todos, indistintamente, desde los siete años en adelante; no se pide la situación familiar o la presentación del joven por parte de los padres: la única condición para ser admitido es la de venir con la buena voluntad de divertirse, instruirse y de cumplir junto con todos los demás los deberes religiosos.

No pueden ser causas del alejamiento de un joven del oratorio ni la vivacidad de carácter, ni la insubordinación esporádica, ni la falta de buenas formas, ni cualquier otro defecto juvenil, causado por la ligereza o la obstinación natural; sino solo la insubordinación sistemática y contagiosa, la blasfemia, los malos discursos y el escándalo. Exceptuando estos casos, la tolerancia del superior ha de ser ilimitada.

⁴⁾ De la carta circular *Gli Oratori festivi - Le missioni - Le vocazioni* (31 de mayo de 1913), en LC 111-113, 117-119.

Todos los jóvenes, también los más abandonados y miserables, han de sentir que el oratorio es para ellos la casa paterna, el refugio, el arca de la salvación, el medio seguro para ser mejores, bajo la acción transformante del afecto más que paterno del director.

«Estos jóvenes (escribía Don Bosco en 1843, es decir, casi al inicio de su obra) realmente necesitan una mano benéfica, que los cuida, los cultiva, los guía a la virtud, los aleja del vicio. La dificultad consiste en encontrar maneras de reunirlos, de poder hablar, de moralizarlos. Esta fue la misión del hijo de Dios; Esto solo puede hacer su santa religión. Pero esta religión que es eterna e inmutable en sí misma, que fue y nunca será siempre en todo momento, el maestro de los hombres contiene una ley tan perfecta, que sabe cómo someterse a las vicisitudes de los tiempos y adaptarse a la naturaleza diferente de todos los hombres.

Entre los medios para difundir el espíritu de la religión en los corazones de los que están enojados y abandonados, se encuentran los oratorios festivos... Cuando me entregué a esta parte del ministerio sagrado, tuve la intención de consagrar todos mis esfuerzos a la mayor gloria de Dios y al beneficio de las almas, con la intención de trabajar para hacer buenos ciudadanos en esta tierra, para que algún día puedan ser dignos habitantes del cielo. Dios me ayuda a poder continuar hasta el último aliento de mi vida».

Y el Señor le ayudó no solo a continuar hasta el último suspiro de la vida en esta aspiración apostólica suya, sino a perpetuarla prodigiosamente en medio de los pueblos al sacar de su corazón magnánimo la Pía Sociedad Salesiana, que, nacida en su oratorio y para el oratorio, no puede vivir y prosperar si no es por este.

Y es por ello que el oratorio festivo de Don Bosco, que se dilata cada vez más, reproduciéndose en miles de lugares y tiempos diversos, pero siempre único en su naturaleza, es el alma de nuestra Pía Sociedad. Si somos auténticos hijos de tal Padre, hemos de conservar esta preciosa herencia vital en su genuina integridad y esplendor.

En todo lugar en el que se encuentran hijos de Don Bosco ha de florecer su oratorio, abierto a todos los jóvenes, para poderlos reunir, hablarles, moralizarles y hacerles no solo dignos ciudadanos de la tierra sino, sobre todo, dignos habitantes del cielo.

Aunque nuestra Pía Sociedad se embarque en empresas variadísimas, conviene, sin embargo, que todas procuren producir el fruto precioso y natural de la propia Sociedad, que es el oratorio festivo: actuando de otro modo no merecemos ser considerados como verdaderos hijos del Padre.
(...)

Don Rua le decía un día a un salesiano al que mandaba para abrir un oratorio festivo: «Allí no hay nada, ni siquiera el terreno ni el local para reunir a los jóvenes, pero el oratorio festivo está en ti: si eres un auténtico hijo de Don Bosco, encontrarás dónde poder plantarlo y hacer crecer como árbol magnífico y rico de hermosos frutos». Y así fue, porque en pocos meses surgía, hermoso y espacioso, el oratorio, abarrotado por un centenar de jóvenes, los mayores de entre los cuales se habían convertido en poco tiempo en los apóstoles de los más pequeños.

Es cierto que el oratorio necesita personal y recursos, pero no esos los principales factores. Dadme un director lleno del espíritu de nuestro venerable Padre, sediento de almas, rico de buena voluntad, ardiente de afecto y de interés por los jóvenes, y el oratorio florecerá maravillosamente, aunque falten muchas cosas. El mismo Don Rua, después de haberse referido a los múltiples y saludables frutos que se habían obtenido en más oratorios, continúa:

«Pero podríais creer que se pueden contar cosas tan felices solamente de aquellos oratorios que poseen un local adaptado, es decir, una capilla conveniente, un patio amplio, un teatrillo, aparatos de gimnasia y juegos numerosos y atractivos.

Ciertamente estos son medios muy eficaces para atraer a numerosos jovencitos a los oratorios, y para que los buenos principios plantados en sus corazones saquen raíces profundas: pero aun así he de deciros con la mayor alegría que en muchos lugares el celo de los hermanos ha suplido la falta de estos medios. Se comenzaron oratorios del mismo modo que comenzó Don Bosco en el Refugio: una escuela o una mísera sala que sirviese de capilla, mientras un pequeño terreno a la intemperie hacía de patio y a todos les parecía imposible, de hecho, que continuase. Sin embargo, los jóvenes, atraídos por los buenos modales de los salesianos, acudieron en gran número.

El interés que se les mostraba, les arrancó de los labios estas palabras: en otros lugares encontraríamos salas vastas, patios amplios, jardines bonitos, juegos de todo tipo: pero preferimos venir aquí, donde no hay nada, porque sabemos que aquí somos queridos».

Es tal que así: el afecto sincero del director y de sus ayudantes sule a muchas cosas. No creamos haber hecho el oratorio según lo quería Don Bosco cuando hayamos levantado un recreatorio donde se reúna algún centenar de jóvenes.

Por mucho que se deba desear que el oratorio esté abundantemente equipado de toda suerte de comodidades y de diversiones para aumentar el

número de los alumnos, aun así, todo esto no se debe separar nunca de la más laboriosa solicitud por hacerlos buenos y bien fundados en la religión y en la virtud.

No se crea que en la predicación baste con decirles cuanto se os venga en mente; prepárense las instrucciones, las explicaciones del evangelio, incluso las catequesis; decidles cosas adaptadas a sus necesidades y de la forma más interesante que podáis, para la santificación individual y para la restauración de todas las cosas en Cristo Jesús.

Cuando un director de oratorio festivo haya alcanzado el resultado de que cada domingo haya un cierto número de comuniones, puede estar seguro de que en su oratorio no habrá solamente chavalitos, sino juvenzuelos apegadísimos que serán el alma de las Compañías y de los Círculos y de todas las obras de perfeccionamiento que deben embellecer el oratorio como los frutos a la planta y de los cuales se habla ampliamente en la relación sobre los oratorios festivos y las catequesis; relación que espero que haya recibido cada director y que la relea de vez en cuando. A ella os remito, pues, para no alargarme avasalladoramente en esta carta, es más, querría que fuese tomada como tema en las discusiones de vuestras reuniones.

Si el estudio y la experiencia os sugiriesen alguna modificación práctica o añadido informadme. En esa relación podréis encontrar un vasto repertorio de lo que se puede hacer para allegar a los adultos al oratorio. No olvidéis, sin embargo, de que todas aquellas obras solo tienen razón de ser como medio para alcanzar la vitalidad del oratorio, mientras que la comunión es la vida misma.

5. ¡Sed todos misioneros!⁵⁾

Las misiones eran el tema favorito de los discursos de Don Bosco, y sabía infundir en los corazones semejante y vivo deseo de llegar a ser misioneros que nos parecía la cosa más natural del mundo. Y cuando el cónsul de la República Argentina en Savona, maravillado por todo lo que veía en el Oratorio, le pidió una institución similar para la provincia de Buenos Aires, él aceptó inmediatamente el proyecto de hacer oír la palabra divina hasta en la Patagonia y en la Tierra del Fuego.

⁵⁾ De la carta circular *Gli Oratori festivi - Le missioni - Le vocazioni* (31 de mayo de 1913), en LC 121-124.

Este pensamiento, humanamente hablando, olía a gran temeridad, porque los misioneros que habían intentado antes entrar en aquellas vastas regiones casi inexploradas habían sido brutalmente masacrados. Sin embargo, para Don Bosco la segunda finalidad de su Congregación debía ser las misiones y nada le impidió abrazarlo en toda su extensión.

Muy aprobado y animado su proyecto por Su Santidad Pío IX, Don Bosco preparó la primera expedición de algunos de sus hijos, bajo la guía de don Juan Cagliero, para el 11 de noviembre de 1875. Se privó de sus mejores sujetos; se sometió a privaciones de todo tipo para preparar todo lo necesario; trazó con el mayor detalle el itinerario, y proveyó para la más mínima necesidad, también material, de aquel largo viaje.

¿Quién puede repetir los cuidados y la solicitud de Don Bosco con esta primera expedición que debía ser seguida por muchísimas más, portadoras cada vez de un número mayor de apóstoles generosos en medio de las tribus salvajes? ¿Quién la alegría de su corazón cuando supo que habían llegado a destino en suelo americano? ¿Quién su júbilo cuando vio a sus hijos entrar en las Pampas y en la Patagonia y lanzarse intrépidamente a través de la Tierra del Fuego hasta el extremo austral del estrecho de Magallanes?

¡Y cuando vio la Patagonia Septentrional erigida en Vicariato Apostólico con la consagración episcopal del primero de los obispos que él llevaba en el pecho, y cuando la Patagonia Meridional y la Tierra del Fuego en Prefectura Apostólica, y cuando algunos de aquellos pobres salvajes convertidos se postraron ante él para testimoniarle su gratitud, sintió semejantes dulzuras que ninguno podrá jamás repetir aquí, y que lo consolaron abundantemente por todas las penas sufridas! (...)

Desde entonces las misiones fueron el corazón de su corazón y parecía que ya viviese solo para ellas. No que descuidase las otras y numerosas obras, sino que su preferencia eran los pobres de la Patagonia y la Tierra del Fuego. Hablaba de ellos con tanto entusiasmo que se quedaban maravillados y fuertemente edificados por su ardor encendidísimo por las almas.

Parecía que cada latido de su corazón repitiese: ¡Da mihi animas! Al encanto de su voz hablando de las misiones se suscitaban en el corazón de los hijos instantáneas y prodigiosas vocaciones al apostolado, y los bienhechores no podían no colaborar eficazmente con generosas oblaciones para esta obra cual es la salvación de las almas: *Divinorum divinissimum est cooperari in salutem animarum*, como dijo el Areopagita.

Y el Señor bendijo abundantemente esta abundante sed suya de almas dando, merced a su petición, a sus hijos vastas y numerosas misiones que

florecieron rápidamente en frutos de santidad y civilización.

En la visita a las casas y misiones de América, realizada hace diez años, pude asegurarme personalmente de la realidad de todo lo que digo. Después de las misiones de la Patagonia y la Tierra del Fuego vinieron aquellas entre los Bororo del Mato Grosso en Brasil, después aquellas entre los jíbaros en Ecuador Oriental y recientemente las nuevas e inmensas misiones de India y de China.

Este es el extensísimo campo en el que nuestra Congregación ha de hacer descender, junto con la sangre redentora de Jesucristo, los sudores de las fatigas apostólicas, y, si es necesario, como ya ha sucedido en la Patagonia, también la sangre de sus hijos.

Por ello, no os será difícil, oh queridos hermanos, comprender el gran peso que incumbe a vuestro Rector Mayor para proveer estas misiones de personal seguro y celoso, y de medios materiales. Es más, las necesidades, tanto de personal como de medios, se hacen cada vez más sensibles, y yo siento la necesidad de hacer un llamamiento a vuestro corazón, oh buenos hermanos, de ayuda.

Sí, quered también vosotros compartir conmigo semejante peso, preocupándoos mucho por nuestras misiones, primero con la oración y después con la acción. La oración, que es la potencia de Dios en nuestras manos, suba incesantemente a implorar la gracia de la vocación al apostolado sobre nosotros y sobre los jóvenes confiados a nuestros cuidados. Recemos con intensidad de fe y de afecto por este fin, interponiendo la mediación poderosísima de nuestra querida Virgen y del venerable Padre.

Pero la oración no basta, es necesario unir también las obras. Estas pueden ser sobre todo personales, haciendo un estudio particular para enriqueceros con las virtudes del misionero, que deben ser una piedad profunda y un gran espíritu de sacrificio para toda la vida y no solo para algunos años.

El enemigo de las almas parece haber encontrado el modo de impedir el fruto del apostolado, poniendo en el corazón de algunos de los llamados a las misiones mil dificultades, y más todavía, presentando las misiones mismas bajo el aspecto de un viaje científico y de placer, o solo como una prueba: si lo logra, bien, si no se retira... ¡Fatal ilusión que aridece en su fuente el apostolado y crea una multitud de mercenarios de almas! Cuando en un corazón se ha encendido la llama del apostolado, no debería extinguirse jamás.

Vuestra obra se extienda, pues, a los demás, bien hablando siempre con entusiasmo de nuestras misiones, evitando repetir: *se puede ser misionero*

en todas partes (porque eso es absolutamente falso para los llamados al apostolado entre los infieles), bien describiendo la belleza de este apostolado a los jóvenes de nuestros oratorios, bien ahorrando con el fin de destinar algo para las misiones o recogiendo el tenue óbolo de nuestros jóvenes o el donativo generoso de los Cooperadores.

Muchas casas se lamentan por no recibir ya donativos: la auténtica causa tal vez no está en la falta de bienhechores, sino en el haber querido concentrar todas las limosnas para las necesidades locales, sin preocuparse por las misiones. Piensen sobre ello un poco los directores que se encuentran en esta situación, y lo solucionen reanimando en sus bienhechores la voluntad de ayudar también a nuestras misiones, que constituyen la mayor gloria de nuestra Congregación.

Sí, trabajad, oh buenos hermanos, con estos y otros medios en favor de nuestras misiones, pero vuestro trabajo mire sobre todo a suscitar en medio de los jóvenes confiados a nuestros cuidados numerosas, sinceras y firmes vocaciones.

6. La Virgen y Don Bosco⁶

Las múltiples obras iniciadas y llevadas a cabo por nuestro venerable padre y fundador son objeto de la admiración de cuantos leen su historia; pero lo que más impacta a quien la examina atentamente es ver cómo tan prodigiosas empresas hayan sido ideadas y llevadas a término por el hijo de una humilde campesina de I Becchi, que no solo carecía de toda fortuna y tuvo necesidad de la ayuda de numerosos bienhechores para llegar al sacerdocio, sino que se vio, todavía, asaltado en su camino a cada paso por obstáculos que parecían insuperables.

Es por esto que su vida, para quien la considere con una visión puramente humana y natural, se presenta como un enigma inexplicable. No puede ser comprendida y gustada si no por quien sepa elevarse con las alas de la fe a las esferas de lo sobrenatural, y con espíritu cristiano vea tenderse a la miserable y deficiente obra del hombre la mano omnipotente de la Providencia Divina, la única capaz de superar las dificultades y las barreras tantas veces interpuestas por la debilidad y maldad humanas. Don Bosco no pudo, ciertamente, tener ninguna duda sobre la continua intervención

⁶ De la carta circular *Sul Cinquantenario della Consacrazione del Santuario di Maria Ausiliatrice in Valdocco* (31 de marzo de 1918), en LC 259-265.

de Dios y de la Santísima Virgen Auxiliadora en las variadas acciones de su laboriosísima vida. Basta con dar una ojeada a los gruesos volúmenes de su biografía para encontrar innumerables pruebas convincentes de ella.

A la edad de nueve años vio en un sueño una gran multitud de jóvenes pobres a los que la ignorancia y el vicio habían hecho semejantes a animales, y recibió de un misterioso personaje, que era el mismo Jesucristo, la orden de cuidar de ellos y de formarlos como buenos cristianos. Protestando por ser incapaz de cumplir tan arduo mandato, le fue asignada como guía y maestra la augusta Reina del cielo y de la tierra; y fueron mismamente las preciosas y sublimes enseñanzas suyas las que lo hicieron capaz de transformar aquellos seres infelices en otros tantos dóciles corderos.

Desde aquel día fue la Madre de Dios quien lo guio en todos los hitos más importantes de su carrera, quien hizo de él un sacerdote docto y celoso, quien lo preparó para ser el padre de los huérfanos, el maestro de incontables ministros del altar, uno de los más grandes educadores de la juventud y, en fin, el fundador de una nueva Sociedad religiosa, que debía tener la misión de propagar por todas partes su espíritu y la devoción a Ella bajo el hermoso título de *María Auxiliadora*.

Hablando a sus hijos espirituales, no se cansaba de repetir que la obra que había realizado le había sido inspirada por María Santísima, que María era el auténtico pilar, y que por ello no tenía nada que temer por la oposición de sus adversarios.

Permitidme solo que os evoque la conferencia que tuvo el domingo 8 de mayo de 1864 para los salesianos de Turín.

En aquella reunión reveló cosas que no había dicho nunca hasta entonces, hizo un resumen de la historia del Oratorio, de las múltiples y dolorosas peregrinaciones cumplidas antes de instalarse de forma estable en la casa de Valdocco: narró cómo la mano del Señor habría golpeado a todos aquellos que si habían opuesto a sus empresas, reveló los sueños en los que había visto a sus futuros sacerdotes, clérigos y coadjutores, e incluso a los numerosísimos jóvenes que la Providencia habría confiado a sus cuidados; y contó también aquello, que se podría llamar visión, en la cual se apareció a su vista una iglesia alta y magnífica, en cuyo tímpano estaba la inscripción: *Hic domus mea; inde gloria mea*. Enumeró las dificultades surgidas desde el inicio, y vencidas con la ayuda de Dios.

Añadió que todo se lo había revelado al Santo Padre Pío IX, y que él le había animado a fundar nuestra Pía Sociedad. Se propuso después a sí mismo la objeción de que tal vez no habría debido manifestar tales cosas, que parecían redundar en su propia gloria, la refutó perentoriamente y con

gran energía, protestando que, lejos de tener de qué gloriarse, de hecho, habría tenido que rendir una cuenta tremenda si no hubiese hecho cuanto dependía de él para cumplir la voluntad de Dios. «Imposible describir, – dice don Lemoyne – la profunda impresión que causó y el entusiasmo que produjo semejante revelación» (MBe VII, 564).

En aquellos mismos días veíamos comenzar, por orden de Don Bosco, las excavaciones para poner los cimientos del nuevo y grandioso templo, con el que pretendía atestiguar a María Auxiliadora su vivísima gratitud por las gracias y los favores recibidos de Ella.

Solamente quien ha sido testigo, puede hacerse una idea exacta del trabajo y de los sacrificios que nuestro venerable Padre se impuso durante tres años para llevar a término esta obra. Fue llamando, como un mendigo, de puerta en puerta, no solo en Turín, sino también en casi todas las ciudades principales de Italia, para reunir los medios necesarios para aquella construcción tenida, por muchos, como una empresa temeraria, demasiado superior a las fuerzas del humilde cura que se había dispuesto a ella. Su maravillosa energía era sostenida por la certeza de que cuanto ya se había hecho, era efecto de la protección de la Virgen, y que la incipiente Sociedad Salesiana habría alcanzado un prodigioso desarrollo cuando María Santísima Auxiliadora hubiese tenido un templo y un trono conveniente en los prados de Valdocco. Se mostraba así, como un auténtico discípulo de nuestro san Francisco de Sales, que había dejado escrito: «Conozco completamente la fortuna de ser hijo, por cuanto indigno, de una Madre tan gloriosa. Encomendados a su protección, emprendamos grandes cosas: si la amamos con afecto ardiente, Ella nos obtendrá todo aquello que deseamos».

El 9 de junio de 1868, para maravilla de todos, nuestra majestuosa basílica era consagrada por monseñor Alessandro Riccardo di Netro, arzobispo de Turín; y yo recuerdo como si fuese ahora el momento solemne en el que Don Bosco, radiante de alegría, y con los ojos velados por el llanto de la profunda conmoción, subía por primera vez al altar mayor para celebrar, bajo la piadosa mirada de su gran Auxiliadora, el santo sacrificio de la Misa. A las solemnísimas fiestas, que bien duraron ocho días, les aumentaron su esplendor con su sublime dignidad ocho obispos, celebrando pontificalmente y proclamando con elocuencia y con mucho fruto la divina palabra a la multitud extraordinaria de fieles, llegados también desde países lejanos.

A aquellos entre nosotros que ya éramos más avezados en edad, no se nos escapaba que el rostro de nuestro venerable pareciese casi transfigurado, y cómo fuese incansable hablando de su Virgen; y conservamos

celoso recuerdo de cuanto él, leyendo el futuro, nos dijo en semejante circunstancia sobre las maravillas que María Auxiliadora habría llevado a cabo en favor de sus devotos. ¡Cuánto nos consuela ahora ver realizadas sus predicciones!

Ni todo esto bastó para satisfacer completamente su deseo de atestiguar su gratitud a María Santísima, pues, además de este monumento material e inanimado, todavía quiso erigirle a Ella otro vivo y espiritual, instituyendo la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, a las que encomendaba la misión de formar en la piedad y en la virtud a las jovencitas, y de propagar por todo el mundo la devoción a su poderosa patrona. Y el desarrollo prodigioso que tuvo en tan poco tiempo este instituto, como también el gran bien realizado por el mismo en todas partes, son la mejor prueba de que también este fue fundado por Don Bosco por inspiración celeste.

Pero volviendo a nuestro querido santuario de María Auxiliadora, es un hecho que inmediatamente tras su consagración se vieron multiplicadas prodigiosamente las vocaciones en la Sociedad Salesiana, y surgir en pequeños intervalos, como por arte de magia, numerosos colegios, oratorios festivos y escuelas profesionales, auténticas arcas de salvación para muchísimos jovencitos, extraídos así del peligro de la corrupción y de la impiedad. Desaparecieron inmediatamente las grandes dificultades que retrasaban la aprobación de nuestra humilde Congregación por parte de la Santa Sede; y se realizaron numerosas expediciones misioneras a América. Se estaba confirmando así la predicción de María Santísima, que de aquel templo habría salido su gloria: *inde gloria mea*.

Con razón, pues, podemos afirmar que la consagración del mismo hizo época verdaderamente en la historia de las obras de Don Bosco; y que nuestra dulcísima Madre quiso también de este modo recompensar a su fiel siervo por los sacrificios que había realizado para procurarle en Valdocco una morada menos indigna de Ella.

Pronto se cumplirán los cincuenta años desde que fuimos testigos de los hechos aquí muy brevemente recordados, y nos alegra el alma poder decir que todo este período de tiempo no fue otra cosa que una serie jamás interrumpida de prodigios llevados a cabo por María Auxiliadora a favor de sus devotos: exactamente como nos lo había preanunciado nuestro venerable.

Por la protección de nuestra poderosa patrona, la humilde Sociedad Salesiana ha pasado sobre montes y mares, extendiéndose casi por toda la tierra. Esta maravillosa propagación no se puede atribuir solo a la actividad y al espíritu de iniciativa de los hijos de Don Bosco: nosotros, que conocemos por experiencia la debilidad de nuestras fuerzas, más que

nadie hemos de estar convencidos de que todo se lo debemos a la Virgen Auxiliadora. ¿Qué haremos, entonces, para demostrarle nuestra gratitud?

Aquí está: el deseo vivo de que hemos de hacer saber, si fuese posible, al mundo entero que todas las obras salesianas deben su origen y su desarrollo únicamente a la protección de María, junto a nuestra esperanza de que Ella nos siga sosteniendo, guiando y defendiendo en el futuro, nos han sugerido el osado proyecto de poner en la mano de nuestra poderosísima Auxiliadora un rico cetro de oro, adornado con piedras preciosas, pretendiendo con este acto proclamarla con la mayor solemnidad posible, nuestra Augusta Reina. (...)

Semejante ceremonia exterior, es fácil de adivinar, será acompañada por la solemne consagración de nuestra Pía Sociedad a la reina del cielo. El Rector Mayor pronunciará ante la taumatúrgica imagen de Ella una oración, en la que le presentará a todos y cada uno de los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora, la Pía Unión de los Cooperadores, y todos nuestros institutos, suplicándole que le agrade nuestra ofrenda, que considere siempre como algo totalmente suyo las obras de Don Bosco y que las mantenga siempre dignas de su protección y de su afecto.

Y esta consagración será renovada en cada casa nuestra, de modo que los superiores locales consideren conveniente. Creo que no me equivoco pensando que este homenaje será agradable más que cualquier otro a nuestra Reina, y hará llover en grandísima abundancia sobre nuestras obras sus gracias y bendiciones.

Por otro lado, no será esta una novedad para nosotros, ya que desde bien hace veinticinco años que en cada Casa nuestra se recita cada mañana, tras la meditación, una devotísima oración titulada: *Consagración a María Santísima Auxiliadora*. Desde hacía un tiempo se había sentido, por parte de todos, la necesidad de tener, además de las oraciones vocales comunes, una oración especial para los salesianos, en la que se expusiesen nuestras necesidades peculiares, y se pidiesen las gracias que más se adaptasen a nuestro estado y a nuestra misión. Y en el año 1894 el inolvidable Don Rua, a cuya perspicacia no se escapaba nada de cuanto pudiese resultar útil para nuestras almas, creyó oportuno cubrir esta laguna, y nos propuso la antedicha Consagración, que resultó sumamente agradable a todos, y que en poco tiempo y con mucha facilidad fue aprendida de memoria.

¡Qué dulce resulta al salesiano, en cualquier nación en la que se encuentre y en cualquier lengua en la que hable, oír cada mañana, a la hora fijada por el horario de la jornada, un numeroso coro de voces devotas que repite esta ofrenda a la Madre celeste, implorándole la protección sobre nuestras

Casas y nuestros trabajos! Ahora, ¡aquello que estamos habituados a hacer cotidianamente en las humildes y devotas capillas de nuestras comunidades, es justo que en el cincuentenario de la consagración de nuestra iglesia se cumpla con toda la solemnidad y fervor posibles ante la taumática imagen de María, proclamada nuestra augusta reina, y engalanada con el cetro áureo, símbolo de su real dignidad y poder!

7. La dulzura del salesiano⁷⁾

Al disponerme a escribir sobre este tema que tiene, como bien sabéis, una importancia capital, y es la nota característica del espíritu de Don Bosco, me he postrado a los pies de Jesús, y me pareció sentirme decir: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde* (Mt 11, 29): aprended de mi a ser dulces y humildes de corazón. Vayamos pues a su escuela, y tengamos en cuenta sus enseñanzas y sus ejemplos. (...)

Podemos hacernos con facilidad una idea de la dulzura, especialmente cuando la vemos en práctica, pero después encontramos gran dificultad para definirla. Las palabras con las que nos gustaría revestir nuestros pensamientos, tienen siempre algo de incompleto y de poco preciso, de modo que nunca terminan de satisfacernos. Hay, por ejemplo, quien la ha definido: una facilidad de carácter, por la que se cede con una cierta complacencia, pero sin bajeza, a la voluntad de los demás.

Ahora bien, ¿quién no ve que en esta definición no se hace referencia ni a aquella aureola, diría que divina, que rodea el rostro de una persona, tal vez sin cualidades exteriores, pero que tiene la hermosa suerte de practicar habitualmente la dulzura? No se dice nada de ese esfuerzo, me gustaría decir que heroico, que es necesario en muchas ocasiones para dominar la vivacidad del carácter, para reprimir todo movimiento de impaciencia e incluso de desdén que parece a veces santo, justificado por el celo y autorizado por la gravedad de la culpa. Aquí ni siquiera se indica esa virtud tan rara, que impone un freno a la lengua y no le permite pronunciar ni una palabra que pueda disgustar a la persona con la que se trata. Parece, pues, que no debería faltar, en una definición de la dulzura, un guiño de aquella mirada serena y llena de bondad, que es el auténtico y límpido espejo de un ánimo sinceramente dulce y únicamente deseoso de hacer feliz a quienquiera que se le acerque.

⁷ De la carta circular *Sulla dolcezza* (20 de abril de 1919), en LC 280-283, 288-291.

Mucho más completa, sin embargo, es la definición de San Juan Clímaco (*Grad.* XII), según el cual la dulzura es aquella disposición por la cual el espíritu permanece siempre igual, en el honor y en el desprecio, en los sufrimientos y en las alegrías. Con estas expresiones el Santo compara muy eficazmente al hombre dulce con uno escollo que, emergiendo sobre el mar, resiste a las olas enfurecidas, de modo que estas terminen rompiendo a sus pies, sin lograr nunca arrancarle ni siquiera un solo grano de esa roca indestructible de la que está hecho.

Esta es la dulzura y la mansedumbre practicada por muchos santos que Dios quiso afinar en la virtud, haciéndoles pasar a través de enormes tribulaciones. Tal vez Él no os mandará pruebas dolorosas a todos vosotros, queridísimos hermanos destinados por la obediencia al ejercicio de la autoridad en nuestras casas; pero ciertamente exige que os mantengáis tranquilos, dulces y siempre patrones de vosotros mismos al dirigir a vuestros dependientes, al corregir sus defectos, al soportar sus debilidades: algo tanto más difícil y meritorio cuanto constituye vuestro trabajo de cada día, es más, de cada momento.

Hay un sinnúmero de miserias humanas, y no es posible que no sean sentidas también en las mismas comunidades religiosas, por mucho que sus miembros estén animados por la mejor voluntad de tender a la perfección; pero ¡cuántas se podrían evitar, o al menos disminuir, si en quién dirige hubiese siempre dulzura en las palabras y suavidad en las formas!

Para mantenernos persuadidos por esta verdad bastaría con que reen-trásemos de vez en cuando en nosotros mismos, preguntándonos cuáles querríamos que fuesen nuestros superiores. ¡Cuánto provecho sacaríamos al meternos, como se suele decir, en los zapatos de nuestros sujetos, al meternos en sus pensamientos y sentimientos! ¡Qué útil nos resultaría a nosotros mismos y a nuestro prójimo el recuerdo y la práctica de aquella máxima de la caridad cristiana, de no hacer ni decir a los demás aquello que no querríamos que nos fuese hecho o dicho a nosotros mismos! ¡Tener presente ese dicho del evangelio, que se usará con nosotros la misma medida que hayamos usado con los demás! Esta reflexión alejaría de nuestra mente las tentaciones de orgullo, que podrían nacer del pensamiento de la carga honorífica de la que estamos revestidos; nos salvaría del peligro de complacernos con aquellas manifestaciones de respeto y de veneración, que nuestros dependientes creen deber hacia sus superiores; en una palabra, nos inspiraría continuamente aquella caridad y dulzura que hace tan bella y jocosa la convivencia de los hermanos en la misma casa.

De todo esto se entiende cuánta razón tuviese nuestro san Francisco de

Sales cuando escribía que «la dulzura es la más excelente de las virtudes morales, porque es el complemento de la caridad, que es perfecta precisamente cuando es dulce y a la vez ventajosa para nuestro prójimo».

Recuerde todo el que es puesto en la dirección de sus hermanos, que a él le es especialmente encomendada la realización de aquella solemne promesa que hizo nuestro Señor Jesucristo de dar a los religiosos desde esta vida el ciento por uno de cuanto han abandonado en el mundo por seguirle a Él.

Es el superior el que, con todos los esfuerzos de su bondad paterna e inagotable, debe actuar de tal modo que las ventajas de la vida religiosa, tan alardeadas en los libros, no parezcan exageraciones pías, engaños seductores expuestos a la credulidad de las almas simples y cándidas.

En esto pensaba, sin duda, nuestro venerable fundador y padre, cuando escribía las áureas páginas que preceden a nuestras Constituciones; y ciertamente las desmentiría dolorosamente aquel director o superior que por falta de dulzura no lograra para los hermanos confiados a sus cuidados ese consuelo que se espera de él. (...)

Pero, hablando de dulzura, ¿podríamos olvidar el título de Salesianos que tenemos la suerte de llevar? Este nombre, ya conocido en cada parte del mundo, y rodeado de tantas simpatías, nos recuerda cómo nuestro venerable fundador y padre, no sin razón, hubo elegido a san Francisco de Sales como protector de la Pía Sociedad que debía iniciar. Profundo conocedor de la naturaleza humana, él comprendió desde el inicio que en estos tiempos para hacer el bien era necesario encontrar la vía de los corazones. Estudió, pues, con particular esfuerzo y amor las obras y los ejemplos de ese maestro y modelo de mansedumbre, y se esforzó por seguir sus trazas practicando la dulzura.

Por otro lado, una voz bastante más autorizada le había impuesto la práctica de la dulzura. En aquel sueño que tuvo a la edad de nueve años, le pareció ver una numerosa multitud de jóvenes que se peleaban entre ellos hasta llegar a las manos; blasfemaban y mantenían discursos obscenos. Llevado por su carácter impulsivo y espabilado, el niño habría querido impedir tanto mal con fuertes reproches e incluso a golpes.

Pero aquella voz le dijo que este no era el modo con el que habría logrado su intento, y le invitó a dirigirse a una gran matrona (María Santísima), que le habría enseñado el modo más eficaz para corregir y hacer mejores a aquellos galopines. Todos sabemos que este medio no era otro que la dulzura; y Don Bosco se convenció tanto, que enseguida comenzó a practicarla con ardor, y se convirtió en un auténtico modelo. Cuantos tuvieron

la hermosa fortuna de vivir a su lado, comprobando que su mirada estaba llena de caridad y de ternura, y que justo por esto ejercitaba sobre los jóvenes una atracción irresistible.

Un arzobispo, orador elocuente, hablando de Don Bosco en la ciudad de Marsella, no dudó en compararlo con los más célebres personajes de la historia, afirmando que, si estos habían ejercitado la autoridad sobre el cuerpo de sus súbditos, Don Bosco había hecho más y mejor, ejercitando pleno dominio sobre los corazones de sus hijitos.

De índole íntimamente buena, él demostraba estima y afecto hacia todos sus alumnos, encubría sus defectos, les hablaba con elogios; de tal modo que cada uno se creía su mejor amigo, diría más, su predilecto. Para acercarse a él no era necesario elegir el momento más adecuado, ni era necesario recurrir a cualquier persona influyente para que te presentase. Escuchaba con paciencia, sin interrumpir y sin demostrar prisa ni aburrimiento: tanto que hacía creer a muchos que no tuviese nada más que hacer.

Cuando recibía la rendición de cuentas de algún hermano, muy lejos de aprovechar esta ocasión para hacerle reproches (aun merecidos) y correcciones severas, no tenía otro objetivo que inspirarle confianza y animarlo a mejorar para el futuro la propia conducta.

Un óptimo compañero nuestro nos contaba que, dejándose fascinar por las cualidades intelectuales y exteriores de un escolar suyo, se le había encariñado a él hasta el punto de perder la paz y tener turbada la conciencia. Decidido finalmente, no sin pena y con gran esfuerzo, a desvelar todo a Don Bosco, se le presentó con el rostro encendido y con la boca temblando le manifestó el estado de su alma. De vez en cuando miraba al venerable, temiendo que mostrase asombro y disgusto de cuanto oía; pero siempre veía aquel rostro igual y sonriente. Cuando terminó su rendición de cuentas, se esperaba un reproche duro y justo; en su lugar oyó palabras dulcísimas, que permanecieron para siempre grabadas en su corazón y en su memoria; y me las repetía, exaltando la bondad del venerado superior.

«Queridísimo, le había dicho Don Bosco, me daba cuenta perfectamente de que te habías alejado del buen camino, y temía mucho por tu vocación; pero ahora has venido espontáneamente a desvelarme tus penas: esta sincera rendición de cuentas tuya aleja de mi mente cualquier temor; la confianza con la que me has hablado me hace olvidar todo tu pasado, es más, hace más vivo mi afecto por ti. Ánimo pues, Dios te ayudará a perseverar en tus buenos propósitos».

No es necesario decir que este lenguaje genuinamente paterno hizo un bien inmenso a aquel hermano, que hasta la muerte se mantuvo fiel

a sus promesas, y trabajó muchísimo por la propia santificación y por la salvación de las almas. ¡Oh!, si los muros de la modesta habitación de Don Bosco pudiesen hablar, ¡qué milagros nos revelarían, llevados a cabo por su dulzura y afabilidad!

Estamos acostumbrados a llamar heroicos a aquellos años en los que Don Bosco y sus primeros hijos tuvieron que sufrir y trabajar tanto. Pues bien, ¿qué hacía tan valientes y constantes en su vocación a aquellos jóvenes clérigos y coadjutores, que tenían que vencer tantas dificultades para permanecer con Don Bosco? Era la palabra siempre dulce y alentadora de nuestro venerable padre. Se decía feliz por estar rodeado de semejantes hijos, y a nosotros nos sabía a gloria el hecho de ser llamados hijitos y colaboradores por semejante padre.

Cuando nos proponía cualquier trabajo, aunque fuese penoso y repugnante, ¿quién habría osado decirle que no a él, que nos lo pedía con tanta gracia y humildad?

Persuadámonos bien de esto: según las idas de nuestro venerable, el verdadero secreto para ganar los corazones, la cualidad característica del salesiano, consiste en la práctica de la dulzura.

8. Hacer revivir a Don Bosco en nosotros⁸⁾

Nosotros, llamados por bondad del Señor a ser hijos de semejante padre, y continuadores de su misión, ¿qué hemos de hacer, por nuestra parte, en esta memorable circunstancia de la inauguración del monumento a Don Bosco en Valdocco?

Estoy seguro de que vosotros ya os habréis empeñado en reunir al mayor número posible de adhesiones para las próximas fiestas, mediante asambleas preparatorias de vuestros respectivos exalumnos, a los que habréis hecho entender la suma importancia del evento; por ello no me entretengo más sobre este punto.

Pero sería demasiado poco si nos limitásemos a esto, y a intentar que las fiestas resulten espléndidas y satisfactorias en todos los aspectos; y yo creo que no me equivoco si afirmo que Don Bosco en ese caso no estaría contento de nosotros. Él quiso otro monumento de sus hijos, un monumento imperecedero, *aere perennius*: quiso que de esta solemne ocasión y de la

⁸⁾ De la carta circular *Per l'inaugurazione del monumento al venerabile Don Bosco* (6 de abril de 1920), en LC 311-315.

vista del monumento de piedra y bronce saquen una invitación a revivir en ellos mismos sus virtudes, su sistema educativo, todo su espíritu, a fin de transmitirlo siempre fecundo y vital de generación en generación.

Hacer revivir a Don Bosco en nosotros, es el monumento más hermoso con el que podemos honrar su memoria y hacerla preciosa y beneficiosa también en los siglos venideros. Leamos, estudiemos con amor incansable su vida, esforcémonos en imitarlo en su celo ardiente y desinteresado por la salvación de las almas, en su amor y en su ilimitada devoción a la Iglesia y al Papa, en todas las virtudes de las que nos ha dejado tantos ejemplos preclaros.

Y atesoremus sus enseñanzas, recordando que no eran solo un fruto de su ingenio no común y de su experiencia profunda, sino también de la luz sobrenatural que pedía con insistentes oraciones, y que le era generosamente entregada como premio por su inalterable fidelidad en el trabajo del campo confiado por el Señor.

El sistema educativo de Don Bosco - para nosotros que estamos convencidos de la intervención divina en la creación y en el desarrollo de su obra - es pedagogía celeste. Y, en realidad, ¿no le fueron ya dados al pastorcillo de I Becchi, en el sueño que tuvo a los nueve años, los principios fundamentales del Sistema Preventivo, cuando el misterioso y venerable personaje le dijo: «No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos»?

Naturalmente no pretendo enumeraros aquí todas las normas educativas que nuestro buen padre nos ha dejado: podéis leerlas en ese áureo tratadillo sobre el «Sistema Preventivo», que precede el Reglamento para las casas salesianas, y que ahora he dispuesto que sea impreso a parte en un formato cómodo, y distribuido a quienes lo quieran. El resto de su vida no es más, se puede decir, que una continua, admirable aplicación de dichas normas.

Pero sí me importa particularmente recomendaros una cosa para vuestra imitación en esta circunstancia: ese amor, ese afectuoso interés por los jóvenes, que fue el secreto de su maravillosa influencia sobre ellos. Y aquí me parece que no puedo hacer nada mejor que dejar hablar al mismo Don Bosco. He aquí lo que escribió desde Roma el 10 de mayo de 1884 a sus hijos del Oratorio, narrando una de sus habituales ilustraciones mentales a las que me he referido arriba:

«La familiaridad produce amor, el amor produce confianza. Eso abre los corazones y los jóvenes manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores. Son francos en la confesión y fuera de la confesión y se ofrecen con docilidad a todo lo que les quiera mandar aquel

del que saben con seguridad que les quiere... Que los jóvenes no solo sean amados, sino que ellos mismos se den cuenta de que son amados... Que siendo amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en las cosas que naturalmente les agradan poco; como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y que aprendan a hacer estas cosas con amor... Que los superiores amen lo que les gusta a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que gusta a los superiores. Y de ese modo será fácil su fatiga (...) Para romper la barrera de la desconfianza se requiere familiaridad con los jóvenes, especialmente en los recreos. Sin familiaridad no se demuestra el amor y, sin esta demostración, no puede haber confianza. El que quiere ser amado hace falta que haga ver que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras debilidades. He ahí el maestro de la familiaridad. (...)».

Amemos a nuestros jóvenes, rodeémosles de los cuidados más premurosos; no pensemos que hayamos cumplido nuestro deber por impartirles la instrucción necesaria para el estado de vida que pretenden abrazar; en su lugar intentemos unirlos indisolublemente a nosotros con el vínculo del amor. Entonces sentirán una necesidad irresistible de abrirnos el corazón, de dejar a un lado sus aspiraciones, sus proyectos para el futuro, de recurrir a nosotros a por consejo y consuelo en las dificultades y en las luchas; de esa forma nos convertiremos en sus confidentes y amigos, y podremos ejercitar sobre ellos un influjo beneficioso, templando los desmesurados fervores juveniles y reanimando las energías vacilantes en la hora del desconsuelo.

Todo esto debemos hacerlo no solo por los jóvenes de nuestros colegios, sino también por los de los oratorios festivos; y quien sea que haya trabajado, aunque sea solo por un breve tiempo, sabe qué frutos de consolación se pueden obtener con la familiaridad y la confianza.

9. Ser dignos de nuestro padre Don Bosco⁹⁾

El bronce y el mármol, elementos fríos e inertes donde los haya, son fríos e inertes, muy a menudo, también cuando son usados para reproducir a los grandes hombres o los grandes hechos de la historia, pero no es así para Don Bosco. Ese bronce, ese mármol, no son elementos inertes, fríos

⁹⁾ De la carta circular sobre *Il monumento di Don Bosco simbolo d'amore e sintesi dell'opera nostra* (24 de junio de 1920), en LC 322-324.

y privados de vida: ¡no! Por el arte y por el aliento arcano que emana de ellos, asumen movimientos vitales; y el amor y el reconocimiento que los esculpieron, dejan impresas energías nuevas, y diría que misteriosas, que lo convierten en un símbolo perennemente viviente: ¡el símbolo del amor por las almas!

«*Pone me ut signaculum... quia fortis est ut mors dilectio*», está escrito en el Cantar inspirado (Cant 8,6): ¡«Grábame como sello... porque es fuerte el amor como la muerte»! Y aquí son dos los amores que están simbolizados, y, por esto mismo, eternizados: el amor del padre hacia los hijos, y el amor que de los hijos vuelve al padre, en la expresión del reconocimiento imperecedero; amores fuertes, indestructibles, inmutables, que han tenido la necesidad de ser plasmados en la materia más resistente a las fuerzas destructoras del tiempo, ¡*quia fortis est ut mors dilectio!*

Esa corona de niños que rodea a Don Bosco, y que constituye el grupo central del monumento, y la expresión plástica de esos dos amores, y me parece que de ese grupo emana una voz que repite el lema que fue programático para Don Bosco: ¡«*Da mihi animas!*» y las almas escuchan la voz paterna, acuden sedientas de bien, se abrazan en torno al padre, que las guía a la vida, a la verdadera vida, que es la fe!

El monumento entero es una grandiosa síntesis de la obra de Don Bosco. Y he aquí que, de una simple mirada, mi mente se llena de recuerdos. La Divina Providencia dispuso, para mi bien, que también yo fuese parte del afortunado grupo que se acercó primero a Don Bosco, y se encariñó con él de modo inmutable. Quiso Dios incluirme entre los primeros hijos de semejante padre, y por tanto veo con mi mente toda una vida, toda una historia, y, me gustaría decir, toda una grandiosa epopeya esculpida en el monumento: epopeya, porque el elemento humano en la vida y en la historia de Don Bosco está de tal forma enlazado con el elemento divino, que su vida y su historia, más que humana, es divina.

No os voy a repetir aquí las páginas inmortales de esta historia: todos las conocéis, es más, vosotros sois parte viva y activa, porque perpetuáis a Don Bosco, con sus manifestaciones de bien, entre la juventud de nuestros tiempos. Así también me dispense de describiros las inolvidables jornadas, sea de los Congresos Internacionales de los Cooperadores y Cooperadoras y de los Exalumnos salesianos, como de la inauguración del monumento a Don Bosco, y de la solemnidad de María Auxiliadora. En nuestro Boletín tendréis la crónica de esas jornadas, que permanecerán en la memoria y en la historia de nuestra Pía Sociedad.

Solo os diré que, durante aquellos días, en torno a Don Bosco, no

hubo una voz disonante, ni un gesto intranquilo; y esto no solo entre sus íntimos, sino todos, sin excepción, desde los más altos a los más humildes, incluso entre los seguidores de principios y teorías adverbs; y todos, de todo el mundo, porque desde todas partes se aclamaba al gran bienhechor de la humanidad. Parecía que cada persona sintiese su influjo benéfico, la atracción poderosa de su espíritu, bueno y amoroso, y que se sintiese atraída a acercarse en torno a él para hacerle de corona, como aquel grupo de niños que lo rodea en el monumento.

¡Es para estar orgullosos de ser hijos de Don Bosco! Considerando el doloroso contraste que todavía hoy constatamos entre la humanidad, que sufre y languidece, casi extenuada de fuerzas, tras el descomunal flagelo que la ha golpeado (la Primera Guerra Mundial), y que pese a ello se debate, casi por todas partes, se destroza y se retuerce por el odio, por una parte, y el aura de paz, de amor y de concordia, que rodea a todos los hijos y admiradores de Don Bosco, llegados de todo el mundo para honrarlo, se hace más profunda la convicción de que nuestro venerable padre fue enviado por Dios para regenerar la sociedad hodierna, atrayéndola a los manantiales del amor y de la paz cristiana.

Nosotros somos sus hijos, y si somos hijos, también herederos de este sagrado depósito, que no debe esterilizarse en nosotros; y para mostrarnos dignos sucesores suyos, y a la altura de nuestro deber actual, antes de nada, estemos firmes en la vocación: *Unusquisque in qua vocatione vocatus est in ea permaneat (1Cor 7,20)*.

Como el bronce y el mármol del monumento resisten a la acción disolvente de todo elemento adverso, así nosotros debemos permanecer firmes ante cualquier dificultad, ante cualquier influencia malsana que tendiese a separarnos de nuestro padre.

En segundo lugar, conservando nuestra vocación, procuremos perfeccionarla, de modo que caminemos de un modo digno de ella: *ut digne ambuletis vocatione, qua vocatis estis (Ef 4,1)*; tengamos siempre presente, pues, el programa de Don Bosco: *Da mihi animas*, sacrificando por él todo nuestro ser, comenzando por nuestros puntos de vista particulares, que, acariciados o seguidos, incluso bajo la apariencia de un bien mayor, podrían convertirse, aun inconscientemente, en fuerza desintegradora más que en elemento de unión.

Y para salvar estas almas, perfeccionando nuestra vocación, revisámonos del espíritu de nuestro venerable padre, que es espíritu de fe, espíritu de piedad, espíritu de sacrificio y de trabajo constante e incansable. Solamente formándonos en el espíritu de Don Bosco, podremos

actuar como Don Bosco, y obtener, en nuestro trabajo de educadores, esos frutos maravillosos de regeneración espiritual que obtuvo Don Bosco.

Pero para esto es necesario conocer a Don Bosco. Es necesario, sin embargo, decir que hay muchos, también entre nosotros, que hablan de Don Bosco solo por lo que oyen decir; de aquí la necesidad genuina y urgente de que se lea su vida con gran amor, se sigan sus enseñanzas con vivo interés, se imiten sus ejemplos con afecto filial.

Haría falta que cada salesiano sintiese constantemente en el alma el impulso profundo y eficaz de convertirse en alguien mereciente de un monumento, como lo mereció nuestro padre. El ideal es muy alto, podrá decir alguno. Pero no por alto es menos verdadero también que está al alcance de todos, porque es propio de los hijos hacerse semejantes al padre. Que, si no se erigirá un monumento a cada uno de nosotros, habremos sido nosotros mismos los escultores y constructores del monumento indestructible de nuestra santificación, conformando toda nuestra vida a las virtudes de Don Bosco.

10. Don Bosco nuestro modelo¹⁰⁾

Como Don Bosco que, para asegurarse de reproducir el modelo divino, siguió los pasos del manso Francisco de Sales, al que eligió después como patrono de la obra, así nosotros, del mismo modo, hemos de poner como único modelo de nuestra vida religiosa a nuestro buen padre, convencidos de que, haciendo esto, también reproduciremos perfectamente el Ejemplo Divino de toda santidad. Sea Don Bosco, pues, nuestro modelo, e intentemos imitarle con total perfección, para así hacerlo revivir, siempre fecundo de nuevas energías, en el apostolado de su obra redentora a favor de la juventud pobre y abandonada. (...)

Os advierto, sin embargo, oh queridísimos hijos y hermanos, que lo que voy a escribir será poco en comparación con la vastedad del tema: de hecho, abarca toda la vida de Don Bosco, y el espíritu que ha dejado en su obra, tan variada y multiforme. Me parece, sin embargo, que puedo hablar de ello con algo de conocimiento de causa, perteneciendo como lo hago al afortunado grupo de aquellos que deben a Don Bosco todo lo que son,

¹⁰⁾ De la carta circular sobre *Don Bosco nostro modello nell'acquisto della perfezione religiosa, nell'educare e santificare la gioventù, nel trattare col prossimo e nel far del bene a tutti* (18 de octubre de 1920), en LC 330-335.

que lo han visto con sus propios ojos y escuchado con sus propias orejas: *vidimus oculis nostris, audivimus, perspeximus et manus nostrae contrectaverunt (1 Jn 1,1)*; y os aseguro que escribo con una alegría inefable y con la más profunda convicción de estaros diciendo solo cosas que escuché y oí, que guardo celosamente en mi corazón. (...)

Cuando tuve la suerte de ser acogido en el Oratorio el 18 de octubre de 1858, ya hacía más de tres lustros que nuestro venerable padre ejercía aquí en Valdocco su apostolado, con un aumento maravilloso de iniciativas y de obras juveniles tan geniales y fecundas, que la opinión pública lo proclamaba ya entonces el apóstol moderno de la juventud pobre y abandonada. Cinco años viví con el buen padre, casi respirando su propia alma, porque, se puede decir sin exagerar, los jóvenes vivíamos allí completamente de su vida, que poseía las virtudes conquistadoras y transformadoras de los corazones en grado eminente.

También se puede decir que los siguientes cinco años, que pasé en el primer colegio de Borgo San Martino, fueron una continuación de la convivencia con él, porque aquella casa casi formaba todavía con el Oratorio una sola familia: vivíamos separados materialmente pero no de espíritu, porque Don Bosco era siempre el alma de todo y de todos.

Después, el año de la consagración del santuario de María Auxiliadora, volví aquí, y durante otros cuatro años pude disfrutar de su intimidad, y sacar de su gran corazón aquellas preciosas lecciones que eran más eficaces para nosotros cuanto más las veíamos ya en práctica en su comportamiento diario.

Durante aquellos años, principalmente y también después, en las ocasiones, siempre deseadas, que tuve de estar junto a él o de acompañarlo en sus viajes, me persuadí de que lo único necesario para llegar a ser su digno hijo era imitarlo en todo: por ello, con el ejemplo de numerosos hermanos ancianos, que ya reproducían en sí mismos el modo de pensar, de hablar y de comportarse del padre, me esforcé de hacer yo lo mismo.

Y hoy, con más de medio siglo de separación, os lo repito también a vosotros, que sois sus hijos como yo, y que habéis sido confiados por él a mí, hijo más anciano: - Imitemos a Don Bosco en la adquisición de nuestra perfección religiosa, en la educación y santificación de la juventud, en el trato con el prójimo, en hacer el bien a todos.

Haber sido llamados a formar parte de la Congregación fundada por Don Bosco para continuar su obra en el futuro, fue para nosotros una gracia muy relevante del Señor, que en su bondad quiso arrancarnos de la vida de simples cristianos y llamarnos a abrazar el estado de perfección,

que tiene como base la práctica de los consejos evangélicos.

Por ello debemos, con el estudio, procurar conquistar progresivamente la perfección propia de nuestro estado, que está encerrada en la Regla que hemos profesado. Esta Regla ha de ser la norma y la medida de nuestra santidad; y nosotros hemos de amarla, oh queridísimos hijos, con el mismo amor que tenemos hacia Don Bosco, porque ella es, me atrevería a decir, la esencia de su alma, o por lo menos el fruto más precioso de su ardiente caridad y de su amable santidad.

¿Quién puede contar los estudios, las oraciones, las mortificaciones, los experimentos hechos por el buen padre a medida que la preparaba y practicaba personalmente? ¿Quién (puede contar) las penas, las contrariedades y dificultades de todo tipo, que encontró y superó felizmente, para lograr que la autoridad suprema de la Iglesia la aprobase?

El germen de la Regla estaba en el fondo de su corazón desde que los sueños misteriosos le hacían vislumbrar, cuando era niño y jovencuelo, su futura misión; desde que, para corresponder a la llamada del Señor que lo invitaba notablemente al estado de perfección, él divisaba entrar en una orden religiosa; desde que, empezada su misión, la vislumbraba, en sus numerosas visiones, inmensa, exorbitante a través de los siglos venideros; lo que él comprendía que no se habría podido realizar si no hubiese encarnado, por decir de algún modo, esa misión en un cuerpo moral constituido aposta en la Iglesia para conservarla y propagarla de generación en generación.

Aquellos movidos por la suprema virtud a realizar un nuevo apostolado que responda a las necesidades espirituales de la sociedad cristiana y de su tiempo, suelen vivir antes durante años en la soledad y en la oración, para preparar la Regla que se ha de practicar; y después, encontrados los primeros compañeros, se dedican con ellos al apostolado vislumbrado como meta asignada a ellos por el Señor, en la observancia de la Regla adoptada.

Nuestro venerable, sin embargo, en cuanto supo claramente que era la voluntad de Dios que se hiciese apóstol de la juventud pobre y abandonada, y que en ese apostolado conseguiría su propia santificación, se puso inmediatamente a trabajar; la Regla y los ayudantes habrían venido en seguida, como el fruto de la planta. Quiso, sobre todo, cumplir él mismo aquello que después pediría a sus hijos: quiso, por decir de algún modo, vivir su Regla antes de escribirla y de hacer que la Iglesia la aprobase.

Los fundadores de instituciones religiosas miran en primer lugar por su santificación personal, y solo después por el apostolado en favor de los

demás; por ello, quien quiere abrazar el instituto debe ante todo consagrar muchos años para santificarse. Y esto es muy razonable, porque nadie puede dar aquello que no tiene. Don Bosco, sin embargo –aun manteniendo la idea fundamental de que la santificación personal ha de preceder al apostolado– con un objetivo intuido por los tiempos y por el espíritu moderno, intolerante con ciertas mediocridades no esenciales para la consecución del propósito, comprendió que con un poco de buena voluntad podía llevar a cabo a la vez su santificación personal y el apostolado.

Hizo, por tanto, la primera experiencia, y después dispuso que sus hijos hiciesen lo mismo, dando al apostolado una preferencia tal que los observadores superficiales podían pensar que hubiese formado una sociedad de sacerdotes celosos y de laicos voluntariosos con el único objetivo de consagrarse a la educación de la juventud.

Y puede parecer que el 1er artículo de nuestras Constituciones insinúe lo mismo, pues declara el objetivo principal de la santificación propia solo con una proposición secundaria: «los socios, *al tiempo que procuran adquirir la perfección cristiana*, practiquen toda obra de caridad, etc.»

Nuestra Regla, como la vida de nuestro fundador, hace avanzar simultáneamente la santificación personal y el apostolado, es más, hace del apostolado, en cierto modo, la causa eficiente de la perfección religiosa: en cuanto se consagra al apostolado salesiano, quien lo hace ha de acompañar con su propio ejemplo las enseñanzas que da y las virtudes que inculca. Quien no sintiese semejante necesidad, no puede ser apóstol, porque el apóstol no es más que una continua efusión de virtudes santificadoras para la salvación de las almas. Todo apostolado que no busque esta efusión santificadora, no merece un nombre tan glorioso.

Toda la vida de nuestro venerable padre fue un incesante y laboriosísimo apostolado; y al mismo tiempo tendió con tanto ardor a la adquisición de la perfección, que no se podría decir si pensaba más en esta o en hacer el bien a sus queridos jóvenes: en él perfección religiosa y apostolado fueron lo mismo, ¡durante toda su vida!

Cuanto más estudiemos, oh queridísimo, esta vida bendita y maravillosa, más nos convenceremos de que, para ser sus verdaderos hijos, es necesario trabajar como él por nuestra perfección religiosa en el más activo y fecundo ejercicio del apostolado que nos viene impuesto por nuestra vocación.

La observancia pura y simple de la Regla no bastaría para santificarnos, siempre que no estuviese alimentada por la imitación asidua de cuanto ha hecho nuestro buen padre. Lo que la Regla determina sobre el fin, la

forma, los votos, el gobierno religioso e interno de nuestra Sociedad, está contenido en artículos tan generales que se podrían aplicar perfectamente a otras Congregaciones afines.

Ahora bien, si nos contentásemos con la observancia *legal* de estos artículos, conseguiríamos plasmar un bonito cuerpo, pero sin alma. Esta, es decir, el espíritu que debe informar el cuerpo, la hemos de obtener del ejemplo de nuestro fundador.

Debemos, oh queridísimos, ser así, como él, trabajadores incansables en el campo que nos ha sido confiado, precursores fecundos de las obras más adaptadas y oportunas para el mayor bien de la juventud de cada país, para conservar para la Congregación ese primado de sana modernidad que le es propio, pero que ni se nos ocurra que todo esto nos daría ya el derecho de proclamarnos verdaderos hijos de Don Bosco: para serlo hemos de crecer a diario en la perfección propia de nuestra vocación salesiana, esforzándonos con total cuidado de reproducir el espíritu de vida interior de nuestro venerable.

Siguiendo su ejemplo habituémonos, en nuestras ocupaciones, a alguna de las muchas expresiones que le florecían espontáneamente de la boca, verdaderas voces de su corazón, cuyo sonido me parece todavía ahora una caricia suavísima: «¡Trabájese siempre por el Señor! - ¡En el trabajo elevemos siempre los ojos a Dios! - Que el demonio no nos robe el mérito de ninguna acción. - ¡Ánimo! Trabajemos, trabajemos siempre, porque allí arriba tendremos un descanso eterno. - Trabaja, sufre por amor a Jesucristo, que tanto trabajó y sufrió por ti. - ¡Ya descansaremos en el Paraíso! - Un trozo de paraíso lo arregla todo. - ¡Nuestras vacaciones serán en el paraíso! etc.»

Trabajo y paraíso eran inseparables para él; y dejó escrito en sus últimos recuerdos: «Cuando suceda que un salesiano sucumba y muera trabajando por las almas, decid entonces que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo y sobre ella descenderán, copiosas, las bendiciones del cielo».

11. Lancémonos a los brazos de Dios¹¹⁾

La idea que animó toda su vida fue el trabajo por las almas hasta la

¹¹⁾ De la carta circular sobre *Don Bosco nostro modello nell'acquisto della perfezione religiosa, nell'educare e santificare la gioventù, nel trattare col prossimo e nel far del bene a tutti* (18 de octubre de 1920), en LC 335-338.

total inmolación de sí mismo, y así quería que hiciesen sus hijos. Pero este trabajo lo hacía siempre tranquilo, siempre igual, siempre imperturbable, tanto en las alegrías como en las penas; porque desde el día en el que fue llamado al apostolado, *¡se había lanzado completamente a los brazos de Dios!* Si trabajar siempre, hasta la muerte, es el primer artículo del código salesiano escrito por él, más con el ejemplo que con el bolígrafo, *lanzarse a los brazos de Dios* y no alejarse nunca de Él fue su acción más perfecta. Él lo cumplió cada día, y nosotros debemos imitarlo de la mejor forma posible, para santificar nuestro trabajo y nuestra alma.

Lanzarse a los brazos de Dios es el primer acto y el más natural de toda alma, nada más abre su inteligencia al conocimiento de su Creador; pero si todas las almas sienten este empujón inicial hacia Dios, no todas saben corresponderle generosamente. La mayoría se dejan dispersar por el atractivo del mundo exterior, al que se apegan como a su fin, o por lo menos como a un medio indispensable para llegar poco a poco a Dios.

Nuestro venerable padre, en su lugar, se lanzó a Dios desde su primera infancia, y después, durante el resto de su vida no hizo más que aumentar este impulso, hasta alcanzar la íntima y habitual unión con Dios en medio de ocupaciones ininterrumpidas y muy dispares: unión de la que era indicio aquella inalterable paridad de humor, que transparentaba de su rostro siempre sonriente.

En cualquier momento que recurriésemos a él a por consejo parecía que interrumpiese sus coloquios con Dios para darnos audiencia, y que los pensamientos y ánimos que nos regalaba le fuesen inspirados por Dios.

Esta íntima unión dejaba en sus palabras tal acento que, al escucharlo, aunque fuese durante breves instantes, nos sentíamos mejores y elevados hasta Dios, también cuando (algo raro) no hubiese terminado su discurso con un pensamiento sobre Dios o sus beneficios. Tanto era el ardor de su amor por Dios, que no podía estar sin hablar de Él; y no pocas veces se transparentaba también de la expresión de su rostro y del temblor de su boca.

Lancémonos confiados, oh queridísimos, a los brazos de Dios, como hizo nuestro buen padre; entonces se creará en nosotros también la dulce necesidad de hablar de Él, y no sabremos ya decir nada sin empezar o terminar con Él.

Entonces no solo nuestros pensamientos y palabras, sino también nuestras acciones, harán eco de parte del fuego del amor divino, para una saludable edificación del prójimo; entonces, sobre todo, nos resultarán naturales, como lo eran para Don Bosco, los ejercicios ordinarios de la

perfección religiosa, y pondremos todo nuestro cuidado para no descuidar ninguno.

Otros emplean estos mismos ejercicios como medios para alcanzar la perfección; nosotros, sin embargo, hijos de Don Bosco, hemos de practicarlos, según su ejemplo, como actos naturales del divino amor, que ya está vivo en nosotros, para ser lanzados completa y amorosamente a los brazos de Dios. Para nosotros no deben ser la leña que hace falta para encender y alimentar en nuestro corazón el fuego divino, sino las llamas mismas de este fuego.

Lancémonos a los brazos de Dios, y lograremos mantenernos alejados del pecado fácilmente, y erradicar de nuestro corazón toda mala inclinación y hábito, quitando de en medio los mayores obstáculos de la perfección religiosa.

Lo conoceremos y lo amaremos cada vez más, practicando su santa ley y los consejos evangélicos; nos uniremos más fuertemente a Él mediante la oración y el recogimiento de espíritu, con el trabajo incesante para realizar en nosotros el *volo placere Deo in omnibus*, conformándonos con su voluntad.

Entonces, con el ejercicio asiduo de las virtudes propias de nuestro estado, no nos será difícil orientar continuamente el corazón y el espíritu hacia Dios, que se convertirá, de ese modo, en el objetivo directo de nuestras acciones.

Y nos habremos puesto, como nuestro buen padre, bajo la voluntad divina, siempre y en toda circunstancia de la vida. Él, en las desgracias y tribulaciones mayores, no dejaba salir nunca una palabra de lamento, ni se mostraba triste, temeroso, trepidante, sino que con su rostro alegre y con su palabra dulce infundía ánimo en los demás: «*Sicut Domino placuit... sit nomen Domini benedictum!* Nada te turbe: quien tiene a Dios, lo tiene todo. El Señor es el dueño de la casa, yo soy su humilde siervo. Lo que gusta al patrón, ha de gustarme a mí también». ¡Cuántas veces he sido testigo de esta total sumisión suya a las disposiciones divinas!

Poseeremos también, como él, un gran recogimiento en la oración. Nosotros cuando le veíamos rezar nos quedábamos como ensimismados y casi extasiados. No había en él ninguna exageración, nada especial; pero quien estaba junto a él y lo observaba, no podía hacer menos que rezar también bien, percibiendo en el rostro un insólito esplendor, reflejo de su viva fe y de su ardiente amor por Dios.

Cuando rezaba con nosotros (¡oh!, ¡el inefable recuerdo que todavía me llena el corazón de dulzura!), su voz destacaba entre las nuestras tan

armoniosa y con un tono tan singular, que nos provocaba ternura y nos incitaba poderosamente a rezar con más ardor. No se me olvidará jamás lo que sentía al verle dar la bendición de María Auxiliadora a los enfermos. Mientras recitaba el *Ave Maria* y las palabras de la bendición, se podría decir que su rostro se transfiguraba: sus ojos se llenaban de lágrimas, y la voz le temblaba en los labios. Para mí esos eran señales de *virtus de illo exibat* (Lc 6,19); por ello, no me maravillaba por los efectos milagrosos que iban a continuación, es decir, eran consolados los afligidos y sanados los enfermos. (...)

12. Como nos quería Don Bosco¹²⁾

En segundo lugar, hemos de imitar a Don Bosco en la educación y santificación de la juventud. Pero dado que, en él, apostolado y perfección religiosa fueron, como dije antes, dos actos simultáneos y casi fundidos en uno, así sucede que, a menudo, al imitarlo se dé en primer lugar el apostolado entre los jóvenes, porque es algo que llama más la atención.

Pero no nos olvidemos: la perfección religiosa es el fundamento del apostolado, y si falta el fundamento, nuestro edificio educativo se arruinará al primer azote de la tormenta. Quién sabe si alguno de vosotros, oh queridísimos, no se ha hecho ya esta pregunta: «¿Por qué, a pesar de afanarme día y noche por educar bien a los jóvenes confiados a mí, recojo tan pocos frutos? En los estudios, a base de esfuerzo, todavía avanzan; ¡pero no consigo formarles el carácter, ni cultivar buenas vocaciones; y mis jóvenes, aún antes de haber terminado sus estudios en el mundo, ¡olvidan fácilmente los sanos principios que he sembrado en ellos! ¿Por qué?»

Creo que la respuesta puede encontrarse en estas líneas. El gran éxito de Don Bosco en la educación de la juventud ha de ser atribuido más a la santidad de su vida que a la intensidad de su trabajo o a la sabiduría de sus enseñanzas y de su sistema educativo.

Aclarado este punto, diré que, para imitar el apostolado del padre entre los jóvenes, no basta con sentir por ellos una cierta atracción natural, sino que es necesario realmente tener predilección por ellos. Esta predilección, en su estado inicial, es don de Dios, es la misma vocación salesiana; pero

¹² De la carta circular sobre *Don Bosco nostro modello nell'acquisto della perfezione religiosa, nell'educare e santificare la gioventù, nel trattare col prossimo e nel far del bene a tutti* (18 de octubre de 1920), en LC 340-346.

corresponde a nuestra inteligencia y a nuestro corazón desarrollarla y perfeccionarla.

La inteligencia reflexiona sobre el ministerio recibido del Señor, para poderlo cumplir convenientemente: *vide ministerium quod accepisti in Domino, ut illud impleas* (Col 6,17). Ella piensa en la grandeza del ministerio de instruir a la juventud y de formarla en la virtud genuina y firme; de sacar un hombre íntegro del niño, como el artista saca la estatua del mármol; de hacer que los jóvenes pasen de un estado de inferioridad intelectual y moral a un estado superior; de formar el espíritu, el corazón, la voluntad y la conciencia por medio de la piedad, de la humildad, de la dulzura, de la fuerza, de la justicia, de la abnegación, del celo y de la edificación, injertadas en ellos sin darse cuenta por el ejemplo. En fin, la inteligencia, en la perspectiva del apostolado juvenil, intuye, medita y comprende toda la belleza de la pedagogía celeste de Don Bosco, e inflama el corazón, para que la practique amando, atrayendo, conquistando y transformando.

La predilección es perfección de amor: está entonces sobre todo en el corazón que se forma, y se forma amando. Es necesario, oh queridísimo, que queramos a los jóvenes que la Providencia confía a nuestros corazones, como los sabía querer Don Bosco. No os digo que sea algo fácil, pero es aquí donde se encuentra el secreto de la vitalidad expansiva de nuestra Congregación.

Es necesario decir, sin embargo, que Don Bosco nos quería de una manera única, solamente suya: sentíamos una atracción irresistible, pero la lengua no encuentra las palabras para hacérselo entender a quien no lo ha experimentado en su persona, y ni la más vívida fantasía puede representarlo con imágenes aptas para dar una idea exacta.

Todavía ahora me parece sentir la suavidad de su predilección hacia mí que era un jovencito: me sentía como aprisionado por una fuerza afectiva que me alimentaba los pensamientos, las palabras y las acciones, pero no sabría describir mejor este estado de mi ánimo, que era el mismo de mis compañeros de entonces... me sentía amado de un modo que nunca antes había experimentado, que no tenía nada que ver ni siquiera con el vivísimo amor que me tenían mis inolvidables padres.

El amor de Don Bosco por nosotros era algo único y superior a cualquier otro afecto; nos envolvía a todos completamente, en una atmósfera como de alegría y felicidad, de la que eran desterradas penas, tristezas, melancolías: nos penetraba el cuerpo y el alma de tal forma que no pensábamos más ni a uno y a otra; estábamos seguros de que el buen padre pensaba en

nosotros, y este pensamiento nos hacía completamente felices.

¡Oh, era su amor el que atraía, conquistaba y transformaba nuestros corazones! Cuanto se ha dicho sobre esto en su biografía es muy poca cosa comparado con la realidad. Todo en él ejercía en nosotros una poderosa atracción: su mirada penetrante y a veces más eficaz que una predicación; un sencillo movimiento de cabeza; la sonrisa que le florecía continuamente en los labios, siempre nueva y diferente, y sin embargo siempre serena; la flexión de la boca, como cuando se quiere hablar sin pronunciar palabra; las mismas palabras con una cadencia en vez de con otra; el porte de la persona y su andar grácil y desenvuelto: todas estas cosas obraban en nuestros corazones juveniles como un imán del que no era posible separarse; y aunque hubiésemos podido, no lo habríamos hecho ni por todo el oro del mundo, tan felices éramos por su singularísima influencia sobre nosotros, que para él era lo más natural, sin estudio ni esfuerzo ninguno.

Y no podría ser de otro modo, porque de cada palabra y acto suyo emanaba la santidad de la unión con Dios, que es la caridad perfecta. Él nos atraía por la plenitud del amor sobrenatural que se le reavivaba en el corazón, y que con sus llamas absorbía, unificándolas, las pequeñas centellas del mismo amor, suscitadas por la mano de Dios en nuestros corazones. Éramos suyos, porque cada uno de nosotros tenía la certeza de que él era verdaderamente un hombre de Dios, *homo Dei*, en el sentido más expresivo y comprensivo de la palabra.

De esta atracción singular brotaba la obra conquistadora de nuestros corazones. La atracción a veces se puede ejercitar también con simples cualidades naturales de mente y de corazón, de trato y de comportamiento, que hacen simpático a quien las posee; pero la simple atracción después de poco tiempo se amortigua hasta desaparecer del todo, si no desemboca en inexplicables aversiones y contrastes.

No era así como nos atraía Don Bosco: en él los numerosos dones naturales se convertían en sobrenaturales por la santidad de su vida, y en esta santidad se encontraba el secreto de aquella atracción que conquistaba para siempre y transformaba los corazones.

Él, por consiguiente, en cuanto había conquistado nuestros corazones, los moldeaba como quería con su sistema (totalmente suyo en la forma de practicarlo), al que quiso llamar preventivo en oposición al *represivo*. Pero este sistema - como él mismo declaraba en los últimos años de su vida mortal - no era otro que la *caridad*, es decir, el amor de Dios que se dilata para abrazar a todas las criaturas humanas, en especial a las más jóvenes e inexpertas, para infundir en ellas el santo temor de Dios.

¡Oh, nuestro buen padre siempre ha avanzado (y lo confesaba con sencillez él mismo) como el Señor le inspiraba y las circunstancias exigían, movido solamente por su ardiente afán de salvar almas y de infundir en los corazones el santo temor de Dios!

Toda su pedagogía se la inspiró el Señor, y es por ello nuestra herencia más valiosa. Pero esta, oh queridísimos, se resume en dos palabras: la caridad y el temor de Dios. En primer lugar, la caridad en nosotros (y notad que diciendo caridad pretendo decir amor a Dios y amor al prójimo llevados a la perfección querida por nuestra vocación), y después el uso de todos los medios - y son incontables - y de todos los santos afanes de los que la caridad es siempre fecunda para infundir en los corazones el santo temor de Dios.

Meditad seriamente y analizad lo más detalladamente que podáis esta *Magna Charta* de nuestra Congregación, que es el Sistema Preventivo, apelando a la razón, a la religión y a la *amorevolezza*; pero en última instancia tendréis que estar de acuerdo conmigo en que *todo se reduce a infundir en los corazones el santo temor de Dios: infundirlo, digo, es decir, enraizarlo de tal forma que quede para siempre*, también en medio de la furia de las tempestades y tormentas de las pasiones y tejemanejes humanos.

Esto es lo que hizo nuestro venerable padre durante toda su vida; esto es lo que quiso que consideren sus hijos en la práctica del Sistema Preventivo. Todo su estudio, todos sus cuidados más que maternos solo procuraban impedir la ofensa de Dios y hacernos vivir en su presencia como si lo hubiésemos visto realmente con nuestros ojos.

¡Dios te ve!, era la palabra misteriosa que susurraba frecuentemente a la oreja de tantos; *¡Dios te ve!*, repetían en un lugar y otro los carteles pegados; *¡Dios te ve!*, era, podemos decir, el único medio coercitivo de su sistema para obtener la disciplina, el orden, el esfuerzo en el estudio, el amor al trabajo, la huida de los peligros y de las malas compañías, el recogimiento en la oración, la frecuencia en los sacramentos, la alegría expansivamente clamorosa en los recreos y en las diversiones.

Al pensamiento de la presencia divina unía él el de la salvación del alma. *¡Salvar almas!* fue la contraseña que quiso grabada en el escudo de su Congregación, se puede decir que fue su única razón para existir: primero se procura salvar la propia alma y después las de los demás. Ayudarle a salvar nuestra alma era el regalo más precioso que podíamos hacerle, era la gracia, el favor que nos pedía con inefables insinuaciones, porque su única aspiración, el fin único de su apostolado entre nosotros, era conducir todas

nuestras almas al paraíso para ver a Dios cara a cara.

En fin, infundía estos tres pensamientos con tanta dulzura y suavidad, que no podíamos no sentirnos invadidos por sus mismos sentimientos; y tenían buena impresión hasta los más rebeldes, en los cuales floreció después la conciencia conmovedora de sus errores, con sincero arrepentimiento y regreso al bien, como pude experimentar más de una vez, con inmenso consuelo para mi alma, también durante estos años de rectorado.

También nosotros, oh queridísimos, hemos de procurar antes de nada infundir en nuestros jóvenes estas tres verdades de forma que destaquen fácilmente a sus ojos, aunque no lo hagamos explícitamente en nuestros discursos.

Por otra parte, no hemos de temer hablar con frecuencia de ellas, especialmente en las conversaciones familiares en el patio, y en las individuales y más íntimas, a veces necesarias para trabajar mejor un alma.

Si no estamos en guardia, hemos de temer fuertemente que algunos de nosotros, aunque animados por una voluntad óptima y celo por el bien, no sepamos cumplir convenientemente esta parte principalísima, esencial de nuestra educación salesiana.

Está el peligro de que se dejen llevar demasiado por la pasión por el estudio clásico o profesional, o por los juegos y las sociedades deportivas, y que reduzcan la formación espiritual de los jóvenes a impartirles una instrucción religiosa esporádica, inconstante, y por ello ni convincente ni duradera, y al cumplimiento de las pocas prácticas de piedad cotidianas y dominicales, hechas con gran furia y por costumbre, casi como para quitarse de encima un aburrimiento o un peso.

No es que se deban de aumentar las prácticas de piedad: estas han de ser ni más ni menos que aquellas prescritas, pero es necesario hacerlas de tal forma que estén animadas por aquella convicción profunda que solo se obtiene cuando se logra que sean estimadas y amadas por los jóvenes, como sabía hacer Don Bosco.

No queráis creer que este peligro es muy lejano, ni considerarlo como una exageración pía de quien os escribe. ¡Oh no, por desgracia! Está en la atmósfera que se respira hoy en día la tendencia de contentarse con las apariencias externas en la educación de nuestros jóvenes, de modo que fácilmente se descuidan los mil esfuerzos que realizaba nuestro Don Bosco para infundir en las almas un santo horror al pecado y una peculiar atracción por las cosas espirituales.

Pero nuestro método educativo, ¿no consiste, acaso, completamente en «poner a los jóvenes, en la medida de lo posible, en la imposibilidad de

ofender a Dios»? Ahora bien, esto no se logra reprimiendo los desórdenes después de que tengan lugar, porque entonces, decía Don Bosco, ya se ha ofendido a Dios; ni mediante la búsqueda de todas las formas posibles de prevenirlos, siendo moralmente imposible prevenirlos todos, sino con la vigilancia más escrupulosa.

Es necesario infundir el temor de Dios en los corazones de los jóvenes, alimentado por el deseo vivísimo de salvar el alma. Solo así se conquistan y se transforman realmente los corazones de los jóvenes; solo así podremos decir que en nuestra casa se educa y se santifica la juventud que afluye a los oratorios festivos y diarios, a los colegios, a los internados y a los demás institutos que la Providencia va confiando poco a poco a nuestros cuidados.

Este punto es la clave para aplicar bien el Sistema Preventivo; pero quizás se descuida un poco, no por falta de buena voluntad, sino porque se refiere a cosas que trascienden los sentidos, cosas que para poder ser comunicadas eficazmente a los demás, primero han de ser sentidas profundamente dentro de uno mismo.

Sin este sentido profundo de la vida sobrenatural, buscaremos en vano ser profesores válidos, es más, especialistas en el arte de la enseñanza; asimilaremos en vano las enseñanzas y las máximas educativas de nuestro venerable padre; nos esforzaremos en vano en imitar y reproducir la bondad condescendiente y la firmeza prudente: tal vez podremos lograrlas en apariencia, pero los frutos no se corresponderán con las fatigas: *Hic labor, hoc opus est!* (¡este es el trabajo, esta es la fatiga!).

Procuraremos pues, oh queridísimos, que nuestra misión educativa sea eminentemente sobrenatural, como la de Don Bosco, y encontraremos el Sistema Preventivo mucho más fácil y fructífero, también en sus particularidades más pequeñas: reinará en nosotros y en nuestro entorno aquella *amorevolezza* y familiaridad tan inculcada por el venerable en la letración que escribió desde Roma a todos sus hijos del Oratorio, cuatro años antes de dejar este mundo.

13. La ciencia necesaria para el salesiano sacerdote¹³⁾

Los que ingresan en nuestra Pía Sociedad, asumen la obligación de vivir según el espíritu, los ejemplos y las enseñanzas de su venerable fundador.

¹³ De la carta circular sobre *Don Bosco modelo del Sacerdote Salesiano* (19 de marzo de 1921), en LC 388-400.

Pero este deber no obliga a todos del mismo modo: a los superiores les incumbe más gravemente que a los simples curas, y a estos más que a los clérigos y a los hermanos laicos.

Entonces, solo el cura salesiano puede revivir en sí a Don Bosco en toda la plenitud de su personalidad, porque solo quien es cura puede imitar integralmente a otro cura. Pero, repito, más allá de tener la posibilidad, tiene el estricto deber. Si los santos Padres de la Iglesia decían que el sacerdote ha de ser otro Jesucristo: *Sacerdos alter Christus*, no me parece que esté pidiendo demasiado al repetiros a cada uno de vosotros: «¡El sacerdote salesiano ha de ser en todo y siempre otro Don Bosco!».

Y añadido que, para conseguir este fin, ante todo, hemos de esculpir bien en nuestra mente lo que solía decir nuestro buen padre cuando hablaba de los sacerdotes: - ¡El cura es siempre cura, y así ha de manifestarse siempre! (...)

Ahora bien, nuestro venerable padre, con su dicho: «El cura es siempre cura, y así ha de manifestarse siempre», quería, ante todo, que sus hijitos sacerdotes comprendiesen bien la grandeza y sublimidad de su carácter, de su oficio, de su poder; porque cuanto más se conoce y se aprecia la dignidad de la cual se está revestido, se pondrá mayor diligencia para conservar íntegro y puro el esplendor. Creedme, oh queridos, que lo primero que hemos de hacer para llevar a la práctica el dicho de nuestro fundador, es hacernos familiar, diría cotidiana, la meditación de la excelsa dignidad sacerdotal, no para ensoberbecernos, sino para incitarnos a comportarnos de un modo digno de la misma. Repitamos frecuentemente a nosotros mismos las hermosas palabras de san Efrén: «¡Oh potestad inefable! ¡Oh cuán grande profundidad contiene en sí el formidable y admirable sacerdocio! - *O potestas ineffabilis! O quam magnam in se continet profunditatem formidabile et admirabile sacerdotium!*»

Esta consideración asidua tendrá la virtud de producir en nosotros, cada vez un poco, queridos sacerdotes míos, ese profundo e íntimo convencimiento de nuestra verdadera grandeza, que es sumamente necesario, sobretodo en nuestros días (...), de modo que podamos seguir siendo curas, *siempre curas en cada instante*, como lo fue Don Bosco, como lo fue el venerando Don Rua, como lo fueron muchos otros hermanos nuestros, que ya nos precedieron en la patria beata.

Pero esto no es, por decir de algún modo, más que el fondo del cuadro, la condición preliminar para la imitación perfecta de nuestro modelo; nosotros no hemos de limitarnos, pues, a esto, sino dedicarnos también a un estudio asiduo y amoroso de las líneas morales que hemos de reproducir

en nosotros. (...)

Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius. Con estas palabras el profeta Malaquías (Mal 2,7) nos advierte de que una de las cualidades del sacerdote es la ciencia. Ahora bien, si esto es verdad para todos los sacerdotes en general, lo es de una forma particular para aquellos que, como nosotros, se consagran a la educación y a la instrucción de la juventud. Y ya que la ciencia no se conquista sin el estudio, se deriva de ello que hemos de estudiar. Sí, queridos míos, hemos de estudiar, para que no se cumpla en nosotros el terrible vaticinio de Oseas (Os 4,6): *Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi*: Por haber rechazado el conocimiento, yo te rechazaré de mi sacerdocio. (...)

El estudio es necesario desde el punto de vista moral y sobrenatural, para considerar nuestra piedad y confirmar nuestro apostolado en medio de los jóvenes; y desde el punto de vista intelectual, para no dejar que nuestras facultades se atrofien por la inercia, para completar, según las exigencias de los tiempos, la primera formación intelectual que hemos recibido en la escuela, y también para estar a salvo de las traiciones de la memoria, y custodiar intacto el tesoro de las cogniciones ya adquiridas.

Hemos de perseverar en el estudio con seriedad, voluntad firme y constancia, intentando asignarle un lugar fijo en nuestro horario diario, según las posibilidades y las exigencias del oficio propio, y no solamente el tiempo en el que sepamos qué hacer. Poco o mucho, conviene estudiar cada día, porque un estudio hecho de modo inconstante no logra su objetivo, y poco a poco se termina abandonándolo del todo. (...)

Es necesario, sin embargo, evitar también el exceso opuesto: apasionarnos tanto por el estudio que venga en detrimento de nuestra vida interior y de los demás deberes de nuestro ministerio. (...)

El estudio de la Sagrada Biblia, el *liber sacerdotalis* por excelencia, ha de tener la precedencia sobre todos los demás, porque, según el Apóstol, sirve para enseñar, para convencer, para corregir, para formar en la justicia. *Omnis scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in iustitia* (2 Tim 3,16). Los Santos Padres se formaron en la Sagrada Biblia; y los grandes fundadores de Órdenes religiosos siempre dieron como regla a sus seguidores la lectura diaria de algún fragmento. Esto nos lo recomienda también Don Bosco, que hizo una prescripción precisa en las Constituciones, donde leemos que los *sacerdotes*, y todos los socios que aspiran al estado clerical: *su esfuero principal estará dirigido con el máximo empeño al estudio de la Biblia* (artículos 101-102).

Sean, pues, los libros santos nuestro pasto cotidiano: no los leamos como haría un curioso, un simple literato o un simple historiador, sino con profundo respeto religioso, en forma de meditación afectiva más que como simple estudio, esforzándonos de penetrar bien en esas expresiones tan luminosas y profundas, y tal vez aprendiendo de memoria aquellos versículos que nos puedan servir mejor en las meditaciones y en el ejercicio del ministerio. (...)

Al estudio amoroso de la Sagrada Biblia ha de unirse el de la Teología Dogmática, en nuestros días más necesario que nunca, no solo para conocer a fondo las verdades de la fe, su razonabilidad, su necesidad para nuestro verdadero bien, temporal y eterno, sino también para saber dar razón a los detractores: *ut potens sit exhortari in doctrina sana, et eos, qui contradicunt, arguere* (1^a Tm 1,9), y ello de un modo adaptado a las condiciones de cada uno, sea docto o ignorante, ya que: *sapientibus et insipientibus debitor sum* (Rm 1,14), dice san Pablo; y sobre todo para hacernos más idóneos para el cumplimiento eficaz de nuestra misión de educadores cristianos. (...)

Por último, el estudio de la *Teología Moral, Pastoral, Ascética y Mística*, amén del *Derecho Canónico* según el nuevo Código, ¡qué necesario que sea bien profundizado! Dado que, en palabras del venerable Cafasso, «la Teología Moral, considerada en su aplicación, se puede decir que es inagotable e infinita, como infinitos son los añadidos y las circunstancias que pueden modificar las simples acciones y el juicio que se debe hacer de ellas»; así el sacerdote ha de estudiarla durante toda la vida.

Lo mismo ha de ser dicho de la Teología Pastoral, de la Ascética y de la Mística, las cuales, en ciertos aspectos, se pueden considerar como complemento y perfección de la Teología Moral. Por desgracia estas tres ramas de la Teología no son convenientemente apreciadas por todos, y como mínimo son consideradas solo como legado de unos pocos sacerdotes privilegiados. Este es un error por el cual no pocos sacerdotes descuidan su estudio, permanecen ineptos en la dirección de las almas y en elevarlas al nivel de santidad que al que Dios las llama.

En la dirección de las almas conviene cuidar no solo el *minimum* de la obligación, sino también el *maximum* de la perfección posible; y esto sirve también respecto a los jóvenes confiados a nuestros cuidados. Hemos de procurar que sean santos, aunque no lo parezcan; pero no podremos lograrlo si no conocemos bien la teología ascética y la mística. Diciendo mística no me refiero a hechos extraordinarios de la vida sobrenatural, sino solo a la perfección cristiana alcanzada con la oración vocal, meditativa,

afectiva y contemplativa, como enseña nuestro dulcísimo san Francisco de Sales. (...)

Nuestro venerable padre poseía totalmente esta ciencia, y conocía también el secreto para sembrarla en los corazones jóvenes, sin hacer siquiera mención; y así nos dio un Domingo Savio, un Francisco Besucco, un Miguel Magone, y toda una falange de jóvenes y hermanos santos. Pero este secreto no se puede enseñar con palabras: es un tesoro precioso que se encuentra solo con la lectura asidua, atenta y amorosa de su vida, ¡y afortunados aquellos que se dedican a ello! ¡Qué maravillas podrán hacer en el campo de la educación!

No menos recomendable es el estudio de la *Historia sagrada, eclesiástica y profana*, que nos equipará con armas poderosas para defender la religión contra los ataques de los adversarios, que suelen hacer de la historia «una conjura contra la verdad», según la expresión de De Maistre. (...) Ahora bien, si conocemos bien la historia, podremos refutar fácilmente estos errores e impedir que se difundan entre el pueblo. Esto hizo también nuestro venerable padre, que siempre se ocupó en hacer conocer al pueblo las grandezas de la Iglesia Católica y del Papa, y así hemos de hacer nosotros también.

El estudio de la sagrada Liturgia es también indispensable. Este es el estudio que más que ningún otro lleva a alimentar el espíritu eclesiástico y sacerdotal, que infunde en el alma amor y reverencia hacia las ceremonias sagradas y hacia las funciones de la Iglesia, que hace penetrar el sentido íntimo de las solemnidades que se siguen en los distintos tiempos del año eclesiástico, que, en una palabra, nos hace vivir de la misma vida de la Iglesia, nuestra madre. (...)

Con motivo de nuestra condición especial de educadores hemos de cultivar también las *ciencias naturales profanas*. Por lo tanto, con la lectura de alguna obra de los maestros del pensamiento contemporáneo y de alguna buena revista católica seguimos, con un criterio sano y sabia dirección, el movimiento de las ideas del nuevo tiempo, los descubrimientos hechos en el mundo de las ciencias, la táctica actual de los enemigos de la Iglesia, las nuevas formas que adopta el error, las objeciones contemporáneas contra las verdades cristianas, y así sucesivamente.

Pero también aquí demos preferencia al estudio de aquellas ciencias que nos lleven más directamente a alcanzar mejor el fin que tuvo Don Bosco al fundar la Pía Sociedad. Penetremos entonces con cuidado afectuoso el pensamiento educativo de nuestro venerable padre, y procuremos profundizar nuestros *conocimientos pedagógico-didácticos*, inspirán-

dolos siempre en los conceptos y directrices que forman la base de nuestro sistema educativo.

Además, cultivemos con amor y con vivo interés los *estudios clásicos*, especialmente de latinidad, reffloreciendo los clásicos cristianos, para que su pensamiento penetre en las almas jóvenes y sirva de antídoto del pensamiento de los clásicos paganos. Recordemos a propósito de esto cuántos sacrificios hizo Don Bosco para difundir las obras de estos grandes maestros de las letras y de la vida cristiana. (...)

¡Persuadámonos bien, queridos, de que el estudio es absolutamente necesario para que sigamos siendo sacerdotes de Jesucristo, sacerdotes en el espíritu y en la dirección habitual de los pensamientos, sacerdotes en el corazón y en el ministerio: sacerdotes como nos quiso y como fue Don Bosco!

14. El perfeccionamiento de la propia vida espiritual¹⁴⁾

El ardor por la cultura de nuestra vida intelectual no bastaría, oh queridísimos, para hacernos reconocer como dignos hijos de Don Bosco, si no nos estimulase, a la vez y con intensidad multiplicada, a perfeccionar nuestra vida moral, religiosa y apostólica.

Entre los varios fines del estudio enumerados por san Bernardo, solo los dos últimos son dignos de nosotros: *ut aedificentur, et prudentia est; ut aedificent, et hoc caritas est*. Por ello, que nos guíe la prudencia a la hora de pensar y reconocer lo que hemos de hacer *ut aedificemur*, para santificarnos: solo cuando hayamos provisto para nuestra santificación, podremos lograr santificar a los demás. Más en concreto, si queremos que el apostolado entre los jóvenes sea fructífero, hemos de emplear nuestros estudios a la adquisición de la *vida interior*.

El abad Chautard, en su libro: *El alma de todo apostolado*, escribe oportunamente:

«*Vivir consigo y en sí, querer gobernarse a sí mismo, y no dejarse gobernar por las circunstancias, reducir a la imaginación, la sensibilidad y la misma inteligencia al papel de servidores de la voluntad y conformar siempre la propia voluntad con la voluntad divina, es un programa que cada vez tiene menos partidarios en este siglo de agitación que ha visto nacer un*

¹⁴ De la carta circular sobre *Don Bosco modelo del Sacerdote Salesiano* (19 de marzo de 1921), en LC 401-405, 418-421.

nuevo ideal concretado en esta frase: *el amor de la acción por la acción*. (...) Los negocios, las atenciones de familia, la higiene, el buen nombre, el amor a la patria, el prestigio de las corporaciones, hasta la pretendida gloria de Dios, son tentaciones para no *vivir en nosotros mismos*. Esta especie de delirio de la vida exterior llega a ejercer en nosotros una sugestión irresistible».

No pretendo hablar aquí de la necesidad de la vida interior: permítaseme, sin embargo, indicar lo más importante para la sólida formación de nuestra vida moral y religiosa de sacerdotes salesianos, para animarme a mí y a vosotros a ponerlas en práctica. En esta formación, oh queridos, hemos sobre todo de tener siempre muy claro en nuestra mente *el objetivo de nuestra vida*, que es solo la gloria de Dios mediante nuestra santificación y salvación.

A la vista del fin después ha de ir unida la estima sobrenatural de nuestra vocación sacerdotal, y la conciencia perenne del grave deber que nos impone de servir a las almas para ganarlas para Dios, de ser mediadores entre Dios y los hombres, redentores y santificadores en unión con Jesucristo, sacerdote eterno.

Y, lo que es más, no olvidemos que hemos de alcanzar este fin esencial del sacerdocio en la obediencia asignada por los superiores, y según la medida de nuestros talentos y de las gracias recibidas. No hay necesidad de cumplir obras grandiosas o actos heroicos de virtud que no nos vengan impuestos por nuestro estado: basta que nos apliquemos en vivir y actuar de la obediencia con espíritu de perfecta conformidad a lo voluntad divina y de unión íntima con Jesucristo, haciendo del mejor modo posible todas nuestras acciones ordinarias, y elevando, con la intención, hasta las más pequeñas e indiferentes al grado de obras meritorias para la vida eterna. (...)

Tengamos cuidado, sin embargo, del error muy común y pernicioso de aferrarnos a esta práctica de las virtudes ordinarias y a esta lucha contra las inclinaciones perversas, sin unirles el deseo vivo de una perfección mayor, y el esfuerzo constante por conseguirla.

Es la pereza espiritual la que suele inducir a semejante inercia, y también un falso concepto de lo que exige la vocación. No basta un programa mínimo de virtudes, un nivel de moralidad solo suficiente para mantener el alma en la gracia santificante, una observancia mediocre de las normas generales de la vida sacerdotal, comunes a todos los curas seculares. Nuestra vocación nos obliga no solo a tender a la santidad: *Haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra (ITs 4,3): ut essemus sancti, et*

immaculati (Ef 1,4), sino también a conquistarla en el nivel más perfecto que nos sea posible, con horror a todo mal y con amor a todo bien, ya que, como dice santo Tomás, la santidad *amovet a malo, facit operari bonum, et disponit ad perfectum*.

Una de las ayudas más válidas en esta obra de nuestra santificación la tenemos en las Constituciones que nos ha dado nuestro venerable fundador. El sacerdote salesiano que medita profundamente las Constituciones y se esfuerza en ponerlas en práctica con exactitud, puede en poco tiempo elevarse hasta la perfecta unión con Dios, a esa unión que es la esencia de la santidad, y que en Don Bosco era ininterrumpida, a pesar de la multiplicidad de sus ocupaciones. (...)

La Regla, sin embargo, no determina más que las líneas generales en orden a nuestra santificación; es necesario, pues, integrarla y vivificarla con la genuina tradición salesiana, tradición que encontramos contenida en los Reglamentos, en las primitivas Deliberaciones Capitulares, en las cartas y en las circulares mensuales de los superiores mayores; y en el conjunto de pequeñas particularidades y costumbres especiales que se transmiten verbalmente y se conservan en la casa madre. (...)

Hemos de permanecer como nos quiso Don Bosco, y cambiaríamos la fisonomía que dio a la Pía Sociedad si, movidos por demasiado celo de santidad exterior, quisiésemos dar a nuestra vida una variedad de prácticas de devoción, las cuales, a pesar de ser óptimas para otros institutos, tienden a desnaturalizar el carácter de espiritualidad íntima y no aparente que Don Bosco dio al suyo. Sería un mal peor si se cayese en el extremo opuesto y, malinterpretando las intenciones del fundador, se entendiese que para ser sus seguidores bastaría con tener la pasión por la juventud, la tendencia a la escuela y a la vida ruidosa en medio de las multitudes juveniles, siempre que no se tenga la atención diligente de ejercitarse activamente en la propia santificación. (...)

Junto al sacramento de la misericordia de Dios, y en cierto modo casi complemento del mismo, sea como remedio, sea como consuelo en las múltiples dificultades que ofrece la conquista de la perfección religiosa, está la *dirección espiritual*, y de ella también pretendo, mis queridos sacerdotes, hablaros brevemente.

La dirección espiritual es el conjunto de consejos, de normas teóricas y prácticas, que una persona sabia y experimentada en los caminos del espíritu, da a un alma que desea progresar en la perfección.

En los antiguos monasterios esta dirección era una con la rendición de cuentas: el religioso manifestaba al superior con confianza filial toda su

conciencia, y era dirigido *en fuero externo y en fuero interno*.

La santa Iglesia, sin embargo, en defensa de la libertad de conciencia, ha establecido que la rendición de cuentas gire solo sobre lo externo, como también advierten expresamente nuestras Constituciones; no excluyendo, sin embargo, que el religioso pueda libremente abrirse por completo al superior. Quien tenga, por tanto, una confianza ilimitada en su superior, y sienta que puede revelar hasta las cosas más íntimas de su alma, puede hacerlo, lo que le reportará inestimables beneficios.

Quien, sin embargo, prefiere limitar su rendición de cuentas a las cosas exteriores (nadie debe omitir nunca su realización mensual), recuerde que una dirección espiritual le es indispensable, aunque sea sacerdote, y procure por ello tenerla con quien le inspire mayor confianza.

Naturalmente el confesor, no siendo solamente juez, sino también médico y maestro, amigo y padre, conociendo mejor que nadie nuestras cualidades espirituales y el conjunto de nuestra vida, puede, en el sacramento y fuera de él, ser nuestro acompañante en el camino de la perfección religiosa, tanto más que, en nuestro caso, él mismo está obligado a perseguir nuestra propia perfección y a vivir con el mismo espíritu religioso.

He dicho, queridos, que la dirección espiritual nos es indispensable también si somos sacerdotes: el sacerdocio y la profesión religiosa nos dan una obligación mayor, ya que como sacerdotes y como religiosos, estamos obligados a una perfección mayor de la que se podría exigir a los simples cristianos. De hecho, sin una firme dirección espiritual, es casi imposible llegar a la perfección: este es el sentimiento unánime de los Padres y Doctores de la santa Iglesia, y de todos los hombres espirituales que florecieron a lo largo de los siglos cristianos. - Quien se apoya sobre su propio juicio, asegura Casiano, no llegará jamás a la perfección, y no podrá huir de las ilusiones del diablo (*Conf.* II, 14, 15). Y san Vicente Ferrer: - Nuestro Señor, sin el cual no podemos nada, no concederá jamás su gracia a aquel que, teniendo a su disposición a un hombre capaz de instruirlo y dirigirlo, descuida este medio poderoso de santificación, creyendo que se basta a sí mismo, y que puede con sus propias fuerzas buscar y encontrar lo que le es útil para la perfección del alma.

Este de la dirección es el camino regio que guía con seguridad a los hombres hacia la cima de la escalera misteriosa donde se encuentra el Señor: es el camino que han recorrido los santos: *hanc viam tenuerunt omnes sancti*. Solo unas pocas almas privilegiadas, privadas sin su culpa de un director espiritual, fueron guiadas inmediatamente por Dios con explicaciones personales; pero esta es la excepción, y no la regla (*De vit.*

sp., II, I).

Sobre todo, dice san Gregorio Magno, hay que intentar encontrar un buen guía y un buen maestro (*Lib. de Virg.*, c. 13). – Es un gran orgullo, continúa san Basilio, creer que no se tiene necesidad de consejo (*In cap. I Isaiæ*). – Son pobres ilusos, exclama a su vez san Juan Clímaco, aquellos que, confiando en sí mismos, han creído que no tienen necesidad de guía. (*I Grado*, c. 2). – El que presume de ser su propio maestro y guía, dice san Bernardo, se hace discípulo de un insensato (*Epist.* 87).

En definitiva, oh mis queridos sacerdotes, de todos los escritos de los hombres espirituales se alza una voz unánime para indicarnos la necesidad de la dirección espiritual, la cual, si queremos penetrar bien en el espíritu de nuestras Reglas, también nos es inculcada por el artículo 18, donde nos invitan a manifestar a los superiores, con sencillez y espontaneidad, las infidelidades exteriores cometidas contra las Constituciones, y también nuestro aprovechamiento de la virtud, a fin de que podamos recibir de ellos consejo y consuelo, y, si fuese necesario, también las amonestaciones convenientes. ¡La práctica de la dirección espiritual no podría insinuarse de un modo mejor!

No son necesarias más palabras para demostrar esta necesidad; aun así, es útil observar que, cuando oímos decir que alguno se ha alejado de la vida religiosa que había profesado, mientras lamentamos semejante desgracia, invocando con la oración la misericordia de Dios sobre el infeliz, hemos de pensar que semejante desventura no le habría sucedido, ciertamente, si se hubiese confiado a un buen director espiritual, y si hubiese seguido sus consejos y exhortaciones.

Pero la dirección espiritual, mis queridos sacerdotes, no ha de ser algo esporádico y voluble, sino un sistema único y constante de conducta, a la vez teórico y práctico, apto para guiarnos hacia la santidad.

El deber del director espiritual es el de hacernos conocer lo que Dios quiere de nosotros, las virtudes que debemos practicar, los medios a los que hemos de recurrir, los peligros contra los que hemos de prevenirnos para no faltar a nuestra vocación salesiana.

Es él quien ha de estimularnos cuando estamos relajados, y moderarnos en los ardores indiscretos; es él quien ha de frenar nuestra imaginación, y señalarnos la justa medida que debemos tener en la práctica de la virtud, en la elección de las lecturas, y en las relaciones con el prójimo, la verdadera naturaleza de las tentaciones y de las armas más oportunas para combatir las.

Es él quien ha de instruirnos sobre los mejores medios para erradicar

los defectos y conquistar las virtudes; que debe medir nuestra exactitud en las prácticas de piedad, en la observancia de las reglas y en el cumplimiento de los deberes inherentes a la vocación. Ahora bien, esto no lo podemos obtener sino de un guía estable y lleno completamente del espíritu salesiano.

Nuestro patrón, san Francisco de Sales, dice cosas hermosísimas sobre el director espiritual, y muchas vienen al caso. Entre otros, en la *Filotea* (I, 4) dice: «No lo consideres como un simple hombre, no pongas tu confianza en él ni en su ciencia humana, sino en Dios, quien será quien te hable y favorezca por su medio, poniendo en su corazón y en sus labios cuanto sea necesario para tu bien. (...) Ábrele tu corazón con toda sinceridad, manifestándole fielmente cuanto en él hay de bueno y de malo, sin fingimientos ni paliativos, y te sentirás aliviada y fortalecida en tus aflicciones y regulada en tus consuelos; de este modo, el bien será examinado y hecho más seguro, y el mal correcto y remediado: así también nos sentiremos aliviados y fortalecidos en nuestras penas, y nos reservaremos modestos y regulados en nuestros gozos».

15. Vocaciones y espíritu salesiano¹⁵⁾

Más se estudia la vida de Don Bosco, y más emerge la genialidad de su creación. Viendo el odio acérrimo que hervía en sus tiempos contra nuestra santa religión, y de modo particular contra las Órdenes y las Congregaciones religiosas que la revolución estaba suprimiendo con leyes inicuas, también en los Estados hasta entonces católicos; e intuyendo que no le habría sido posible iniciar una nueva familia religiosa en el caso de haberse basado en las que ya habían sido suprimidas, puso a un lado lo que era mera forma exterior, e inició su Sociedad con lo que era mínimamente necesario para la perfección religiosa.

De la terminología tradicional de las Congregaciones de un tiempo, él sustituyó los nombres por otros comunes y menos llamativos; la suya tenía que ser solo una pía sociedad de personas consagradas a la educación de la juventud pobre y abandonada; los socios debían conservar, con los derechos civiles, el dominio radical de sus bienes, aun estando vinculados mediante voto a la práctica de los consejos evangélicos, y por ello siendo realmente pobres en la práctica, no pudiendo hacer ningún acto de

¹⁵ De la carta circular *Sulle vocazioni* (15 de mayo de 1921), en LC 447-462, 464-469.

propiedad sin permiso; tenían que unir el espíritu de iniciativa personal con la debida sumisión al superior: y es de este espíritu que toma nuestra Sociedad esa modernidad genial que le posibilita hacer el bien exigido por las necesidades de los tiempos y de los lugares; en fin, aun habiéndose despedido de los familiares, de los amigos, del mundo para seguir a Jesucristo, esa separación no debía imponer una separación violenta que los obligase prácticamente a romper los vínculos de naturaleza y toda relación exterior: pudiendo perfectamente estar la voluntad totalmente desprendida de todo y de todos, sin necesidad de separación material.

Todo su sistema educativo se reduce a formar voluntades capaces de cumplir su deber y de practicar los consejos evangélicos en grado heroico, no por temor humano, no por coerción exterior, no a la fuerza, sino libremente, por amor.

Su institución es una familia formada únicamente por hermanos que han aceptado los mismos deberes y derechos en la más perfecta libertad de elección y en el amor más vivo a semejante estilo de vida.

Es por esto que él quería fuera de sus casas los ordenamientos y las disposiciones disciplinares que limitasen de cualquier forma la libertad propia de los hijos de familia: cada uno debía observar el horario y el reglamento, no obligado por agentes extrínsecos, sino espontáneamente, por libre elección de la propia voluntad.

Ahora bien, este espíritu de familia, en el cual la autoridad de los superiores no se hace notar con imposiciones militares, sino que es el amor filial el que mueve la voluntad de los súbditos a prevenir incluso sus deseos, este espíritu de familia es el terreno más propicio para las vocaciones; por ello, queridísimos, hemos de conservarlo y aumentarlo celosamente.

Hablando con amigos, conocidos, extraños, hagamos resplandecer este espíritu nuestro en toda su luz, sea mediante la compostura siempre jovial y alegre, sea exaltando la felicidad de nuestro estado todas las veces que se nos ofrezca la posibilidad.

Así, casi sin percatarnos, extenderemos el terreno para las vocaciones, porque no pocos serán inducidos imperceptiblemente a abandonar sus prejuicios sobre el estado religioso, y eventualmente quizás laudarán nuestro estilo de vida, o quizás incluso lo aconsejarán a quien todavía está dudoso acerca de la elección del estado. ¿Y esto no es indirectamente un apostolado vocacional?

Pero, sobre todo, queridos, hemos de conservar este espíritu de familia en los oratorios festivos, en las casas, en los colegios e internados en los que trabajamos, porque solo donde reina este espíritu pueden florecer las

vocaciones.

Generemos, pues, en nuestro entorno esa familiaridad que nuestro buen padre nos describió tan cálida y eficazmente en su célebre carta desde Roma el 10 de mayo de 1884, que es el comentario más auténtico de su Sistema Preventivo. (...)

Los auténticos apóstoles de las vocaciones hacen como el escultor, que antes de ponerse manos a la obra ideada, busca él mismo el bloque de mármol más fino, y después hace que lo lleven a su estudio para trabajarlo con un amor inteligente.

Durante estos años de mi Rectorado he asistido con alegría al gran movimiento juvenil de los alumnos y exalumnos de nuestros institutos; ¡y desde el hondo de mi corazón he elevado más de una vez el himno de acción de gracias al Señor y a la poderosa Auxiliadora nuestra por esta maravillosa abundancia de jóvenes resueltos, reunidos con entusiasmo bajo el estandarte que lleva en cada país del mundo el *Da mihi animas!* de nuestro buen padre!

Cada vez que me vi rodeado por la multitud alegre de los alumnos, observando sus rostros buenos, ingenuos, sobre los que aparecían claramente las hermosas dotes que poseían, me venía espontáneamente el pensamiento de que muchísimos de ellos se habrían consagrado al Señor, en el caso de que hubiesen estado bien encaminados y ayudados a elegir la que él mismo llamó «la mejor parte».

Y en las asambleas memorables de los antiguos alumnos, con tanto destello de hermosas cualidades de mente y de corazón en la plenitud de su desarrollo, también pensaba que tal vez muchos y muchos de ellos habrían abrazado la carrera del apostolado de las almas, si sus superiores y enseñantes los hubiesen dispuesto y trabajado bien.

Mis buenos hermanos, estas cosas no son simples suposiciones y deseos píos; es un hecho que cuando el terreno, aun estando bien preparado y abonado, no da fruto, la culpa ha de asignarse al campesino, que o no ha sembrado, o no ha echado semilla buena, o no se ha preocupado de vigilar para que creciese bien y no fuese comida por los pájaros ni sofocada por la cizaña.

En la inmensa multitud de jovenzuelos que la Providencia manda a nuestras casas, son muchos aquellos que ofrecen un terreno muy apto para producir la flor de la vocación sacerdotal-religiosa, es decir, que tienen cualidades especiales para el estado de perfección; pero, como se ha dicho arriba, es necesario que haya quien sepa encaminarlos convenientemente y guiarlos. Y esto es lo que debemos hacer nosotros, si queremos demostrar

que somos hijos afectuosos de la santa Iglesia y de nuestra Congregación.

¿Cuáles son, pues, las almas jóvenes que ofrecen un terreno más propicio para las vocaciones? Nosotros, oh queridos, hemos de echar el ojo, como hacía nuestro venerable como un auténtico especialista, sobre aquellos que tienen una particular *atracción por la pureza*.

No hablo de esa pureza negativa, inconsciente, que se debe solamente al equilibrio o a la calma del temperamento, o a una ignorancia, afortunada pero efímera, de ciertos misterios de la vida; sino de una pureza positiva, consciente, querida, del adolescente que ya sabe, o al menos empieza a sospechar, de la existencia y la naturaleza de aquellos placeres, que quizás ya siente a su naturaleza inferior arrastrada hacia ellos, y que aun así en su razón, en su corazón, en su alma siente un desdén, un disgusto por tales cosas, y por ello un deseo, una necesidad de mantenerse lejos, para ahorrar a sus ojos, a su imaginación, a su vida el aliento contaminante. (...)

Otra característica que ha de tener el joven para ser un terreno propicio para la vocación, es la *elevación de sentir que aborrece todo lo que es mediocre, banal y vulgar, y anhela grandes cosas*, que ante los bienes y honores terrenos se dice, con los ojos centelleantes de noble fiereza: *Excelsior! Ad maiora natus sum!*

Evidentemente el estado sacerdotal-religioso no puede no tener una atracción fuerte para estos jóvenes, porque es un estado superior a cualquier otro incluso desde el punto de vista meramente humano. Pero en ellos semejante elevación del alma no está, normalmente, más que en estado de embrión, y depende de nosotros desarrollarla mediante la educación.

Aquí principalmente, oh queridos, se debe manifestar toda la valentía del educador salesiano y la bondad del Sistema Preventivo. Este sistema - que es nuestra más valiosa herencia - cuando es bien interpretado y aplicado mejor, nos hará distinguir fácilmente los distintos caracteres de nuestros jóvenes, y nos indicará los medios para mejorarlos a todos, incluso elevando a una mayor perfección aquellos que se sienten llamados a cosas más altas.

Permitidme que os recuerde lo que dije cuando me esforcé en describiros a Don Bosco como nuestro modelo en la educación y santificación de la juventud: ahí puede encontrarse también la norma de lo que hemos de hacer para plasmar a nuestros jóvenes en conformidad con los ejemplos paternos.

Con la práctica de nuestro sistema no permitiremos que se estropeen los caracteres que ya son buenos por naturaleza y por la educación de la familia, vigilando porque los compañeros de naturaleza más terrena no les

atraigan a sus ideas, a sus gustos, a sus proyectos sobre el futuro, a nada, en definitiva, bajo, y ni siquiera común, como serían las aspiraciones a la fortuna, al lujo, al bienestar y a las comodidades, a los placeres vulgares, a los éxitos y a las vanidades mundanas.

Induzcámoslos, con destreza, a *elevantar la mirada hacia un ideal superior*, hacia el bien y la virtud, hacia las alegrías arduas, pero mucho más suaves que procura el deber cumplido y la paz con la propia conciencia, hacia una vida seria, útil y digna.

De cuando en vez en la escuela, en las conferencias, en las «buenas noches», en los recreos, hablemos con entusiasmo de estos nobles ideales; y si alguna vez en los discursos familiares de los recreos alguno manifestase preocupaciones fruto del amor propio o de su interés, no dejemos de condenarlo abiertamente diciendo: «Eso es bajo, es mezquino, es banal, no es digno de un corazón generoso». Es, sobre todo, en estos discursos donde podemos encontrar la ocasión para repetir, bajo mil formas diferentes, la palabra santa del *¡Sursum corda!*

En los primeros volúmenes de la vida de nuestro buen padre podemos encontrar, leyéndolos con amor, una cantera preciosa de normas y de ejemplos para el ejercicio práctico de este apostolado, maravillosamente fecundo de óptimas vocaciones.

Ateorémoslos todos, o queridísimos, teniendo presente, sin embargo, una cosa mucho más importante para nosotros, y es que para Don Bosco los jóvenes más *diablillos/pícaros/traviesos*, como solía llamarles, eran los que ofrecían un buen terreno para la vocación, es decir, los inquietos y vivaces, pero al mismo tiempo ardientes y de tan gran corazón como para sentirse empujados a salir de sí mismos, a amar, y, por consiguiente, a dar, después a darse, y finalmente a sacrificarse totalmente por el bien de los demás.

Sus mejores conquistas fueron entre los niños de semejante naturaleza; muchos todavía vivos pueden confirmar mi testimonio, y si escribiesen los recuerdos de sus primeros años y la génesis de su vocación, ¡cómo destacaría más refulgente el arte del venerable elevando los corazones al deseo y al alcance de la perfección!

Procuremos nosotros también la forma de encontrar semejantes *jóvenes de corazón ardiente y generoso*: una palabra, un movimiento, un acto de gentileza o de caridad en favor de algún compañero, pueden ser las primeras revelaciones: y cultivándolos con un amor sabio, un día u otro recibiremos de ellos la confianza de un principio de aspiración hacia la vida eclesiástico-religiosa, porque poco a poco se abrirá camino en su pensamiento el

hecho de que solo en ese estado podrán satisfacer plenamente la necesidad que sienten de darse y de sacrificarse por los demás.

He dicho «cultivándolos con amor»; porque nuestro trabajo es indispensable para esto, sea para combatir sin tregua su egoísmo, corrigiendo cada mínima manifestación del mismo, sea para acostumbrarlos a hacer frecuentemente pequeños actos de generosidad, mostrándoles, aunque sea con una simple mirada, que estamos contentos y los aprobamos.

Incitémosles a ser generosos con los compañeros y los pobres, pero principalmente en el darse, es decir, siendo serviciales y llenos de actividad en pro del bien. Hagamos que amen el estudio y el trabajo como el camino más seguro para alcanzar pronto el bien hacer.

Iniciémosles con pequeños encargos de las distintas Compañías, con la vigilancia en los recreos, en los juegos, como diversos medios para hacer algo de bien a los compañeros. Estimulémosles a dar consejos, a protestar enérgicamente contra los malos discursos, a difundir el buen espíritu y la piedad de todas las formas...

Que, si para dar será necesario privarse, y para darse y actuar será necesario incomodarse, cansarse, ponerse al frente venciendo la timidez y el respeto humano, y a veces exponiéndose incluso a las mofas y a los escarnios de los demás, entonces la formación será mejor y más segura.

Pero nuestros jóvenes, por muy amantes de la pureza, de la elevación de los sentidos y de la abnegación más generosa, no serán nunca terreno propicio para las vocaciones si no poseen *un profundo espíritu sobrenatural*.

Sepamos que todo nuestro trabajo como educadores ha de mirar, tras las huellas de Don Bosco, a la formación de cristianos convencidos, practicantes, lo que no podremos conseguir sin que sean invadidos por lo sobrenatural. Y este espíritu es todavía más necesario en los jóvenes dotados por el Señor con las cualidades necesarias para el apostolado de las almas.

Estudiemos, pues cómo darles ideas sobrenaturales: embebamos sus mentes de las grandes verdades de la fe, principalmente de aquellas referidas más de cerca a la dirección de nuestra vida, tales como: la grandeza de Dios, sus beneficios y los múltiples títulos que le confieren el derecho absoluto de disponer de nosotros para su servicio; - su infinita amabilidad, la dulzura de la entrega total a Él; - la certeza de la muerte, unida a la incerteza de su hora y del juicio divino que fijará para siempre nuestra suerte feliz o infeliz; - la vanidad y fragilidad de lo terreno; - la importancia capital de la salvación del alma; - la maldad infinita del pecado, el precio inmenso de la gracia, el valor inestimable del alma; - la dignidad y los méritos de los

esfuerzos que el hombre hace para salvarse, la necesidad de seguir a Jesús lo más cerca que sea posible.

Tomemos todas las ocasiones propicias para sembrar profundamente en el ánimo de nuestros jóvenes estas verdades supremas, y ello de un modo natural y persuasivo, más con el ejemplo de nuestra fe que con los discursos.

Acostumbrémosles a hacer una breve lectura cotidiana en forma de meditación, como sugiere el venerable padre en el *Joven instruido*. ¡Qué hermosas y queridas son las lecturas y las consideraciones escritas por él en los primeros años de su apostolado en medio de los jóvenes! ¡Cómo revela en ellas toda su ardiente caridad y su método educativo totalmente inspirado en lo sobrenatural!

Con las ideas sobrenaturales suscitemos en ellos los sentimientos correspondientes: un fuerte temor de Dios (¡oh! ¡Qué eficaz era el ¡Dios te ve! de Don Bosco!), pero un temor templado por una piedad filial; el horror de todo lo que puede ofender a Dios, el miedo al infierno, un vivo deseo del paraíso; el desprecio del mundo, de sus placeres, de sus fastuosidades, de sus máximas y de su espíritu.

Animémosles sobre todo a un amor viril y tierno al mismo tiempo hacia nuestro Señor Jesucristo, el Jesús del Pesebre, del Calvario, de la Eucaristía; a estudiar en el santo evangelio su vida, su fisionomía sublime y dulce; a visitarlo en el tabernáculo, a unirse a Él frecuentemente, es más, cada día, con la santa Comunión, por lo menos espiritual; a amar la santa Iglesia con pasión, a medida que sus mentes van aprendiendo las maravillosas glorias de su historia, de sus obras excelsas, de sus santos.

Además, las ideas y sentimientos sobrenaturales han de hacer florecer en los jóvenes - en una medida compatible con su edad - las *virtudes sobrenaturales*: la caridad, la humildad, la mortificación a la que entrena diariamente la observancia exacta del Reglamento; la abnegación, el celo por las almas.

Para la adquisición de estas virtudes, y sobre todo para la corrección de los defectos, que es condición indispensable, enseñemos a nuestros jóvenes a manejar las poderosas armas del examen general y particular. Así, sin darse cuenta, se formarán en ellos *gustos sobrenaturales*: el gusto de la oración, de la palabra de Dios, de las lecturas devotas, de las funciones de iglesia; y estarán deseosos, felices de servir en la Misa, cada vez que se les ofrezca la ocasión.

Leed, leed, queridísimos, esas auténticas joyas que son las biografías de Domingo Savio, de Miguel Magone, de Francisco Besucco, de Luis

Colle, y encontraréis que Don Bosco, para hacer crecer a su alrededor estas imponderables flores de santidad, hizo precisamente lo que os he dicho ahora.

Ni se piense que esta formación sobrenatural de nuestros jóvenes atañe únicamente al director, al catequista, al confesor: no, no, exige la participación de todos, y por ello también de los enseñantes y de los jefes de taller, de los que a veces, de hecho, quizás dependa en mayor parte, siendo ellos más que nadie los que están en contacto con los jóvenes.

Los maestros, los profesores, los jefes de taller, los asistentes, si están a la altura de su misión y saben aprovechar las ocasiones que tienen continuamente, pueden mejor que nadie infundir el sobrenatural primero en la inteligencia, después en el corazón y en la vida interior de sus alumnos.

El enseñante salesiano ha de estar convencido de la necesidad de dar a los alumnos una firme instrucción religiosa; y la historia, la literatura, la filosofía, las ciencias, las matemáticas, la geografía, ect., les ofrecen a cada instante la oportunidad de por lo menos insinuar alguna verdad religiosa.

Este es uno de los puntos capitales de nuestro sistema educativo: si lo descuidamos, las vocaciones de nuestros institutos se verán inevitablemente reducidas.

16. Sembradores de vocaciones¹⁶⁾

Queridísimos, si hacemos parte de nuestra misión educativa, como la quiso Don Bosco, no podemos contentarnos con preparar el terreno propicio a las vocaciones, con el que os he entretenido hasta ahora: sino que también hemos de plantarlas y cultivarlas amorosamente.

Sobre todo, *plantarlas*, es decir, emplear los medios de los que disponemos para que en ese terreno propicio la vocación nazca realmente y tome forma. Y estos medios son: la oración, las exhortaciones, las lecturas ascéticas, las mil ocupaciones pías en las que Don Bosco fue un maestro incomparable. «Los salesianos tendrán muchas vocaciones con su conducta ejemplar», le dijo el personaje misterioso del sueño; así que para hacer que nazcan numerosas vocaciones en nuestro entorno, hemos de ordenar nuestra conducta, toda nuestra vida al objetivo de la Pía Sociedad, que es *la perfección cristiana de sus miembros, toda obra de caridad espiritual o corporal en bien de los jóvenes, especialmente pobres, y, además, la*

¹⁶ De la carta circular *Sulle vocazioni* (15 de mayo de 1921), en LC 469-473.

formación de seminaristas.

¿Cómo es que Don Bosco, en el primer artículo: *Fin de la Sociedad Salesiana*, ha querido determinar que los socios se ocupen también de la educación del clero joven? No porque debamos ocuparnos directamente de seminarios diocesanos - cosa que, de hecho, nos prohíbe hacer el artículo 77 sin el permiso expreso de la Santa Sede para cada caso particular - sino porque ponemos *esmerado empeño en cultivar en la piedad a los que demuestren buenas disposiciones para el estudio y se distinguen por sus buenas costumbres* (artículo 5). (...)

El venerable Don Bosco hacía depender mucho de la *oración* las numerosas vocaciones que estaba formando. Si ahora nos faltan las vocaciones, ¿quién sabe si no se debe a que no rezamos bien? También en nuestras casas se reza muchas veces mecánicamente, por costumbre, sin reflexión, y entonces, ¿cómo pueden las oraciones alcanzar su objetivo? Pongamos también en ellas intenciones bien determinadas, unidas al mayor fervor que nos sea posible, y experimentaremos su poderosa eficacia sobre el corazón de Dios. (...)

A estas oraciones por las vocaciones unamos el *espíritu de mortificación*, porque la generosidad de Dios es proporcionada a la de nuestros deseos y de nuestras súplicas. Los deseos consistentes solamente en palabras cuestan poco y valen menos; pero los que nos hacen fuertes contra nosotros mismos, que nos hacen vencer las repugnancias, resistir a las malas tendencias, practicar los deberes penosos, soportar los defectos del prójimo, manifiestan a Dios toda la viveza de nuestras aspiraciones, y lo inclinan más fuertemente a atendernos.

No pretendo decir que se deban hacer penitencias apropiadas para obtener vocaciones; nuestro trabajo asiduo y la observancia de las reglas son ya de por sí una mortificación no pequeña; pero ciertamente, harían una obra muy meritoria aquellos buenos hermanos que, no pudiendo hacer otra cosa, imitasen el ejemplo de nuestro venerable padre, que cuando necesitaba una gracia muy importante, se imponía una especial austeridad, logrando así obtener lo que pretendía.

Las almas mortificadas han ejercitado siempre una influencia extraordinaria en el corazón de Dios; es por ello que no os debe maravillar esta afirmación mía: el salesiano humilde, escondido, concentrado siempre en su deber, que de vez en cuando se mortifica valerosamente para obtener vocaciones para la Pía Sociedad, logra suscitarlas sin siquiera pecatarse. (...)

Pero las oraciones y mortificaciones valdrían poco, sin la *conducta*

ejemplar y la *santidad personal* de cada salesiano. Es algo innegable, oh queridísimos, que en las comunidades religiosas las vocaciones van en proporción directa al fervor y a la santidad de sus miembros.

Nuestro buen padre siempre nos inculcó esta verdad en sus exhortaciones, y todavía más con el ejemplo práctico de su santidad, que hacía florecer por doquier las vocaciones, induciendo en los corazones generosidad para seguirlo por el duro camino que él había tomado.

Entonces, es decir, en los primeros años de mi juventud, nosotros considerábamos como un gran honor el ser contados entre sus hijos, y teníamos la firme voluntad de consagrarnos al Señor completamente y no solo a medias, no por los beneficios temporales, sino por la alegría de poder llevar, como él, una vida llena de sacrificios, aunque aparentemente ordinaria y común.

La santidad del padre fue la causa efectiva de la vocación de todos sus hijos: queríamos seguirle, porque emanaba una virtud secreta que nos incendiaba más el corazón, nos iluminaba más el espíritu, nos calmaba más las pasiones, espoleándonos a la vez para imitarlo en todo.

Esta virtud secreta translucía tan habitualmente de su mirada serena, de su sonrisa perenne y de toda su fisionomía, que nosotros lo veíamos ya transfigurado en Dios y en total posesión de esa paz divina y de ese valor sobrehumano que son propios de los santos; por ello nuestros corazones ardían en deseos de ser como él y con él, a coste de cualquier sacrificio.

Pues bien, también nosotros, queridos, con la observancia exacta de las Reglas, con el ejercicio de las virtudes más sólidas, con el amor de nuestra vocación, con la caridad fraterna, con la familiaridad evangélica y con la ininterrumpida unión con Dios, podremos conquistar esta virtud secreta de la santidad de nuestro venerable padre, y, como él, suscitar numerosas vocaciones a nuestro alrededor. Nuestro tenor de vida ha de ser tan atrayente, que sea capaz de hacer desear a nuestros jóvenes la actividad genial, la alegría inalterable. Don Bosco nos quería siempre alegres, aun entre las mayores fatigas y los disgustos más tormentosos, aun entre las privaciones y los sacrificios.

Hablemos también a menudo de la vida salesiana, destacando los innumerables beneficios, la gran variedad de ocupaciones, de toda índole y para los caracteres más diversos; el gran número de institutos y de casas, con lo cual cuando uno no pudiese trabajar más con fruto en un lugar, sería fácil transferirlo a otro lugar para que pueda seguir siendo útil; la belleza de nuestro apostolado, la suavidad del espíritu que lo anima; la modernidad y vastedad de las obras.

Estoy seguro de que ya ninguno querrá mostrarse descontento de su vocación ante los alumnos, o desacreditar de cualquier forma la Congregación que lo ha contado entre sus hijos.

SUMARIO

PREFACIO.....	3
ABREVIACIONES Y SIGLAS.....	7
Primera parte LA VIDA (1845-1921)	
Capítulo 1: LOS AÑOS DE LA FORMACIÓN (1845-1868).....	11
<i>Infancia y adolescencia</i>	11
<i>Entre los salesianos de los orígenes</i>	15
<i>Asistente en el pequeño seminario de Mirabello (1863-1868)</i>	19
Capítulo 2: PREFECTO EN VALDOCCO Y DIRECTOR EN GÉNOVA (1868-1881).....	23
<i>Ordenación y primeros años de sacerdozio</i>	23
<i>Fundador de la obra salesiana de Génova-Sampierdarena</i>	27
Capítulo 3: ISPECTOR DE LAS CASAS SALESIANAS DE FRANCIA (1881-1892)	35
1881-1884	35
1885-1888.....	41
1889-1892.....	45
Capítulo 4: DIRECTOR ESPIRITUAL DE LA CONGREGACIÓN SALESIANA.....	51
1893-1895	51
1896-1900.....	57
Capítulo 5: LA VISITA A LAS CASAS SALESIANAS DE AMÉRICA (1900-1903).....	63
<i>Argentina, Uruguay y Paraguay</i>	63
<i>Brasil, Chile, Bolivia y Perú</i>	66
<i>Ecuador</i>	70
<i>Colombia, Venezuela, México y Estados Unidos</i>	73

Capítulo 6: COLABORADOR DE DON RUA DESDE 1903 A 1910	81
1903-1907	81
1908-1910	86
Capítulo 7: LOS PRIMEROS AÑOS DE RECTORADO (1910-1913)....	91
<i>Segundo sucesor de Don Bosco (1910)</i>	91
1911-1912	96
1913	100
Capítulo 8: EL DRAMA DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL (1914-1918)	105
<i>El estallido de la guerra</i>	105
<i>El cuidado de los salesianos soldados</i>	109
<i>El último año de guerra</i>	113
Capítulo 9: EL SERENO CREPÚSCULO (1919-1921)	117
1919-1920	117
1921	123

Segunda parte
**LA CONTRIBUCIÓN
A LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA**

1. <i>El magisterio de la vida</i>	133
2. <i>Espíritu de oración</i>	136
3. <i>Vida de fe</i>	139
4. <i>Don Bosco modelo del salesiano</i>	142
El acto más perfecto de Don Bosco.....	144
Amor a los jóvenes	146
La Virgen de Don Bosco	148
5. <i>Las virtudes del salesiano</i>	151
Vida disciplinada.....	152
Obediencia.....	154
Castidad	156
Pobreza	158
Cuidado dela perfección.....	161
Dulzura salesiana	163

Tercera parte
**DE LAS CARTAS CIRCULARES
 DE DON PABLO ALBERA**

1. <i>El espíritu de oración</i>	169
2. <i>En la escuela de Don Bosco</i>	174
3. <i>Vivir de fe</i>	176
4. <i>El oratorio es el alma de nuestra Pía Sociedad</i>	179
5. <i>¡Sed todos misioneros!</i>	182
6. <i>la Virgen y Don Bosco</i>	185
7. <i>La dulzura del salesiano</i>	190
8. <i>Hacer revivir a Don Bosco en nosotros</i>	194
9. <i>Ser dignos de nuestro padre Don Bosco</i>	196
10. <i>Don Bosco nuestro modelo</i>	199
11. <i>Lancémonos a los brazos de Dios</i>	203
12. <i>Como nos quería Don Bosco</i>	206
13. <i>La ciencia necesaria para salesiano sacerdote</i>	211
14. <i>El perfeccionamiento de la propia vida espiritual</i>	216
15. <i>Vocaciones y espíritu salesiano</i>	221
16. <i>Sembradores de vocaciones</i>	228

Cuantos conocieron al segundo sucesor de Don Bosco, don Pablo Albera (1845-1921), en los distintos períodos de su vida, tuvieron la impresión de ver en él una criatura dulcísima. Su rostro joven, iluminado por una sonrisa perenne, permaneció así, incluso, en la vejez. Solo su cabello se había vuelto blanco como la nieve. Sus límpidos ojos miraban a los interlocutores con la ternura y la luminosidad de un niño. Su manera de hablar, lenta y penetrante, llegaba directa al corazón. Era delgado, de salud delicada.

Cuando reflexionaba sobre sí mismo, se sentía, a menudo, abrumado por la melancolía. Se creía inadecuado, falto de las cualidades necesarias para un sucesor de Don Bosco, lejos de la perfección requerida a un religioso. Cuando se relacionaba con los otros, aparecía toda la amabilidad, la delicadeza, la bondad de su humanidad. Estaba dotado de una profunda capacidad de escucha y tenía el don del discernimiento.

Sin embargo, si miramos a sus acciones, a sus viajes incansables, al fervor de su apostolado, a la profundidad de sus enseñanzas, a la multiplicidad de fundaciones, entonces se nos muestra un hombre completamente diferente: la más ardiente de las criaturas. Le haríamos un flaco favor a este salesiano tan dulce, amable e indulgente si no recordáramos que fue uno de los temperamentos más firmes, compactos y tenaces, que supo guiar, con claridad de visión y con firmeza, a la Sociedad Salesiana en uno de los períodos más difíciles de su historia.

El volumen está dividido en tres secciones. La primera presenta la biografía de don Pablo Albera. La segunda expone los puntos clave de su magisterio espiritual. La tercera contiene una antología de los textos más significativos extraídos de sus Cartas circulares a los Salesianos.